This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

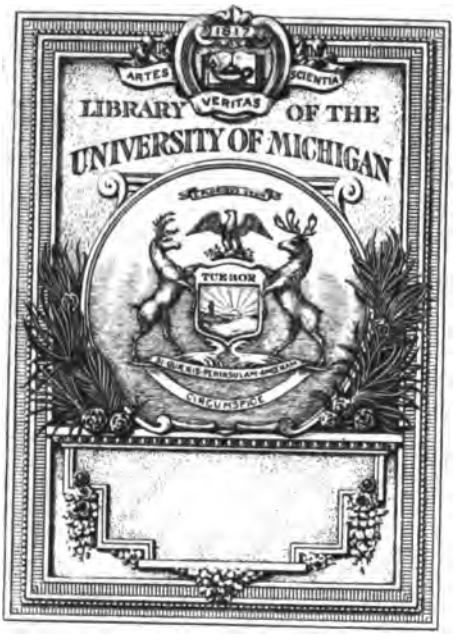
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

B 1,370,389


1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

F
1234
.D55

Lic. Quirino G.

Arriaga.

Partidos Políticos.

Partidos Políticos de México

La Política del dinero y la Política del patriotismo

disputando la sucesión de la Presidencia del país

POR

JUAN PEDRO DIDAPP

México

Editor, Jacinto Gil, "Librería Española"

4. Av. del Cinco de Mayo, 4

1903

Propiedad reservada.

A los Jefes del Partido Nacional Unionista,

Representantes
legítimos de los intereses del Pueblo mexicano.

EN vista de que algunos políticos, queriendo medrar á la sombra de la república, han puesto en juego toda clase de maniobras en el terreno de los hechos, á fin de lograr sus intenciones adversas á los intereses nacionales, me he resuelto á publicar esta obra, cuyo exclusivo objeto es poner al país fuera de un peligro inminente que lo haría perder su preciada independencia. Estoy seguro que mi trabajo no será del agrado de aquellos á quienes ataca; pero mi orgullo patrio quedaría—y con creces—satisfecho, si los defensores del pueblo, dispuestos á sacrificarlo todo por la nación, lo aceptan gustosos, prohijando una labor fruto de largos desvelos é hija de un hondo sentimiento de patriotismo.

México, diciembre de 1903.

Dr Pedro Pidapp

UNIV. OF MI.

Hardman
4-11-46
539271

PRÓLOGO

I

Es una ley ineludible del progreso humano que las cosas vayan evolucionando hasta llegar á su final destino. Obedecen á este invariable principio todas las cosas que abarca el universo-mundo, tanto sujetos como objetos; ya se llamen casos metafísicos, ya cuestiones simplemente materiales.

No es de extrañarse, pues, que, en el terreno de las luchas, á la de espada haya venido á substituir la del pensamiento, desde el instante que, impelidos por la fuerza del desarrollo, los hombres van cambiando los elementos de combate. Antes de los últimos cincuenta años hubiera sido una paradoja emplear los argumentos del raciocinio para el cambio de los gobiernos, ó la implantación inflexible del imperio de la ley. Entonces, para llevar á cabo una medida semejante, era preciso convertirse en un Argos y presentar, en una mano las bases de la justicia y en la otra oprimir el gatillo de un revólver, ó bien empu-

ñar la espada, al mismo tiempo que los pies hacían funcionar á un cañón.

Las circunstancias de la época, ó bien la ceguedad de los hombres de antaño, hacían que la ley del terror imperase, y era soberano de los destinos, ó un audaz afortunado, ó un magnate que alegaba títulos de legítima grandeza para dominar á los seres cuyos medios no les permitían erguir la cabeza para sacudir el yugo que les flagelaba la cerviz. Tal es el criterio respecto de las cosas ya idas de los defensores de aquel orden de cosas. Pero, examinadas estas teorías á la luz de la razón pura y conforme al rigor de una lógica serena y tranquila, nos resulta que, así vista la cuestión, la doctrina expuesta no inculpa, defiende: allí el filósofo no impugna, perdona; el historiador no examina y rechaza, consiente y tolera; el político no condena, dispensa, y el escritor, en vez de lanzar el anatema contra los autores de un orden simplemente punible ante la humanidad, todo lo atribuye al azar, como el tahur le atribuya su ganancia ó pérdida.

He ahí, pues, que los partidarios del pasado, apegados al ningún ápice de conciencia que les queda de las leyes del progreso, se entregan á las lamentaciones, cual si fuesen Jeremías, llorando sobre las osamentas de los cementerios. Los tales filósofos de corte antiguo no admiten la imprescindible ley de la evolución, ni es posible convencerlos de que, aceptando sus doctrinas religioso-políticas, todo tiene que ir tendiendo á la transformación, en marcha lenta y

gradual hacia el ascenso del perfeccionamiento. En tratando de cosas dogmáticas, ellos admiten un ascenso evolutivo, por lo que atañe á sus convicciones metafísicas; pero rechazan toda noción de adelanto, por lo que incumbe á las cuestiones tangibles. Esto mismo los hace llorar en presencia de un edificio viejo que se derrumba bajo el golpe formidable dado por la mano científica del ingeniero, quien lo convierte en un palacio moderno, lleno de las mejores condiciones para ser habitado conforme á la higiene. Alegan la desaparición de las reliquias históricas, los recuerdos de familia, las insignias características de una raza que ha vivido sumida en un profundo letargo durante cerca de cuatro centurias. Ver caer rodando las piedras, y el viejo corazón de esos ancianos-niños late entristecido, cual si hubiesen perdido á algún ser de la familia. ¡Oh! La herencia de los antepasados tiene para ellos más encanto con sus defectos y todo, que los regios alcázares que majestuosos se yerguen en el hermoso Paseo de la Reforma. Con tal de conservar intacta la obra de sus mayores, son capaces de vivir en un muladar inmundo. Se les regocija el alma á esos viejos pensadores, cuando pasean por los suburbios de la vetusta ciudad de los aztecas, porque allí contemplan, extasiados, lo que ellos aman. . . . las casas asquerosas, levantadas en fuerza de las circunstancias.

Esta es la razón de que, teniendo ideas tan arraigadas, quienes mandaban por aquel entonces no oían razón de gobierno; para convencerlos, era preciso

apelar á algo más contundente: el único medio era la revuelta intestina. En vano surgían las protestas de los ciudadanos, pues los oídos de los gobernantes eran de mercader. Ufanos de las condiciones propicias en que los colocó la suerte, se burlaban de las quejas populares; escarnecían al pueblo hasta en sus lúbricos festines, porque con el despojo celebraban fiestas y banquetes.

II

Aferrados en sus ideas, vanagloriándose de su cínico triunfo, nuestros respetables mayores ni oían ni pedían consejo. El poder y las riquezas eran administrados por las manos ungidas, incapaces, abandonando la órbita de sus deberes, de cumplir con éstos; porque es imposible que un sastre levante planos y construya caminos de hierro, y si tal pretende, perdiendo el tiempo, no logra ni lo uno ni lo otro.

Algo parecido les pasó á los jefes de aquella época aciaga á que vengo haciendo referencia: abandonando el altar, despreciando la salvación de las almas, se constituyeron en gobernantes civiles. Consecuencia lógica fué que ni llenaron las necesidades del pueblo moralmente, ni pudieron hacerlo feliz en lo civil.

A pesar de todo, no obstante su notoria incapacidad para el gobierno, no soltaban la presa. El pueblo, desesperado de una situación anómala, apeló á todos los medios que tuvo á mano, á fin de conven-

cer á aquellas gentes de tantos errores; mas los resultados eran los mismos: fracasaba toda tentativa. La respuesta era pueril y hasta atrevida: «nosotros gobernamos por mandato divino, y el Evangelio tiene sus principios fijos é inalterables. Expuestas en los Sagrados Textos las leyes del progreso, no es posible avanzar más allá de lo que allí se indica: toda evolución es diabólica.»

Pensando así aquellos hombres, confirmaban la condenación de Colón por el Santo Sínodo, la prisión de Santa Teresa por los inquisidores, el martirio de Atahualpa por aquellos «*santos conquistadores y catequistas* del Perú, la fritanga de Cuauhtemoc, por hereje empedernido, al no querer autorizar la ley del robo. Porque ellos negaban, con sus hechos y con sus razones, el principio de la evolución. Debía para ellos el hombre permanecer en *statu quo:* tal es la razón del dogma.

Probablemente que, al argüir y proceder así, desconocían las leyes precisas que en el orden de la naturaleza rigen á todos los seres criados, sin exceptuar á ninguno, y confundían—y sus secuaces aun confunden—el sujeto con el objeto, las personas con las cosas. Establecían las mismas reglas lógicas para deducir conclusiones, respecto de una idea que de un individuo pensante; de lo que provenía que sometían á la misma ley la producción y el sujeto que produce.

Es natural que tal pasara. Haciendo desaparecer esa involuntaria confusión, habría que destronar á los que, ultrajando los derechos civiles del pueblo, lo re-

ducían á la mísera condición del esclavo, en nombre de una doctrina mal entendida; porque se proclamaba el nombre de Cristo, de ese sabio divino incapaz de dictar leyes para hundir á los que vino á salvar, tan sólo para lograr ambiciones, satisfacer apetitos y alzarse sobre la muchedumbre, empuñando la antorcha del mando.

En rededor de esa turba que pisoteaba los derechos de un pueblo; en torno de esa plebe refractaria á todo adelanto y que torcía la inteligencia de los Sagrados Textos, profanando la sublimidad del dogma católico y formando un código netamente distinto del cristiano, se fué estableciendo un pueblo de voluntad autómata, afeminado y débil, que, inclinada la cabeza, estaba hecho para obedecer. Increíble parecía que los descendientes de una raza tan belicosa como la azteca, se prestasen á tanta abyección, pues se notaba la degeneración tanto en mandatarios como en mandados; unos y otros habían perdido toda vergüenza: los primeros, porque se habían constituído en verdugos, y los segundos, porque, olvidando su glorioso pasado, habían prestado obediencia á los tiranos.

III

Este era el estado del país cincuenta años atrás. Pero, por una indicación eminentemente providencial, aquel pueblo se cansa y convierte en campo de lucha los lugares que antes le servían de oración. A

la mente exaltada por la indignación nada resiste: el hacha vengativa, la espada temida, todo lo devastan; y el que había monopolizado el poder cae rodando por los escaños de su trono, en su propia sangre bañado.

Desde entonces hasta hace apenas unos veinticinco años, el país era una hoguera incendiaria de guerras intestinas. Escalaba un gobernante el poder, como consecuencia de la lucha que antes había sostenido, pero ufano de su repentino triunfo y vanagloriándose del puesto, cometía sus tropelías, infringiendo el espíritu de la ley.

De este modo, los cambios eran frecuentes, ya sean impulsados por las diversas facciones del partido vencedor, ya por el rencor encerrado del partido derrotado y caído, que, no conforme con su suerte, respiraba por la honda herida que le produjo el adversario. Espíritus tumultuosos, almas inquietas, constantemente amenazaban la tranquilidad de la república, despertando revueltas, agitando pronunciamientos y lanzándose á las asonadas de pequeños pueblos indefensos cuyos habitantes eran despojados de sus tesoros, para subvenir á los gastos de las continuas luchas contra las autoridades legítimamente constituídas.

Casi todo el período que media entre el año de 1850 hasta el de 1883, que entró á fortalecerse el actual orden de cosas, se componía de disturbios de más ó menos significación. Pasada la guerra de la Intervención francesa, que concluyó con el fusilamiento de

Maximiliano, se anunció nuevo período álgido para el país. Los militares que habían tomado parte en la guerra contra las tropas de Napoleón III, no podían estar quietos, aspiraban al poder; hasta que un hombre extraordinario acabó con aquellas ambiciones dispersas que peligraban la tranquilidad nacional, impidiendo el desarrollo de la riqueza pública.

IV

Muertos los cabecillas que capitaneaban los tumultos, instaló sus tiendas la paz. Durante un período de más de veinte años, en vez de los disparos de los cañones, se oye el silbar de la locomotora, y la lucha sangrienta se ha convertido en la lucha por la vida. El elemento poderoso de los dineros, poseedor de títulos y fueros, por un cuarto de siglo vivía silencioso, dando apenas señales de existencia, consagrado á construir cajas fuertes para sus riquezas.

Mas—también obedeciendo á las leyes de la evolución—últimamente, debido á la edad avanzada de quien por más de un cuarto siglo ha gobernado el país, los partidos políticos despiertan de nuevo, y se lanzan á la lid; sólo que en las épocas pasadas combatían á punta de espada, y ahora la lucha es de otra índole: de club y academia, porque al poder militar se le quiere substituir con el poder del argumento; á la fuerza bruta se pretende anteponer la de la palabra.

Con esto, las opiniones se dividen; se forman asam-

bleas, se convoca á congresos y se lanzan proclamas. Unos luchan por el bien común, por los intereses de la república; pero los más quieren salvar sus propios intereses, aunque finjan defender á la patria con ardimiento. Aquellos van animados de los mejores deseos, y, agradecidos, se afilian al partido del actual gobernante, pretendiendo que siga en el puesto hasta que descienda á la tumba; éstos, alegando la defensa de la Constitución y la Reforma, en realidad, sólo aspiran al poder para medrar en él, para acaparar riquezas; pues son de afección semítica y están afiliados á los Cresos modernos, á los poderosos reyes del dinero, quienes consideran los puestos públicos como los mejores puntos estratégicos para acrecer capitales.

Y como quiera que el actual Presidente no ha de ser eterno y los ciudadanos están en la obligación de enseñar al pueblo el ejercicio de sus derechos constitucionales, todo hombre de buena voluntad debe contribuir con su menudo grano de arena al bienestar de la república.

He ahí el por qué de la aparición de estos PARTIDOS POLÍTICOS, cuyo objeto no es otro que el de dar á conocer á los políticos de hoy con el vestido que les corresponde.

V

Este libro debía haber aparecido hace un año, cuando la desaparición de dos periódicos y la renuncia de un alto personaje del puesto de ministro estaban en perspectiva; pero no creí oportuna la obra, temeroso de que los ánimos fuesen á exaltarse más.

Cuando la formación de la llamada Convención Nacional Liberal, convocada por los científicos, volví á tomar entusiasmo en mis primeras ideas, porque quería dar á conocer muchas cosas referentes á los nuevos convencionistas. Conocedor de los jefes del Partido Científico y de sus miras y tendencias, abrigaba la convicción plena de retratarlos, con lo cual pensé hacer, desde luego, un gran servicio á la nación. Pero de nuevo fué cohibida mi resolución. Pertenecía yo entonces (seis meses atrás) á la redacción de un diario católico, cuyo programa se había anunciado como neutral, dándose tono dogmático en asuntos de política, no obstante—exceptúase el director, persona seria, grave é ilustrada—de que sus redactores, encargados de esa sección, son punto más que ignorantes en la materia. Mi puesto me vedó cumplir con mis intenciones; pensé respetar el programa del periódico, creyendo de buena fe que aquel derrotero del diario era efectivo. Pero me engañé entonces—lo confieso sinceramente ahora.—

Me preocupaba en aquellos días la cuestión económica, y á ella dediqué toda mi atención, publicando

una serie de artículos sobre la materia. Y fuí notando que el diario iba cambiando de ruta: no obstante haber manifestado indiferencia por los partidos que se debatían la supremacía, se inclinó—y va inclinándose—hacia los científicos, al grado de atacar á los contrarios sin conocer sus actos. ¿Hacía esto de buena fe? Para mí aun existe el misterio.

Ya no al credo, sino á las personas fué dirigiendo el periódico sus ataques: para los científicos se convirtió en sacerdote, y para los contrarios, en verdugo.

Esta actitud no me la llegué á explicar, dado el carácter del periódico. Pero sí me expliqué la renuncia que presenté de mi puesto: no me fué posible tolerar la injusticia. Los deberes de la conciencia se llegaron á imponer, y me separé de aquel personal de pasiones ardientes, que lucha y no rebate, que lastima y no rechaza.

Callar no es posible, porque el patriotismo pide que se hable, y he ahí la razón de haberme resuelto al fin á publicar estos PARTIDOS POLÍTICOS, que espero serán del agrado de los verdaderos mexicanos.

Por ahora, no estoy afiliado á ningún partido de los existentes. Mas, si no pertenezco al reyismo, tampoco simpatizo con los científicos, tras de los cuales veo á los verdaderos enemigos de la república. Con esto, se verá que las opiniones aquí vertidas no pueden ser más imparciales.

Hechas estas advertencias, abre, lector querido, sin temor, y lee este libro, cuyo autor pertenece á un partido que se llama «Nacional Unionista,» espe-

rando que tú participes de su modo de pensar. No te amedrenten tus opiniones religiosas, porque ellas no saldrán lastimadas: la idea católica, bien concebida, es una nave que surge tranquila sobre la superficie de los mares, sin sumergirse obligada por la tempestad.

CAPÍTULO I

IDEAS GENERALES SOBRE LA POLÍTICA.—CÓMO SE ENTIENDE EN AMÉRICA.

Es incuestionable que la palabra política incluye una idea bastante complexa y de un orden meramente metafísico; y por esto mismo la comprensión es poco accesible á las inteligencias no avisadas en las cuestiones del gran mundo, ó, para mejor decirlo, en ese maremágnum de estudiada mentira.

Si es cierto que, al decir de un gran pensador, «ser político es ser embustero,» también lo es que, para embaucar, se necesita saber hacerlo; de lo contrario, sería tanto como engañar á rostro descubierto, ó fingir veracidad mintiendo. Tal proceder, lastimaría; porque, aunque el interlocutor comprenda que se le engaña, disimula el desagrado cuando el engaño proviene de un ardid de talento. En este caso, puede sufrir resignado, teniendo presente su derrota en un campo de lucha con iguales elementos.

No pasaría lo mismo, si, para obtener algo provechoso, se apela á la mentira simple y descarada; la que, en todo caso, lastima y hasta ofende.

Ninguno tendría el derecho de darse por ofendido

y ultrajado, si, después de estudiadas las condiciones favorables ó adversas de un negocio propuesto, se acepta, aunque se pierda en él. En cuestiones cuyo pro y contra requieren estudio y algún derroche de ingenio, nadie puede considerarse dañado si las conclusiones resultan perniciosas. Así, por ejemplo, el financiero que celebra un contrato de compra-venta, no podría, en justicia, reclamar daños si pierde en la operación; pues los objetos, materia de los contratos, cambian de valor con las circunstancias de tiempo.

Esto, por una parte. Por la otra, hay que tener presente siempre la importancia de los negocios que se emprendan, y, conforme á su cuantía, estudiar para resolver con acierto y tino, toda vez que se tiene al frente la cosa que se contrata.

De lo que se deduce, que, en todos los problemas el estudio es el que hace al maestro. Sin conocimiento previo de lo que se emprende, no es posible concebir buenos resultados, máxime si se trata de una cuestión de un orden ambiguo.

Para ser político, pues, es preciso, además del profundo estudio que se emprenda, tener vocación para ello. Ni todos los que contemplamos en los poderes públicos son tallados en la escuela política, ni muchos nacen con la vocación suficiente para adquirir los conocimientos que la política requiere. ¿Cuántos podrán ser eminentes sabios, y, sin embargo, son capaces de arruinar á un Estado, si llegaren á gobernarlo?

Si en todas las profesiones se requiere el talento, aquí hay que adunar el talento y la vocación.

Empero, tampoco se podrá ser gran cosa en el terreno de la política, si no se salvan las fronteras del país en donde se nace. El hombre nunca está completo si no viaja. Porque el conocimiento de la diversidad de personas, ideas, cosas y costumbres, es el complemento de un hombre de política. Encerrad á un genio dentro los estrechos recintos de un laboratorio de física y sin haber visto ni estudiado más, sólo de aparatos de física hablará; porque á tanto contemplar solamente instrumentos físicos, quedan grabados éstos en su mente, y no es posible que resuelva problemas en los que no tiene intervención la ciencia favorita del gran Brujo de Melo-Park.

En el día, y sobre todo en los países de la América latina, por lo mismo de las ambiciones de mando y gobierno, se ha creído cosa muy fácil ser apóstol de la política. Este error ha hecho que surjan tantos políticos como caciques de pueblo tuvimos en México hace unos veinte y cinco años. Entonces llegamos á tener por cada barrio un jefe, con humos de estadista, y por ende, de político.

¡Es de maravillarse como brotan y se fabrican los hombres de política en los países hispano-americanos! Por cada militar tenemos un político: como ese es el elemento que domina en las repúblicas de ibérico origen, ser militar, entre nosotros es ser político. Al menos, así hemos ido acostumbrándonos á creerlo, y el pueblo tiene que creer lo que sus ojos ven y sus cinco sentidos palpan.

Desgraciadamente, en América no tenemos una educación política esmerada, y aun estoy por afirmar que de ningún modo la tenemos, á pesar de ne-

cesitarla. De allí provienen las torpezas de los gobernantes en sus procedimientos con las naciones extrañas: faltando tino y acierto en el manejo de las relaciones con los Estados amigos, se multiplican á veces las dificultades, aumentan las reclamaciones y la paz se ve conturbada, y amenazada la soberanía de la república.

Hay que advertir qué el talento político tiene más aplicación y es más necesario—mejor dicho, indispensable—cuando hay relaciones que conservar con otras potencias; pues, para nuestra inteligencia interior, basta un buen gobernante. A éste la probidad, la honradez y el conocimiento de los suyos le bastan; mientras que el hombre que tiene que precaver á su país de las asechanzas enemigas, además de todas estas cualidades, requiere el talento y el empuje de un hombre de Estado. Por esto mismo, la Iglesia y el mundo entero lloran la desaparición del eximio León XIII, cuyo cerebro pudo fortalecer la paz de Europa; Inglaterra tributa pleito-homenaje á la memoria del anciano Salisbury; Francia á Sadi Carnot; Alemania á Bismark, su «Canciller de hierro;» España á Cánovas del Castillo, etc. Porque todos estos grandes políticos, de alta escuela y corte clásico, fueron el patrimonio nacional de sus respectivos países, y sus nombres tienen que perdurar á través de los siglos.

Una lamentable confusión se ha hecho de político y gobernante. Se ha creído que lo uno es lo otro, y allí está el gran error.

Si se dijera que un gran político es lo mismo que un gran estadista, aunque no del todo es exacta la

proposición, puede ser admitida como verídica; porque una y otra palabra traen aparejada casi la misma idea: la de un hombre que gobierna conforme á los principios profundos de la díficil ciencia de gobernar.

Presentadas y entendidas así ambas palabras, incluyendo la misma idea, no importa que sean desemejantes, tienen que significar lo mismo; y siendo, por ende, de representación idéntica. De lo que se infiere que puede admitirse como político al estadista, desde el momento que el segundo deja de serlo, si no posee los complexos principios de la ciencia política.

Entendido lo difícil de la materia de que se trata, los europeos reciben educación esmerada en ese sentido. Esta es la razón del por qué en los países de régimen monárquico la educación de los herederos al trono es esmerada y suele ser vasta. Allí, sabiendo de antemano quién ha de suceder en el mando, no es difícil hacer del heredero un sabio gobernante. Esto, entre nosotros, presenta dificultades; porque rigiéndonos por una forma democrática popular, no se sabe cuál pueda ser la elección del pueblo. Muchas veces, en las repúblicas en donde el sufragio existe, recae la elección en personajes retirados de la política y de sus cosas. A esto se agregan los golpes frecuentes de Estado, dados por el militarismo, y en los cuales asciende al poder el que aun triunfante empuña el acero.

En tales casos, ¿cómo puede ser un gran político y estadista quien ayer era un labrador? Para un golpe de militarismo, en la América latina, basta tener el talento del valor y de la audacia; valor y audacia

les sobran á nuestros hombres de campo, aunque no sepan ni leer. En confirmación de mi aserto, recorred las páginas de nuestra historia.

Mas parece que, con lo dicho, condeno la república, aceptando la monarquía porque forma á sus hombres de Estado, en tanto que la democracia exalta al primer atrevido que supo fraguar un asalto á un cuartel. Nada más inexacto en el fondo: la institución monárquica me es altamente odiosa, porque respiro republicanismo por todos los poros, como se verá más adelante.

Lo que sí condeno es que las elecciones recaigan en personas inútiles, no idóneas, y, para lograr esto, no obsta la forma democrática de gobierno: ejerciendo el pueblo todos sus derechos constitucionales, sin trabas ni cortapisas, él sabrá favorecer con su voto á quien reuna todas las condiciones del buen gobernante.

Pero, desgraciadamente, siendo buenas las leyes, jamás se llevan al terreno de la práctica en los países latino-americanos, debido á las muchas ambiciones que hierven en pechos inquietos y turbulentos. Debido á esto, poca idea se tiene del hombre verdaderamente hábil en política. Lo ambiguo de la ciencia, lo complexo de la idea, el vasto campo en que se desarrolla, hace muy difícil su acceso en los países nuevos y que han surgido en medio de sangrientas luchas y de razas de carácter bélico: hemos brotado á la vida como producto de la aventura mezclada con la audacia. Que si después—ya envueltos en pañales de civilización—pudimos ver en nuestro seno, y haciendo vida de proscripción con nosotros, á al-

gún raro personaje de principios cimentados y fijos, éste, arribado á nuestras ardientes playas, se tornaba como los demás: en vez de embuirnos ideas de saber y ciencia, procuraba despojar nuestras comarcas y agoviarnos con las gabelas del esclavo. Y el que en su tierra era hidalgo, noble y cortés, bajo el bellísimo cielo americano, de un azul purísimo, se convertía en huraño y mezquino.

No nos dieron educación política nuestros conquistadores, porque nadie puede dar lo que no tiene. Aquellas nobles figuras guerreras, aventureras y audaces, fueron fieras para derramar sangre, porque no estimaban la vida; pero, en punto á cultura, todo lo ignoraban, hasta escribir su nombre. Hago la excepción de aquellos ancianos sublimes, religiosos ardientes: Casas y Valencia. Fuera de éstos y de algún otro abnegado y culto, á nuestros antepasados érales punto más que imposible infundirnos dones de que ellos mismos carecían.

Estas, y otras razones de mera consideración en la filosofía de la conquista, hacen que, como producto, exhibamos hoy poca política y muchos bríos bélicos, los que, á estas alturas, no son á propósito para sostener la paz ni fomentar el progreso. Y si esto no, menos para entrar al concurso de las potencias europeas, en donde se sabe engañar con arte y mentir con ciencia.

A estas altitudes de civilización, más diestro será quien más acertado se muestra en el fingimiento: una sangre vigorosa y ardiente, las más de las veces, perjudica los intereses, no sólo del individuo, sino también de las naciones.

La frialdad en la sangre sajona, pongo por ejemplo, ha hecho más conquistas de grandeza que las hazañas guerreras. Ni esto tampoco quiere decir que yo rechace la fuerza armada, viendo, como lo estamos, que el argumento más poderoso lo hacen los acorazados de mayor empuje y moderna fábrica; no, no puede ser esa mi intención, por más pacífico que sea. Doy á entender con ello que, no obstante el brío y poder de las armas, existe otro poder más grande: el de la política y diplomacia.

¿Qué importa mentir? La mentira, conforme va adelantando el mundo, ha ido teniendo diversos tonos y múltiples fases. Ahora, en el terreno del mando, tiene que ir aparejada con la ciencia. Por esto, algún político y pensador contemporáneo ha dicho «que política y mentira son palabras sinónimas.» Afirmación muy triste, pero también muy exacta.

El hombre sentimental, de corazón tierno, cortado á estilo Quijote, es una perfecta nulidad como político. Podrá ser un apóstol de la verdad, un novelista ó gran poeta, pero jamás será un político. Pío IX llamó al sufragio universal «mentira universal.» Aquí, aunque se trata de otra idea algo distinta, no iríamos muy descaminados si, parodiando la frase célebre del Pontífice Perseguido, dijéramos: *hacer política, es lo mismo que aprender á mentir.*

Si hemos de referirnos al orden moral de las ideas, hacemos bien en no hacer política, porque no es del todo malo no saber mentir y ser falso. Pero la moralidad, sobre todo en este caso, puede ser discuti-

da: todo está en la forma en que se hacen las cosas. Hay cosas que, en el fondo, son abominables, mas, expuestas con un cariz bello y halagador, dejan de serlo y pasan á un orden moral irreprochable en la manufactura.

Por lo demás, también los actos humanos son discutibles, aunque ellos sean morales en sí, pues para juzgarlos, es menester tener presente la intención del sujeto. Y, á la verdad, de las intenciones sólo el fundador del orden moral juzga, ó está en aptitud de poder juzgar, porque sólo Dios palpa las profundidades del corazón humano.

Tengo, pues, para mí que es factible con el orden moral la política, á pesar de estar basada en la manifestación científica (también hay ciencia en esto) de lo que no se siente.

Al exponer lo anterior, alguien querrá sacar contradicciones entre mis deberes de conciencia religiosa y mis obligaciones de ciudadano. Pero, bien examinadas las cosas, no pueden existir contradicciones ningunas, desde el momento que mis teorías no impugnan los principios de mi vida íntima. Sólo expongo que, en el concierto universal, las naciones son lo que los individuos: si éstos tienen que estar sujetos á reglas de cortesía interna, compuestas aquellas de los segundos, no hay razón para que no existan lazos de unión y principios que los reglamenten. Por lo demás, tanto los unos como las otras mienten; solo que en un caso la mentira se denomina social, y en el otro, internacional. Mas mienten y fingen todos, y para el caso lo mismo da, importando bien poco el adjetivo.

Aceptada así la doctrina, precisa ser político, esto es, estudiar y tener vocación para el caso; y como estudios de esta índole y vocaciones de la ya apuntada existen pocos, de allí proviene que entre nosotros escasos son y han sido los hombres verdaderamente de Estado. Con rarísimas excepciones, nuestra gloria se disipa al considerar cuán pocos políticos han podido surgir en México. En cambio, bravos y valientes soldados hemos podido contar muchos, porque cada ciudadano es un héroe.

Y no sólo depende esto de que no haya hombres capaces para llegar á la cumbre de la perfección política, sino que, realmente, los poquísimos aptos para serlo, no entienden bien la extensión de la palabra, ni conocen las múltiples ciencias de que se vale para ataviarse. Por esto, tomando el rábano por las hojas, á cualquier alcalde de pueblo se le pertrecha con ese pomposo título, de lo que resultan tantos políticos como habitantes en la república.

De si todos los ciudadanos deben tener ingerencia ó no en la cosa pública, lo veremos en el siguiente capítulo; mientras queda expuesto que en la América latina no hemos entendido bien lo que es política, y son muy escasos los que la conocen. Varios motivos hay, probablemente, para esto: el espíritu separatista, nuestra condición bélica, la poca sumisión á la ley, no conformarnos con la suerte, tendiendo siempre á la venganza, y la ninguna resignación en las derrotas electorales—esto cuando hay elecciones,—hacen que no estemos aun dispuestos á figurar ni á iniciarnos en el terreno indicado.

Sin embargo, estamos obligados á escalar los peldaños de la ciencia política, y lo lograremos cuando desaparezcan los enemigos terribles de ella: la audacia de muchos charlatanes y el poco respeto que tenemos á nosotros mismos y á las leyes que nos rigen.

CAPITULO II

LOS HABITANTES DE LA REPÚBLICA ¿PUEDEN TODOS TENER INGERENCIA EN LA POLÍTICA?

I

PLANTEADA así la proposición, equivaldría á esta otra: ¿tiene todo ciudadano el derecho de inmiscuirse en la cosa pública?

A la simple vista, parece muy fácil la respuesta; sin embargo, nada más difícil.

Empero, antes de entrar de lleno en la cuestión, es preciso hacer varias observaciones de diversos orden é índole; observaciones que, por su carácter, son de un valor filosófico inapreciable, por las múltiples relaciones que abarcan y los diferentes puntos que tocan.

A los ojos de la plebe, resolver desde luego es cosa de chuparse los dedos. No obstante, para un pensador, no resalta así como así la resolución. El problema encierra una incógnita de gran peso, ó una desconocida de difícil orilla; como que allí gravita una gran verdad constitucional, rama de un derecho sobre que se alzan todos los gobiernos modernos de las

naciones que han sabido estimar la esencia divina del hombre.

En efecto, ¿qué país—entendida cualquiera la forma de gobierno—europeo no descansa sobre principios constitucionales? Siendo hijos de los europeos, las constituciones, en parte, de éstas son los que deben normar nuestro modo de ser político. O ¿debemos de ser tan necios y altivos, al grado de negar el origen de las leyes que nos gobiernan? En este sentido nosotros no hemos sido más que simples imitadores, ya sea de Europa, ya de Estados Unidos, y esto dicho sea sin la más pequeña intención de herir nuestro mal entendido orgullo patrio.

Podíamos alardear de toda clase de inventiva, pero en cuestiones de derecho y leyes nada hemos inventado. Aun estoy por decir algo más, á fin de ser más justo: en este punto, no sólo no hemos sido inventores, sino que todavía no podemos poner en práctica muchas leyes—hasta de simple policía—que son benéficas y de gran resultado allende los mares. Y en esto á nadie se puede culpar; porque la culpa debe recaer sobre la colectividad, y de ningún modo sobre determinado individuo.

II

Mas, á fin de ser un poco más preciso, permítaseme, en este punto, ser algo más extenso, ya que la nobleza de la materia lo requiere.

Aquí me encuentro como el Prometeo de la leyenda helénica; imposibilitado del libre movimiento. Atado

aquel personaje mitológico á la dura roca, fiera ave de rapiña le va devorando las entrañas del corazón, y él, incapacitado de la defensa, lentamente se siente perecer, sin descubrir el auxilio salvador. ¡Tal es la condición en que me hallo yo también ahora!

Tengo, por un lado, á un pueblo constituído en legítima república; que quiere las prerrogativas que ésta le tiene prometidas: su participación, aunque indirecta, en los asuntos públicos. Según los principios constitucionales, el pueblo debe ser soberano, porque la soberanía es la esencia de la república, su timbre más estimado, su enseña más gloriosa, su distintivo más preclaro y legítimo. Ese pueblo reclama lo que por derecho le corresponde, porque él hace las leyes; él es el gobierno y todo: su propia voluntad es la constitución de los poderes. Si el gobierno que él ha elegido procede bien, lo colma de atenciones y lo distingue; porque ha sabido cumplir con la confianza que en él depositó. Pero si abusa, si yerra, si falta al juramento hecho ante la ley, él tiene perfecto derecho de destituirlo y de mirarlo con rencor y ódio.

¡Tal es el poder de un pueblo republicano! El legisla, él administra justicia, él ejecuta; pues para eso tiene tres poderes populares, elegidos por espontáneo voto de un sufragio libre. Con tales combinaciones constitucionales, pone en los puestos á los hombres que considera dignos de su confianza y hábiles administradores de sus intereses políticos.

(Hablo aquí de un republicanismo verdadero, de una república en toda la extensión de la palabra, y no me refiero á las caricaturas sangrientas que se hacen de esta institución de gobierno.)

Mas, por el otro, pesa sobre mi conciencia algo muy grave, y es de que ese pueblo no está todavía apto para una forma de gobierno difícil de llevarse á la práctica entre pueblos de reciente nacimiento político. Considero los impulsos de brioso y joven corcel, nuevo debajo de la silla—válgame la vulgar expresión—á quien por vez primera se le atasca un freno: bajo aquel régimen desconocido se agita, salta desesperado, al sentirse agoviado con las nuevas riendas de gobierno, y pretende derribar al que le oprime el lomo.

No es menos lo que pasa con los pueblos nuevos. Apenas hecha la transición de un gobierno á otro, mediando una enorme distancia entre ambos, como no se ha verificado aquella de un modo gradual y lenta, sino repentina y rápidamente, en vez de hacer uso de todas las prerrogativas que el nuevo régimen concede, el ciudadano se torna en abusivo, y, en vez de liberal, se hace libertino. De allí proviene que, al estudiar los derechos de los ciudadanos, según el actual orden de cosas y desde el punto de vista constitucional, el hombre de bien se detiene en el dintel de la cuestión, y, al contemplar tantos desórdenes é infracciones de la ley, opta por negar á esa turba, que abusa y ultraja los fueros de la justicia, todas las prerrogativas democráticas.

Pero quiero detenerme aún un poco más; deseo hacer más considerandos, ya que el asunto es por sí de grandes trascendencias políticas.

III

En el orden filosófico pasa lo que en el orden físico y experimental: las transiciones deben ser graduales, á fin de que la impresión no sea brusca. Un ente que haya estado privado del órgano de la visión, no resistiría los benéficos rayos de la luz, si de un solo golpe recibe la impresión; en vez de producirle beneficios la sorprendente y repentina transición, le perjudicaría, porque la debilidad de la retina visual no podría resistir la fortaleza ni el peso de la luz. Y lo que es de positiva utilidad, para aquel desventurado, se trocaría en un daño inminente, y lo más probable fuera que, de la esperanza, llegara á la desesperación.

Creo que no habrá oculista, que se precie de conocer su profesión, que emplee semejante método: el paso de la obscuridad á la luz tiene que ser gradual y pausado, á fin de preparar la vista.

Un hambriento de varios días, si llegase á comer fuerte, después de haber estado sin alimentos, se moriría indefectiblemente; porque, habiendo perdido su habitual costumbre digestiva los órganos intestinales, no resistirían una alimentación fuerte y sólida: restringidos y débiles en sus funciones, repelen todo lo que no podrían digerir, ó quedarían miserablemente afectados, y producirían la muerte del sujeto.

Estos ejemplos corresponden al orden físico experimental; vengamos á las observaciones de un orden netamente moral.

Un esclavo, acostumbrado á no tener voluntad pro-

pia y á obedecer impelido por la fuerza del azote, ó al oir el chasquido del látigo, es accesible á todo lo bueno, obligado por el golpe de su señor. Ni extraña el tratamiento aunque lo descuarticen, porque los malos tratamientos lo habituaron á aquel género de vida. (Tampoco aquí pido de nuevo la esclavitud, ni opino por ningún género de coacciones en la voluntad del hombre.) A fuerza de una mano tirana que sin piedad lo flagela, obedece y calla. Tal era la vida que llevaban todos los negros en Cuba, Filipinas y el Brasil, no hace muchos lustros, y, aunque de distinto modo y bajo diferente forma, todavía sufren iguales ó peores tropelías los indígenas de Guatemala.

Pero si á ese esclavo se le pone en libertad de una manera violenta, si levanta la cabeza sin que nadie lo reprenda, si puede ponerse al par de sus antiguos señores, si llega á gozar de los privilegios sublimes de un gobierno eminentemente liberal y democrático-republicano, tal vez ese día se le ofuscaría la poca razón que le dejaron los azotes de sus antiguos dueños, y se tornaría en el criminal más terrible. Mas si la libertad la fuera obteniendo paulatinamente, que hubiera quien le fuera enseñando á disfrutar de los fueros de la independencia, es seguro que el viejo y abnegado esclavo sería el mejor republicano y sabría apreciar los beneficios que prodiga la república á sus ciudadanos; pues sabe mejor mandar el que supo obedecer primero. Ninguno sabe dolerse de los sufrimientos ajenos, si no ha tenido la fortuna de sufrir antes.

Tanto mata un pesar, como una alegría, si uno y otro se reciben de un modo imprevisto.

Y deducid conclusiones.

IV

Lo expuesto no pertenece á la esencia de ningún dogma; lo vemos todos los días.

Un pueblo joven, vigoroso, de sangre ardiente; que tiene poco tiempo de libertad; que no conoce, en su mayoría, los nuevos derechos que las leyes le otorgan, debe, imprescindiblemente, de encontrarse torpe en el ejercicio de los beneficios constitucionales que le pertenecen; y en presencia de tantas prerrogativas, como la de que un solo voto puede cambiar la faz de todo un sistema de gobierno, lo llena de entusiasmo y orgullo, y lo hace desbordarse inconscientemente y cometer toda clase de arbitrariedades y abusos, máxime si sube al poder.

La dificultad está en ver ahora si nuestro pueblo tiene los caracteres antes expresados, y deducir consecuencias legítimas.

Evidentemente que los mexicanos tenemos todas las insignias anteriores: pueblo en formación aún, belicoso, inquieto, redimido hace muy poco, entrado en el concierto de la civilización hace menos; todas son circunstancias que no nos eximirán de ser considerados como poco diestros para ser unos verdaderos republicanos.

Para nosotros, no hay jamás conformidad en la derrota, ni moderación en el triunfo. Si somos vencidos, nunca nos resignamos; si triunfamos, nuestra victoria es siempre agresiva y se manifiesta en hostilidad para el vencido. Desde luego que con tales in-

testinos de rencor y odio, no sólo no estamos aún dispuestos para la forma republicana, sino que tardaremos muchos años en aprender á ver las cosas con los ojos serenos de ciudadanos que, en nobleza, deben estar á la misma altura de su bravura y valentía.

A lo dicho hay que agregar que, de los 14.000,000 de habitantes que pueblan la vasta extensión de la república, apenas podremos entresacar unos 500,000 que, efectivamente, son capaces de conocer los privilegios y las obligaciones que imponen los sistemas de gobierno republicano. Y estos quinientos mil, sea bueno ó malo el gobernante, siempre ellos lo encuentran deplorable y punible. ¿A qué obedece esto? Todos los actos del gobierno son por ellos tildados de malos y desacertados, no importan los esfuerzos de aquel en pro del país.

Este proceder es, desde luego, una agravante más para el punto que discuto; pues quien cierra los ojos á la razón, es imposible que pueda ser digno de tomar parte en el movimiento político de la república: no queriendo convencerse, es aún peor que si no supiera ejercer sus derechos. Si el ignorante no es capaz de prestar servicios, tampoco lo es el que, sin ser ignorante, todo lo ve con ojos de descontentadizo. Uno y otro no podrían tener voz ni voto en la cosa pública, porque no son capaces de dar luz los ciegos, ni consejos los imbéciles.

Esto tampoco quiere decir que el gobernante sea inmune é intangible. Por lo mismo que es hijo del pueblo, éste puede flagelarlo cuando infrinja los preceptos legales. Eso sí, que se le admita y aplauda lo bueno, impugnando lo malo.

V

Tal es el cuadro que se presenta á mi vista, procediendo al examen analítico de la proposición sentada en el título de este capítulo.

Había dicho que la resolución no era tan fácil, como se veía á primera ojeada; que encierra algo de difícil deslinde.

Para los poco avesados en achaques constitucionales, para aquellos que desconocen la índole y las tendencias de nuestro pueblo, nada más sencillo: el pueblo, soberano, político, dueño del país, es el conjunto de los habitantes de la república; por consiguiente gozan éstos de los mismos derechos que aquel. La base fundamental de nuestras leyes así lo prescribe terminantemente, y lo más sagrado en los países republicanos es la constitución política sobre que descansan, porque ella es el pedestal que fija y regula, en el orden legal, todos los actos de los ciudadanos, así sean gobernantes ó gobernados.

Dicho lo que precede, todos los habitantes, estando en el pleno ejercicio de sus derechos, pueden tomar parte en la política. Estará imposibilitado de hacerlo, quien está fuera de los privilegios constitucionales, pero nunca el que se encuentra limpio de delitos que incapacitan. Al menos esta es la esencia de la república, esta es la forma de la más pura democracia. Y, siendo los gobiernos para el pueblo, y no el pueblo para los gobiernos, todos los miembros de aquel pueden tener participación en los actos de

éstos. ¿Y no es esto tener ingerencia en la política? Luego la resolución no podía ser más lisa ni más llana, si sólo se mira por este lado.

Si todos los ciudadanos tienen deberes que llenar, sin exceptuar ninguno, también deben tener prerrogativas que reclamar, privilegios que exigir y recompensas que demandar. Porque donde hay obligaciones, hay también franquicias. De lo contrario, este mundo sería un conjunto de arbitrariedades y abusos, una masa de seres degradados é injustos, un grupo de tiranos verdugos, que impondrían sus caprichos á punta de espada, hiriendo al más débil que carece de los medios de defensa.

Pero tamaña atrocidad, desigualdad tan inicua, no es posible que exista; porque los grandes sacrificarían á los pequeños: el pobre, el niño, el huérfano, la mujer y el desvalido, serían el seguro pasto de tantos traficantes de carne humana. Sin el amparo de la ley, sin la protección del derecho, sin el refugio del gobierno, ¿cuántos seres no perecerían? ¿Cuántas almas agobiadas por la desgracia ó la fortuna, no serían las víctimas de muchos canallas, que satisfacen su sed bebiendo sangre de infelices? Ya que el mundo es un alveolo de criminales, en donde, en destemplado conjunto, viven bajo el mismo techo la honradez y el delito, la virtud y el crimen, al menos que tenga algún abrigo el mísero desvalido y desheredado de la fortuna, á quien asedian las temibles asechanzas de los feroces enemigos.

Por el ensañamiento de los señores feudales, por la opresión de los infelices que no disponían de medios de defensa, son precisamente, odiosas las mo-

narquías, y más si pertenecen á un régimen autocrático absolutista. Bajo sistemas en que hay distinciones de sangre, siendo todos los hombres de la misma procedencia; en los pueblos de gobiernos azules, en que sólo los pergaminos valen y tienen derecho, es inconcuso que existen el martirio y la opresión, porque allí, ante la ley, existen los caballeros de capa y espada y la distinción de clases.

En esos Estados aun no se ha podido comprender cuál es la dignidad del hombre. Allí hay dos grupos: el hombre-caballero y el hombre bestia, ó lo que es lo mismo, el hombre-señor y amo y el hombre-esclavo; el hombre magnate que pisa altivez, orgullo y soberbia, encaramado en su trono de poderío, y el hombre que, sin conocer sus derechos, yace postrado de hinojos á los pies de su igual, constantemente.

En pueblos de tal índole, caben bien las distinciones y los privilegios, aunque sus magnates sean siempre criminales—como de hecho lo son—y unos infames victimarios; porque allí faltan, el decoro en el rostro, la vergüenza en el alma y la indignación en el pecho: aquellos hombres son hechos para tolerar los ultrajes, sea por voluntad, sea por falta de fuerzas, y no tienen la sangre de Bolívar en las venas, ó el empuje de Morelos en el corazón, para sacudir el yugo de tanta opresión. Por lo mismo, los esclavos, ó subyugados, se sienten honrados con ser palafreneros ó caballerangos de tal ó cual duque de sangre real, y besar los zapatos de un señor cualquiera.

Pero aquí no habrá quien acepte esta vil condición de aquellos miserables entes, y la ley establece la igualdad entre todos sus devotos. Allá la ley es

un vilipendio, aquí es una garantía; allá oprime á unos y favorece á otros, aquí los arrasa á todos por igual; allá establece distinciones y privilegios, aquí no hay más distinción que las acciones buenas: la virtud y el heroísmo.

En países así constituídos, se concibe que no todos los habitantes tengan ingerencia en las cuestiones públicas, porque la ley monárquica señala á sus hombres de Estado y entre ellos quedan el sigilo y el manejo de la política; el pueblo se conforma con contribuir y callar: su condición es dar y no exigir...

Mas, según nuestra Constitución, entre nosotros ese proceder sería una utopía, un acto delictuoso, penado por la ley. Tal es la esencia de la república de Platón. El pueblo es el único soberano y no habrá quien coarte sus acciones: para el ultraje, la usurpación de los poderes, adulteración de los preceptos constitucionales, la infracción de la ley, ataques á las garantías individuales, allí está la revolución, que es la justicia del pueblo. ¿Quién sería capaz de resistir las iras de las multitudes? Ellas forman el pueblo. Y estas multitudes suelen trocarse en fieras humanas, perder el juicio y beber la sangre de sus semejantes: tal lo hicieron los guillotineros del 93.

En cambio, si las mismas masas populares ven á un gobernante probo y cumplido, lo admiran y le levantan estatuas, en las que perdura su memoria á través de los tiempos y las edades.

Y éstas son las que forman los pueblos republicanos.

VI

Sin embargo de los defectos de raza, pues, opino por la república y que todos los ciudadanos tengan ingerencia directa en la política. Si carecen de educación republicana, eso no debe extrañar á nadie: nuevos completamente, nacidos ayer, no podrían ser unos republicanos modelos; pero si se los educa, si se los enseña sus deberes, es claro que aprenderán bien pronto á entrar en el ejercicio completo de todos sus derechos.

Ahora, por lo demás, tengo entendido que la forma republicana, tal como la concibió Platón, no se podrá implantar en ningún país, por no haber pueblo capaz de un sistema de gobierno que es el extracto de lo bueno, el sumo de lo perfecto y el no hay más allá en cuestiones de gobierno.

Es claro que el gobierno elegido dentro del pueblo y por el pueblo mismo, presenta todas las excelencias imaginables y debe ser superior á cualquier otro, por bella que sea su esencia. Igualdad en todo y para todos, menos para los delincuentes, en verdad que esto es halagador y casi divino, porque en ese principio esta incluída la ley más sabia que concebir puede la humana inteligencia.

Por otra parte—concedida nuestra imperfección en el caso—¿se creerá que, entendida la república platoniana, haya pueblo en el mundo, por más viejo y dispuesto, que sea mejor que el nuestro, á pesar de ser nuevo, para sobrellevar con entero decoro la for-

ma de un gobierno tan perfecto? ¿Acaso sólo nosotros, los latino-americanos, somos los más indignos é imperfectos para el sistema democrático? Creo que no. En peores condiciones que nosotros están las repúblicas de otro origen y de otra raza. Estoy por repetirlo, de una vez, que no existe pueblo en el mundo, por más civilizado que se lo suponga, apto para ser republicano en toda la extensión de la palabra. Más ó menos malas son todas las repúblicas conocidas. Igual es la gran República del Norte, con sus sabias leyes y todo, el frío temperamento de sus ciudadanos y la condición especial en que se encuentran éstos, no es modelo, ni mucho menos. Halagada con los arrullos de su poderío y grandeza, sonreída y favorecida por una inmigración vasta y seleccionada, rodeada de muchos elementos de pacífica labor industrial, mecida por los sublimes tumbos de progreso; y con estas condiciones y todo, no se podrá llamar ni enorgullecerse con el pomposo título de «república perfecta.» No es república completa en donde se *lincha;* que el pueblo, por más soberano que se lo suponga, no puede hacerse justicia por su propia mano.

Con Francia pasa lo idéntico. Allí no hay *linchamientos,* pero hay expulsiones; y en vez de que el pueblo haga valer sus derechos, el gobierno es omnímodo y hace lo que su santa voluntad le dicta. Allí acontece lo que la razón no se explica: no habiendo delito que perseguir, se aplica la ley del destierro á los mismos ciudadanos, quienes, de cualquier modo que sea, si han cometido algún acto punible, deben ser juzgados por los tribunales comunes, mas

nunca lanzados fuera de las casas y embarcados cual mercaderías que se exportan al extranjero. Los gobernantes franceses castigan á los hijos del país cual si fuesen extranjeros reos de delitos políticos. ¿Y esto es estar constituídos bajo el régimen republicano?

Registrad la razón de sana filosofía, y veréis que esto no es sistema republicano ni algo que se lo parezca, porque no existen los respetos mutuos, ni la igualdad ante la ley. Esto es simplemente el más refinado salvajismo republicano, es el colmo del abuso y de la arbitrariedad, es.... el libertinaje en el grado supremo de su desarrollo.

Incuestionablemente, siendo ambas repúblicas las más respetables y grandes del globo, si ellas han de servir de modelos, es preferible que acá ignoremos nuestros derechos y vivamos ajenos á la política, entregados á labores más tranquilas.

Que se le ilustre al ciudadano y se le haga comprender su papel, y yo seré decididamente de opinión que en México habrá grandes hombres de Estado. Pero, alejado el pueblo de toda lucha pública, cuando se lo llama, teme y no acude, ó se entrega á actos de arbitrariedad y abuso.

Seamos ó no capaces de ejercitar nuestros derechos constitucionales, una vez que estamos bajo la benéfica sombra de un sistema de gobierno del pueblo y para el pueblo, habría una sacrílega utopía en ejercer coacción sobre la voluntad popular, para imponerle la de los ambiciosos de mando y sedientos de dinero. Que el pueblo, bien dirigido, sabrá hacer lo que debe, sin peligro: á fuerza de tantos golpes,

ya está en disposición de saber lo que le conviene.

Preparada así la muchedumbre, iremos escalando la perfección y seremos pueblo verdaderamente demócrata, ya que ésta es la única forma de gobierno que dignifica al hombre, el ente más preclaro de la creación; pues todas las demás son odiosas y detestables para quien se estima con ardor en el pecho y decoro en el alma.

Pero dejad que el pueblo se acerque y tome parte en la disquisición política, porque tiene derecho para ello, porque es soberano y él quita y pone gobiernos; de lo contrario, lo habréis herido, reduciéndolo á su antigua condición de esclavo tributario; y, puestos los pies sobre sus derechos, habréis hecho trizas la ley fundamental de la república. Mas si sus miembros ejercen todos sus derechos, entonces seréis los grandes repúblicos.

CAPITULO III

LO QUE SON LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y EL PAPEL QUE DESEMPEÑAN EN LOS GOBIERNOS ACTUALES.

I

METAFÍSICAMENTE considerado, el hombre es un ser eminentemente sociable, á tal grado, que este es un punto esencial en su constitución. En esto están acordes todos los filósofos, no importando la divergencia de opiniones y pareceres sobre sus destinos postrimeros, ni sus teorías sobre el origen y final puesto del ente pensante. Habrá habido grandes discusiones desde Platón y Aristóteles, padres de la filosofía pagana, hasta Comte y Spencer, que lo son del positivismo moderno; pero, á través de los siglos, nadie ha osado negar la necesidad que tiene el hombre de la vida social. Antes, por lo contrario, todos sus sistemas tienden á establecer principios de sociabilidad y perfeccionamiento en el ser humano. Y reglas y leyes todas allí convergen.

Huelga, pues, extenderse en demostraciones de este género, toda vez que ellas están á la vista y fuera

de toda discusión. Desde el Paraíso hasta el día, vemos la sociabilidad en el hombre. A poco de surgir su noble y gallarda figura á impulso del soplo divino, se impone con la majestad de rey en medio de todos los seres creados. El, altivo y bizarro, pasea como soberano en medio de aquel jardín de inefables delicias. Pero, único en su especie, no parecía estar completa su formación, faltaba algo de vital importancia: algún ser semejante que le hiciere compañía.

Ese algo surge, no como él, de la nada, sino de su propio ser, á fin de que los vínculos fuesen eternos. Recordando que el nuevo ser era parte de sí mismo, las relaciones no podrían interrumpirse, porque el trastorno entonces equivaldría á la guerra que se suscitare entre los órganos de un mismo cuerpo, ó los miembros de un mismo organismo.

Desde entonces, la venida al ser del complemento del hombre puso el primer escalón para la familia, y quedó constituída la sociedad humana.

Su origen es el mismo origen del hombre; su antigüedad data de los primeros días del mundo; su duración será la de aquél y la de éste; porque las vidas de ambos están vinculadas entre sí.

He ahí, pues, cómo tuvo origen la sociedad: Adán y Eva formaron la primera sociedad del mundo; y si para ellos, que nacieron dichosos, fué indispensable la vida social, ¿dejará de serlo para los que hemos venido al mundo predestinados á la lucha, desde un principio, y presintiendo naufragios ó derrotas?

El corazón del hombre, aislado, es capaz de perecer por asfixia, por falta de luz y aire, porque ambos elementos son la vida. Y en el lenguaje filosófico-so-

cial, ¿qué cosa es la luz? ¿Qué el aire? Al sentir de los pensadores sociólogos, las palabras luz y aire tienen que significar comunicación y trato con los demás.

Compuesto el hombre de alma y cuerpo, cada una de las partes componentes necesitan sus respectivos elementos de vida: las substancias que nutren al cuerpo son los alimentos que fortalecen y hacen desarrollarse á las partes orgánicas que circulan por la sangre, dándoles calor y vida. Pero el alma ¿carece de elementos de nutrición? ¿O vive con la misma fuerza que sostiene al cuerpo?

Esto es imposible. Una substancia incorpórea, una forma intangible é inmaterial, no puede amalgamarse ni sufrir la mezcla de un cuerpo material. Que si el alma tuviese las cualidades de un cuerpo orgánico, sería lo que éste, finita y perecedera.

Pero, á estas alturas filosóficas, sostener los principios del paganismo, es retroceder y lastimar la memoria de los eminentes filósofos de la más pura escuela metafísica. Por lo mismo, son odiosos Darwin y Krause.

Se alimenta el cuerpo con lo idéntico á su formación, con substancias orgánicas; porque, siendo él capaz de descomposición, cuadra su esencia con los cuerpos susceptibles de ello. Mas el alma, esencialmente metafísica, indivisible, infinita, refractaria por esencia á las substancias orgánicas, rechaza éstas y su intangibilidad no puede admitir la descomposición de los cuerpos susceptibles de cambio y extinción.

Pero de ahí provendría la duda de los filósofos materialistas, como Epicuro; de cómo es posible el nexo

entre dos entes de constitución metafísicamente diversa. A lo que hay que contestar con los argumentos de Santo Tomás.

Basta lo expuesto, para manifestar que, si el cuerpo necesita alimentos para no perecer, el alma también los ha menester, y ellos son de un orden rigurosamente moral.

Son del dominio del cuerpo la alimentación, los ejercicios atléticos, los principios de la higiene, funciones que contribuyen al desarrollo de los órganos. Son del dominio del alma los ejercicios morales, las discusiones intelectuales, y todo lo que puede ser un estímulo para el hombre, basado en la virtud.

Tal es la constitución del hombre.

II

Pero es imposible que funcionen ninguna de las dos partes constituyentes del ser inteligente y libre, para llenar todas sus necesidades, si no cuenta con la cooperación de los que lo rodean: solo, aunque tenga los medios necesarios, no cumple con su papel. Esle indispensable la ayuda de la colectividad, á fin lograr el objeto.

Para adquirir algo, se echa mano de algún amigo. Cuando la suerte es adversa y el ánimo está postrado, no faltará el dulce consuelo que nos brindan los sonrientes labios de algún pariente, quien dulce y tiernamente nos alienta.

¿Qué tristeza puede disiparse, cuando no se cuenta con una alma compasiva? ¿Cuántas veces perse-

guidos por la veleidad de la fortuna, estamos á punto de perecer de hambre, y entre sueños contemplamos la sublime figura del ángel de la caridad, en forma de una mujer escultural y divina?

Bien se ha dicho: el hombre, para valer, necesita de otro hombre. En términos filosóficos, esto quiere decir: el hombre, nacido para vivir en sociedad, á fin de poder tener quien le ayude en la corta jornada de la vida, esle imposible desempeñar el papel que le corresponde, solo. Por esto mismo los proscriptos son unos seres desgraciados é infelices, dignos de compasión y lástima, porque ellos cruzan por el mundo en la indigencia, sin una mano amiga que les prodigue ni una caricia, ni tampoco un pan.

Las almas solitarias, que navegan surcando las turbulentas olas de la sociedad humana, sin quien acuda á salvarlas del seguro naufragio ó de la inminente zozobra, me arrancan del pecho hondos suspiros y de los ojos gruesas lágrimas, porque no hay más triste ni digna de conmiseración que la suerte que corren los huérfanos. ¡Por eso me conmueve la soledad de los sepulcros! . . . .

Hay necesidad de vivir en sociedad, porque las reuniones son la vida; sin ellas, perecería la humanidad.

III

Esta sociabilidad es por lo que se refiere á la necesidad moral; pero existe otra razón poderosa para la vida social. Lo expuesto corresponde á una fuerza íntima, á un impulso innato, á un sentimiento de familia.

Se nace entre sonrisas y besos, los cuales se extrañan si llegan á desaparecer; y forman un influjo moral sobre el individuo, acabando con él, si faltan. Besos y sonrisas se reciben al borde de la cuna, que, entre caricias maternales, se mece, besos y caricias nos rodean hasta la emancipación. Todos estos halagos nos acostumbran á lo mismo, y hacemos después lo que nos enseñan á hacer.

Esto es tierno, es de fuerza moral sobre el corazón; porque lo engendran los sentimientos del hogar. Se impone, porque es intuitivo todo esto.

Pero, para la sociabilidad, existen argumentos de mayor peso, razones más graves y poderosas, y éstas pertenecen á la necesidad de la defensa.

Desde la caída aciaga del primer hombre y el fratricidio de Caín, la especie se dividió en grupos y familias, para venir más tarde á constituirse en tribus, y éstas en pueblos. Corriendo los tiempos, y á través de la multiplicidad humana, surgieron las desavenencias entre tribus y pueblos, ya sea que la raza iba degenerando, desconociendo su mismo origen, ya sea que sus miembros iban tornándose díscolos y agresivos.

La explicación parecía natural, máxime si se tiene presente el rápido desarrollo de la especie humana y el poco recinto superficial que tenían como terreno habitable. Es probable que las reyertas hayan provenido por cuestión de intereses, ó rivalidades de cualidades y condiciones propicias de grandeza; pues, caído el hombre, pudo tener al frente todo lo bueno y todo lo malo: si antes sólo lo primero conocía, ya pecador, palpaba lo uno y lo otro, y era más inclinado á lo segundo.

Las pasiones están siempre despiertas por los delirios de grandeza, porque entre las cualidades morales del alma, la que más se arraiga y se desea, es la superioridad, como que sólo el que sobresale en virtudes entre los demás, es el que cumple con su destino. El alma tiende á lo superior, porque el Ser Supremo la llama, El la formó y participa de su esencia divina. Por lo mismo, las tendencias á lo grande se agitan siempre en el corazón del hombre, y no tolera que otro le supere en este sentido: á todo el que pretenda sobrepujarle, le toma odio y rencor profundo, y, traspasando el límite, atenta contra la vida del prójimo, porque le indigna su superioridad á él.

Algo parecido le pasó á Caín: furioso porque su hermano Abel era mejor que él, le quitó la vida.

Fresca la memoria de este fratricidio entre las primeras tribus pobladoras del mundo, les quedó el recuerdo de la imitación. A medida que crecían, las disputas iban en constante aumento, porque los intereses enardecían más y más las pasiones y los ánimos.

Es evidente que de allí tuvieran que surgir los pleitos y las dificultades; y para tener la victoria más segura, los miembros de un mismo tronco establecían pactos de alianza para repeler ó atacar al enemigo.

De este modo, lo que antes se hacía como necesidad de familia, después tomó el carácter de necesidad de intereses. Más tarde, se llegó á hacer la alianza aun con distintas tribus, por razón de Estado, y la mayor ó menor fuerza de cada alianza, era la que se imponía, siendo como una especie de fortaleza para contener los atentados ó los avances de los invasores.

Terribles luchas, á cuerpo limpio, se sostuvieron entonces. disputando algún pedazo de tierra; y época hubo en que, olvidando por completo los intereses ultraterrenos, los habitantes del mundo sólo defendían los terrenales, porque ya ni memoria tuvieron, en su peregrinación, de Dios. En situación tan lamentable, todo se redujo á luchas de unos contra otros, invadiendo posesiones, pretendiendo cada pueblo ser más grande que el otro, para imponerle leyes y reducirlo á la mísera condición de esclavo.

Entregados al más desenfrenado vandalismo estaban, cuando sobrevino la universal inundación, en la que perecieron hombres, intereses y todo. A algunos pies de altura subió el agua, albergando en su seno cuanto en la tierra había; flotaban los cadáveres á impulso de la fiera marea de las ondas, como la hoja que arrebata el viento. Y sobre la superficie turgente de aquel mundo de aguas, surcaba tranquila la barca del único recuerdo de la especie humana: era aquel ser el justo Noé, que por orden divina se había encerrado en aquella nave con los suyos.

Bajadas las aguas, seca la tierra, saltó á ella el hábil piloto con sus hijos y haberes.

Y volvió á poblarse el mundo: cada vástago de Noé formó una familia, del seno de la cual nació un pueblo. Llamados los tres hijos de Noé Sem, Cam y Jafet, cada tribu tomó el nombre de su fundador, y se dispersaron de nuevo los hombres por la ancha faz de la tierra conocida hasta entonces.

Sem, pobló el Asia; Jafet dió origen á Europa, y Cam extendió su prole por el Africa. Los pueblos

formados tuvieron los caracteres de sus fundadores: á través de los habitantes de cada pueblo se legan las cualidades de su jefe. Por esto el asiático es sumiso y con tendencias al imperlo; el africano, bajo y cruel, y el europeo, altivo y con el poder de la invectiva, propenso á los frecuentes cambios de vida y gobierno. También el asiático es de elevada imaginación, soñador, afecto á enseñorearse y á tener esclavos á sus pies y muchas mujeres á disposición. El africano es incapaz de discurso; para mejorarse, tiende siempre al salvajismo. El europeo es amante de la libertad; aunque viva sujeto é imposibilitado, siempre aspira á sacudir el yugo y á proclamar los principios humanitarios.

A esta última estirpe perteneció el pueblo hebreo, porque de él nació Europa; y todos los que descienden de esa raza tienen las mismas pasiones: ardientes hasta la locura, grandes hasta la sublimidad. A ella pertenecemos los americanos.

Pero aun divididos los tres hermanos, hijos de Noé, los miembros de cada uno formaron grandes pueblos, que procuraban unirse para rechazar las amenazas de los otros dos, si pretendiesen invadir sus dominios. ¡Siempre el espíritu de unión por los intereses y para defender los intereses!

IV

Tal es el origen y tal es la razón del espíritu de sociabilidad. Ambos remontan á los primitivos tiempos de la humanidad, porque su necesidad tuvo principio con la caída triste del primer hombre.

Es incuestionable que, atendido lo embrionario de aquellos pueblos, nada había perfecto entre ellos, mucho menos el espíritu de asociación, idea de las más difíciles de las sociedades modernas. Si aun en el día no llegamos á un grado pluscuamperfecto en ese sentido, érales imposible tal grado á aquellos pueblos de instintos antisociables.

Pero, en todo caso, cierta sociabilidad, aunque bien imperfecta, existió; y la idea de lo bueno y de lo malo debe ser relativa, por cuanto su concepción depende de la mayor ó menor cultura intelectual.

En los tiempos modernos, entendida la gran cultura de civilización á que hemos podido llegar, el espíritu de asociación es más perfecto y el sentido de la palabra más amplio; no sólo se procura la unión entre los descendientes de un mismo tronco, sino también entre personas allegadas por las simples relaciones de amistad, ó animadas por los mismos sentimientos humanitarios, á fin de ir en ayuda del desvalido.

En una catástrofe, sin distinción de ideas ú opiniones, todas las personas de generosos sentimientos se unen para socorrer al indigente. En una quemazón, en una inundación ó en cualquiera otra calamidad que agobia á algún pueblo, se juntan aun los elementos divergentes para salvar al oprimido, proporcionándole pan y hogar, en recompensa del pan y hogar perdidos.

Sólo que se necesita para estas asociaciones modernas algún punto común entre los socios; algún sentimiento que los pueda afectar por igual. En las grandes catástrofes, el punto de contacto es el ejer-

cicio de la caridad, porque ella es innata en el corazón humano, y mueve á todos á un mismo tiempo.

Estas consideraciones de un orden abstracto, pueden tener aplicación en los casos concretos; porque en las asociaciones, sean ó no piadosas, se persigue un fin, el cual suele ser de vital interés para uno ó para muchos. Si el interés es de uno, no hay necesidad de asociación, puesto que por sí lo puede conseguir. No pasa lo mismo cuando en el mismo fin están interesados muchos; en este caso se juntan todos los elementos aislados, para formar un todo, y de este modo facilitar la consecución pronta del objeto deseado.

A este orden de cosas pertenecen las cuestiones políticas.

V

Ni la caridad, cuyas acciones se procura que se prediquen en las sombras, á fin de que «la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha;» ni los intereses individuales, cuya custodia y conservación es de derecho divino; ni las cuestiones religiosas, que han sido causa de innumerables derramamientos de sangre, de luchas sin cuento y de sangrientas guerras, agitan tanto los ánimos, despiertan las pasiones y fomentan rencores y odios, como los asuntos que se relacionan con la política. El hombre social, el hombre religioso es distinto del hombre ciudadano. El primero tolera todo, sufre todo, calla todo y todo lo sobrelleva con prudencia y calma, imponiéndose la resignación, triunfando el raciocinio, batien-

do palma la lógica. Pero el segundo jamás puede resignarse ni quiere tolerar á nadie; á todo trance desea su propia victoria, imponer su voluntad é implantar su capricho. El no argumenta ni conoce la razón: el Estado pide, hay que darle al Estado algo que no impugna su credo y tenga intimidad con su creencia, con sus principios y con sus ideas.

Todos los hombres perdonan, olvidan y relegan á la fatalidad y al acaso lo que ya pasó; pero el político, el estadista de ocasión, el que desea mando para imponerse, el de las tendencias al gobierno, ese..... ni olvida ni perdona. Derrotado y vencido, es provocativo y hierve en su pecho la venganza; triunfante y vencedor, es déspotá y abusivo, arbitrario y hostil.

A los políticos, habladles de ciencias, artes y religión, y no pretenden humillar á nadie, ni tienen aspiraciones á superar; mas tocadles cuestiones de política, contradecidles en su credo y manera de ser en asuntos de gobierno, y tendréis, en vez de hombres de razón y sentido, fieras humanas: tiemblan y rechinan los dientes y toman una actitud feroz y amenazante.

Tales son los hombres de política.

Y, no pudiendo obrar solos, se buscan y se convocan para reunirse, porque saben que de la unión nace la fuerza.

De ahí nacen también los partidos políticos.

Cuando esas agrupaciones se componen de hombres de talento, para atraer á las masas, se convierten en verdaderos predicadores: son filósofos que andan buscando prosélitos y conquistando partida-

rios. Veces hay en que pueden contar en sus filas millares de personas, y todas ellas tienen sus propias tendencias, las mismas miras, y aspiran á los mismos fines.

¿Cuál es el objeto directo de los partidos políticos? Claro está: quieren gobernar, quieren los destinos del pueblo, las riendas de la república.

Como en todo ha evolucionado el mundo, en política ha llegado al colmo del progreso. Estos mismos partidos, que, por ideas religiosas ó cualquier otro motivo, arrojaban á un país en una guerra, obedeciendo á la voz de mando, ahora son los únicos dueños de las naciones y el azote más temible de los gobiernos, aunque en el día han trocado la espada por la pluma, la guerra de sangre por la tribuna parlamentaria. Ya no son los guillotineros de Francia, que bebían la sangre de sus rivales, ya no los garibaldinos, desalojando las tropas pontificias de Roma, dando el audaz golpe contra el poder temporal de los Papas; ya no los feroces jacobinos que todo lo devastaban, como bárbaras hordas salvajes, al arrojarse sobre su presa: de aquellos fanáticos políticos apenas sí quedan reliquias. Ahora, aunque es tenaz, la pelea es de otra índole: levantan pueblos, arman ejércitos y cambian sistemas de gobierno, con sólo el poder de su palabra.

A tal grado ha llegado la evolución en achaques de política.

Los partidos políticos saben movilizar ejércitos, porque ellos forman los ejércitos más disciplinados; saben mandar gente al combate, porque ellos son los primeros combatientes; saben gobernar, porque han

sido gobernados. Ellos son jefes y subalternos, generales y soldados, y pueden, en momento dado, hacer rodar doctrinas y sistemas, caciques y magnates.

También, sin presentar cuerpo de combate, influyen en el ánimo del pueblo, porque los partidos se componen de todas las clases sociales, y tienen adictos tanto en los palacios del poder como en las cabañas de los humildes pastores. Cuentan con elementos sabios y con personal escogido. Cuando ellos quieren, pueden obrar con presteza y hacer cambios, para los cuales no escatiman ni fuerza ni dinero.

Si antes era su obra destructora, ahora lo es de construcción; y el país avanzado es aquel que cuenta con partidos políticos más poderosos y disciplinados, porque con ellos dispone de elementos de consejo y de elementos de combate, y unos y otros lo harán encarrilar por las amplias vías del progreso.

De manera que no puede ser más poderoso ni más noble el papel que desempeñan los partidos políticos en las naciones modernas: de ellos nacen los jefes de Estado y el personal de los gobiernos, y de ellos depende el destino de la república. Por lo mismo, mientras más disciplinadas sean sus filas, más útiles serán á los países en cuyas luchas intelectuales toman parte.

Entre nosotros salta á los ojos su conveniencia. Si en Europa son necesarios, en la América son de necesidad primaria, porque los pueblos jóvenes son más fogosos que los viejos, y requieren más calma y tino para contener sus impulsos bélicos. Sin grupos directores en política, retrocederíamos en nuestra marcha evolutiva.

La dificultad está—admitida la bondad de los partidos políticos—que ellos estén animados de un espíritu protector de los derechos del pueblo, según la inteligencia constitucional de la república. Si, efectivamente, aman á la república, tienen que amar y respetar al pueblo que la constituye; de lo contrario, serían unos apóstoles mentidos, unos falsarios é impostores, de la ley los más temibles enemigos.

En política pasa lo que en los hogares: para el mejor gobierno de éstos, se reparten los cargos entre los diversos miembros que los componen.

Así las cosas, los partidos son útiles é indispensables en nuestro país también, porque tienen que ser los mentores del pueblo y enseñarle sus obligaciones y sus derechos constitucionales.

Cuando se formalicen bien las diversas facciones políticas existentes y formen verdaderos congresos, entonces cesa el estallido de los cañones, para oírse la voz del orador parlamentario, predicando á las masas los beneficios innegables de una paz estable; y ese grito tribunicio será saludado con las salvas que producen los silbatos de las locomotoras, deslizándose sobre los rieles de un ferrocarril que acorta las distancias, y los de las fábricas industriales, que anuncian la labor tranquila del hombre que se gana el pan con el sudor del rostro en las arduas tareas de la lucha por la vida.

¡Tal sería el producto de los partidos políticos bien organizados!

CAPITULO IV

¿CÓMO ENTENDEMOS EN MÉXICO LA POLÍTICA?

I

ESTE capítulo es consecuencia directa de los dos anteriores; porque habiendo tratado la política en sentido genérico, y de las influencias que ejercen sus diferentes partidos en las sociedades modernas, marcando el papel que desempeñan, es inconcuso que, refiriéndome á México, para cuyos habitantes escribo y cuyos asuntos toco, me vea en la imprescindible obligación de ver cómo entendemos la política aquí y cuántos son los partidos militantes que se mueven en su torno; unos, callados, rompiendo platos en la quietud, y otros haciendo alarde de gente de talla y talento.

Exponer ideas de un orden meramente abstracto; apuntar las cuestiones que se suscitan en el seno de Europa, es tarea que deberíamos dejar, ó á los filósofos ó á los escritores de allende los mares: ellos son quienes pueden—y deben—salir al frente de asuntos lejanos de nosotros. Que si dí una ojeada ge-

neral en esta obra á las tales cuestiones, ha sido en fuerza de la narración histórica, y porque esme imposible prescindir del roce con las cosas del viejo mundo, cuando su historia sirve de pedestal á la nuestra; nuestro origen descansa en su fin: cuando la luz allá se hunde, aquí brota; cuando allá se apaga, aquí surge; cuando allá pálida se extingue, aquí fulgorosa nace.....

Quiero decir con esto, que, estando nuestra vida vinculada con las naciones adustas que al otro lado de las aguas—en el Levante—se alzan orgullosas y altivas, coronadas con las mil glorias de sus formidables escuadras, tenemos que recordar sus hazañas y hacer mención de sus cosas, pues los jóvenes tienen que seguir el ejemplo de los viejos.

¿Qué historia, qué filosofía hemos podido aprender por nosotros mismos? Aunque no somos culpables de ello—aquí no recrimino á nadie—es preciso reconocerlo; si de allá no nos viene algo, nada tendríamos, por la sencilla razón de que nadie puede dar lo que no tiene. Y ya que hubimos necesidad de maestros, urge confesarlo. ¿Tal proceder nos degrada? Creo que no, pues ninguna culpa lleva el hijo en venir al mundo después del padre, ni que éste sea malo ó bueno.

La fatalidad, el destino ó el acaso, en todo tiempo, serán los culpables, y nunca quien no ha sido consultado para venir del no-sér al sér. Es probable que, si mediara la propia voluntad, ninguno estaría conforme con su suerte, máxime si es deplorable y no tiene ningunas comodidades que prodigar.

Con origen y todo, con historia y todo, con filoso-

fía, artes, ciencias y todo, tenemos que reconocer la procedencia de la marca. Que si ella es de buena ó mala calidad, es asunto de otra clase de estudios, que no son de este lugar.

Todo lo cual me hizo delinear las anteriores consideraciones generales. Pero yo me preocupo por las cosas propias.

Entremos en materia.

II

Sabido lo que es la política, en México, ¿la entendemos tal cual debe ser? Dados los caracteres abstractos que la distinguen, ¿sabemos ser políticos en toda la extensión de la palabra? ¿Somos capaces de ser unos políticos verdaderos?

Resueltas las anteriores preguntas, podré fijar los verdaderos puntos de la cuestión.

1.—Es incuestionable que, de una manera satisfactoria para el amor patrio, no tiene resolución la primera pregunta. Atribúyese ello á lo que se quiera; lo cierto es que la resolución no halaga mucho.

¿Entendemos en México la política tal cual debe ser? ¿La conocemos bien?

En otras palabras más cortas y precisas: ¿Conocemos la verdadera significación de la palabra *política?*

Tal es la cuestión. Concluir desde luego que la conocemos y la entendemos, es halagador para el patriotismo. Y en este caso, ¿el verdadero patriotismo es la mentira? ¿Patriotismo es sinónimo de

falsedad? Que si para ser patriota hay que ser hipócrita y faltar á los sagrados fueros de la verdad, opto por no pertenecer á tan «honroso» gremio.

Que la palabra *política* incluya la mentira disimulada, es tolerable; pero creo que el patriotismo no participa de ella; antes, al contrario, una y otra idea se excluyen, como el aceite y el agua, el aire y el fuego.

Desgraciadamente, aquí no entendemos de política ni media letra, como el lego no entienda de misa ni la media.

Por lo que respecta á ideas genéricas, ya he hablado largo; debo entrar en otro orden de consideraciones.

2.—Entre nosotros pasa lo distinto que entre nuestros ascendientes: los españoles parece que no pueden vivir sin las cuestiones políticas; y, aunque tampoco entienden nada, ellos no pueden prescindir de la monomanía política. En España, como aquí se venden cacahuates en los centros productores, se multiplican los políticos.... de pacota; pues verdaderos políticos hace más de cien años que no los ve la madre-patria: que si políticos tuviere en la actualidad, vería nacer el sol en sus dominios, del mismo modo que antes «no lo vió ponerse.» Pero, allá, como aquí, se cuecen habas, y..... sigue el quijotismo, el cual podrá ser sublime, ideal; pero de ningún modo útil y práctico.

¡Quién me dijera que en España hay más hombres de política que labradores! Y es lo cierto, así como lo es también que, en achaques políticos, los iberos están en embrión. Por los mercados, en las plazas

públicas, calles y templos, se oyen más ó menos acaloradas discusiones sobre política; y andantes y escuderos—usando su propio lenguaje --quieren resolver cuestiones candentes de gobierno. ¡Eso sí! llegan los asuntos de Cuba y Filipinas, y todos se sumen, aceptando la deshonrosa venta. Antes de aquella malhadada guerra, ardiente patriotismo, deseos vehementes de tomar por asalto á Nueva-York, San Francisco California, é ir derecho hasta el Capitolio, izando allí la enseña de rojo y gualda; pero declarada la guerra, ¡oh vergüenza! ¡oh memoria ultrajada de los españoles de Lepanto y Bailén! toda ilusión se disipa, todo ardimiento se apaga y todo entusiasmo se torna en compasión y lástima.

Mas ¡oh dementes! ¿Con qué querías hacer tanto desaguisado? ¿Acaso los gobiernos débiles son para hacer frente á las voluntades de hierro, pertrechadas con formidables muros de barras de oro? ¿Qué pueden las carabinas de sistema viejo contra los cañones poderosos de los acorazados? ¿Vencerá el manso arroyo á la tempestad rugiente que se desempeña en el mar?

Habíais ido á la lucha con patriotismo, pero sin armamento y voluntad que os sostuviera: tenías un corazón heroico, bravo, valiente; pero ¿de qué sirven estas cualidades, cuando hay un gobierno que vende?.....

Sin embargo, los españoles querían llegar hasta Washington, atravesando el mar con cuatro buques de madera vieja, tripulados por esforzados marinos. Pretendían resucitar los hechos de Cortés, sin comprender que las naves de éste se dirigieron á ame-

ricanas playas HACE CUATRO SIGLOS y contra un pueblo, aunque denodado y valiente, que no disponía de elementos de lucha; y no es lo mismo CONQUISTAR CON LA CRUZ Y EL EVANGELIO, que con las modernas ametralladoras de tiro rápido y gran alcance.

¡Estos son los políticos españoles de hoy! Al son de la guitarra y al estampido de la cidra, no se hacen guerras, ni es posible que resuciten Carlos Quintos ni Churrucas. Una cosa es bailar flamenco, y otra empuñar armas modernas de combate. Para esto, hay que progresar, dejando bailes y quijoterías.

¡Pobre España!

3.—También nosotros imitamos, en todo ó en parte, á nuestros ilustres colegas: somos patriotas de palabra y políticos.... de ocasión. Algo habíamos de heredar, aunque sea lo malo, por ser lo más fácil y susceptible de imitación.

Hasta que no haya una completa transformación de raza, no es posible tampoco adelantar. Nuestros benditos antepasados sólo nos dejaron rencores y odios, rencores y odios que no ha sido fácil olvidar, como nunca podrá olvidar el esclavo la cadena que trajo al cuello por muchos años. Agobiados bajo el peso triste de la opresión durante tres siglos, siendo objetos de explotación de moros y cristianos, sólo pudimos aprender á besar los pies de los que, en el nombre bendito y sublime de Cristo, nos ponían la coyunda sobre un cuello ungido por los santos óleos. Dignidad, deberes, decoro, vergüenza nacional, nada de esto se nos enseñó: si algo logramos en este sentido, en verdad que no se lo debemos á los conquistadores, sino á algunos religiosos buenos que solían

aliviar nuestras penas, producidas por la abyecta sujeción.

Ya se verá, pues, si pudimos aprender política bajo el dominio despótico de un señor victimario; enseñarnos tal cosa, sería enseñarnos á proclamar nuestra libertad y romper las ligaduras que nos ataban, dejándonos sin voluntad propia.

4.—Aprendimos, sí, á tañer la guitarra y á cruzar calles y callejuelas á altas horas de la noche, andando en pos de aventuras á la melancólica luz de los desvencijados farolillos, y en torno de las sombrías siluetas que formaban los muros de un convento de novicias ó jóvenes secuestradas de las fuerzas vitales de la humanidad. También nos enseñaron á asaltar las propiedades de un vecino pacífico, y á despojarlo de sus bienes; á prestar al doce por ciento de réditos cada mes; á hacer un negocio del matrimonio; á gritar: ¡pan y toros! á.... ¡qué sé yo cuantas cosas más, propias de los países que retroceden y no avanzan!

5.—En verdad que, con tales maestros, tampoco era posible aprender nada bueno, que no sea jaleo y chicoleos de un quijotismo refinado. ¡Bien conocía Cervantes á su gente!

Con esto, ¿podíamos tener siquiera una idea remota de lo que era política, y conocer nuestros derechos políticos?

¡Imposible! Mal preparados, hemos ido de mal en peor. Hablamos de política todos los días y en todos los lugares, pero no sabemos ni lo que hablamos. Parecemos al loro de la fábula: él cantaba, pero no sabía lo que cantaba.

Y ahora estamos mejor, debido á que, cansados de intrigas palaciegas, hemos podido estudiar un poco más, y, si no del todo, algo vamos entendiendo de política.

6.—Marean mucho con las discusiones algunos individuos que forman sombra á determinados personajes. Siempre se los oye emitir opiniones, y son en realidad los que menos entienden lo que discuten.

Casos de estos, son frecuentes.

7.—Tanta ignorancia se debe á que los políticos son de ocasión y no hay escuela política entre nosotros. Se ha creído que, con lastimar á este ú otro personaje, está concluída la carrera. La que más se distingue en este caso, es la prensa, en cuyas filas, según veremos más adelante, militan perfectas ignorancias, hombres sin medios para buscarse la vida de otro modo, y toman el periodismo como la tabla salvadora de un naufragio. Cruzad por cualquier lado, y cuando entréis á un paseo, restaurant ó cantina, ahí oiréis discutir, á una turba de bebedores de aguardiente, sobre política: atacan al gobierno, y creen que ya sentaron nombres imperecederos de grandes políticos; creen haber salvado á la república, cuando no son capaces ni de salvarse á sí mismos.

8.—Resueltamente, si hay vocación, no hay estudio para el caso; porque los insultos no hacen á los políticos: hacen á los imbéciles.

¡Tenemos la ignorancia por herencia!

III

Si no conocemos ni entendemos lo que es la política, malamente podemos ser políticos en toda la extensión de la palabra. Sea por la descendencia, sea por lo que fuere, no entendiendo bien el sentido de la política, tampoco sabremos ser hombres de política.

Para hacer una cosa, es indispensable conocerla. ¿Cómo se hará lo que no se conoce? Creo imposible proceder á la ejecución de algo que no sé de antemano lo que es, lo que significa.

Los filósofos establecen, como regla segura é invariable, el conocimiento previo de las cosas, para después discutirlas y resolver las cuestiones que con ellas se cruzan. Lo que equivale á decir, que sin ese conocimiento, no hay resoluciones posibles. ¿Cómo había de estar el adjetivo sin la substancia? Para que exista la bondad, es necesario que antes exista algo que sea capaz de lo bueno, algo que por sí mismo pueda existir: la calificación depende de la substancia preexistente, y á ella se adhiere.

Esto mismo se aplica al caso que tenemos al frente. Política, es la substancia; políticos, la calificación que llevan los hombres que se dedican á ella. Si estos mismos hombres ignoran lo que es la política, ¿podrán ejercer el epíteto que de ella se desprende? Responder por la afirmativa, sería tanto como asegurar que lo blanco puede estar en la oración sin el sujeto á quien deba calificar; ó, lo que es igual, es

atreverse á afirmar la existencia de los entes contingentes sin la previa existencia del Ente Necesario. Tal proceder, en filosofía rigurosa, es una locura, un simple delirio y una audaz demencia.

No es posible, pues, que, no conociendo el principio, podamos conocer las múltiples circunstancias que lo rodean. Ignorando lo uno, es de fuerza absoluta ignorar las demás.

Tal vez, andando los tiempos, ya cuando tengamos educación práctica en una escuela pura y de elevados fines, entremos de lleno en la vida de los verdaderos políticos. Por ahora, tenemos que conformarnos con el epíteto de niños en política.

Tampoco es vergonzoso este dictado, siendo que tenemos un antepasado lleno de tristes recuerdos. No necesitamos los principios de la ciencia política para sacudir el dominio español y reducir á cenizas su bandera de absolutismo; porque el arte de la guerra es, precisamente, la antítesis de la política. Ella ha venido á ocupar el lugar de la guerra, y, por consiguiente, su desarrollo es de los últimos tiempos: donde reina la política, tiene que ser desterrada la guerra.

No se eclipsan nuestras glorias nacionales ni nuestros hechos de armas con que se diga que no conocemos aún la política, ni poseemos sus verdaderos principios.

Hay dos clases de heroísmo: el de las armas y el de la tribuna.

Hay dos clases de grandezas nacionales: el que da el valor que lucha y vence, y el que es hijo del tacto del que gobierna.

Para el primero, bastan el valor y la resolución; porque el que mucho ama á su patria, lleva la ciencia en la sangre que hierve. Para el segundo, es necesaria la estrategia, la astucia de los jefes de Estado: que sepan engañar, prometer y no cumplir, sin faltar al deber. Tal hace el sultán de Turquía con las potencias europeas, cuyos buques anclan ahora enfrente de la Sublime Puerta.

Todo esto constituye la política.

Se dirá entonces que el sultán es un político de gran talla. En verdad que no deja de serlo, desde el momento que ha estado engañando á media humanidad infringiendo leyes, pisoteando tratados internacionales y asesinando á gente indefensa. Y los pueblos europeos ven el cuadro y con una promesa del sultán, quedan tranquilos de nueva cuenta.

Tal vez nosotros, si aprendiéramos algo de la astucia de ese soberano del serrallo, fuéramos, dadas nuestras circunstancias, unos de los mejores políticos del mundo.

IV

Con lo expuesto, difícil es poder concluir que somos capaces de ser unos verdaderos políticos. Para esto, es indispensable lo que queda impugnado.

Emancipados ha poco, tienen que pasar varios años á fin de adquirir capacidad suficiente en achaques de política.

Pero, de cualquier modo, tampoco hay que negar que últimamente han surgido hombres de talla en los asuntos públicos, á cuya prudencia y tino se ha de-

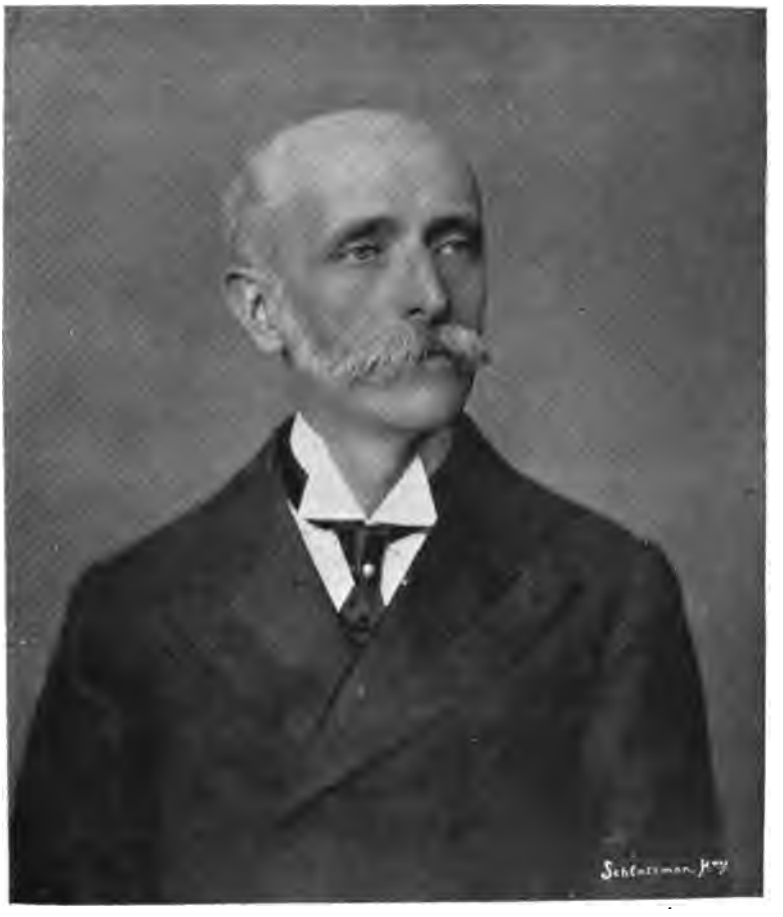
bido la salvación de la república, próxima á la zozobra, por varios motivos de un orden secundario.

Al desconocer que somos políticos, me he querido referir á que, con un pasado tan negro, son muy pocos los verdaderos hombres de política entre nosotros, por más que en las calles abunden los charlatanes de club y casino.

Dada la faz que ha tomado el país, estamos abocados á un perfeccionamiento extremo en este sentido: día llegará—aun no ha llegado—en que seamos gobernados con los principios, en vez de la espada. Por hoy, tenemos que aceptar—esto también lo veremos más adelante—como fuerza legal el filo del acero, pese á quien pesare.

Decir que podemos ser gobernados con la palabra del tribuno, es desconocer nuestros antecedentes de origen y raza, y no tener idea de lo que es un pueblo hispano americano.

¡Así somos políticos!



LIC. JOSE I. LIMANTOUR,

Secretario de Hacienda y Crédito Público.

CAPITULO V

LOS PARTIDOS POLÍTICOS EXISTENTES.

I

Tal vez algunos, que profesan la patriotería por patriotismo, culpen el lenguaje duro que he usado en los capítulos precedentes. Es una herejía hoy pintar los defectos de un pueblo; es un atentado de lesa-patria describir los estragos que causa la ignorancia en una nación viril, pero poco culta. Y todo ello por el mal entendido patriotismo.

Para muchos, lo nuestro es sublime, admirable: las encrucijadas y los asaltos de antaño, aunque hayan sido actos de bandolerismo, penados por la ley, son recuerdos históricos, dignos de respeto y veneración. Las patrullas de ladrones, el desaseo del pueblo, la poca inventiva de los habitantes, los deslices de la «gente profesa,» los raptos y los secuestros de las personas de título, son rasgos de heroísmo que honran los preclaros antecedentes de raza. Las aventuras de mal género, las intrigas palaciegas, las traiciones, los martirios y tormentos, la opresión de un pueblo

bajo un régimen despótico, el relajamiento moral de los que mandaban; todo es grandioso, porque pertenece á épocas pasadas, acreedoras á la gratitud, porque.... aun quedan las señales de sus lecciones en las llagas de nuestras manos, ó en las cicatrices de nuestras heridas, hechas con el látigo domador.

Decir todas estas cosas, es ser ingrato, es lastimar la memoria de nuestros pasados, es ofender el decoro de nuestros padres. Expresar opiniones adversas á los ya idos mandatarios, es desconocer los antecedentes de raza, idioma, religión y costumbres. Declarar francamente contra los vicios de aquella edad fatal, es atraerse enemigos, fabricar adversarios, labrar odios y rencores, y—aun peor que todo—renegar del origen y profanar la sublimidad de aquellos errores, que se ha dado en llamar benditos. Condenar tropelías, ultrajes, perfidias, asesinatos en las sombras, es carecer de corazón, no tener sentimientos ni profesar tranquilidad de raciocinio. Descorrer el velo tenebroso de lo que fué, y exhibir tanta podredumbre ante la historia contemporánea, para que ella juzgue y dicte sentencia, es cometer el peor de los delitos, incurrir en el desprecio de los amigos de esa pléyade ya sumida en la quietud de los sepulcros, sin nombre ni títulos imperecederos de gloria. Predicar á la luz del día tanto hecho punible de las almas muertas, para vindicar los fueros de la justicia lastimada, es caer en la excomunión de los que, en el día, siguen los ejemplos de quienes debieran ser quemados hasta en sus urnas mortuorias.

En una palabra, decir la verdad, no le es dable á un mortal; porque, según los ya expresados filóso-

fos, no hay que mover los hechos idos, que son reliquias de una época llena de episodios románticos. ¡Una monja salvando los muros del convento, para echarse en brazos de su amante, esto sólo forma una página sublime! ¡Un reverendo que de despecho penetra en los recintos de un claustro, porque no pudo conquistar el amor de una cortesana, es un modelo de resignación cristiana!

Tales cosas, no son para referidas, sino para respetadas. ¡Como si la verdad tuviere cortapisa, y la historia que establecer distinciones!

Todo delito es punible, y todo ciudadano tiene el derecho de denunciarlo ante la humanidad, ante la historia misma. Si la verdad fuese un crimen y ciertos hombres tuviesen el privilegio de cometer abusos, sin que la justicia los escarmentara ni la historia los pudiera señalar, la virtud sería un mito, las promesas de ultratumba consejas ridículas y el orden moral un fango inmundo. En una expresión: toda doctrina salvadora estaría sin base, todo consuelo sin objeto; la sociedad sería una reunión de gente depravada, y la religión del hombre tendría que ser, forzosamente, una burla sangrienta, sujeta á las veleidades y caprichos de la voluntad humana. ¿Es concebible este estado de cosas? Si tal aconteciera, los problemas sociales se complicarían, el fin del hombre sería una enigma; la filosofía, la historia y el dogma, aparecerían como ideas vagas y sin fuero á los ojos de la humanidad.

¡Imposible la existencia en tales circunstancias! La vida sería un caos, en el que sentaría su trono de roca y granito la duda. Sin freno y sin ideas superio-

res, ¿qué sería el hombre, entonces? La psicología vendría por tierra y sin fuerza que ejercer, la ética flotaría sobre nuestras cabezas como una visión imposible de tocarse: ¡etérea, intangible!

¿Se concibe así la vida humana? Convengamos, pues, en que, en el orden moral, todo delito tiene su castigo y toda acción buena su premio; y esto sin distinción de clases, ni exceptuando edades. El escalpelo de la historia comprende á todos, porque nadie está exento de ser humano.

¿En dónde está la razón filosófica que establece inmunidad para ciertos criminales? ¿Qué filósofo se ha atrevido á predicar tales doctrinas? ¿Qué orador ha osado implantar principios que lastiman los fueros de la ética y ofenden la esencia del dogma religioso?

Es indudable, que si hubiere quien tal pregonara ante la muchedumbre, es digno de ser quemado en las plazas públicas, porque atenta contra el orden moral. Y si la filosofía propagara ideas tan disolventes, yo renegaría de la propia existencia. Aun más: si la religión me impusiera una creencia idéntica, diría que ella no es de procedencia divina, porque Dios es principio inmaculado y puro sobre que descansan la moral y la justicia, y no puede establecer leyes que condenen al inocente y premien al criminal, que es lo que darían por resultado doctrinas tan disolventes.

Condenar, pues, á los delincuentes, en vez de infringir principios legales, se cumple con un deber; porque señalar las acciones malas, es prestarle un servicio á la humanidad. ¿Y puede con esto, faltar al respeto ó á la gratitud quien tacha vicios, reprueba crímenes é impugna el retroceso? Creo que no; por-

que la gratitud, el respeto y el conocimiento de lo bueno, son virtudes también y de un orden superior, pues son el patrimonio de toda la humanidad: la colectividad está antes que el individuo, la familia que sus miembros aislados, la sociedad completa que el sujeto concreto, la nación que los pueblos. Porque los unos son personalidades que entran como partes en el todo que forman los segundos.

No hay razón para que pase cosa distinta, en tratándose de la verdad histórica. El haber existido antes que nosotros nuestros mayores, no es argumento que los hace inmunes y los pone á salvo de los inexorables juicios de la crítica. Esta penetra en todas las conciencias, aplica su saeta punzante á todos los corazones; juzga todos los actos, y absuelve ó condena, según los méritos que encuentre.

Quienes se indignan con estas reflexiones, muestran la poca seguridad en el triunfo, la ninguna justicia de su causa, y preven los cargos terribles que deben hacerles las generaciones venideras. Tras del misterio personal, suele haber conciencias raídas, corazones negros y almas hechas trizas en fuerza de las imprudencias cometidas.

El enojo, la ira, el odio, contra el que predica la verdad, son señales de delito que se pretende ocultar, crímenes que se hunden en el misterio, horrores que envuelve la sombra. El malestar, la inquietud, son hijas de los pechos débiles, ó que presienten la narración de hechos punibles.

De lo contrario, ¿por qué se quiere invocar favores, productos de las circunstancias, recuerdos que ya pasaron, hechos que ni huella han dejado: el amor

á la familia, el cariño de raza, el sentimiento de religión, la gratitud de idioma y costumbres, para hacernos olvidar lo que la historia jamás olvidará?

Dígase lo que se quiera, esta conducta, ó es un misterio sospechoso de quienes la ejercen, ó sus progenitores, derrotados y vencidos, no encuentran mejores argumentos para justificar á los suyos.

Atacáis á España por los horrores que cometieron sus conquistadores en México, debéis no usar su idioma; la tildéis de ignorante y retrógada, opresora y esclavista, abandonad las costumbres que os dió, mal agradecidos; la critiquéis por su constante estado refractario al progreso, recordad que os enseñó á sembrar patatas con arados antidiluvianos; si os burléis de su ambición y poco acierto en el manejo de sus colonias, desde luego nos echan en cara las colecciones de leyes que estipulaban religiosamente el pago de los tributos al rey.

En verdad, yo no me explico hasta dónde puede llegar el espíritu sectario en este sentido. Si á circunstancias distintas se atribuyesen los horrores que asolaron el país de los aztecas en tiempo de la dominación española, sería aceptable tal proceder; pero palpar la abyección en que aun han dejado al indígena, los errores que cometieron los muchos virreyes que gobernaron á la entonces Nueva España; recordar los estragos de la inquisición, contemplar—en espíritu y en verdad—una ambición de dinero y sangre que no se saciaba con nada ni por nada; considerar á tanto infeliz indio convertido en bestia de carga; ver el discurso de aquellos audaces aventureros sobre el distinto origen del indio y considerarlo inferior á ellos

en su esencia, es tanto como desconocer, aun á través de los tiempos, los fueros de la justicia y hacerse cómplices de aquellos infractores de las leyes divinas y humanas; es ponerse á la sombra de la Cruz, para quedar impunes.

¿Esto es cristiano? ¿Esto es ser racionales? ¿Esto es rendir tributo á la historia? No; todo esto es falsía, maldad refinada de almas que son incapaces de nada bueno y noble.

Ahora, lanzadme el anatema.

II

Lo expuesto, á veces, cohibe al individuo y coarta la libertad de la palabra. ¿En cuántas ocasiones se opta mejor por el silencio, máxime si lo rodean á uno almas cobardes, egoístas y mezquinas?

No pertenezco yo, por cierto, á ese grupo que teje en la sombra; mis ideas religiosas, mi credo político, mis convicciones sociales, me han hecho predicar, sobre los techos y bajo los rayos del sol, mis principios. Que los miserables me retraten, ya la historia se encargará de darme lo que me pertenece por equidad de justicia.

En condiciones terribles, me he resuelto romper el silencio, para señalar los defectos de nuestra organización política. ¿Acarrearé las iras de los que, obrando siempre mal, salen peor parados en esta obra? Es difícil prever los resultados. Pero estando en estas latitudes de luchas políticas, será mejor esperar, antes de afirmar: ver para resolver.

III

Me encuentro enmedio de verdaderos grupos políticos, algunos de ellos extensos y bien armados, semejando ejércitos disciplinados que responden al imperio de una sola voz de mando. Pero los que más sobresalen son los siguientes (unos tienen jefe conocido, otros lo tienen anónimo, como las sociedades financieras): Partido Conservador y Partido Liberal. De los que se desprenden: el partido porfirista, partido científico, partido reyista, partido clerical y partido católico. Existe otro que se denomina jacobino, el cual puede pertenecer á los católicos ó á los liberales; en consecuencia, siendo los jacobinos unos extremosos y exaltados, pueden ser llamados jacobinos católicos ó jacobinos liberales, según que pidan por jefe á un cura, ó bien á un hijo de la revolución. Estos políticos son excesivamente peligrosos, porque tienen la idea de la destrucción constantemente; son como las fieras del bosque, siempre están oliendo á sangre humana, y todo el que no piensa como ellos, es enemigo declarado de ellos.

En el transcurso de este libro iré estudiando los vicios, primero, y las virtudes, después, de los diferentes partidos arriba apuntados. Pero antes convendrá dar una ojeada á la situación que actualmente guarda la república, á fin de que el lector pueda apreciar la cuestión desde cualquier punto de vista. Para esto, no será por demás tampoco retroceder en la observación histórica.

CAPITULO VI

CONSIDERACIONES TRISTES. ¡TREINTA AÑOS ATRAS!

I

DIRÍJASE la mirada á lo pasado, estúdiense con calma los sucesos idos, medítese de un modo sereno y tranquilo en las cónsecuencias de las cosas pasadas, ábranse las hojas de la historia, y se verá claramente que nuestro país ha pagado más de lo que debe en la balanza de la justicia, ha satisfecho con creces sus cuentas pendientes. Retrocédase en el tiempo y en el espacio (como diría un obispo de voz de tiple), y se tendrá una diferencia colosal, enorme, entre lo que fuimos y lo que somos, entre nuestra condición pasada y la que ostentamos ahora.

Al solo recuerdo, basta para considerar los caminos que hemos tenido que recorrer, para llegar á estas alturas. Pero es preciso examinar un poco, detener los vuelos de la imaginación y entrar en ciertos pormenores, ocultos, porque se los quiere ocultar, para engañar á los incautos.

Vuelvo á decir: la verdad es amarga, pero no deja

de ser verdad, aunque así se muestre. ¿Hay que desconocer los benéficos efectos del veneno tan sólo porque no agrada al paladar? Con las náuseas que produce y todo, cura los males, alivia los dolores para los cuales es antídoto y engendra su aplicación un hondo bienestar en los órganos que afecta.

Analicemos.

II

Los hombres intelectuales, los que están encargados de dilucidarlo todo, han entrado en discusiones más ó menos profundas respecto de las condiciones especiales que nos distinguen como pueblo. Remontan los unos hasta nuestro origen, y concluyen que somos incapaces de ciertas prerrogativas políticas, porque impera en nuestro espíritu algo que tiende siempre á la sujeción, en lo civil, y á la idolatría, en lo religioso; porque existen en nuestra sangre gotas que aun conservan su primer tinte y, á través de los siglos, permanecen con los albores de su primer color. Esto, en vez de impulsarnos, nos hace retroceder, ó permanecer estacionarios, poniéndonos en condiciones incompatibles con el desarrollo y haciéndonos ver con estoicismo lo que en torno nuestro gira. Por más que queramos, trayendo de origen este estado de cosas, afirmar, no somos accesibles al cambio, porque esto sólo cuadra con los seres cuya constitución es diversa á la nuestra; y como en el cambio reside el péndulo del progreso, el amor al adelanto, esnos materialmente imposible entrar por las sendas que conducen á la rápida transformación.

Extendiéndose (los que comulgan con tales ideas), filosofan así, para justificar sus asertos: La filosofía pura distingue en los seres diversas causas que, atendiendo á su formación, los impulsan al cambio de estado y condiciones. Estas suelen ser de esencia ó accidentales: las primeras hacen que el sér sufra una transmigración esencialmente absoluta, y las segundas sólo afectan á la forma, para mejor adornar el fondo; ó, en otras palabras, tienden á perfeccionar la esencia, haciéndola presentarse con mejores formas.

Evidentemente, que si determinados seres, al pasar á la vida, llevan en sí los gérmenes del estado permanente, es inconcuso que, á no ser una transmigración absoluta, no es posible el cambio: nacen y mueren en las mismas condiciones. Pero si son de aquellos en los cuales es fácil la transformación de clase en otra mejor, entonces el camino está allanado, y la perfección se obtiene.

Tales ideas son aplicables á todos los entes, porque las leyes generales de que derivan sirven de base á todo lo que existe ó puede existir. No hay razón, pues, para que en ellas no esté comprendido el hombre. Siendo este el principal factor de los pueblos, éstos, indudablemente, también tendrán los caracteres de aquel. Si él puede sufrir el cambio, ellos también lo sufrirán; si él permanece en *statu quo,* ellos por fuerza tienen que hacerlo. Pues en los pueblos el agente activo es el individuo, sin cuya voluntad nada se mueve, porque le faltaría el eje del movimiento.

Así argumentan los que, pretendiendo establecer la superioridad de razas, se constituyeron en defensores del conquistador. Por origen y por sangre, el

pueblo mexicano tenía algo en las venas que lo impedía prosperar. Se le enseñaba, dicen, pero él, siendo incapaz de aprender, nada retenía, por la incompatibilidad de su constitución moral y física.

El hombre de bien, el que esté animado de sentimientos y sabe distinguir, ya no con la ciencia de un profundo filósofo, sino simplemente con los ojos de una razón sencilla, comprenderá ese maremágnum de estupideces filosóficas que esgrimen hombres que se juzgan con ciertos alcances intelectuales.

En cambio, otros, mejor dispuestos y de mayores tamaños científicos, de más extensos estudios históricos, resuelven la cuestión de otro modo.

Sus palabras son estas: El pueblo conquistado era superior al pueblo conquistador, en bravura, en valentía, en generosidad y en nobleza, si—como de hecho tiene que suceder—estas palabras se toman en su extensión relativa. Los conquistadores traían móviles innobles al país de los Moctezumas; se valieron del engaño, de la mentira, del exterminio, y de su conocimiento del arte de la guerra, para subyugar á un pueblo grande, aunque supersticioso. Se vió que el indígena era de ideas elevadas respecto de gobierno y de disciplina, y tenía profundo respeto á la propiedad; en tanto el conquistador tenía tendencias muy marcadas al despojo, á la piratería y al robo.

Así argumentan estos últimos. Y deducen que, á no postergarlo y envilecerlo los nuevos mentores, el indígena era el espíritu más á propósito para todo lo grande, el más apto para todo lo sublime, el más diestro para todo lo difícil. Toda su abyección, todo su atraso, todos sus trastornos y la depresión de sus sen-

timientos intelectuales, fueron causados por la tiranía del conquistador.

Expuestas ambas doctrinas, ¿quién tiene de su parte la razón?

A fin de presentar un cuadro completo, hay que retroceder á las épocas pasadas. Con una exposición sucinta, es más fácil apreciar: para absolver ó condenar, es preciso conocer hechos.

Retrocedamos, aunque tengamos que repetir.

III

Los amigos de los tiempos coloniales tienen que convenir: 1º, en que el pueblo mexicano estaba bien dispuesto para recibir una educación sólida; 2º, en que los indígenas mostraban un grado de cultura digno de mejor suerte; 3º, en que los elementos que tenían los españoles á su disposición eran poderosos para transformar al pueblo conquistado en otro más perfecto; 4º, en que los conquistadores redujeron á peor condición que la de las bestias al pueblo conquistado; y 5º, en que los mismos conquistadores no podían enseñar lo que no sabían, siendo, en su totalidad, una horda de ignorantes.

¿Por qué, para defender tantos errores y desastres, habíase de ultrajar los fueros de la verdad? ¿Acaso la mentira constituye una defensa? Por no herir la susceptibilidad de los honorables españoles que nos rodean y hacen vida común con nosotros, quienes --casi todos--conocen y confiesan los yerros de sus antepasados, ¿es justo lastimar aún la dignidad de

aquellos valientes que fueron unas fieras para la lucha? ¿No fueron suficientes los tormentos que recibieron en aquel entonces, para seguir inculpándolos? Que, para sus fines de ambición, su sed de riqueza, su hambre de señoreo y mando, el español de la conquista haya desconocido el origen igual del indio, me parece que estaba en su indebido papel; pero que ahora, en una época de raciocinio, en un período histórico de reconocimiento, aun se quiera decir que lo blanco es negro, sólo cuadra con las almas serviles, con los hombres que adulan y con los escritores que van al sol que nace. Estoy seguro que la gente intelectual de España, la parte que piensa, los hombres que valen allá, condenan la conducta seguida por los que conquistaron á América. ¿Cómo es posible que se niegue aún lo que está pasando ahora?

Podráse disculparlos, atribuyendo al tiempo lo que entonces pasó; pero yo no puedo—no debo—anunciar la pena que para ellos señala la historia. Podrán no ser culpables los reyes de aquella época, porque hicieron lo que pudieron; mas á los conquistadores no es posible quitarles el dictado de tiranos en nombre de la Cruz, de verdugos en nombre de Dios y de victimarios en nombre de una religión sublime, que es toda piedad y mansedumbre.

El que se vale de una virtud noble para robar; el que invoca el nombre de la divinidad para despojar al prójimo; el que se presenta con piel de oveja para destrozar la carne de su semejante; el que finge decir verdad, siendo un falsario; el que se atreve á invocar el nombre de Cristo para diezmar los hogares, ese no puede tener perdón ante la humanidad, ni in-

dulgencia ante la historia; que ni la una ni la otra distinguen á los delincuentes: ¡ambas tienen la fuerza y la majestad de la ley!

Ved allí, en ese espejo, la imagen de los conquistadores! Pero contemplad esa faja rojiza que atraviesa el cielo de América; en ella están inscriptos los nombres de los héroes que hizo surgir el hacha terrible de los colonos de este virgen continente! ¡Allí están grabados con sangre! Fulguran con luz inmortal Cuauhtémoc y Xicoténcatl, á cuyos pies tañe su laúd de épica estrofa Netzahualcoyotl.

La dominación española, desde que Cortés descendió de sus naves en Veracruz, fué una no interrumpida cadena de crímenes, ante los cuales no hay alma compasiva que resista. Todo aquello se redujo al saqueo y á los tormentos, para saciar la sed del oro: la atmósfera llegó á saturarse con el humo que salía de los sacrificios humanos. Densas nubes ascendían de las hogueras, en cuyo centro se leía: QUEMADO POR HEREJE Y PORQUE NO QUISO ENTREGAR SUS TESOROS como tributo á Dios y al rey. El cielo de México era obscuro y sombrío; se diría que se parecía á la actual Londres, si entrase uno en comparaciones y símiles, aunque el cielo de la vieja Albión es negro por distintas causas: el uno se convertía en negro rojizo por las flamas que salían del lugar del sacrificio humano, y el otro lo es por las muchas y grandiosas fábricas industriales que dan vida, y no destruyen, al hombre.

Dueños absolutos de vidas y propiedades, aquellos heráldicos aventureros, armados de mando en gracia de la suerte, paseaban su iniquidad por todas partes,

y mientras las almas de los vigorosos naturales se retorcían en las flamantes hogueras, ¡oh! sus verdugos corrían las cuentas del rosario y leían las páginas sublimes del código inmortal de los cristianos. De esta manera, en nombre de Dios, quemaban á hombres, mujeres y niños; invocando á Cristo, penetraban á las chozas de los infelices, y, en tanto el desinteresado fraile enseñaba en los templos el catecismo, despojaban y saqueaban; haciéndose la señal de la Cruz, vagaban aquellos malhadados conquistadores sembrando la desolación, la orfandad y el llanto.

Escogían—y eso que venían á predicar la doctrina del Crucificado—lo mejor de aquel rebaño para concubinas—esclavas. ¿Cómo es posible que hallan sido enviados de un Dios benigno y piadoso los que así se portaban? ¿Cómo—aun á estas alturas—hay quienes los defienden? Por ventura, aun después de tantos años ¿queréis engañar y torcer los fueros de la historia? A la luz del día, y en medio de una generación que conoce sus derechos, ¿queréis convertir á la humanidad en cómplice de los delincuentes?

A tanto llegaron los horrores, que los pobres frailes, á quienes los indios deben la conservación de vida y bienes, se proclamaron en contra de los mandarines y los acusaron ante el trono. Mas las acusaciones se convirtieron en látigo contra sus autores, porque aquellos verdugos, con sobornos, humillaciones y falsedades, lograron torcer la voluntad de los monarcas iberos. Y de este modo, todo quedaba impune, y volvía el indígena, convertido en bestia de carga y vehículo de comodidades para los barbudos incultos, á la misma vida de oprobio.

Durante tres siglos de ignominia, aquel pueblo sufrió en nombre de la Cruz, un signo que no conocía, y cuyos efectos predicados eran muy diversos en la práctica. Se le hablaba del respeto á la propiedad ajena, del perdón de las ofensas, de la mansedumbre de corazón, de la pobreza; y los mismos que predicaban tan bellas doctrinas, eran unos ladrones cínicos; unos agresores rencorosos y de malas entrañas; unos orgullosos y con instintos de hiena en el alma; unos avaros y miserables en frente del oro, que, aun á costa de la fe que predicaban, andaban en pos de él. ¿Cómo,—se decían aquellos sencillos indios,—es posible que esta gente sea buena, y la religión que enseñan sea la más benigna, si ni ellos mismos pueden cumplir con sus preceptos?

Quien predica lo que no ejecuta, es un malvado, y otra cosa no fueron los que tuvieron sumido á un pueblo, durante tres centurias, en un estado de abyección y miseria. Los advenedizos se trocaron en dueños y señores, y el verdadero señor y dueño vino á ser esclavo y sirviente, como el buey que surca la tierra sin contribución de ninguna especie, ni tampoco facultades para reclamarla.

Serán—vuelvo á decir—todos estos errores hijos del tiempo; pero esto no justifica á nadie para negarlos. ¿Dudáis de su veracidad? Abrid la historia y leed.

IV

Al principio de la conquista, sólo el hispano importado era el verdugo; pero una centuria después, también los hijos de éste fueron los más temibles victimarios del indio, á quien trataban con la punta del pie, cual á animal despreciable.

Es incuestionable que, en medio de aquel cuadro, el indio se refugiara en las montañas, se escondiera en las selvas, para evitar la persecución: no tenía quien lo consolara, y sí infinidad de atormentadores. Prefería ser habitante de los umbríos bosques y mantenerse con los frutos silvestres, á vivir en los lugares hollados por planta española; allí tenía el trino del zenzontle, el charlar de los loros y el canto de los otros mil pájaros, que le infundía valor y consuelo.

Imitando unos á otros, casi todos los pobladores habían optado por la retirada á las soledades de la tierra, siendo imposible que hasta allí penetrara el que se decía civilizador. Apartados de todo contacto, permanecieron hasta la época de nuestra emancipación de la metrópoli.

En trescientos años, ¿cuál fué la obra de los españoles en México? Criar odios, inquinas, y fomentar rencores, al grado que ni los unos á los otros se sufrían. De estas disidencias surgió la completa libertad del pueblo á la voz de Hidalgo.

Con los comienzos del siglo pasado, empezó otra clase de lucha. El pueblo, capitaneado por la gente del altar—no había otros medios disponibles—sacu-

dió sus cadenas y levantó la frente al unísono de los pueblos más libres del mundo. Todo vencido y humillado, el feudal señor, que ningunos bienes reportó á los naturales con su largo gobierno, arrió su bandera de este suelo, que ya pedía venganza y el castigo para los tiranos.

Se dice que se fundaron escuelas, ¿cuántas fueron ellas? Se dice que se hicieron beneficios, ¿cuáles eran? Se asegura que, debido á la protección del gobierno colonial, hubo hospitales; será bueno que se enumeren, en obsequio de la verdad histórica, y que haya inventiva de parte de los tales defensores de oficio.

Si después de tantos siglos, y estar España en el corazón de poderosas naciones europeas, rodeada de países verdaderamente civilizados, es el reino en donde menor número de personas hay que sepan leer, ¿es creíble que en aquel entonces haya habido tanta instrucción en sus colonias? A esto agrégase lo de que la razón no podía alzar el vuelo, debido á las prohibiciones canónicas: por lo que la inteligencia estaba en estado de coacción completa. ¿Cuál sería la situación en este sentido, cuando ni los santos se escapaban? De este aserto dan fe San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, y en México Sor Juana Inés.

Verdaderamente es lamentable el estado de la instrucción pública española en el día, que no existen trabas ni razones de conciencia; ya se podrá considerar lo que sería cuatro siglos atrás.

Solían en México sobresalir algunos canonistas, porque sólo se enseñaban ciencias eclesiásticas, y

uno que otro bandolero, que, en fuerza de los buenos ejemplos, hacía maravillas en los caminos reales.

Respecto de establecimientos de beneficencia, malamente los podrían establecer quienes carecían de sentimientos humanos. Quitando uno que otro —fundado para ayudarse los colonos recíprocamente— como el Nacional Monte de Piedad, los establecimientos de esta índole eran desconocidos.

En verdad que, si se recorre punto por punto la historia de la dominación, los peores conquistadores de la humanidad fueron los españoles. De los otros países solían salir personas cultas en pos de glorias y fortuna; pero de España, si es cierto que salieron audaces y valientes, no puede decirse que los tales conquistadores, pescadores de oro, fueran ni medianamente cultos, desde el momento que la mayoría de ellos no sabían ni escribir.

España y todos los conquistadores del Nuevo Mundo deben agradecerles á Colón, que les dió vida, y á los religiosos, que fueron la principal palanca para conquistar pueblos supersticiosos en religión. Por lo demás, ya vimos que, en tratando de pueblos fuertes y cultos, no sólo no son capaces de conquista, sino que, antes de disparar un tiro, entregan posesiones después de cuatro siglos de dominio.

Tal es el compendio de la historia española, y tales son los rasgos característicos del conquistador y del emigrante español: mucha altivez y poca cultura; mucho despotismo y poca humanidad con el débil; mucha tiranía y poca retribución con el subalterno.

Tenían, sin embargo, aquellos aventureros valien-

tes muchas atenuantes; pero no es del caso referirlas. Bien saben los españoles residentes, que, en tratando del principio español, he sido uno de los más intransigentes defensores de su causa.

De las desdichas españolas, el único culpable es el gobierno, y de ningún modo los súbditos que han ofrecido su vida en holocausto en los altares de la patria. Esta abnegación en los hijos de España es la que admiro siempre, tanto como deploro el mal tino y desacierto del gobierno.

V

Cansado, pues, el pueblo mexicano, su emancipación era consecuencia lógica de la tiranía: ya no era posible sufrir, y nació la idea de un gobierno del pueblo y para el pueblo. En la memoria de nuestros insurgentes quedaban los beneficios de la revolución francesa, que dió la libertad á Francia, constituyéndola en república. Se cometieron entonces miles de atrocidades, y ¿acaso el cambio de los gobiernos se hace en medio de danzas y cantos? Una nación, que hacía trescientos años ejercía autoridad sobre los destinos de un pueblo rico y viril, no era fácil que le dijese: ¡sé libre! Tal esperanza era simplemente un imposible, no sólo en aquel tiempo, sino también en la actualidad. ¿Consiguió Cuba su libertad de una manera generosa? Muchas veces pidió, no la libertad absoluta, una autonomía justa y requerida por las circunstancias; y, sin embargo, el orgullo español, mal entendido, quedó implacable: no podía España, de

motu proprio, ceder la libertad á Cuba, porque concluían sus tradiciones de conquista.

Los Estados Unidos se encargaron de resolver el problema, y Cuba izó su bandera libre en medio del concierto de las naciones independientes. ¿Pudo España, sin menoscabo de su decoro, haberle dado la libertad sin la intervención? Claro que sí. Los conflictos domésticos deben ser resueltos en el hogar mismo, para que nadie se entere; y cuando se publican, honran á los que intervienen en ellos y son timbre de gloria para quien los resuelve por la paz.

Desgraciadamente, de estos timbres no puede enorgullecerse España, porque no cuenta ninguno en su historia.

Dado el carácter español, sólo la guerra podía quitar la presa de manos del enemigo. Y á las circunstancias del tiempo se unió la resolución de los patriotas insurgentes, y fué la patria soberana y libre.

Separados de España, siguieron las revueltas intestinas, porque nuestros padres nos habían enseñado á no estar quietos: todo era por la ambición del mando, porque todos aspiraban al poder.

Entretanto, los beneficios no se hacían sentir bajo los influjos de la nueva Constitución lanzada al pueblo en Apatzingán, porque los habitantes del país vivían inquietos; los caminos estaban llenos de foragidos y asaltantes, que pasaban á cuchillo al primero que se opusiera á sus deseos. Ocasiones hubo en que los bandidos, bautizados con el nombre de *pronunciados,* tomaban por asalto pueblos y villas, y obligaban á sus habitantes á emigrar, impelidos por la muerte que los amenazaba.

En verdad que aquellas tropelías no eran consecuencia de las nuevas leyes, porque mayores las había durante el período colonial. Eran efecto de la transición rápida de una forma de gobierno á otra. Encadenadas las voluntades y las fuerzas bajo la ley del terror, durante la dominación española, no era posible que se formasen partidos políticos; pero una vez declarada la independencia, cada quien trabajaba por sí, á fin de llegar al gobierno. Por esto las agitaciones no se llegaron á interrumpir, sea porque algunos poderosos españoles residentes las fomentasen, sea porque el delirio de libertad había despertado pasiones hasta entonces desconocidas. El resultado era que la vida llegó á ser imposible entre los años de 1821 á 1847, en que todas las fuerzas se dirigieron contra los invasores norteamericanos: desaparecieron las rencillas de casa, para ir todos contra el extranjero. Entonces dió pruebas palpables el pueblo de lo que es y vale, de lo temible y celoso que se muestra por el honor y la integridad de la patria recién adquirida, á fuerza de sacrificios y sangre.

El atropello norteamericano, que afirmó el heroísmo en los pechos patricios y selló con la sangre de «los héroes niños» aquel ultraje á la justicia internacional de parte de los Estados Unidos, concluyó. Mas, sin educación política alguna, siguió la lucha, ya marcada con los nombres de dos poderosos partidos, que se debatían el poder. Y se sostuvo ésta hasta 1857, en que el señor Juárez promulgó aquella famosa Constitución, cuyos principios forman la copilación más admirable en materia de derecho constitucional. Para formarla, el señor Juárez tuvo

presentes las constituciones de Francia y Estados Unidos, pero casi la calcó en la de este último país.

El nuevo código produjo una sensación terrible, pero el hijo de Guelatao mantúvose de roca y granito: iban y venían protestas, polémicas de periódicos y otra clase de censuras, y él inexorable, porque las circunstancias así lo requerían.

El clero, dueño que era del país, no se podía resignar á perder todos sus privilegios, máxime que aquella Constitución era el principio seguro de una reforma radical: desamortización de bienes eclesiásticos, separación de la Iglesia y el Estado, y secularización de los frailes enclaustrados; clausura de conventos, y otras prácticas que hacían de las clases tonsuradas unos seres inmunes ante la ley; medidas todas que sublevaron los ánimos de los que abatía el nuevo código.

De este paso que dió el señor Juárez, surgió bien marcada la división de los dos partidos, conservador y liberal. Entre los unos y los otros había personas respetables que militaban en el término medio. Estos reconocían la bondad de la nueva Constitución, pero no se apartaban por completo de los curas: les concedían ciertos beneficios temporales. Llámase á esta facción, en la cual me ocuparé más adelante, católico-liberal.

Disgustados los conservadores, empezaron á despertar los odios dormidos, procurando echar abajo al gobierno. Comisionaron á las principales personalidades—entre ellos no hallaron candidato—á fin de que propusieran un *imperio mexicano* á un príncipe extranjero. Y..... en los albores del año de

1862, arribaron á mexicanas playas, entretanto el pueblo, envilecido, los recibía de rodillas, Maximiliano y Carlota.

Dos generales les abrían paso, despejándoles el camino; y cuando ya empezaban á sentir las delicias del cielo de México, los mismos que los habían traído, ofreciéndoles trono y riqueza, los pusieron en manos del partido enemigo.....

Carlota pedía protección á los tronos europeos, y Maximiliano, en medio de dos generales valientes y fieles, sucumbe en Querétaro. Suenan los fusiles sobre aquel pecho noble y sincero, y después..... se afianza en el poder el partido liberal, concluyendo con la efímera existencia de un imperio falaz y de intrigas conservadoras.

Sin embargo, las turbulencias no cesaban. Cualquier militar de pueblo se creía con derecho á la sublevación, para aspirar al poder. Guerrillas, madrigueras de ladrones que devastaban el país, por todas partes y en todos los Estados veían levantarse.

Los caminos eran inseguros. Causas son estas más que suficientes para que la prosperidad no pudiese entrar por ningún lado. ¿Qué adelanto era posible, si nadie sabía si para el día siguiente tenía vida?

VI

El período que media entre 1862 y 1879, no pudo ser más aciago. Durante él hubo terribles luchas para derribar del poder á Lerdo de Tejada, cuya actitud habíase convertido en insostenible.

Triunfó Tuxtepec, y el general Don Porfirio Díaz entra victorioso á la capital, aclamado por la multitud.

¡Cayó Lerdo, y comenzó una nueva era para la república!

Entretanto que esto pasaba en los contornos de la bella Tenochtítlan, en el resto de la nación, algunos cabecillas agitaban al pueblo y hacían de las suyas, favorecidos por la actitud del gobierno de Lerdo.

El cuadro era desolador. Los extranjeros desconfiaban de nuestra estabilidad, y temían emplear capitales en donde no era posible la paz. Con lo cual, no podíamos contar más que con los elementos nacionales, estacionados y maltrechos por los continuos golpes de los audaces.

La industria, menos que desconocida; la agricultura, en estado primitivo, y las comunicaciones tampoco se conocían, excepto el ferrocarril de aquí á Veracruz, que fué obra del gobierno del señor Juárez. En cambio, la inseguridad en los caminos era completa.

Tal era el estado de la república hasta hace unos treinta años. ¿Quién había de visitarnos en semejantes condiciones?

Pobres de inventiva, escasos de elementos, teníamos que vivir aislados forzosamente, y ser considerados como incapaces de civilización.

UNIV
C

CAPITULO VII

EL PARTIDO CONSERVADOR ANTE LA HISTORIA.

I

FORMADO á través de los trescientos años de la dominación española, este partido—el Conservador—es el más antiguo del país, porque remonta su origen casi á los tiempos del comienzo del gobierno colonial en México. Puedo asegurar que nació entre los mismos jefes de Hernán Cortés; y, alargándome un poco más, no es atrevimiento decir que surgió, al vaivén de las olas, en las mismas carabelas de Colón, al atravesar las profundidades del océano en pos de un nuevo mundo. Indisciplinada aquella tripulación de las frágiles naves, quiso romper las ligaduras que le imponía la obediencia al audaz marino, loco de gloria y lleno de fe. Pinzón, en vista de las playas que se dibujaban en el lejano horizonte de la ignota tierra, lanza la voz de rebelión y pretende ser el primero en ofrecerla al monarca español, que, en aquella sazón, éralo Fernando el Católico, el poderoso rey que ceñía las coronas de Castilla y Aragón.

Las ambiciones de los hermanos Pinzón, fueron contenidas en su primera tentativa, no obstante haber predispuesto los ánimos en contra de aquel primer mártir sublime de América. Pero no llegaron á su fin; se acallaron por la fuerza del momento más no se extinguieron. A guisa de los incendios mal apagados, tenían la apariencia de la muerte, pero, al soplo fuerte de las avalanchas de viento, vuelven, vuelven á tomar empuje y crecen, porque en el corazón de los escombros se oculta el elemento destructor. Lo mismo pasa en el alma depravada de aquellos pechos envidiosos y mal agradecidos: su primera intención fué comprendida y se pudo contener, porque el gran apóstol de la humanidad tuvo la prudencia del sabio y la férrea voluntad del hombre de gobierno. ¿Quién resiste á los impulsos de una alma tranquila y buena y de un corazón más blanco que la nieve?

Con el tiempo, vino aquel hecho, al parecer pequeño, á convertirse en triste realidad, y los compañeros infieles y desleales del eximio descubridor, formáronle una atmósfera de verdaderas acusaciones y recriminaciones, al grado de obligarlo, sin que pudiese seguir explorando las entrañas de aquellas feraces tierras, de aquellas salvajes selvas y de aquellos umbríos y risueños bosques, á ir á presentarse ante la justicia española. Vivía aún la gran Isabel la Católica y pudo salvar á su protegido.

Mas, para esa salvación, ¿cuántos obstáculos no hubo? ¿Cuántas fueron las intrigas del capitán de aquella cuadrilla—el cardenal Cisneros—eje de los conspiradores y el alma y corazón de los agresores del derecho? El eclesiástico jefe no escatimó medio

para torturar al mártir, no perdonó infamia para agobiar al noble anciano, que, achacoso, no podía ya resistir el peso de sus años; y escogitó todos los elementos que tuvo á mano para acabar con la preciosa existencia de Colón, quien, solo, valía por todos los monarcas de la tierra, pues éstos diezmaban las naciones débiles, imponiéndoles el yugo, mientras que aquel era el ángel del consuelo, de mirada pura y serena y sonreir divino. Los monarcas derramaban la sangre á raudales, y Colón la doctrina de Cristo, doctrina dulce y suave, protectora de los inválidos.

Desde entonces creo que tuvo origen el Partido Conservador. Sus miembros citaban las teorías de Lactancio para impugnar los principios científicos; sus académicos pretextaban la verdad teológica para desechar la doctrina astronómica; sus entendidos alegaban razones de fe y religión en las cuestiones de mera verdad científica; sus jefes acudían á la supercheria de las brujas para sostener los derechos de la razón filosófica. En una palabra, confundían las cosas divinas con las humanas: tomaban la religión como vil pretexto para fijarle leyes á la envidia, á los intereses personales y al capricho. Para las agrupaciones científicas, se excluía el derecho de la discusión: aun los puntos de mera observación, eran vedados, porque perjudicaban la esencia del dogma.

En las aulas de los tales sabios, ni la inteligencia podía remontar á su fin, ni nadie se atrevía á negar lo que ellos afirmaban, porque era seguro el oprobio público.

A los que así procedían entonces, no puedo menos

de reconocerlos que á verdaderos padres de los actuales conservadores. Con ellos empezó, aunque con otro nombre,—nadie se atrevía en el aquel tiempo á ejercitarse en la política, porque esto se oponía al altar y al trono--el Partido Conservador.

Ya se ve, pues, que un partido que cuenta con longevidad y está sobre los demás, tiene que ser numeroso y bien pertrechado de elementos de lucha.

En efecto, el Partido Conservador, realmente, es el más antiguo y poderoso del país y cuenta—al menos contaba no hace mucho—con medios que llegaron á darle la primacía entre los demás.

II

Un partido que se forma con elementos tan podesos, tiene que ser formidable. Remontarlo en su formación hasta la época ya relatada, podrá ser una énfasis de expresión, pero tampoco podráse desconocer su antigüedad, máxime dados los caracteres de igualdad que venían notándose en cierta agrupación social y política, religiosa y científica, desde los principios del nuevo continente.

Cuando Cristóbal Colón, recorriendo tronos, iba de acá para allá en pos de una profética protección de parte de los grandes monarcas de Europa, llamó á todas las puertas, todas las puertas se cerraban, porque había que someter las pretensiones de aquel sabio-mendigo á grupos especialistas en la materia. Ofreció su contingente al trono italiano, relegado entonces á Saboya, porque Roma era la capital de

los Papas y formaba parte integrante de los Estados Pontificios. Como genovés que era, el patriotismo le aconsejó aquel paso, con el cual pensó servir á su patria y á su rey. Pero fué desechada la idea generosa del formador de planos, por la intervención de los consejos de consulta.

No desmayó con su primer fracaso. Empezó una marcha triunfal en derrotas aquel peregrino audaz, á través de las naciones del viejo continente. Dirigió sus pasos á Portugal, y los resultados fueron adversos, iguales á los anteriores.

Con dos golpes en poco tiempo, era para que desmayara cualquiera. A punto estuvo de desistir de su idea y morir con ella, llevándose el secreto científico á ultratumba. Mas aquel sabio no podía prescindir de la obra del descubrimiento de un mundo nuevo, que prestara mayores horizontes al progreso humano y más adoradores á Cristo. En sus luchas terribles, en sus sueños sin conciliar, Colón contemplaba á los nuevos pobladores en estado salvaje, perdidos en los bosques, ocultos en las profundas sinuosidades de los cerros ó en las anchas grietas de los peñascos. Vagaban los habitantes desconocidos entonces, como vagan los seres vapurosos sin dueño ni jefe en un mundo lleno de delicias y encantos: ¡tales eran sus sueños! No podía dormir; los imsomnios lo tenían en constante actividad: por un lado sus ideas, sus profundos pensamientos le daban la plena convicción de que él es un héroe de la humanidad, desconocido y mal comprendido; tenía voluntad de servir al mundo; y por el otro, palpaba grandes obstáculos, los que érale imposible vencer. Aquella si-

tuación atormentaba su mente, exaltaba su imaginación, y lo hacía meditar, y más meditar, sin poder despejar la incógnita.

Ya casi sin esperanza de mejores resultados, llama á Inglaterra y á Francia y una y otra rechazan las promesas, atribuyéndolas al desequilibrio mental de su autor. Estas nuevas negativas postran al genovés, hasta hacerlo casi perder las fuerzas físicas.

Las asambleas consultivas se oponen, en unas naciones, y en otras, ni á estudio se sometía la solicitud; era desechada de plano, por audaz y atrevida. Empero, en medio de aquella decepción general, hubo monarcas que abrigaron convicciones profundas sobre las observaciones científicas de Colón; sólo que las circunstancias los impedía atenderlo.

En tal estado de abatimiento, armado con los consuelos de un fraile, se presenta ante el trono de Castilla y allí expone con ardimiento y vehemencia sus teorías sobre la existencia de otro mundo, más rico que el conocido. Encuentra terrible oposición, pero la verdad triunfa, porque la ciencia podrá vivir oculta por más ó menos tiempo, pero no quedará jamás derrotada en la lucha que le susciten sus enemigos, los que son incapaces de palpar sus rayos.

Todos los que no admitían las doctrinas nuevas pueden considerarse como padres del Partido Conservador, como fundadores y primeros jefes de él. Porque—la palabra lo está diciendo—conservador significa permanecer fijo, no avanzar ni aceptar los principios nuevos. Con esto, por más razones que se expongan, no serán atendidas por los conservadores,

temerosos de que destruyan, de que hagan desaparecer sistemas y gobiernos, ideas y principios.

Los conservadores que examinaban las doctrinas de Colón, no sabían más que á medias las leyes del silogismo, y pretendían encontrar un choque entre las ciencias metafísicas, ó las simples reglas de la lógica, y las ciencias aplicadas y exactas. No consideraban aquellos sabios de universidad que había una distancia enorme entre formar silogismos aristotélicos y probar la redondez de la tierra, entre establecer premisas y deducir un consiguiente de ellas y afirmar el movimiento de nuestro planeta, entre las leyes teológicas y las ciencias astronómicas, entre el Arte Explicado y los fundamentos geográficos.

Vivo; todo el que vive existe: luego yo existo. Este es un silogismo. Para la verdad de él, basta la verdad de la proposición mayor, que es la que incluye, por lo general, el consiguiente, y tiene que desprenderse de ella.

Dos y dos hacen cuatro. Este es un principio. Para la verdad de él, no hay que ir á buscar la verdad de ninguno de los dos sumandos. Porque la verdad del resultado descansa sobre la verdad del principio que los regula, base de todas las ciencias exactas. Descompuestos los sumandos en sus unidades, dan dos por cada uno, y no es posible que resulte más; porque, agregando uno á uno, venimos á los mismos cuatro.

Aplicad los mismos argumentos en el primer caso, y no darán resultado; porque allá obra la filosofía abstracta más bien, ejerce su imperio la metafísica. En el segundo caso, la ciencia es más concre-

ta, entramos en los dominios de algo experimental y casi tangible: basados en principios exactos y precisos, los números dan resultados verdaderos y únicos.

¿A qué venían las doctrinas de los conservadores de Colón? ¿Era la ignorancia ó la mala fe la que obraba? Tal vez ambas cosas.

Para la exacta distribución de tierras y aguas, era preciso la existencia de otro continente, decía el ilustre descubridor; pero los refractarios á la civilización, aquellos conservadores de antaño, encontraban abierta contradicción entre la teoría geográfica y lo expuesto por San Agustín, quien en ninguna de sus obras se mostró como descubridor de tierras ni geógrafo de altos vuelos. Por lo mismo, Colón, verdadero creyente y no impostor como sus sinodales, rebatía con feliz éxito aquellas débiles objeciones de sus enemigos. Y no pudiendo ellos salir con sus necias ideas avantes, dijeron que era «una herejía» suponer seres racionales antípodas de ellos, porque tendrían que andar de cabeza. Lo cual no admitía la santa Biblia. Por consiguiente, Colón debía pasar á los tribunales de la inquisición y ser juzgado como profanador de los Sagrados Textos, brujo y hechicero, y otras cosas de que lo llegaron á acusar.

Tales eran los conservadores de entonces. Pero, evidentemente, tenían ya señales de ser conservadores, porque no podían conciliar los deberes de la conciencia con los principios científicos, la religión con el adelanto, la moral con el progreso, los inventos con la teología. La inmovilidad era precisa, el estancamiento necesario, porque ambas condiciones son el eje sobre que gira el credo conservador.

A todo trance, hay que conservar. No hay evolución posible en presencia de la tal doctrina conservadora. El progreso moral, firme; el desarrollo material, firme; el desenvolvimiento intelectual, firme. Y todo se resiente de esa firmeza inalterable tanto en el orden superior como en el inferior.

¿Cómo era posible que aquel genio, que iba á la vanguardia de su atrasada época, se atreviera á proponer la existencia de otro mundo? Otro mundo, implica la existencia de otro hemisferio opuesto al viejo: los habitantes de ese mundo, obedeciendo al movimiento de rotación de la tierra, tendrían que estar en posición diferente á la que guardaban ellos; esto es, cuando ellos estaban de pie, los del otro hemisferio se encontrarían de cabeza: este resultado se opone á los fijos principios de la religión, porque Dios crió al hombre con la frente erguida, pensando en su final destino.

Por más que se devanaban los sesos, el silogismo no concluía: luego Colón mentía, era un loco explotador, un hereje empedernido que rechazaba las doctrinas santas de la Iglesia; por consiguiente, digno de castigo.

III

Los que así opinaban, eran los conservadores en el orden religioso. Hubo otra clase de conservadores en el orden civil. Estos son el objeto directo del presente estudio; porque á su título de malos religiosos agregan su poco acierto como políticos.

A fuerza se ha pretendido fijar los mismos princi-

pios para el dogma, emanación directa de la divinidad, y medir con el mismo trasto los líquidos y los cereales, que para las cosas tangibles, producto inmediato de lo mutable. Basan los actos religiosos, función de lo que en el hombre es imperecedero, sobre las reglas de un orden eminentemente material y físico. Aplican las mismas demostraciones en el sentido teológico y metafísico que en el de las cosas que se mueven y evolucionan obligadas por la misma naturaleza de su ser.

Quieren confundir estos viejos pensadores dos cosas distintas: retroceden en el campo de la observación y se desvían de las doctrinas de los Escolásticos, identificando con una tercera dos cosas que son distintas entre sí.

Que en el orden de lo intangible las cosas permanezcan inmutables, convengo, pues sólo así ha podido la Religión Católica predicar su origen divino y triunfar á través de los tiempos y de las edades, viendo cambiar y perecer todo lo que le rodea: sectas, tronos, monarquías, pueblos, hombres y costumbres. Porque ella descansa sobre un principio divino; es reflejo de su fundador, es la obra perfecta en grado superlativo, incapaz de aumento ó de diminución. No puede cambiar su base; luego tampoco es susceptible de cambio su forma. Está apoyándose en el formidable pedestal de bronce: amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á uno mismo. Palabras cortas, pero compendian todos los deberes éticos de la humanidad.

Sobre este principio fué fundada, y mientras no plazca al fundador permutar su esencia, tiene que es-

tar firme; ni vacila ni se amedrenta, aunque la tempestad haga crujir el pedestal de los tronos.

Tampoco hay esperanza de que Dios cambie el orden moral, porque El está confundido con la esencia misma de que participa el hombre.

De manera que el conservador religioso, el devoto del dogma, teniendo razón para serlo, en este caso no puede hacer lo idéntico respecto de las cosas que tienen que evolucionar.

Entre lo inmaterial y lo material existe gran distancia; entre lo infinito y lo finito media enorme espacio.

No hallo razón que justifique á los opresores del invento, ni argumento que pruebe la legitimidad de su modo de pensar. Y siendo así, ocurre preguntar: ¿obraban los teólogos y académicos de Salamanca según el dictamen de su conciencia ó impelidos por los influjos de la envidia y á impulso de las intrigas?

Si lo primero, eran dignos de pertenecer al gremio de las medianías en las lides del pensamiento, porque aquella conciencia era muy estrecha é incapaz de comprender los principios que predicaba. Si lo segundo, —esto es lo más probable—aquellos sabios eran muy pequeños y vencía en ellos el espíritu flaco.

Mas la mala semilla fructifica y se extiende. Tal pasó con aquellos conservadores antiguos. En las mismas naves de Colón tenían á sus representantes, que pedían, como los judíos, la muerte de Cristo, porque usurpaba las atribuciones del César. Y es que cuando viene un mal, suele estar acompañado de otros varios, que después naufragarán en el insondable mar de las grandezas humanas.

Quedan derrocados los conservadores de Salamanca con sus embajadores y todo, y Colón pisa la tierra que soñó y que acarició en medio de sus sufrimientos inauditos.

IV

De aquella rama de mezquinos procedió la que, con Cortés, implantó sus tiendas en México, y la que, con Pizarro, fué á poblar el imperio de los incas.

Conquistados los valles del Anáhuac por las armas de Hernando, comenzaron los hechos que dejo ya narrados. Los hijos de los conquistadores, por las leyes especiales, tenían que imitar á los padres, quienes dejaban riquezas y títulos á sus descendientes.

Las grandezas de los mayores, siguiendo costumbres arraigadas, eran como todos sus vicios, pasaban, cual legítimo y heráldico patrimonio, á los menores. Medida fué esta á propósito para causar muchos dolores de cabeza á los gobernadores de la corona de Castilla. Con tantos privilegios concedidos á costa de los naturales, los españoles en México llegaron á considerarse como superiores á los mismos monarcas, y hacían y deshacían en las tierras conquistadas lo que la imaginación apenas puede concebir.

Exactamente lo mismo ejecutaban todos los descendientes. Corriendo el tiempo, llegó época en que el pueblo conquistador llegó á ser tan grande, que casi superaba en número al pueblo conquistado. Este acrecimiento afirmó más y más las costumbres españolas, haciéndolas echar raíces en todas las conciencias.

Una cosa era de notarse: el español que llegó al país doscientos años después de la conquista, era tan civilizado como el que desembarcó con Cortés en las playas de Veracruz. Los mismos edificios, la misma construcción, la misma manera de labrar la tierra é idénticos implementos en la construcción de muchas cosas. ¡Nada nuevo! Porque la reforma en las ciencias y en las artes era un atentado á la religión y al dogma; por consiguiente, rodeado de esclavos y poderío, el criollo continuaba con los modelos antepasados, sin desviarse un ápice. Todo desvío en este sentido, tomaba cuenta de él la inquisición, la hija predilecta de los gobernantes de entonces.

Es que todo esto obedecía á un plan conservador, base de la constitución española.

Vino la independencia, y esa facción, afecta á títulos de nobleza, no quedó conforme, porque vió hundirse el prestigio de clase, la distinción de sangre y otros peores oprobios. Con el nuevo régimen, comenzó cierto grupo reaccionario á hacer oposiciones, á fin de librar sus títulos y conservar sus prestigios de señorío y grandeza. Este grupo lo componían los amigos del sistema colonial, los apegados á lo antiguo, los amoldados en tubos de bronce. Siendo ellos dueños de las riquezas del país, por conservar su falsa posición, empezaron á fomentar las fuerzas reales con gruesas sumas de dinero.

Pudieron con esta táctica sostenerse hasta 1821, fecha en que el pueblo mexicano consumó su soberanía, después de dejar á todos sus héroes en el campo de combate y regar la extensión de su suelo con la sangre de los amantes de la libertad.

El grupo refractario á la independencia lo formaban los conservadores, porque rehuían de un sistema de gobierno nacido del pueblo, presintiendo la cuenta estricta que éste les pediría, en nombre de la justicia, por la esclavitud de sus hijos; demanda que ellos no querían que llegara.

Los mismos que martirizaron á Colón, son los que aparecen en Anáhuac pidiendo fueros, dintinción ante la ley, y pasan por las armas al héroe más grande que tuvo el pueblo: AL PADRE DE LA PATRIA.

¿Era un crimen la libertad? ¿Era un delito la independencia? Entonces España cometió un crimen y un delito al arrojar á Boabdil de su suelo, y fué un sacrilegio de lesa humanidad el triunfo de Covadonga. Como Hidalgo y Morelos, debe haber perecido Pelayo.

¿Se invoca en España la propaganda religiosa para lavar un delito? Aquí se profesaba la misma religión; ¿qué excusa se expone ante la historia?

No hay más remedio; es fuerza convenir que los conservadores no son afectos á la evolución, ni en la organización social ni en los sistemas de gobierno. Son inamovibles en principios é ideas, en obras y acciones. Para ellos, el mundo no debe moverse. Si no, ¿cómo se êxplica que aceptan la independencia de España, de turbantes y medias lunas, y niegan la justicia á México para proclamar su emancipación política? La única explicación es que profesan la ley del embudo.

V

A pesar de todo, el pueblo vió colmadas sus ambiciones, y obtuvo su completa libertad. Debió haber desterrado á muchos, para libertarse de las conspiraciones; pero, creyendo que la república era del agrado general, perdonó á los mismos que le asestaron puñaladas de muerte. Hizo extensivos los nuevos privilegios á todas las clases, inclusive la de aquellos feudales señores que más tarde fueron á Europa á vender el país por un plato de lentejas.

Este perdón grande, esta acción magnánima, mal la comprendieron los acostumbrados al gobierno virreinal, y á su sombra empezaron á constituirse en poderoso grupo político. Proclamaron como jefe á D. Agustín de Iturbide, que se hizo llamar primer emperador de México. ¿Con qué derecho? ¿Lo llamaba el pueblo para darle ese título?

Además, un emperador que había servido antes á la corona, podía ser muy peligroso para un país de reciente vida independiente. Aunque no pretenda yo ofuscar las glorias del Sr. Iturbide, pues mucho le debió la nación, ¿no era probable suponer que, así como se pasó de aquellas filas á éstas, podría hacerlo de éstas á cualesquiera otras? Sin embargo de todo, esto era de presentirse. Luego la elección de los conservadores hecha en Iturbide como emperador, ó la proclamacion de éste, fueron ambos un atentado, y más grande atrocidad es seguir insistiendo en

que le pertenecía el imperio, no obstante haber pasado muchos lustros.

La única razón que podrán alegar los conservadores en favor del Primer Imperio es la de que Iturbide apoyaba ciertos privilegios de las personas encumbradas. En este caso, el pueblo tenía también pleno derecho para reclamar los beneficios de la independencia.

Se encontraron los ánimos, y estalló la lucha, quedando derrotados los imperialistas. La razón era obvia. Unos peleaban fueros, los otros sostenían la igualdad; en un pueblo cansado de opresiones, no podía ser más fácil prever la victoria: triunfó el pueblo, porque Dios está siempre al lado de él y lo defiende de todas las asechanzas enemigas.

Pero subió al poder, más tarde, un presidente que se adjudicó todos los títulos de grandeza, y durante su gobierno los Estados Unidos se apoderaron de la mitad de la república. Aquello era observado por un conjunto de verdaderos patriotas, quienes no pudieron ver con ánimo sereno la debilidad del gobierno y el despojo descarado de los norteamericanos. Y, yendo á la cabeza de la facción descontenta, se pronunciaron en armas, hasta destronar al que había pactado el tratado de venta de una gran parte del territorio.

Allí es cuando verdaderamente comenzó la división de los dos partidos: Conservador y Liberal. Ambos disputaban la presidencia de la república, y estalló entre ellos una lucha sangrienta, al tiempo que los liberales promulgaban la Constitución de 57. Este código exasperó más los ánimos y puso más tirante la situación.

El Partido Conservador, estimulado y capitaneado por el clero, de cuyos fondos disponía para diezmar á ciertos grupos, juró venganza terrible contra los liberales. Estos, formados en la escuela de los jacobinos de Francia, no cedían ni un palmo: para ellos todo era legítimo.

El Partido Conservador egoísta por esencia, no escatimaba medio para dominar: soñaba en los privilegios, diferencia de castas, servidumbre de esclavos. Asesino de los padres de la patria, poco le importaba el bienestar del pueblo: su afán era salvar los intereses de los suyos, para cuya existencia fué un obstáculo la Constitución de 57.

Muchos de sus miembros y jefes descubrieron el rostro y se lanzaron á la campaña resueltos; pero la *chinaca* hacía resistencia y grandes estragos en los pueblos de los Estados, cuyas respectivas guarniciones no podían hacerles fuerza. Las garantías estaban suspensas y la vida y los intereses de los ciudadanos en constante alarma.

Aquel estado de cosas fué fatal. El país se componía de asaltantes y revoltosos, sacando la peor parte en la refriega el campesino pacífico, que veía desaparecer todos sus bienes entre aquella turbamulta de foragidos.

Muchos se aprovecharon de las circunstancias para robar, sin importarles nada una ú otra causa.

VI

Sobrevino entonces cierto período de calma; y como se consideraban impotentes los conservadores para gobernar, resolvieron llamar á un príncipe extranjero para hacerle donación de lo que no les pertenecía: del gobierno de la república.

Aquella era la obra deseada del Partido Conservador. Sus miembros no podían vivir sin estar sujetos á un extranjero. Con tanta sangre derramada por la libertad; palpitando aún los esfuerzos de nuestros mayores para ponernos al nivel de los pueblos libres; viviendo gigante el recuerdo de lo que hacen los príncipes en los pueblos extraños que gobiernan; estando fresco el sacrificio de tantos héroes, los conservadores procedan á la acción más baja que señala la historia: la importación de un príncipe extranjero.

Podía el Partido Conservador haber elegido á un mexicano para que rigiera los destinos de la república; tal proceder era perdonable. Pero ¡traer un príncipe extraño y colocarle en las sienes lo que pertenece al pueblo! Esto sencillamente era un crimen de lesa patria, y los conservadores tienen una mancha que no limpiarán ni los tiempos.

La importación de Maximiliano á México, acusa á los conservadores de dos graves delitos: uno contra la patria y el otro por haber entregado á la muerte á un hombre que podía haber sido útil á su país. Son asesinos dos veces: asestaron puñaladas contra la soberanía de la nación, que no fueron de muerte, y

puñaladas certeras y seguras en el pecho noble de un hombre engañado y abandonado por ellos.

¿Cómo juzgan los conservadores, á estas alturas, su amor al dominio extranjero? Convengamos en que obraron mal y cometieron algo que me contento en llamar UN ERROR HISTÓRICO.

¿Faltaba en México un hombre hábil para gobernar? En un país donde no hay hombres que sepan gobernar, es seguro que no habrá quien sepa obedecer. Si se hubiera fijado en esta observación el pobre Maximiliano, víctima de las intrigas políticas, de seguro que hubiera rechazado la oferta, mandando con cajas destempladas á los emisarios. Pero lo ofuscaron las promesas; pudo mucho en su ánimo la frase galana y halagadora de los embajadores.

Para él, hay que tener compasión, porque lo engañaron. Mas ¿qué reserva la historia para los engañadores? Sería una iniquidad que los asesinos vivieran al lado de los hombres de bien. Los conservadores cometieron un asesinato; por lo mismo sufren las consecuencias hoy, dispersos y caídos.

Su delito tiene agravantes: después de muchas promesas hechas en Miramar, aquí abandonaron á su emperador y casi lo pusieron en manos de sus enemigos. Le negaron ayuda, fondos, todo.

Esta conducta es peculiar en los conservadores: en medio de su egoísmo, hasta la piedad cristiana olvidan. Es que aman más al dinero que á los principios, estimaban más las riquezas que las virtudes. Para hacer un bien, se convierten en confesores. ¿No es todo esto un egoísmo muy refinado? ¿Cómo es posible, pues, que, conociéndose, litiguen privilegios

políticos? Luchas de esta índole, requieren constancia, firmeza de voluntad, nobleza de sentimientos y, más que todo, poco apego á las riquezas. Procediendo así, se triunfa; siguiendo esta conducta, se vence. Porque todas las virtudes de religión y patriotismo están resumidas arriba, en lo expuesto.

Ni las guerras, ni las invenciones meramente científicas, se hacen con promesas tan sólo, porque con palabras no se construye un camino, ni come un soldado.

Es probable que este juicio no cuadre á muchos defensores del Segundo Imperio; sin embargo, él resume toda la verdad histórica imaginable.

Si todavía se quiere hacer aparecer á los ojos del pueblo que la intervención francesa fué benéfica, en verdad que no veo nada que justifique tales pretensiones. Sólo observo que el Partido Conservador ha procedido muy mal cuando ha tomado parte en los asuntos públicos, y que el Segundo Imperio, el gran atentado, fué obra directa de él.

Desde entonces parece haber entrado en un período de silencio profundo. ¿Podrá despertar y reorganizarse de nuevo? Creo difícil esta reorganización: primero, porque no tiene jefe que quiera lanzarse á las luchas electorales y soportar los trabajos del partido; segundo, porque el Partido Conservador quiere todo, menos que le cuesten dinero las cosas; tercero, los candidatos, que ya conocen la volubilidad de su partido, no se expondrían al fracaso ó á un seguro abandono; y cuarto, el pueblo no los seguiría ni tendría fe en la lealtad de sus labores.

Además de todas estas poderosas razones, la re-

pública ha tomado tristes lecciones de las tendencias del Partido Conservador, quien implantaría un régimen que pugnaría con los principios de la democracia. De seguro que volveríamos de nueva cuenta á las pasadas revueltas de castas, y tendríamos más uniformes nobiliarios en nuestras calles que garbanza en las sementeras.

Cierta clase ascendería, entretanto el pueblo retrocedería en su marcha progresiva.

Por otra parte, ¿qué personas capaces de gobernar tiene el Partido Conservador? Sus miembros se quejan de un mal gobierno; pero quien se queja, tiene el derecho de proponer: ¿por qué no proponen candidatos los conservadores? A ello los autoriza la ley; sólo que ellos duermen. . . .

Rápidamente he trazado su historia, al lector le toca juzgarla.

CAPÍTULO VIII

EL PARTIDO LIBERAL JUZGADO POR SUS OBRAS.

I

TANTOS desatinos cometió el Partido Conservador, tantos fueron los errores en que incurrió, que los ciudadanos no pudieron resistir por más tiempo que aquel grupo de políticos condujera á la patria de abismo en abismo, de desgracia en desgracia, y resueltos á todos los infortunios, á todas las iras y á todas las venganzas, se resolvieron declarar guerra á muerte á los conservadores, para quitarles el poder y relegarlos al olvido.

Quedaba palpitante aún en los pechos de los buenos mexicanos la sentencia que los conservadores dictaron condenando á Hidalgo; latía el recuerdo del fusilamiento de Morelos: no era posible que se olvidara que, á raíz de la proclamación de la independencia, pretendieron sentar en el poder á un emperador; fresca estaba en la memoria la importación de Maximiliano, hombre iluso y engañado por el Partido Conservador, y, más que todo, por él entrega-

do á la muerte: otras mil cosas habían ido reviviendo los hechos y que forman la culminante historia conservadora de los mexicanos afectos á la dominación extranjera, á la abyección ó á la esclavitud del extraño mando. Con todo lo cual, había más que razón suficiente y poderosa para que despertara en el seno de la república un elemento contrario á aquellas tendencias opresoras, elemento vengador y terrible que, con todo el posible denuedo, se lanzara al combate y se enfrentara con los enemigos, á fin de cortarles las alas y decirles: ¡ha concluído vuestra obra; ahora empieza la mía! Cesa vuestro poderío, porque no habéis sabido conducir á la patria por los senderos que le señalaron nuestros libertadores. Habéis tomado cuenta de todo y gobernado á impulso é indicaciones de las coronadas testas de Europa, durante siglos; pero vuestra labor ha sido oprobiosa, de largas intrigas palaciegas, enredos y chismes de cortesanos. Por lo mismo, no podéis seguir en el gobierno. Tenéis sangre inclinada á la sumisión de los extranjeros; vuestra constitución os demanda la esclavitud y el servilismo, cualidades de gobierno que rechazan los pueblos libres. Vuestras conciencias, mal comprendiendo la sutil y tenue luz de la fe, han hecho del altar, desgraciadamente, un objeto de odio, de la religión, algo que atormenta; del sacerdote á un cómplice que, convertido en pagano inquisidor, anda desviado de los caminos del Crucificado. Predicáis y no ejecutáis. Habláis sobre los derechos del hombre, los deberes de conciencia; os atrevéis á levantar la frente y proclamar los fueros de la verdad, cuando, en punto á derechos y deberes,

no conocéis ni los vuestros. En nombre de Dios, un Dios bueno, santo, todo ternura y bondad, pedís perdón al enemigo, y no sois vosotros capaces de perdonar á nadie. A la sombra de la virtud, sois unos malvados encubiertos; á la sombra de la religión, unos iscariotes; á la sombra de la fe, impuros traficantes en el templo. ¡Oh! Pretendéis hablar de ideas, principios; pregonáis la bondad de doctrinas que no son patrimonio de vuestros dañados corazones ni de almas que, desconociendo su origen, se arrastran cual abyectos reptiles.

En una frase: no podéis ser los mentores del pueblo, porque sois incapaces de mandar á un pueblo noble, altivo, valiente y fiero; un pueblo que, muerto, aun lucha; y triunfante, es tan grande como resignado en la adversidad y resuelto en la derrota.

Por estas y otras razones, habéis terminado; dadme cuenta de todas vuestras acciones.

Ese elemento que habla é impera; que, desesperado se lanza á la lucha; que, sin medios de combate, se arroja á los campos de la guerra, es el Partido Liberal, que tuvo por primer jefe al mismo Hidalgo; partido que apoya sus pies en las columnas que formaron Mina, Morelos y Abasolo, y su cabeza toca á los astros que tachonan el firmamento.

Su existencia es consecuencia lógica; la debe al mismo Partido Conservador. La vida del Partido Liberal es la resultante de los rigores y yerros del elemento conservador, porque de los extremos sólo nacen extremos: para una agrupación política que se constituye en azote de los intereses nacionales; para un partido siempre conspirador contra la inde-

pendencia del país, era indispensable que surgiera un grupo de hombres cuyos espíritus estuviesen fundidos en los mismos moldes de los revolucionarios franceses, é hiciesen correr la sangre á raudales, como corren los ríos, al despeñarse en el mar; un conjunto de individuos vaciados en los bronces escultóricos de los asaltantes de la Bastilla, y fiel reproducción de los guerreros del 93.

Sus hechos serían una atrocidad, sus acciones serían de sanguinarios; harían correr la sangre hasta de los inocentes; pero la revolución trae ejemplos magníficos de enseñanza, y todas sus consecuencias se deben al mismo elemento conservador.

II

¿Se culpa á la revolución? ¿Se condena el proceder de los revolucionarios? Son frecuentes las inculpaciones que se arrojan sobre la revolución francesa, porque fué el origen de las demás que le sobrevinieron en América.

No hay hombre de sentimientos humanos que no se indigne ante la actitud que tomaron aquellos hombresfieras, cuya sed de sangre no fué saciada ni con convertir en lagos rojos las calles de París. Se subleva el espíritu, al considerar tanta matanza de niños y mujeres, llevada á cabo por aquellos locos guillotineros.

Creo que la historia aun ve con horror aquellas infamias, que asolaron á la capital francesa é hicieron estremecerse á todas las naciones civilizadas.

Las hazañas terroríficas de los guillotineros francesas denuncian á unos hombres salvajes.

Ahora bien, después de que todo el mundo culto queda abismado cuando entra en consideraciones sobre aquellos hechos, ¿tiene presentes las causas? La historia no tiene derecho para inculpar tan sólo; la filosofía de ella exige que se tomen en cuenta las causas eficientes de los grandes atentados humanos y la época en que han podido desarrollarse.

Los interesados en tal ó cual causa incoada en contra de algún delincuente, hacen bien en tener presente sólo lo que á ellos les concierne; porque cada cual está en su perfecto derecho, al defender lo suyo. En los casos particulares, semejante táctica hasta es fórmula sacramental de ley, y no hay juez que extrañe un proceder idéntico. Pero este último, ¿puede condenar ó absolver, guiado tan sólo por sus propios afectos ó simpatías? De ningún modo. Es de su obligación estricta deducir de los autos su dictamen de sentencia.

En otro orden de cosas, he ahí un caso parecido. La humanidad es el factor principal; las acciones de sus miembros son impelidas por la fuerza de elementos secundarios, ocultos á la simple vista. Por los errores de éstos, ¿es posible dictar fallo, sin antes someter á minucioso examen sus diversas manifestaciones? Para esto sólo es capaz la filosofía de la historia; ella es el juez único, porque no es parte, y su dictamen es parejo é imparcial.

Sentada esta doctrina, veamos si aquellos desgraciados revolucionarios franceses tuvieron toda la culpa de sus sangrientos actos, aunque ellos hayan

enturbiado las ondas del Sena y convertido á París en un campo desierto, tapizado de cadáveres.

Ya que no es posible, á los ojos de la moral, afirmar su inocencia, al menos sí podemos tener en cuenta varias atenuantes, una vez que han pasado tantos años.

Nada más fácil—para muchos escritores de ocasión - que llamar lobos carniceros, fieras humanas, bestias salvajes, sanguinarios y asesinos, á aquellos desdichados revolucionarios. Desgraciadamente, los que más inculpaciones lanzan, son los que menos veraces pueden ser. Para buscar adjetivos y halagar á la plebe, hay sencillos medios: se coge un libro de vocabularios y se transcriben todos sus términos, y basta para convencer á los necios y adquirir fama y renombre entre los incautos é ignorantes.

Francia atravesaba por un período de prueba terrible. Los que escalaban el trono eran hombres poco aptos para el gobierno, exceptuando muy pocos. Con los monarcas inhábiles, tanto porque carecían de dotes de gobierno, como porque á veces eran muy débiles, la nobleza llegó á tomar posesión casi del mando. Y reyes y súbditos, para sostener derroches en francachelas y aparatosos bailes, hicieron sentir la tiranía sobre el pueblo, imponiendo gabelas y humillaciones.

Por una parte, el gravamen sobre la propiedad, para sostener el lujo de la corte real, compuesta de no pocos desvergonzados y pillos; y por la otra, la sujeción del pueblo, que, obligado por leyes especiales, tenía que servir de rodillas—y arrastrándose—á los grandes chambelanes, hicieron que estallara

la indignación popular. Con la opresión tirante, la unión entre el clero y los magnates de la corona (nótese bien que los tiranos, para agobiar, siempre se valen de una religión de altos fines y ajena á las intrigas), los abusos se multiplicaron, al grado que el populacho, que, cuando se levanta, se levanta todo entero, capitaneado por algunos descontentos, pretendió derribar á los que estaban en el poder y proclamar sus derechos.

Después de tantos años de un sistema gubernativo manejado por elementos unidos, aunque en sí fuesen divergentes, no era fácil que con caricias y besos, el pueblo francés obtuviese acabar con aquella generación desenfrenada y que desconocía su noble misión sobre la tierra. Tanto los reyes como el clero, unidos y obrando de común acuerdo, hacían y deshacían de los habitantes, sin procurar mejorarlos de suerte, pudiendo. El súbdito, obligado á los tributos, á los homenajes de dinero y servicios personales, era algo menos que una bestia. Y los nobles, exhibiéndose en los salones, tapizados con el sudor del pueblo, eran algo más que soberanos, señores que comían y bebían, sin hacer nada, del trabajo de aquél.

Por lo mismo, para escarnio de los gobernados, se derrochaban fuertes sumas en los festines de palacio, en donde clérigos y simples sacristanes danzaban al compás de desenfrenada orgía.

Aquello era el tiempo de Babilonia. La orgía de Baltasar iba renovándose, y los ornamentos sagrados se exhibían fuera de los templos.... El desorden había llegado al colmo en nombre de los santos

principios, en el trono de San Luis abusaban los descendientes de aquel rey tan bueno y prudente, que supo hacer feliz á su pueblo.

A la sombra de una religión divina, se cometían los más nefandos crímenes: los ministros del altar, desconociendo sus deberes, se mezclaban en aquel maremágnum cortesano, y, en vez de consolar á los afligidos, de cuidar á los pobres y predicar la doctrina de Jesús, se entretenían en adular á los grandes, en intrigar y procurar buenos puestos y mejores títulos rentísticos. El matrimonio, entre aquellos disolutos, ya no tuvo el respeto que le impuso Cristo: concubinatos y adulterios formaban la historia completa de tanto ser degenerado y abyecto. Entre la turbamulta-cortesana, era imposible distinguir á los buenos: porque, si al principio los hubo, contagiados por la corrupción que los rodeaba, perdieron después todo freno de moralidad.

El pueblo era el testigo de todos aquellos desórdenes, y, además, era el directamente perjudicado. Por consiguiente, agotada toda su paciencia, no pudo sufrir por más tiempo tanta abyección en sus mandatarios y cortesanos.

¿Cómo puede ser—se decía—que se soporte esta triste situación por más tiempo? Callar, es morir; guardar silencio, es perecer; aguantar, es aceptar. ¿Y será justo aceptar lo que pugna con las leyes divinas y humanas? Acabar con tanto holgazán y delincuente, es cumplir con un deber de patriotismo y religión.

En vista de los abusos que tomaban—cada día—mayores proporciones, el pueblo estaba preparando

un golpe terrible, un golpe de muerte. Para él, sólo así se pondría punto á los escándalos de los nobles. Estos, en nombre de la religión, sometían al país á una esclavitud feroz y á un servilismo personal; aquel, en nombre de la misma, pretendía proclamar los derechos del hombre y la igualdad ante la ley. ¿Quién de los dos obraba conforme á los preceptos de la verdadera religión? ¿Procedía bien la nobleza según el espíritu del Código del Sinaí, al reducir al pueblo á la vil condición de simple tributario sin ninguna clase de privilegios? ¿Tenía la razón la clase oprimida, conforme á las doctrinas de Cristo, el grandioso Mártir del Gólgota, en reclamar sus derechos y proclamar la igualdad?

Ambos invocaban los preceptos de una misma doctrina; unos y otros se refugiaban á la benéfica sombra de los mismos principios para demandar justicia: nobles y plebeyos se asían de la religión.

Repito, ¿á quién asistía la justicia? Con los nobles andaban los clérigos, los ministros del altar, encargados de predicar la igualdad ante la ley, y el pueblo disputa la victoria sólo, sin más apoyo que la palanca de la justicia misma y la fuerza de sus brazos para obtenerla.

Estimulado por los lauros que ofrece el triunfo de toda causa buena, estalla la revolución, magna, colosal; porque sólo así era segura la victoria.

Efectivamente, á las iras del pueblo nada resiste: lo que hace oposición, rueda, como las hojas al desprenderse de la rama, impulsadas por el huracán. La indignación entonces crece, porque, al correr la sangre, aquellos hombres revolucionarios se convir-

tieron en fieras; creyeron que todo era legítimo, porque Dios crió á todos los hombres iguales, y duro castigo merece todo aquel que lo reduce á la mísera condición del esclavo. Ellos vengaban al pueblo, legítimamente constituído con caracteres, leyes y todo, y la venganza fué terrible, atroz, desoladora; porque el hombre llegó á beber la sangre de su semejante.

El hombre fué criado libre, soberano, pues participa de la libertad divina; por consiguiente cometía un sacrilegio quien hacía de él un objeto de explotación. Estas ideas enardecían más los ánimos del pueblo, desbordante ya en salvajismo. Diríase que aquellas masas enfurecidas carecían de todo sentimiento, á juzgar por su total ceguedad moral.

Y, sin embargo, abrigaban los revolucionarios la convicción de exterminar á los pérfidos en nombre de un principio religioso: la libertad é igualdad ante la ley. Era extremosa la saña; pero un cambio de cosas, viejas y bien arraigadas, ¿podría hacerse en otra forma más benigna? Retroceded á la época de entonces, con la más sana filosofía en la mano, y contestadme.

La verdad de las cosas, es que unos y otros mal interpretaron los principios que peleaban; pero—hay que confesarlo—unos y otros alegaban ideas religiosas y la libertad del hombre.

III

En vista de los hechos, ¿se podrá culpar tan sólo á los revolucionarios? En Francia pasó lo que en otros países, siguiendo su ejemplo, México es uno de esos países.

Fué horroroso el cuadro: la matanza se extendió hasta á los seres inofensivos. Pero el objeto requería la magnitud de los hechos: había que cortar el mal de raíz para un cambio absoluto; cambio que se imponía, porque era intolerable la conducta de los nobles.

Ahora, pensad en los beneficios que produjeron las hazañas de aquellos locos, y veréis que no del todo fueron dignos de condenación; que hicieron bienes á la humanidad que hoy les lanza el estigma del desprecio.

¡Hay errores y vicios que sólo se regeneran con otros más grandes! Tal fué el móvil de la revolución francesa. Y no quiero meditar en los desastres ni en las horas de desolación y amargura; me conformo con pensar en los beneficios que trajo aparejados aquella.... ¡no sé si llamarla nefasta ó bendita revolución! Con ella, la dignidad del hombre volvió á circular en las venas y los grandes pillos de las sociedades que se albergaban en los pliegues de un manto nobiliario, se cuidaron de atentar contra las libertades individuales; porque el pueblo estalla tarde, pero estalla y su indignación no tiene límite entonces.

Y sobre esas molduras, aunque más benigna, esta-

lló la revolución en América. Ya no es el gran repúblico y guerrero francés Lafayette el que viene á enseñar á Washington y Lincoln cómo se sacude el yugo extranjero y se obtiene la libertad; es un anciano cura que, desde los muros de una sacristía, empieza á tejer la epopeya heráldica más grandiosa que ha contemplado América. La abominación española llegaba á su término; el pueblo, cansado de sufrir en silencio, avienta la opresión y se yergue majestuoso proclamando todos sus derechos y todos sus fueros. Los españoles lanzan en su estandarte de rojo y gualda á la Virgen de Covadonga, y nuestros insurgentes empuñan como emblema nacional á la Señora del Tepeyac. Como en Francia, los verdaderos mexicanos, en nombre de la religión, piden la libertad y los españoles la sumisión al rey. Dos Vírgenes son las que luchan, cual si en el cielo de México despertara la competencia de mando y poderío hasta entre los mismos santos. ¿A quién asistía la justicia, á la Virgen de Pelayo, ó á la Virgen de Hidalgo? ¿La religión de cuál de las dos era la verdadera? ¿También entre los espíritus puros existen las ideas de la autocracia y de la democracia?

Es claro que, en medio de aquel combate, los españoles sostenían principios de sujeción, y explicaban á su manera el poder de la Virgen de Pelayo, mientras que nuestros bravos insurgentes se habían asido á una Virgen republicana, que deseaba la libertad de un pueblo sufrido y abnegado, digno, por lo tanto, de mejor suerte.

Mi fe me prohibe extenderme en consideraciones de un orden teológico, y confieso mi debilidad en

este sentido. Pero lo claro es que, amoldados nuestros liberales en la escuela liberal francesa, hicieron lo que aquellos; con la sola diferencia que los franceses disponían de mejores elementos de combate.

La formación de ellos remonta á la época de la emancipación política del país, y desde entonces han venido sosteniendo terrible lucha contra el Partido Conservador, quien, á no ser sus colosales riquezas, ignoro lo que conserva; porque hubo época en que hasta el espíritu del patriotismo perdió, olvidando el sentimiento más grande del corazón.

IV

Así como la revolución francesa fué hija de las circunstancias que habían creado los nobles de banquete, los liberales deben su existencia á las intransigencias y al egoísmo de los conservadores. Está descrito el papel que éstos han desempeñado en las diversas épocas históricas porque ha atravesado la república, el que no ha sido nada honroso, que digamos.

Tantos desaciertos fueron causa porque surgiera el Partido Liberal, y, alentando á los suyos, se lanzó al combate. ¿Tuvo derecho para ello? Esta es la cuestión.

Yo creo que no podía tener más derechos un ciudadano que otro, para un fin político. Estando todos los habitantes del país á la sombra de una misma ley fundamental, tengo entendido que ninguno de ellos, aisladamente, puede gozar de mayores beneficios que los demás, ni sufrir diversas penas á las

marcadas para los infractores constitucionales. Porque las bases republicanas, los principios de la democracia, no distinguen á los ciudadanos para impartir sus beneficios. Que un hombre sobresalió por su abnegación, por su heroísmo, ó cualquier otro motivo, la patria está en la obligación de premiarlo, para estimular el desarrollo moral y material de la república. Para esta recompensa, deja á un lado ideas y profesiones. Que ese mismo individuo cometió un delito de los que los códigos penan, las autoridades se encargan de castigarlo.

Las mismas leyes rigen para las corporaciones que para los individuos. Que el grupo conservador tiene derecho al gobierno, siendo relativo ese derecho, también goza de las mismas prerrogativas el grupo liberal. Para el caso, uno y otro se forman de ciudadanos mexicanos, capaces de ejercitarse en todos sus derechos políticos.

El país da abrigo á todos sus hijos, y cualquiera de ellos puede aspirar á los mejores puestos, desde alcalde de un presidio, hasta la primera magistratura de la nación. En esto yo no veo más que lo que está en la esencia de las mismas cosas. ¿Por qué Timoteo tiene más derechos políticos que Tomás? Estando ambos en las mismas condiciones, uno y otro deben gozar los mismos beneficios y sufrir las mismas consecuencias; y quien afirme lo contrario, es un tirano exclusivista, es un ambicioso que desconoce el principio de equidad.

Por esto mismo, por tantas distinciones inmerecidas, son odiosos los imperios, las monarquías y todo gobierno autócrata. Los privilegios deben ser

para los que los merecen, sin que ellos sean degradantes para quien no los tiene: la patria los da para estimular, mas no para deprimir á los demás. Tal es la constitución republicana.

Expuesto lo que antecede, ¿tenían derecho los liberales para llamar al orden á los conservadores y reclamarles el poder? Es evidente que obraron cuerdamente y conforme á los principios legales. Si no tenían derecho, ¿por qué habían de tenerlo los conservadores para retener el poder y abusar de él?

Se necesita ser un imbécil ó un idiota, para negar las prerrogativas constitucionales que tienen todos los ciudadanos de la república, ó bien un malvado.

Yo estoy por decir algo más, por irme más lejos. Los liberales tenían más derecho que los conservadores para manejar los destinos de la nación. Esta afirmación es atrevida, pero su verdad es de peso. Los conservadores eran incapaces de sostener la soberanía del país; antes que procurar conservarlo en una completa independencia, propusieron su venta á los tronos extranjeros, porque llevaban en las venas el espíritu de sumisión y la índole del tributario con los grandes y la de los verdugos con los pequeños. Estas cualidades estaban tan bien infiltradas en los corazones conservadores, que sólo con las balas podrían haberse borrado.

Con aquella estirpe tan degenerada, ¿podía el país prosperar y cuidarse de las amenazas constantes? ¡Imposible! Un partido incapaz de elegir gobernante de entre los suyos, merece el aniquilamiento completo, un golpe duro, un castigo fuerte, un ejemplo sin igual en los fastos de la humana historia.

En cambio, los liberales no tenían nada que les pusiera fuera de las garantías constitucionales: ellos pedían la igualdad ante la ley; querían hacer desaparecer los fueros y privilegios; deseaban la regeneración del pueblo y una reforma radical en los principios, á fin de que todas las clases sociales pudiesen disfrutar de los beneficios de la independencia. De lo contrario, la libertad era un mito; el sacrificio de nuestros héroes, un escarnio; el principio de nuestra nueva historia, irrisoria carcajada del destino. Igual que antes de la emancipación de España, estaban las cosas después; sólo el cambio fué de nombre. En vez de los españoles opresores, había que poner esta frase: ¡fueros y distinciones para los nobles de nuevo cuño! O, lo que es lo mismo, clero y nobleza. De lo que resultaba igualdad en el fondo y diferencia en la forma. Y aquella falsía no podía ser del agrado de ningún hombre honrado y de bien. A todo trance, urgía derrocar á quienes, sin pudor ni vergüenza, ultrajaban así la dignidad nacional.

Estos motivos, agregados á que los liberales no solicitaron la ayuda de un príncipe extranjero, ni fueron á proponer la corona imperial á las naciones del viejo mundo, hicieron de su causa una causa simpática, vista con agrado é inusitado entusiasmo; condiciones todas que faltaron en el elemento conservador, compuesto de viejos adustos y ya sin prestigio ante el pueblo. Porque los conservadores, por lo mismo que pretendían sostener la superioridad de privilegios, asestaban, con ello, graves golpes á los derechos individuales. Motivos fueron estos—en el ánimo del país—para que el partido, que tan malo supo ha-

cer uso de las confianzas en él depositadas, quedara por los suelos, abatido y abandonado á su propia suerte.

Todas estas razones inclinaban la balanza en favor del Partido Liberal, y con él luchó el pueblo mexicano, hasta haber llegado al golpe definitivo y alcanzado las alturas del poder.

Las iras encerradas en los pechos despertaron, y aquellos pequeños grupos de libertadores de la nueva generación fueron en aumento, hasta formar gruesas columnas: la república no podía resistir por más tiempo la férula de los conservadores, y, al fin, venció.

Se ve, pues, un derecho indiscutible de los liberales sobre los conservadores; y, conforme á él, podían desechar cualquier gobierno que no supiere llenar sus deberes ni cumplir con la fe jurada en los altares de la patria.

V

Es una conseja, inventada para entretener mujeres, la que propalan los hoy existentes de aquel partido inhábil y torpe, de que los *chinacos* asesinaban niños y despojaban hasta á los pacíficos habitantes del campo. Quienes tal afirman, ni conocen la historia, ni tampoco llegan á comprender los filosóficos principios sobre que descansa.

Para hacer cargos, es indispensable probar y no haber incurrido en ellos; de lo contrario, es no saber lo que se dice y hacer el papel del diablo predicador.

Vamos por partes.

La primera descarga que reciben los liberales, es que se apoderaban de los víveres y elementos de guerra que encontraban al paso. Esta es una gran verdad, que, tengo entendido, tampoco el Partido Liberal niega, y que todos sus miembros pueden confesarla. No negaré yo lo que ellos mismos declaran; pero esta confesión incluye la narración histórica. ¿Acaso aquel proceder no tenía principio filosófico que lo apoyase?

La historia y la filosofía tienen que estar unidas; si no, los hechos históricos carecerían de base.

En la guerra como en la guerra. Este es el principio filosófico; el cual traducido al lenguaje vulgar, indica: los soldados que luchan, necesitan comer, y si esa comida la tiene el enemigo, á él hay que quitársela. Si al enemigo se le pidiera víveres, mandaría balas: luego la fuerza bruta tiene que ejercer sus oficios en éstos ó idénticos casos.

Entiendo por enemigo, no sólo el personal en pie de guerra, sino todos los que lo apoyan con ideas y dineros. De lo que se infiere que á todos los que comulgan con los principios que aquel sostiene, es lícito despojarlos de víveres para la tropa y de municiones para los cañones. Sólo que, en este último caso, todo ultraje ó daño á las personas, está considerado como acto salvaje y prohibido por las leyes de la guerra. Las balas son para los enemigos que pelean, no para los pacíficos que contemplan la lucha.

Afirman los conservadores que hubo actos salvajes. Puede ser. ¿Y no los hubo en las filas conservadoras? Los imparciales citan terribles crímenes de uno y otro lado; y es que, encendidos los ánimos,

se pierde toda moral, y todo mundo usa el pillaje como medio de combate.

También concedo que los liberales hayan cometido mayores tropelías. Cúlpese de esto á las circunstancias, que obligaban á combatir á gente del pueblo, poco culta y que cree bueno, en casos semejantes, todo lo malo. En cambio, los muchos fusilamientos del Partido Conservador no tenían razón de ser ni explicación posible, á no ser el instinto sanguinario de sus autores. Los conservadores eran personas ilustradas y conocían los deberes de humanidad y civilización; podían haber seguido los principios de la guerra, máxime cuando ellos tenían los mejores elementos, que los ponían fuera de la necesidad del saqueo y del asesinato. En este último caso, el delito era el mismo; con la única diferencia de que los conservadores pasaban por las armas, previo un breve sumario de guerra, y los liberales solían hacerlo en el mismo campamento, sin más trámite.

¿Quién obraba más mal, los conservadores, gentes de ilustración y que debían escoger su tropa, ó los liberales, exiguos de elementos?

No hay, pues, razón de quejarse de los mismos delitos que ellos cometían.

Además, los liberales perdonaron muchas vidas de prisioneros, imitando la generosidad de don Nicolás Bravo, quien perdonó á los mismos asesinos de su padre. Los casos de indulgencia y perdón fueron muy escasos en las líneas conservadoras: general que cayese en sus manos, ya podía contar con la muerte segura. ¿Ellos tenían especial merced para esto? ¿Eran los embajadores celestiales?

En la guerra como en la guerra: los liberales no hicieron ni más ni menos.

Voy más allá: los conservadores tenían como á hordas salvajes á los liberales; por consiguiente, estaban, más que ellos, obligados á ser benignos. Desgraciadamente, no era así.

VI

También se dice que los liberales ocupaban los templos, para acuartelar á sus tropas. Esta táctica lastimaba, ciertamente, los sentimientos religiosos del pueblo. Pero ¿en dónde querían los conservadores que durmiera la tropa? Cuarteles no había; casas particulares, tampoco. Sólo quedaban los conventos y los templos y las plazas públicas. Estas últimas no eran á propósito para hacer de ellas cuarteles; allí estaba bueno para que el enemigo los hubiera pasado á cuchillo, uno por uno.

Los conventos y los templos (de éstos muy pocos, en obsequio de la verdad) eran útiles para el caso, porque estaban sólidos y de muy fuerte construcción; en aquellos edificios de los tiempos coloniales se acuartelaban las fuerzas de los revolucionarios, y hacían de ellos verdaderas fortalezas.

En la guerra como en la guerra: no había otra cosa mejor. Lo mismo hacían los imperialistas, sólo que éstos alojaban en los templos á sus tropas con consentimiento de sus poseedores. Y el delito era el mismo: la profanación existía, sea que lo consintieren los dueños, sea que no.

¿Cuántas veces las fuerzas de los intrusos franceses holló suelo sagrado en México? ¿Cambia la gravedad del crimen, tan sólo porque cambia el sujeto? Unos y otros asaltaban á los templos, como puntos estratégicos. ¿Por qué, pues, los liberales eran unos malvados y los conservadores unos ángeles? En igualdad de circunstancia, no veo esa malevolencia de atacar todo lo que no está con nosotros ni en ideas ni en principios.

Para mí, ó anatematiza la historia á ambos, ó perdona también á ambos.

Podráse alegar que tomaban los recintos sagrados por la fuerza, que cometían mil sacrilegios y no daban tiempo á los capellanes á brindarles la entrada, desalojando los objetos sagrados. Y, para mí, esta es la única razón de peso. Consta en las páginas de la historia esa violencia inaudita de las fuerzas liberales en idénticos casos, al grado de burlarse de las cosas y objetos de culto, hiriendo en lo más vivo el corazón de los verdaderos creyentes. Estos hechos, creo que los verdaderos liberales los lamentan también, porque no puede ser liberal quien no respeta el derecho ajeno, con sus costumbres religiosas y todo.

Podrán tener una atenuante á su favor: la de que los capellanes, sostenedores del imperio, jamás hubieran cedido un punto. Pero entre esos capellanes había personas de ideas muy elevadas y tal vez hubieran simpatizado con los revolucionarios, franqueándoles la entrada á sus conventos, con la precisa condición de que respetaran á las imágenes y á los santos, propiedad del pueblo piadoso.

No hay que olvidar tampoco que, en medio de aquella agitación intestina, había algo extraordinario que le daba un color internacional. La guerra, al parecer, era entre los mismos hermanos; pero, examinado bien el punto, las balas de los liberales iban dirigidas certeramente al corazón de las tropas de Napoleón III y contra los imperialistas, que dejaban de ser mexicanos, desde el momento que estaban bajo el mando de un príncipe importado y advenedizo.

El rigor de la historia, asimismo, obliga á confesar que los que solían cometer desmanes, eran las tropas jacobinas, los verdaderos representantes de los revolucionarios franceses. En las filas liberales había personas de méritos y virtudes indiscutibles, incapaces de una acción punible.

El Partido Conservador encuentra defectos en sus adversarios, aunque esté en el mismo caso que ellos. Por esto mismo es más vituperable, porque es exigente y no retribuye; demanda tributo y no lo agradece; reclama servicios y no los recompensa. ¿En qué ley se funda ese proceder? ¿Qué principios de equidad lo autorizan?

Convencedme de mi error, que, enseñar al que no sabe, es obra de misericordia. Los conservadores cuentan las atrocidades cometidas por los liberales, pero jamás hacen mención de sus grandes hechos de armas y de sus heroicos esfuerzos por salvar al país de una sumisión degradante, de una venta infame. En tratando de los Estados Unidos, hablan de una «conquista pacífica.» Sin embargo, estos conservadores no son para salvar á la república de un conflicto: señalan, no corrigen; gritan, no remedian;

tildan, no ayudan; critican, no aconsejan. Que entren á la lucha y trabajen por el bienestar del país; precisamente los que poco hablan son los que mucho hacen.

Han acusado al Partido Liberal de sobornos, violaciones, y otras cosas peores; y, no obstante, ellos no pueden arrojar la primera piedra, porque las fuerzas imperiales cometieron también delitos iguales; y tras de aquellos ídolos de los conservadores se alza una generación grande de hijos espurios. Entre unos y otros sólo una diferencia existe: los liberales lo hacían en fuerza de las circunstancias, y esquivando el cuerpo de las mortíferas balas enemigas, y los imperialistas, abusando de las circunstancias y burlando las confianzas de sus aliados.

Alguien creerá que soy liberal, pues quiero que sea inmaculado ese partido. Nada más falso é injusto, porque no soy liberal; pero tampoco pertenezco á la escuela histórica que mide sus crónicas con la ley del embudo.

La verdad para todo y antes que todo: ¡he ahí la norma de mi conducta!

Geo. Marimal

UNIV.

CAPITULO IX

LAS CONSECUENCIAS LEGÍTIMAS DE AMBOS PARTIDOS.

I

MUCHOS escritores remueven aún los recuerdos pasados, y, según sus personales simpatías, deducen las consecuencias más extravagantes de aquella época aciaga de nuestra historia. Colocados en cualquiera de los puntos de observación, se inclinan siempre al lado que más les conviene.

Que opinen ó dejen de opinar; que sus afirmaciones favorezcan á unos ó á otros, esta es una ley ineludible en el campo histórico. En verdad que, en cuestiones de esta índole, todos tienen derechos innegables para constituirse en defensores de los suyos. Lo que sí á nadie le está permitido, es falsear los hechos, torcer los puntos y mentir descaradamente, desfigurando las cosas.

Unos hablan con sinceridad, lanzan cargos con convicción plena de lo que dicen; pero, desgraciadamente, sin estar en posesión de datos precisos: son

periodistas de ocasión, que escriben lo que el jefe les indica. O bien beben en fuentes de sus favoritos, quienes—quieran ó no—han procurado salvar los intereses de su partido, ocultando sus propios deslices. Estos no podrán, desde luego, servir de guía á la opinión, ni satisfacen la curiosidad pública, porque sus ideas están impregnadas de adulteración.

Otros se proponen, de primera tentativa, cambiar de faz las cosas. Pretenden describir hechos que no han podido verificarse; pintan lo blanco como negro, y viceversa; entran al campo ya con miras de engañar á sus interlocutores y hacerlos comulgar con ruedas de molino. Tampoco éstos pueden guiar un criterio severo y recto, porque carecen de la verdad histórica; discuten para embrollar, no para convencer; hablan por la paga, no por un fin noble y sincero; defienden personalidades, no doctrinas, porque éstas no dan de comer. Esta agrupación de ofensivos ciudadanos la constituyen los pansistas, cuyos actos jamás son justificados, por ir al sol que más calienta.

Y tanto éstos como aquéllos, no son capaces de historiar ni de comentar hechos históricos, dados los medios disolventes de que disponen y los fines divergentes que los guían. Sólo un punto común tienen, y es la ignorancia que los caracteriza.

Que entre las personas cultas é ilustradas haya diversidad de opiniones, ello es natural, porque las cosas históricas están más afectadas que ningunas otras de la continua lucha intelectual en este sentido. Los puntos se suelen tomar de los manuscritos de testigos presenciales, y éstos pertenecieron á uno ó á otro bando, pues á la campaña unos y otros lle-

van sus cronistas, quienes se inspiran en las ideas de sus jefes. No habían los comandantes de los cuerpos, de rendir partes minuciosos de una derrota, debida á su falta de tino; si llegan á consignar un fracaso, procuran dulcificar sus términos. Por lo contrario, en los triunfos se expiden mensajes detallados, exagerando los movimientos de la tropa y las maniobras científicas del ejército triunfador.

En esta disyuntiva, no queda más recurso que juntar los documentos de una y otra facción, y hacer deducciones lógicas. También en este caso saldrá deficiente la historia, porque ninguno de los jefes conservará los partes bochornosos para su gloria militar. Si alguno de los militares en campaña se procede con exactitud, los directores de la acción se apoderan de las crónicas y las reducen á cenizas, quitando de enmedio algo que pueda manchar la reputación y producir la muerte civil de los combatientes.

Además, que los historiadores del día poco se preocupan por estas pequeñeces; escriben porque el pan obliga, y el que más adula, es el que mejor come.

Infiérese de lo antes dicho, que, sobre la verdadera lucha entre liberales y conservadores, hay pocas noticias precisas. Es cierto que aun viven generales ameritados de ambos combatientes, pero sería muy difícil arrancarles las notas que pudiesen eclipsar sus victorias militares. En tratando de las grandes acciones, no habría dificultad en conseguir datos; pero por lo que se refiere á tropelías, actos salvajes, derrotas, morirán con ello, y nadie obtendrá el secreto. Lo que hace casi imposible justificar los

terribles cargos que unos y otros se hacen, máxime cuando el Partido Conservador no se atreve ni á resollar, por hoy.

Sólo sí queda en pie que el Partido Liberal venció, porque su victoria está á la vista, y sus jefes absorben el poder. Se les habrán negado aptitudes; pero ahora no hay quien ponga en tela de juicio su completo triunfo, después de más de treinta años de absoluto dominio de los destinos nacionales. ¿Fué suerte ó el valor la nueva posesión adquirida? Quédeles á los conservadores el derecho de deducir la consecuencia, y es seguro que aun pretendan achacarlo á la fortuna del medio. Para algunos hombres, las cosas pasan como los enfermos en manos de los médicos: si se alivia el paciente, el santo obró el milagro, y si pasa á más descansada vida, el médico lo mató. Y con sabios que así discurren, no hay hechos culminantes posibles, ni alturas fáciles de alcanzar.

Ni más ni menos sucede en el campo conservador: triunfaron los liberales, pero débenlo á los azares de la suerte, á los asesinatos que cometieron, á los múltiples despojos, asaltos, robos, y otros más delitos que les arriman; como si los que asesinan, despojan, asaltan y roban están siempre seguros de la victoria; como si todas las tropelías imaginables son virtudes que fortalecen; como si los crímenes hacen invulnerables á los hombres, y los atropellos son talismanes para los grandes hechos militares. Sin embargo, así los juzga el Partido Conservador, sin comprender que, discurriendo así, están minando la verdad fundamental que sirve de base al orden religioso; sin tener presente la contradicción en que incurren

respecto de la doctrina con la práctica; sin ver ni vislumbrar que con esto aceptan lo que rechazan: el castigo eterno para las malas acciones; y rechazan lo que aceptan: el premio y galardón para los actos buenos. Y ¡he aquí cómo piensan los que, por la costumbre de negarle todo al enemigo, caen en el ridículo más grosero y las contradicciones más flagrantes! Tal ha sido el procedimiento de quienes, queriendo conservar el orden, son sus peores transgresores; de los que, aspirando á la conservación de la verdad, son sus mayores falsarios; en una palabra, de los que fingen predicar los fueros de la justicia, y son los hipócritas del orden moral.

No pudieron triunfar, sea por la falta de medios, sea porque el hado les fué fatal; y, consumados los hechos, la resignación era lo más aceptable. ¡Quiá! La resignación es para predicada: principios y doctrinas, sobran; lo que ha de faltar siempre es la aplicación, el ejemplo. ¡Bárbaro escarnio del destino humano! Cristo más hizo que predicó, porque sus hechos fueron la doctrina que hizo caer á sus pies á los propios enemigos, á aquella turba que pedía la muerte del Justo.

Ahora ya no hay remedio: el Partido Liberal consumó su obra. Y el Partido Conservador, ¿estará conforme?

II

Nadie puede negar tampoco que, en medio de aquel mar de pasiones, surgieran espíritus extremosos, que, orgullosos del triunfo, llevaron sus iras hasta

el colmo de la desolación. Por todas partes sembraron el luto y la orfandad. ¿A qué partido pertenecían? ¿Al Partido Liberal? ¿Necesitaba éste de los actos de barbarie para obtener el triunfo? ¿Era lujo de crueldades lo que hacía?

Si es cierto, como dije antes, que en la guerra se hace todo, también lo es que todo atentado está considerado como propio de bárbaros. Desalojar las casas, para ocuparlas y saquearlas; matar á sus habitantes, estos son actos de lesa humanidad, y en cualquier tiempo son condenables; robar y asesinar, á nadie le está permitido, porque son delitos punibles.

Ahora bien, ¿quiénes—vuelvo á repetir—cometieron tanta tropelía? Los liberales peleaban por una causa justa: la libertad de la patria, y esta causa perdía terreno á los ojos de la civilización con procedimientos de gente salvaje, que llevaba á todos los hogares pacíficos el terror y el odio. La justicia que los asistía podía perder y de hecho pierde. Por consiguiente, no era fácil que á ciencia y paciencia de las personas bien intencionadas se cometieran verdaderos delitos, porque el saqueo no es otra cosa.

Esto por una parte. Por la otra, la destrucción, sin fines útiles, es ilegítima, y redunda en perjuicio del edificio que se disputa. No es posible concebir, pues, que los jefes liberales de entonces, tolerasen aquella devastación terrible, aquella carnicería horrorosa, aquellos asaltos á sangre fría y los innumerables atropellos de la milicia subordinada. Ellos perseguían nobles ideales; querían los derechos del pueblo, la libertad de él, y estos fines no se podrían conseguir

cuando, precisamente, se atentaba contra ellos: sería una paradoja, una burla sangrienta, si, para construir algo bello, se empieza por negar los principios de la estética, base de la belleza.

Y, á pesar de todo, la obra de muchos de aquellos revolucionarios (sin incurrir en contradicción) fué destructiva. Para el objeto y la verdad de esto, no importan los fines: con el régimen y el sistema de gobierno, destruyeron muchas cosas útiles también.

Pero consta que los destructores no fueron meramente liberales, sino los extremosos, ó, en otros términos, los jacobinos. Y he aquí surgir una nueva facción de ciudadanos en la lucha: LOS JACOBINOS. ¿Quiénes fueron los jacobinos? Una rama de los liberales que llevaron las cosas al grado superlativo; los verdaderos imitadores de los revolucionarios franceses del 93. Ellos, en frente de los conservadores fanáticos, intolerantes, aprendieron á destruirlo todo, á pesar de toda oposición.

¿Por qué surgió en México esta rama? No hay que ir lejos por la respuesta: ellos son el producto de la intransigencia conservadora; su existencia se la deben á los extremosos del Partido Conservador. Implacable éste en sus debatidos derechos, dió origen, con sus excesos, á la aparición de los nuevos fanáticos. Los conservadores alegaban sujeción absoluta al imperio y al clero, los jacobinos, creyéndose ultrajados con aquellas tendencias, proclamaron la separación del pueblo de toda idea religiosa. En vano los ánimos conciliadores procuraban un avenimiento y enfrenar los ímpetus de los exaltados, porque éstos no cedían un ápice en sus pretensiones.

En estos intentos fueron ayudados por los demás del partido, quienes, aunque no pedían tanto, hubieron de decidirse por los derechos expuestos á última hora.

La conformidad se dilataba, por más que las diligencias iban en auge; porque los jacobinos jugaban el todo por el todo: ó libertad completa para el pueblo, ó nada. Tal era el grito y tales eran los deseos.

La imposibilidad de la defensa, estuvo á punto de obligar á los conservadores á la capitulación, y lo hubieran hecho, si algún subterfugio los hubiese favorecido aunque sea en una pequeña parte. Pero toda esperanza, en este sentido, podía considerarse como perdida: el Partido Liberal, y más los jacobinos, querían una derrota franca y declarada, á la que no se resolvía el Partido Conservador. Atrincherado éste por todas partes, buscaba una salvadora salida, que nunca llegó á presentársele. Sus intereses, más que el honor y el decoro, lo ponían en una terrible disyuntiva . . . .

Entretanto, el pueblo sufría las miserias de su destino, inherentes á toda clase de luchas, causadas por unos y otros. Los habitantes estaban desesperados y deseaban una terminación pronta de las hostilidades, ya sea que triunfaran los conservadores, ya sean los liberales los victoriosos.

Después de tanta sangre vertida en los campos de batalla, cesó la lucha, y los liberales entraron victoriosos á la capital.

III

Con el triunfo obtenido por las armas liberales, los jacobinos llegaron al colmo en punto de represalias: impusieron sus leyes al vencido. ¿Hicieron bien en ello? Este es un punto delicado para que lo resuelva un católico-clerical; pero lo resolverá el filósofo, lo pondrá en claro el historiador, que ni uno ni otro tendrán coacciones posibles: los hechos son hechos, y las verdades, aunque amargas, son también verdades.

Registrad la historia con ojo sereno y ánimo tranquilo, y veréis palpablemente que, en todos los tiempos, en todas las edades, el vencedor ha impuesto sus leyes al vencido. Los griegos hacían sus tributarios á los países que derrotaban. Los persas y cartagineses hacían otro tanto. ¿Y qué me diréis de Roma? No hubo nación alguna que no obedeciera sus disposiciones y acatara sus órdenes, después de una victoria decisiva. Hacía más: á la vil condición de esclava reducía á la nación conquistada por medio de sus armas. De este modo, llegó á dominar toda la extensión del mundo y el cetro de los Césares imponía leyes y obediencia á millones de súbditos en la redondez del globo.

Y todo esto, ¿por qué? Porque el vencedor siempre ha sido dueño absoluto del vencido: reducido á sus dominios, conquistado éste por sus armas, aquel tenía derecho de imponérsele. De ahí provenía que los países derrotados por las bayonetas romanas se

sometían á las leyes, costumbres, idioma, usos y religión del pueblo romano. Y esta imposición de poderío, hija de la superioridad y de la fuerza, fué ley común y vigente en todos los tiempos, sólo que ha cambiado de forma á través de los años.

Obedeciendo al mismo principio, entraron los moros en España y los españoles en América. En uno y otro lado sobrevivió la raza conquistadora á la conquistada, en España setecientos años y en América trescientos: los moros dejaron implantadas sus costumbres y usos, y los españoles lo mismo.

Jamás han condenado los pósteros aquella conducta, ni tenídola por irracional: cuando no están conformes con ella, la rechazan y proclaman su independencia. Tal pasó en España en tiempos de Pelayo, y en México, en los de Hidalgo.

Así es que los liberales, después de echar abajo al Partido Conservador, hicieron, aunque más benignos, lo que todas las naciones civilizadas hacen: impusieron sus leyes al vencido.

De estas leyes surgió la Reforma.

Dígase lo que se quiera, la Constitución y la Reforma se impusieron, porque fueron hijas de una lucha larga, terrible, sangrienta.

Los conservadores hubieran hecho lo idéntico, si hubiesen triunfado; y es seguro que entonces estarían satisfechos de su obra, y aun muy fácil fuera una matanza horrorosa en las personas de los vencidos; cuando menos, los tribunales de la inquisición se hubieran encargado de ello.

Algo había de hacer el vencedor; de lo contrario, se expondría á ser destronado en breve. La guerra

se hace con dinero; dejadle ese poderoso elemento al enemigo, y volverá á agitarse y á moverse.

En los campos de guerra los rehenes son permitidos, y susceptibles de ellos son todos los bienes del adversario.

¿Por qué, pues, los liberales no habían de hacer lo que es justo en otras partes?

IV

Las Leyes de Reforma fueron dictadas para evitar nuevo levantamiento del Partido Conservador; que, mañana ó pasado, no se le volviera á antojar traer otro emperador extranjero. Declarados bienes nacionales los del clero, exclaustrados los monjes, y denunciables todas las propiedades inmuebles pertenecientes á las comunidades religiosas, no fué un paso del aplauso general, pero sí una medida sabia y preventiva, que impedían que los tales elementos pudiesen ser empleados en contra de la integridad nacional en épocas futuras. Esta táctica arrancó de raíz el mal, porque puso al principal elemento conservador en la imposibilidad de fomentar nuevas tentativas de represalias.

Al principio fué un escándalo para el país tal proceder, pero después se ha venido á convencerse de la utilidad práctica de él. Los frailes en comunidades religiosas, encerrados en los claustros, era difícil que permanecieran neutrales; tenían que apoyar á su gente: lo más probable era que, en vez de elevar á Dios el alma y rezar por los pecadores, se ocu-

paran en asuntos políticos; y, en este caso, pueden promover conspiraciones contra el poder constituído, acostumbrados, como lo estaban, á ser los dueños absolutos del país. La influencia de muchos constituídos en asamblea, es poderosa y capaz de levantar grandes revoluciones, como que éstas en los países cristianos siempre han tenido origen en los conventos.

En vista de esto, los constituyentes opinaron porque se clausuraran los conventos y se secularizaran sus miembros. Así lo consignaron en la ley fundamental de la república, para poner á salvo las instituciones democráticas.

El absolutismo de la ley, podía abarcar á seres inofensivos, incapaces de hechos delictuosos; pero tampoco las leyes pueden hacer excepciones.

Las riquezas del clero fueron un motivo para la importación del emperador extranjero; que, sin ellas, aquel no podía disponer de elementos de guerra. Con esas riquezas sostuvo la lucha el Partido Conservador; luego, quitándoselas, se le desarma, se le reduce á la impotencia, y esto era, precisamente, lo que se quería.

Más que todo, este desarme general de las riquezas fué el que produjo el mayor golpe y más duro en el Partido Conservador, porque de allí vivían muchos aduladores y holgazanes. «Este es un robo, se dijo; un crimen contra la propiedad.»

Efectivamente, lo hubiera sido, si aquellas riquezas no hubiesen producido tantos males y fomentado tantas guerras entre hermanos, regando la patria con sangre de sus propios hijos; si no hubieran servido

para reducir al pueblo al servilismo; si no hubieran provenido del mismo pueblo á donde volvían; si con ellas se hubiera hecho beneficios, ilustrando á los ciudadanos; si, en vez de estar en manos muertas, estuvieren en movimiento; en fin, si algún provecho hubiera tenido el personal de la república. Pero tener los millones estancados, los bienes sin producciones, los edificios para madriguera de gente que instinga, y atreverse á llamar ladrón á quien, como rehenes, se apodera de ellos, es una contumelia audaz nunca vista. ¿Cuándo roba el que evita un mal? La desamortización, á mi parecer, no tenía otro objeto.

Convengo también en que muchos desvergonzados hicieron mal uso de la ley y cometieron verdaderos atentados contra la propiedad. En este caso, el defecto no está en la ley, sino en su aplicación. Pues los jacobinos se apoderaron de templos, atrios, sacristías y casas curales, exceptuados por la ley, porque estaban fuera de ella. Sin embargo, de despojos semejantes, todavía se ven ejemplos.

Las Leyes de Reforma, si no son del todo buenas, tienen mucho bueno: el rigor de ellas cae sobre las congregaciones, que consideró como estorbo para la perfección de la república y el progreso de ella. Desde que ellas empezaron á regir, tiene mayores prerrogativas el elemento católico: la fe se fomenta y crece en los pechos cristianos, cuando no están éstos apegados á los bienes de la tierra. Ignoro si esta verdad teológica la tuvieron presente los constituyentes; si no, creo que han procedido como verdaderos apóstoles del cristianismo.

Las riquezas, pues, estorban al espíritu religioso, máxime si los religiosos han renunciado por medio del voto á ellas. ¿Por qué cuidan tanto de las cosas de este mundo los que tienen que vivir fuera y separados de él? Al cielo se entra sin maletas ni equipo, dijo un gran apologista católico; y estos reverendos, después de hacerles un servicio espiritual, se molestan. O andan equivocados de vocación, ó yo cometo un error en mis aseveraciones. Para lo primero, me basta decir que, si no se hubiesen mezclado en política, nadie los hubiera molestado. Para lo segundo, dejo probado que no incurro en equivocaciones.

De todos modos, las consecuencias de la lucha de partidos están bien claras: el nacimiento de los jacobinos y las Leyes de Reforma. Unos y otras se deben al Partido Conservador.

CAPITULO X

LA APARICIÓN DE UN HÉROE, ÉMULO DE GRIEGOS Y ROMANOS.

I

ESCRITO está en los anales de la historia de México, que los más grandes libertadores, los más conspicuos guerreros y los estadistas más prominentes habían de salir de la generación formada por los mismos conservadores. ¿Era una verdad la sentencia? Podría ser errónea en cualquiera otra circunstancia y con referencia á otros países del viejo mundo; pero entre nosotros—y en todo el continente americano—ha sido de verdad profética. ¿Obedecía esto á algún origen extraordinario?

Si no conociéramos de antemano á los conservadores, diríamos que han proporcionado los hombres para la libertad del pueblo, porque de sus aulas han salido para la pelea; tendríamos que agradecerles algo bueno: el gran contingente que han puesto para fomentar vocaciones en los valientes soldados que ha tenido la patria. Pero el agradecimiento desapa-

rece, al considerar que los héroes se hacían á fuerza de patriotismo y no con la expresa voluntad de sus educadores. Estos les daban albergue en sus colegios, porque ellos eran los dueños únicos de los poquísimos establecimientos de instrucción que había entonces, y no se imaginaban que sus educandos tenían que luchar algún día en su contra, para derrumbar los principios de absolutismo; que si ellos hubiesen sido algo previsores, ni la independencia del país se proclama. Mas, amoldados en la ineptitud de un monarca débil y cobarde, como Fernando VII, vivían tranquilos, creyendo en la inmortalidad de las cosas humanas; soñaban con una dominación eterna y se les iba el tiempo en las disputas de familia. Quedan vivos los recuerdos de las luchas entre canónigos y religiosos, entre cabildos y prelados, entre franciscanos y dominicos; y todo esto por los supuestos derechos sobre tal ó cual propiedad. Parece mentira que, mientras el glorioso Las Casas no tenía sobre qué reclinar la cabeza, sus sucesores andaban á la greña, disputándose riquezas y terrenos; mientras Valencia y Quiroga miraban con desprecio los honores de este mundo, sus pósteros todos andaban en juicios civiles para sostener derechos y prerrogativas sobre tal ó cual pedazo de tierra.

No podían, los que tal hacían, formar hombres que los destronasen y les pusiesen tasa á sus ambiciones, reduciéndolos á las verdaderas reglas disciplinarias de una religión superior y de altos fines eternos. Precisamente, en sus aulas enseñaban una sumision absoluta á un monarca que nadie conocía, ó á un virrey advenedizo, que pasaba el tiempo en in-

trigas cortesanas y disponiendo de todos los destinos. Se formaron, sí, aquellos varones denodados en los seminarios, porque estos establecimientos eran los únicos abiertos á la instrucción, y, claro, todos ellos eran dirigidos por eclesiásticos, simples ó regulares. Por lo mismo, la disciplina prohibía á los alumnos cosas que se consideraban demasiado libres, tanto en el campo científico como en el social. En el primero, nadie podía sobresalir, en sentido de investigar sobre el origen de ciertas verdades del orden revelado, y en el segundo, servidumbre completa á la nobleza, y.... á algo más, peor que la nobleza. Cuando solía alguno tener facultades extraordinarias, entonces se le procuraba cortar las alas, prohibiéndole toda clase de lectura.

Aquel estado de cosas no podía ser más estrecho; la instrucción no podía ser más reducida y monótona, pudiendo uno y otra tener más amplios horizontes. Figúrese si, en un aprisionamiento tan terrible, había intención de formar libertadores. Que si al Partido Conservador se le viene á la imaginación siquiera que dentro de los seminarios surgía un núcleo de guerreros contra aquel orden tirante, asegura más las cadenas de la esclavitud, y los tribunales de la inquisición se hubieran encargado de lo que ellos llamarían *atentados contra Dios y el Rey*.

Nada; convengamos en que no es ni de agradecérseles el haber salido de los seminarios los patriotas para ir á la lucha. Si ellos preven lo que iban á hacer Hidalgo, Matamoros y Morelos, el fusilamiento que se llevó á cabo más tarde, se hubiese apresurado;

si se enteran de las futuras intenciones de Juárez y Lerdo de Tejada, y leen en lo porvenir la aparición de la Constitución de 57, ninguno hubiera llegado á la edad del discurso, ni los clérigos les hubiesen enseñado nada.

A pesar de todo, por ironía del destino, los liberales más famosos y los reformadores más empedernidos fueron hijos de los seminarios. Porque la libertad se conoce mejor cuando se vive en un país de esclavos; entonces, para adquirirla, se estudian los mejores medios, y éstos suele proporcionarlos el mismo enemigo: estando con él, recibiendo lecciones de él, se podrá disponer de puntos verdaderamente estratégicos. Nadie conoce mejor las entradas y salidas de una casa, que los que han entrado en ella y salido de ella.

No por voluntad de sus educadores, sino en fuerza del destino, los liberales se formaron en los seminarios. Al principio de la revolución, iniciada por los audaces seminaristas, la persecución del elemento conservador fué tenaz, de muerte, é iba acompañada de denuestos y epítetos denigrantes para los jóvenes guerreros, sedientos de franquicias liberales, solicitadas y negadas siempre. Pero depués, cuando la caída fué segura y el hundimiento completo, los defensores de los conservadores, para vanagloriar á los suyos, lanzan en cara á los liberales de que son hombres más talentosos y sus héroes más afamados han salido de los colegios clericales.

Esto es un ardid de mal género y nada prueba. Probaría sí cuando los conservadores los hubieran enseñado á ser libres, y no cuando aprendieron á ser-

lo á impulsos de un corazón grande y vocación de mártires.

Por lo demás, es cierto que los liberales de más peso son hijos de los seminarios, como los primeros enemigos de un padre criminal son sus propios hijos. ¿Y esto qué prueba? Ayer desconocían los conservadores los méritos de cierto grupo de ciudadanos, y ahora los confiesan, adjudicándose la gloria de ellos.

El más terrible adversario en un parlamento es el que surge del mismo parlamento y conoce sus constituciones.

II

Sin embargo, pasados tantos años, ahora se puede apreciar en todo su valor la obra de los liberales, porque las consecuencias están á la vista; y, hayan ó no surgido sus generales del campo contrario, su valor es digno de admiración de los verdaderos ciudadanos.

Pero ninguno de los héroes de entonces ha tenido la fortuna de sobrevivir á su obra, porque casi todos fueron iniciadores de ella: pusieron la primera piedra para el edificio, para que los sucesores lo continuasen. ¿Quién debía verlo concluído? Creo que ninguno pudo adivinarlo; porque, dados los caracteres bélicos de los mexicanos, no era tan fácil prever quién debía ser capaz de reducir al pueblo al orden y llevarlo á la cumbre del progreso.

Como pasa en todos los países; caído un gobierno, todos aspiran á los primeros puestos, y de esto surgen nuevas dificultades.

La república tenía el aspecto de un cadáver y salía de sus entrañas algo que remedaba el gemido último de un agonizante. La revolución contra el extranjero había terminado, pero los ánimos descontentos, se puede decir, aun estaban en el campo de la lucha, esperando la recompensa. Y se desató nueva tormenta sobre el país, con marcadas señales de una lucha de gigantescas proporciones. Se envolvió la república en otras guerras intestinas, como si el airado Marte hubiese jurado diezmar á los mexicanos, despertando continuas discordias.

Iba la nación recorriendo el largo camino de su áspero calvario, llevando á cuestas, como Cristo, su pesada cruz. La primera revolución fué contra los hijos de Pelayo, la segunda contra el Primer Imperio, y la tercera para derrocar á los imperialistas de nuevo cuño. Todas ellas fueron de grandes estragos y sembraron la desolación en todo el país, con más ó menos vicios de humanidad. Lo cierto es que caminábamos de guerra en guerra, sin que nadie se atreviese á asegurar cuándo podría llegar el fin.

III

En lo más ardoroso de la contienda, cuando más empeñada estaba la campaña, surge de las aulas del seminario de Oaxaca un joven tierno aún y, aventando lejos de sí el Nebrija, se lanza al combate, resuelto á vencer ó á morir. Ni las dulces palabras de su protector, que era un obispo, ni las indicaciones de sus profesores y amigos, ni los consejos de sus mayo-

res, fueron capaces de contener el ardor bélico que se agitaba en el pecho de aquel adolescente doncel.

Floreaba la primavera ante los ojos del estudiante, y la vida comenzaba á prodigarle las ternezas de sus caricias. Un mundo de ilusiones se agitaba en su cerebro bajo el sol tropical de Oaxaca y constantemente removido por el suave viento que en las surianas regiones sopla á veces. Bullían en su mente las ideas del porvenir, un porvenir grande y halagador; soñaba en los confines de una carrera literaria coronada á fuerza de inauditos desvelos sobre el libro; pensaba en la grandeza, en la sublimidad y en los medios para adquirirlas. Desfilaban ante él las figuras magnas de Cervantes, Shakespeare, Homero y Dante; tenía en la imaginación gravadas las imágenes de Tito Livio, Justiniano y Cicerón. Pasaba aquel estudiante sus horas en la meditación más profunda.

Diríase que tanto pensar, no correspondía á sus años. Sin embargo, casi desapercibido, seguía del mismo modo. Y es que vió la luz en un Estado propicio para la meditación, en aquel clima delicioso de Oaxaca y en aquel valle circuído de esbeltas y verdes montañas. Ese mismo suelo meció la cuna de otros grandes hombres cuya historia nuestro joven estudiante había bien aprendido de memoria.

Un sol tropical, ¿tiene mayores influjos sobre el destino de los hombres? Un clima benigno y delicioso, ¿ejerce poder sobre los corazones? Al considerar el número de guerreros que dió Oaxaca, ocurre hacer las anteriores preguntas.

Estas circunstancias de la naturaleza, obraron también en el ánimo de nuestro joven estudiante. El es de estatura mediana, color del más puro criollo del país, porte airado y distinguido, mirada perspicaz é investigadora, tímido en el hablar y de poquísimas palabras. Era proverbial en él el orgullo propio de raza. Sus acciones eran vehementes, y, en los momentos de arrebato, su sola mirada lo hacía aparecer como Marte, de resolución irrevocable. Por aquellas venas corría valiente la sangre de Cuauhtémoc: en todos sus actos tenía semejanza completa con el héroe azteca.

Si alguno de sus profesores hubiera estudiado á aquel joven oaxaqueño, hubiese comprendido el gran porvenir de gloria que le esperaba á éste y los eminentes servicios que la patria le demandara. Y él mismo ¿sabía lo que valía? Dados los caracteres de generosidad y mansedumbre que distinguen á los hijos del sur del país, creo imposible que él previera el importante papel que tenía que desempeñar en los destinos de la nación. La humildad es genuina en los mexicanos, y, siendo él de sangre pura, ¿había de suponerse superior á los demás? En México los ciudadanos procuran cumplir con todos los deberes, sin manifestar jamás espíritu de altivez mal entendida: son valientes hasta el sacrificio y nobles hasta la sublimidad. El reverso del europeo, que siempre tiene aire de señor, aunque ocupe último lugar en la esfera social.

Todas las grandes cualidades y las heroicas virtudes se desarrollan en mayor escala en los pechos surianos. Nuestro estudiante poseía en grado super

lativo los dones eminentes que hacen del hombre á un ser extraordinario.

Este estudiante á quien me refiero, era el joven Porfirio Díaz, actual Presidente de la república.

IV

Para la juventud de entonces, el mejor porvenir era tomar las armas é ir á batir á los enemigos de la patria; y el Estado que más contingente dió en soldados, fué Oaxaca. En la segunda emancipación nacional, el Estado de Oaxaca puede considerarse como el salvador de la república: con sus hijos venció á los enemigos, y ellos fueron los que dieron las leyes actuales, que son los formidables muros de inexpugnable fortaleza, y han puesto á salvo los intereses nacionales y asegurado la estabilidad del respeto al derecho ajeno, desconocido en los tiempos coloniales.

Peligraba la libertad del país, cuando el joven Díaz, abandonando las aulas, se lanzó al combate: dejó el libro por el fusil y la espada. Todos creían en la muerte del incauto soldado; pero el destino le tuvo señalada otra suerte: el que ha sufrido aquella transición repentina de colegial á soldado, debía ser, corriendo los tiempos, uno de los hombres más grandes de América.

Se afilió de combatiente raso en el primer pelotón de tropa que se acuarteló en Oaxaca. Con el fusil al hombro y la espada después al cinto, estaba satisfecho de su suerte, porque su sino era la guerra.

Por esto, cuando al primer disparo de los cañones y el batir de los tambores, oyó sonar los clarines, nuevo espartano, se arroja á la lucha, para no deponer las armas hasta que triunfe la república. La patria necesitaba de sus hijos, y él le ofreció en holocausto su vida.

Aquel bizarro soldado mostró un valor desmedido, una resolución y un arrojo inauditos, sembrando el asombro hasta entre sus mismos jefes. ¿Aprendió á luchar con Napoleón el Grande? Sus hazañas lo identificaban con los ardientes guerreros griegos y romanos. ¿Quién había de creer que el estudiante de Oaxaca tuviese tantos bríos para el combate? Así parecía que se había impuesto la tarea de diezmar á los enemigos en determinado número de horas.

Estuvo en todas las acciones grandes contra los franceses, y fué adquiriendo su ascenso militar desde soldado raso, hasta llegar al grado más alto de la Ordenanza. Desde que empezó su carrera, fué obteniendo victoria tras victoria, coronándose de inmarcesibles lauros. Hecho prisionero, supo burlar la vigilancia de sus capataces y escaparse de sus garras. Pero el paso más temido fué el que dió cuando, conduciéndolo á Ulúa, abandonó la lancha y se arrojó al agua, jugando el todo por el todo. Afortunadamente, pudo saltar á tierra, debido á su habilidad en la natación.

Probablemente, esta escapatoria sólo es comparable con la acción de Cortés, quemando en aquellos mismos sitios sus naves, para cortar el paso á su tripulación sublevada. Aquellas playas veracruzanas fueron testigos del heroísmo del conquistador, tam-

bién era necesario que dieran fe de los actos de arrojo de un libertador.

Los biógrafos señalan este hecho como el más culminante en la vida militar del actual Presidente; pero yo tengo al frente muchos rasgos que lo hacen émulo de griegos y romanos; sólo que yo no pienso escribir una biografía; vengo á estudiar simplemente el importante papel que ha desempeñado en la marcha ascendente de la nación. Para ello he tenido necesidad de vincular á los grandes hechos posteriores del estadista, los hechos anteriores del militar.

Ahora bien, ¿no fué providencial la aparición del señor general Díaz en el teatro de la guerra? Sólo el toque de un clarín bélico hace despertar en su pecho el heroísmo, y se lanza á la lucha, sin querer regresar á los patrios lares antes de acabar con los enemigos. Su figura llegó al colmo de la grandeza: cumplió con su deber y sobrepujó á sus compatriotas, viniendo á ser aún más grande como gobernante que como militar. No sólo supo destruir, sino también construir sobre las ruinas magníficos edificios de sólida arquitectura. En medio de un partido extremoso, escogitó el medio.

Ha sido para México el general Díaz, lo que Pelayo para España, y Juana de Arco para Francia: un militar dotado de empuje sobrenatural, un valiente audaz y atrevido, un héroe de inmarcesible gloria, un hombre aguerrido y de corazón de bronce. Si él hubiera nacido en Grecia ó en Roma, lo hubiesen inscrito en la lista de los dioses inmortales, y su busto estaría fundido en broncíneos moldes y puesto á la

adoración de los helénicos repúblicos y de los romanos patricios, en los altares de la patria.

El estudiante de Oaxaca llegó al apogeo de la milicia, y, hoy, triunfante, empuña el estandarte de la paz, cuyos cimientos él puso. Los que le conocieron entonces, ya están convencidos de que figuras tan grandes en la guerra y tan sublimes en la paz, son apariciones raras en el cielo de la historia, y pueden ascender al Partenón y tener por pedestal al mismo Júpiter Tonante.

Propios y extraños conocieron el valor del antiguo seminarista que se fué al combate con la fe del patriotismo por compañera, y ahora, propios y extraños también, lo admiran como al ángel pacificador. Sobre la misma espada vencedora en la guerra flota el estandarte que ondula al compás del desarrollo de la paz, anunciado por las trompetas de la fama.

Sus hechos marciales necesitan un cantor como Homero; sus conquistas de progreso necesitan la fluida estrofa de Virgilio.

¡Tal es el héroe émulo de griegos y romanos, que, hoy ufano y en medio del general aplauso, alza la frente llena de orgullo y patriotismo hasta tocar el cielo de la gloria!

SR. RAMON CORRAL,

Secretario de Gobernación

UNIV.

CAPITULO XI

EL PARTIDO PORFIRISTA Y LOS QUE LO CONSTITUYEN.

I

A la muerte del señor Juárez, quedó el poder en manos de un grupo de políticos que no supieron cumplir con los compromisos contraídos. Aunque las circunstancias hacían casi imposible pensar en el fiel cumplimiento de lo pactado, sin embargo, podían aquellos políticos haber manifestado intenciones siquiera y buena disposición para solventar las deudas adquiridas con las demás facciones del partido triunfante; mas, sea porque en las grandes alturas del poder todo contrato se olvida, sea porque los compromisos se hicieran en fuerza de las condiciones en que se encontraba el país, para contener el ímpetu de los descontentos, lo cierto es que el grupo en cuestión no se preocupó en satisfacer á los que lo ayudaron en el triunfo, una vez ascendido á las prominencias de la república.

El gobierno estaba, se puede decir, en manos de hombres civiles, quienes se rodeaban de muy pocos

militares, los indispensables para afrontar las circunstancias en un evento de nuevas revueltas. Esta medida se había tomado, no precisamente para recompensar los servicios que el ejército había prestado, sino para tener á un elemento de fuerza efectiva á la disposición, y poder retener por las armas el poder, en el caso no remoto de un levantamiento de los relegados al olvido.

Pero, aunque los directores de aquellos políticos civiles se procurasen una permanencia larga al frente de la cosa pública, ésta iba de mal en peor. Y el resultado no se hizo esperar mucho.

Vencidos completamente los imperialistas, fusilados Maximiliano y sus dos generales de más mérito y valor, ya no hubo necesidad de los servicios de muchos militares liberales, que habían expuesto sus vidas en los campos de batalla. Reservándose el número suficiente para la tranquilidad interior, los demás fueron dados de baja. Entre éstos había generales de méritos indiscutibles, á cuyos servicios se debió tal vez el triunfo de la república, y al lado de ellos existían otros militares de buena hoja y mejor cepa. Por consiguiente, unidos los segundos á los primeros, pidieron las recompensas por servicios prestados, y el gobierno, con ardides y embustes, los estaba entreteniendo, como á niños de pecho á quienes la niñera calla con la aplicación de una tetera á la boca. Esta táctica pudo retardar la explosión de ira, pero jamás hacerla olvidar; pudo ir conteniendo los ánimos, pero no sofocarlos por completo. ¿Serían ineptos los poseedores del poder? Sobre este punto, es por demás discutir. No puede ser apto quien no

sabe encontrar los medios eficaces para arrancar de raíz un mal.

Se dirá que pudieron encontrar esos medios—y de hecho los palparon—para dejar bien sentada la paz de la nación, pero no quisieron hacerlo. En este caso, sube de punto la gravedad. Los gobernantes que, teniendo en las manos los grandes remedios, no los aprovechan, son, además de ineptos, criminales; porque posponen el bienestar de la patria á sus propios intereses personales; le dan á la ambición alas para volar, y he aquí el pedestal en que descansan todos los tiranos que ha habido en el mundo.

Se pudo comprender entonces que el elemento civil es incapaz de gobernarnos, tal vez porque los pueblos de sangre española necesitan la espada de Damocles para obedecer: puede más en el ánimo del mexicano el brío del acero que el poder de la palabra, el estallido del cañón que la fuerza del parlamento. ¿Cuanto mejor fuera que estuviésemos dispuestos á acatar la ley sin la fuerza armada? Nuestra condición nos pondría entonces á la más grande altura republicana. Pero ¿acaso podemos aprender cosas tan difíciles en menos de cincuenta años de vida? En tan poco tiempo, no se aprenden instituciones tan perfectas. Somos nuevos en la vida democrática y en nuestras venas se agita una sangre de revolucionarios, acostumbrada á batallar siempre.

No era posible, pues, que el gobierno de los políticos civiles satisficiera las ambiciones del pueblo. Los militares descontentos, no conformes con esperar eternamente, se levantaron en armas contra el gobierno constituído. ¿Tuvieron razón? Sobre este

punto tampoco cabe la duda. ¿Por qué habían de tener mayores derechos los que retenían el poder? Para llegar á él, éstos no habían expuesto su sangre; mientras que todos los que estaban relegados á la ingratitud habían sostenido, con peligro inminente de su vida, la soberanía nacional con la punta de la espada y en los sangrientos campos de combate.

Esto, por una parte; por la otra, los gobernantes han de subir al poder mediante el consentimiento de la mayoría. Ninguno tiene derecho al ascenso sin previo asentimiento del pueblo. Por lo mismo, los retenedores de la Presidencia, á fuer de no cumplir con su noble misión, permanecían en ella arbitrariamente. ¿Quiénes eran los que debían destronarlos? Los conservadores estaban fuera de cortadura, porque habían caído, tal vez para jamás levantarse, y la vergüenza los hacía omitir votos y opiniones. No perdieron éstos sus derechos constitucionales como ciudadanos, pero tampoco estaban en aptitud, derrotados y vencidos, de volver al mando: en la derrota, quedaron á entera disposición del vencedor. De manera que no podían alzarse para protestar, sin exponerse á un nuevo fracaso.

En esta coyuntura terrible, siendo liberales los nuevos fariseos, á los verdaderos liberales les quedaba el derecho de llamarlos al orden y al acatamiento de las leyes reformadas y puestas en vigor. Tenían, para esto, poderosas razones que argüir y alegar, porque ellos fueron los verdaderos héroes de la campaña pasada; aun oían los aplausos del pueblo á su paso triunfal por ciudades y villas.

Además, disponían todavía de fuerza suficiente pa-

ra afrontar una nueva guerra, y la victoria sería segura, teniendo los generales más ameritados en sus filas.

II

Efectivamente, no habiendo conseguido nada las pacíficas solicitudes, se apeló al poder de las armas. Todos los militares más prominentes obedecieron á la voz de mando, y se emprendió la jornada militar.

En torno del jefe más ameritado y distinguido se congregó la multitud más aguerrida y, al compás de los clarines, suena de nueva cuenta la lucha.

Aquel militar de porte distinguido y oprimiendo el lomo de brioso corcel, es el jefe del ejército que se levanta en contra del gobierno; á su voz de mando, todos prestan obediencia absoluta: era el general don Porfirio Díaz, el mismo seminarista de Oaxaca, el que mandaba á aquella tropa. En rededor de él estaban sus amigos y partidarios, que, también como él, no pudieron sufrir á los perjuros.

Nunca los valientes fueron vehículos de malos gobernantes, porque tales papeles son propios de los cobardes, que jamás han conocido el decoro. ¿Podría el señor general Díaz, el invicto militar que se arrojó al combate por salvar á la patria, aceptar aquella condición de gobierno que iba precipitando al país en un profundo pozo, con progreso, estabilidad, leyes, orden y todo? ¡Imposible! El pecho de ese aguerrido soldado no estaba hecho para soportar los crímenes que se cometían en nombre de la ley y á los ojos de todos los habitantes. Había combatido

por el bienestar de la república; éste aun no llegaba: luego su misión no había terminado. Sólo que antes luchó contra sus enemigos de principios é ideas, ahora el combate se emprende contra los mismos suyos, que no han cumplido con ellos. ¿Cómo habría de quedarse quieto, callado y sumiso en frente de quienes ultrajan las ideas que él bautizó con su propia sangre?

Estando á la espectativa como sus demás compañeros, liberales del mismo molde, la indignación volvió á hervir en su pecho, y el corazón del glorioso militar, palpitando aún por tanto triunfo y recogiendo las palmas de las victorias anteriores, estalla y su explosión suena en los oídos de los malos gobernantes. Con aquel estruendo, salido de un pecho bien probado en los campos de batalla, tembló el gobierno y su personal, creyendo ya en su difinitiva caída.

Bien conocían al caudillo y sabían que á sus esfuerzos y tentativas nada ni nadie podía oponerse, porque la resistencia sería más pasajera que el ligero soplo de la brisa que posa sus ondas en las hojas de los árboles. Las esperanzas podrían aún abrigarse, si los liberales desidentes hubiesen elegido otro jefe que no fuese el general Díaz. Pero ¿quién más idóneo, más ameritado, más valiente y de más prestigio que él? Ninguno gozaba de las simpatías del pueblo y del ejército más que él; por consiguiente, curándose aún de sus heridas, ciñó la espada y se puso á frente de los que habían—en breves días—de derrocar á los liberales de mal cuño y de cuyo gobierno esperaba México su total ruina.

Jefes, generales y ciudadanos, se fijaron en él, co-

mo único ángel salvador. Aceptada la propuesta, se lanzó á la campaña como militar comandante de las fuerzas y sostenedor de su propia candidatura á la Presidencia de la república. No tardó mucho el triunfo, precedido de una proclama de este tema: «La república, para restaurar tantas heridas, necesita gobernantes probos, honrados y á voluntad del pueblo. Mientras en el poder haya hombres que posponen los intereses nacionales á los particulares, una reconstrucción de las fuerzas perdidas es imposible. Por manera que, ayudado de todos los buenos mexicanos que estuvieron conmigo en los campos de sangre, exponiendo sus vidas en defensa de la soberanía del pueblo, sabré cumplir con el difícil cargo que mis compatriotas ponen sobre mis hombros. Contando, pues, con la voluntad férrea de ese pueblo altivo, abnegado y noble, de cuyo seno han surgido tantos sabios y tantos héroes, haré POCA POLÍTICA Y MUCHA ADMINISTRACIÓN. Sólo así alcanzaremos los altos fines y los grandes ideales que hemos perseguido para sostener nuestra unidad nacional y entrar, con los poderosos elementos de que disponemos, en el concierto de las naciones más prósperas y civilizadas del globo.»

Aquella proclama, después del Plan de Tuxtepec, en donde obtuvo el triunfo decisivo el general Díaz, ha venido desarrollándose y cumpliéndose al pie de la letra.

III

El caudillo asciende al poder en medio de la aclamación general, rodeado de la admiración de toda la república. Era conocido como militar, pero no como gobernante. ¿Sabría llenar los deseos del pueblo? Batiendo aún palmas de victoria por el triunfo del general Díaz, todos hacían la anterior pregunta.

La mayoría del país tenía confianza en él, porque, en medio de tanto militar revolucionario, sólo la figura de él aparecía como simpática é imponente. Tenía prestados grandes servicios á la causa de la nación. Como soldado resuelto y aguerrido, jamás conoció el miedo, y supo captarse el aprecio de la tropa que mandaba; como jefe, fué admirado y querido. Aquel cariño, ¿no podría reflejarse en su vida de gobernante?

Desde que comenzó á pelear, el pueblo lo amó; formó de él un ídolo: el pueblo no se equivocaba; conoce á quien distingue y ama.

Es evidente que aquellas demostraciones de júbilo, aquel aprecio desmedido hacia el militar y aquel regocijo del pueblo mexicano, fuesen estímulos para el nuevo gobernante. ¡Cuántas veces los hombres se dulcifican en vista del general aprecio que los rodea! El cariño y la ternura desarman el enojo en los pechos generosos y nobles.

El señor general Díaz, al empuje del militar valiente, une un marcado sentimiento de profunda gratitud: si hay hombres que no olvidan las acciones buenas,

él es el primero de ellos. Tal vez esta desarrollada virtud sea la que lo ha hecho ser admirado por propios y extraños.

Las aclamaciones del pueblo, el júbilo con que éste lo recibió después del triunfo de Tuxtepec, y la confianza que en él depositaron todos los ciudadanos, fueron un estímulo alentador y un ejemplo admirable para el nuevo Presidente. Todas estas manifestaciones las llevó siempre conservadas en el altar que les levantó en el alma, para hacer de ellas una remembranza durante el curso de su vida, cual corresponde á los hombres grandes del temple del vitoriado en el Plan de Tuxtepec.

Desde entonces, sus compatriotas se unieron á él. Algunos, sobre todo conservadores, vivieron alejados, desconfiando de su estabilidad en el poder. Creyeron que aquel gobierno era efímero, de difícil duración. Para esto, tenían presentes á los anteriores gobiernos y el estado que guardaba la república, el cual, según veremos, no era nada halagador.

Los predecesores del señor Díaz no fueron capaces de sostenerse, por más que lo pretendieron. ¿A qué obedecía esto? ¿Era indomable el pueblo mexicano? ¿O estaba predestinada la nación á sufrir las constantes pulsaciones que durante el siglo XIX la conturbaron? ¿Ya no era posible que fijara su soberanía? Las Leyes de Reforma, ¿eran inaccesibles á los espíritus tempestuosos? ¿No podían estas leyes ser adaptables al medio en que vivía el novel pueblo soberano? ¿Los enemigos trabajaban en las sombras para desprestigiarlas, ó su misma grandeza las ponía fuera del alcance de un país belicoso? ¿O faltaba

un hombre tan alto como ellas, para obligar su obediencia ó acatamiento?

Los filósofos de la historia se pierden en conjeturas á este respecto. Vivía la mayor parte de los constituyentes, y un constituyente se hallaba en el poder; sin embargo, la Constitución era letra muerta. Puedo asegurar que los primeros que la desconocieron fueron los que la votaron, desde el momento que los mismos gobernantes desoían sus preceptos. Tales eran los errores constitucionales, que nadie podía abrigar la esperanza de que se llevara á cabo la promulgada Constitución de 57.

No hay que olvidar tampoco que nuestro Código Constitucional fué hijo de las circunstancias; pero menos hay que olvidar que estas circunstancias aun permanecían en pie. Las ocasiones que favorecen el dictamen de leyes especiales, no pasan tan rápidamente; desaparecen, sí, después de un período histórico largo. ¿Qué lapso de tiempo había corrido? Bien corto, por cierto.

La razón única que autorizan la lógica y el buen sentido, es que ninguno pudo poner en práctica las nuevas leyes dictadas por el Partido Liberal. Se encontraban á tan grande altura, que ninguno pudo llegar á donde ellas estaban. Y es imposible hacer cumplir lo que se desconoce. Podría haberlo hecho el señor Juárez, el Presidente de hierro; porque quien tuvo valor para dictarlas, le sobraba resolución para hacer que se cumplan. Mas el señor Juárez ya no existía....

IV

En tales condiciones, asciende á la Presidencia el señor general Díaz. Afortunadamente, la fama adquirida en los campos de guerra era grande, y muchos auguraban feliz éxito al nuevo Presidente.

Tomada posesión del poder, comenzó el general Díaz á desplegar una actividad inconcebible en los despachos del gobierno; actividad que aun dura, después de veinticinco años de una labor ardua y complicada. ¿Qué importaba el deplorable estado en que se encontraba la nación? Elementos de riqueza había, solamente hombre y ocasión habían faltado; éstos, con su presencia, ya estaban completos. El general Díaz así lo comprendió.

Eligió su gabinete entre sus amigos, y repartió todos los puestos entre personas que fueron de su entera confianza. Esta conducta fué el triunfo decisivo y lo exhibió como un estadista de altos vuelos.

De los suyos á nadie olvidó. Repartió recompensas á todos los servidores de la nación. Este paso le atrajo las simpatías de todo el pueblo, porque comprendió éste inmediatamente que el general Díaz era el Presidente que necesitaba.

Los destinos del país cambiaron; el progreso entró de lleno. Comenzaron las grandes inversiones de capitales en nuestro vasto suelo, disfrutando de amplias garantías.

Este proceder le acarreó las simpatías de los extranjeros.

En torno del nuevo Presidente comenzaron á trabajar los verdaderos amantes del adelanto, siendo testigos de los grandes alcances del señor general Díaz, único que pudo sobreponerse á las circunstancias.

Pues bien, todos estos innumerables apreciadores del mérito, forman el Partido Porfirista, cuyo jefe lo es don Porfirio Díaz, actual Presidente de la república. Entran en su composición los elementos más disímbolos y heterogéneos, porque aparecen allí personajes de todas las nacionalidades y de todas las profesiones religiosas. Es el único partido que descansa sobre un pedestal formidable; constitucionalmente hablando, es invencible en las luchas electorales, porque tiene un gran número de partidarios, que dan la mayoría á su candidato.

También debo asegurar que el Partido Porfirista se compone de personas desinteresadas; que se han adherido á él, porque conocen la superioridad de su jefe y el gran prestigio de que ha sabido rodearse.

Así como entre los militares de combate supo captarse simpatías y confianza, así el señor general Díaz ha sabido atraerse la admiración de toda la nación como gobernante probo y honrado, trabajador incansable y de acierto é inventiva como administrador político.

Difícilmente aparecerá otro jefe de partido que tenga mayores virtudes y más altas prendas, porque hay muy pocos que sigan el principio que sentó él

mismo al subir al gobierno: POCA POLÍTICA Y MUCHA ADMINISTRACIÓN.

El Partido Porfirista casi adivina las indicaciones y la voluntad de su jefe, y lo sigue resuelto en todos sus actos, como que sólo se puede servir á un político cuando se conocen sus eminentes virtudes cívicas.

CAPITULO XII

CÓMO HA GOBERNADO EL GENERAL DÍAZ LA REPÚBLICA.

I

CANTAS revoluciones, habían dejado al país en una situación fatal; así es que el señor general Díaz, cuando subió á la Presidencia, no encontró nada bueno. El nuevo Presidente extendió su vista por el ancho panorama de la república, y lo halló todo poblado de fatídicas nubes de retroceso.

Algunos escritores extranjeros, de notable mérito, con un juicio sereno, que mucho honra al actual gobernante, han juzgado su labor. Las apreciaciones hechas por ellos, bastan para cimentar la fama del señor general Díaz, desde el momento que ellos pueden ser completamente imparciales en el caso. Holgaría, por lo mismo, agregar una palabra á lo dicho por eminentes hombres de Estado del extranjero, á no ser la obligación imprescindible que tengo para hacerlo, presentes la índole y el carácter de esta obra.

Mas, antes de proseguir, debo manifestar que ningún móvil personal me impulsa á ensalzar la labor del actual Presidente. Bien sabido es que nunca he ocupado ningún empleo público, obligándome á los elogios por el mismo puesto, porque la gratitud debe ser expresada de algún modo. Al contrario, viviendo fuera de la política, en muchas ocasiones, he sido censor de algunos actos del gobierno. Cuando surgió la crisis económica en el país, por todas partes se hacían conjeturas sobre el origen y la resolución de la baja de la plata, aplaudiendo siempre las medidas tomadas por el gobierno. Yo, al estudiar la cuestión de la moneda, produje consideraciones filosóficas, separándome por completo de las opiniones de economistas de cierta nota en la república, y arrojé sobre el gobierno algunas responsabilidades; responsabilidades que creí fundamentar en derecho y deducirlas de consecuencias legítimas. Tampoco pude desconocer determinadas medidas, aunque tardías, tomadas por la actual administración; desconocí solamente—y pude probarlo—que aquellas medidas fueran las apropiadas y que podrían dar los resultados que todos los ciudadanos desearan. Bien que de esto hice culpables á los directores de la Hacienda Pública, que son los verdaderos consejeros del gobierno en asuntos de economía.

Mis consideraciones, si bien duras, no abrigaban la menor intención de zaherir á determinado personaje; para hacerlas, sólo tuve presente el interés nacional. Ellas fueron sensacionales, por lo mismo de la independencia de su autor. Entonces se hacían mil conjeturas también sobre los móviles que me im-

pulsaron á tratar la cuestión monetaria de aquel modo, no faltando quien asegurara que yo tenía pactos políticos establecidos de antemano con personajes ocultos. Pero todas estas cavilaciones eran injustas, porque á mí nadie es capaz de impulsarme á escribir lo que no siento; afortunadamente, tengo el valor civil suficiente para afrontar las consecuencias de mis afirmaciones.

Dedúcese de lo expuesto, que tampoco ahora me mueve la adulación para estudiar la espléndida obra del señor Presidente actual, á quien ni conozco personalmente. Extrañarán mis aserciones á aquellos que gustan ver siempre mal parados á los gobernantes, y para los cuales no hay gobierno que sirva. Desde luego que yo no seré instrumento de viles pasiones, ni podré sacrificar los intereses de la conciencia á los que producen lisonjero porvenir á costa de los deberes más sagrados de un ciudadano.

Pensar para conseguir el pan, es propio de los hombres que tienen decoro; comer para pensar, es patrimonio exclusivo de los que no conocen la noble misión del ente pensante.

II

Sentado lo anterior, podré proseguir.

Durante el tiempo de la dominación española, el país se encontraba mal, porque llevaba en su misma organización, que era bastante defectuosa, el retroceso; pero, un poco sujetas las voluntades, se disfrutaba de cierta calma, y el trabajador podía dedicarse

á las habituales faenas del campo. Proclamada la definitiva separación de la metrópoli, la cosa cambió. (Las causas quedan expuestas atrás). Los agricultores fueron perdiendo la confianza en los gobiernos, porque éstos eran inestables y no podían sostenerse en el poder, resultando de aquí que la completa y definitiva organización se iba retardando en la reciente república.

Como caía un gobierno y le sucedía otro, era imposible que ninguno pudiese proceder á garantizar las labores de los ciudadanos pacíficos, cuyos intereses estaban á merced de los agitadores y revolucionarios. Y esta inseguridad fué siendo más marcada con el tiempo, al grado de que, cuando el general Díaz ascendió, la república presentara un cuadro desolador y triste. Sangrada por la revolución del Segundo Imperio, se convirtió en un cadáver. Esto estaba á la vista de todo el país.

Además de esta circunstancia, hija de la época y producto de toda revolución, había otros graves trastornos, la inseguridad que reinaba en todo el territorio. Aprovechándose muchos malvados de la debilidad del gobierno y de las revueltas, se declaraban pronunciados y asaltaban en los caminos reales á todos los pacíficos transeuntes, despojándolos de sus haberes. Los tales asaltos y encrucijadas estaban, por aquel entonces, á la orden del día; no había día en que no se registraran asaltos. El pasajero, muchas veces ya salía de su casa con la seguridad de ser robado en el camino.

Durante el período de 1862 á 1883, los escritores tuvieron material bastante para escribir novelas ro-

mánticas é históricas. Los periódicos siempre anunciaban en sus columnas algún asalto á la diligencia, en el que los pasajeros quedaban completamente desnudos y sin un pedazo de pan para alimentarse. Por algo los españoles son Quijotes, que también en la Península siempre hubo foragidos temibles, y los que aparecieron en México seguían el ejemplo de aquéllos.

Ya no eran casos aislados los robos en caminos reales, sino que lo raro era que no hubiese alguno; ni uno ó dos individuos los que ejercían la profesión de los asaltos y robos, sino que había patrullas bien armadas y disciplinadas, que se dedicaban á despojar al prójimo. Cuentan los cronistas de la época, que los ladrones formaban verdaderos escuadrones y tenían un centro bien organizado, obedeciendo á un solo jefe. Este distribuía órdenes, mandando á su gente á todas partes; por consiguiente, no había vereda ni camino real que no tuviese una gavilla que lo custodiase. A tal grado llegó el descaro de tanto bandido, que llegaron á formar su jurisprudencia especial, llevándose en rehenes á muchas personas, y los dedicaban también á asaltar y robar. Dentro de una república de gente honrada y moral, se había establecido otra de bandidos.

Los habitantes, en vano protestaban, porque el gobierno no estaba en aptitud de impartirles garantías en momentos en que su tropa luchaba por otros fines: el sostenimiento del poder constituído. Esta circunstancia, propicia para los foragidos, hacía que éstos osaran llegarse hasta los pueblos y villas, para robar lo que necesitaban y sostener las tropas de

su mando. En las meras calles de la ciudad de México hubo bandidos de esta clase que se llegaran á pedir dineros á los comerciantes, quienes por el temor de las amenazas se dejaban plagiar.

Aquel período histórico fué fatal. Ni el comerciante ni el hacendado podían moverse de sus sitios, por temor del asalto. Muchos hacendados, cuando tenían que abandonar sus casas, iban seguidos de un verdadero regimiento de rancheros bien armados y mejor montados. Sólo de esta manera estaban seguros de volver sanos y salvos. Sin embargo, muchas veces sostenían verdaderos combates con los foragidos, pues los ladrones no se detenían por falta de elementos, porque también llevaban armamento y equipo de guerra.

Esto, en tratándose de los propietarios poderosos; pero el pequeño poseedor de bienes no estaba en aptitud de llevar tantos elementos de defensa, y cuando salía, no llevaba la seguridad de volver; para emprender una jornada de esas, iba con toda la preparación canónica, dispuesto á morir en manos de los muchos ladrones que poblaban en todas direcciones la república.

III

Evidentemente, que aquella situación tan anómala ponía al país en un estado deplorable. Falto de seguridad, tenía forzosamente que carecer de los elementos de desarrollo. En una condición tal, no era posible ninguna empresa de progreso. ¿Quién había de arresgar la inversión de capitales en un país

peor que salvaje? En todas las naciones grandes, el capital extranjero y la inmigración de personas inteligentes son los que hacen poderosos á los países. Ambos elementos no eran llevaderos en México, porque los países en donde instalan sus tiendas el robo y el asalto, son indignos del desarrollo é incapaces de civilización. El extranjero emigra á donde puedan darle garantías y sepan apreciar su obra, y huye de los lugares en donde no se respeta la propiedad.

Hasta ahora, que yo sepa, ningún país ha podido cimentar su progreso sin el elemento extranjero, porque sólo él puede llevar el contingente del adelanto á los pueblos que lo necesitan, máxime si éstos son nuevos. Si los Estados Unidos no hubieran dado toda clase de garantías á los inmigrantes europeos, esa poderosa república, temida ahora por todos, no hubiese llegado á la altura en que se encuentra.

El elemento extranjero, en todas las naciones civilizadas del mundo, ha puesto el primer escalón para el engrandecimiento de los pueblos cultos que hoy se ufanan de su creciente desarrollo. Pero los beneficios que él reporta, en la época á que vengo refiriendo, no eran posibles, porque no había garantías, y por falta de ellas, ningún extranjero se atrevía á desembarcar en nuestras playas; preferían ir á poblar el Africa, que venir á México, los capitalistas europeos.

Sin este contingente poderoso, el país guardaba una situación lamentable: no había industrias, no había comercio en grande; y de comunicaciones, estábamos como en los tiempos coloniales, en que se usaba el tardo paso de la bestia de carga, ó las es-

trechas cavidades de un carro tirado por mulas, en caminos completamente inseguros.

En los pueblos y aldeas reinaba el miedo y el alboroto, al grado que nadie podía salir de sus casas para regresar con vida.

Por esa época, también hacían de las suyas algunos militares descontentos, quienes, en vez de vigilar el orden, lo alteraban, armando pronunciamientos é imponiendo gavelas á los comerciantes, para sostener sus pretensiones al poder.

De manera que, visto así el cuadro, se podrá considerar la verdadera situación del país. ¿Era imposible el remedio? No sería tanto, pero ninguno se atrevía á asegurar que hubiese persona capaz de purgar el territorio de tanto malhechor y restablecer el orden perdido.

¡Feliz es la hora en que triunfó el Plan de Tuxtepec! Ascendido el señor Díaz al poder, empezó su obra de reconstrucción. Ya dije, que muchos dudaron del éxito, pero otros juzgaron un hecho la regeneración política del país y el restablecimiento del orden y de la seguridad. Faltaban garantías, él, con su programa «de poca política y mucha administración» fué lo primero que hizo. Formado su gabinete de personas de su entera confianza, puso en los Estados á gobernadores militares que habían servido á la causa nacional, y les dió órdenes terminantes contra los bandidos. Estas órdenes fueron terribles: pasar por las armas á todo ladrón de camino y á todo aquel que, so pretexto de inconformidad con las autoridades constituídas, cometiese tropelías y sublevase á los ciudadanos.

Las disposiciones del señor Presidente fueron cumpliéndose al pie de la letra y, en menos de cuatro años, los caminos fueron despejándose de esos miembros podridos de la sociedad, que vivían del sudor ajeno. Los periódicos y personajes de la oposición tildaban la conducta del gobierno, porque calificaban de asesinatos los muchos fusilamientos. No podían aquellas *almas compasivas* conformarse con que á un ladrón-asesino se le pasara por las armas sin previa formación de juicio, á pesar de estar convencidos de que aquel bandido tampoco obraba conforme á ley, cuando asaltaba y asesinaba.

Por todas partes se oían exclamaciones subversivas para el gobierno, ¿y por qué? Tan sólo porque estaba purgando la nación, amputándole los miembros podridos y dando, con esta medida, garantías á los ciudadanos pacíficos y laboriosos.

¿Por qué no distinguían aquellos furiosos oposicionistas? Quien no tiene compasión de nadie y mata á mansalva, tampoco merece compasión; merece la muerte sin ningún juicio, porque las autoridades pueden, para salvar intereses más grandes, pasar por las armas á los foragidos que son una amenaza para el pueblo. Y esto es lo que hacían los gobernadores: fusilar para hacer limpia y dar garantías á los hombres buenos. ¿Era preferible dejar á los ladrones y tener desprestigiada la república ante el mundo entero? Por todos los países se extendió la inmerecida fama de que es imposible la vida en México, porque nadie gozaba de garantías. Estas versiones, en su mayor parte ciertas, perjudicaban el crédito y el desarrollo nacional.

Un gobernante, pues, debía empezar por restablecer las garantías; para lograr esto, sólo era posible una ley inexorable. La muerte de algunos bandidos escarmentaría á los demás. De manera que la medida del general Díaz fué emanación de una inteligencia hecha para gobernar. Efectivamente, las órdenes dadas produjeron resultados satisfactorios, y en cortísimo tiempo la república tiene completa seguridad en los caminos, al grado de poder una señora salir sola á los caminos, y ni quien la moleste.

Si los ataques de los oposicionistas hubieren amedrentado al general Díaz, no habría la seguridad de hoy en el país. Pero don Porfirio tiene una voluntad de hierro y una firmeza de Napoleón I; siguió, no obstante la alharaca levantada por algunos, sosteniendo sus primeras disposiciones; y, una vez pacificada la nación, pudo decir con orgullo: he ahí mi obra! Recibí un territorio plagado de bandidos, después de unos ocho años, miradlo ahora.

IV

Puesto el pedestal para la regeneración, el caudillo tendió la vista á otros rumbos. Establecidas la paz y las garantías, surgieron elementos de trabajo, y comenzaron entonces las concesiones ferrocarrileras, que debían acortar las distancias. Un país sin comunicaciones rápidas, no puede prosperar, porque sus productos se encontrarían fuera de la competencia, debido al mucho costo que sacaran por la conducción de un lugar á otro. Es claro, mientras

más barato sea el artículo, más accesible será su consecución, y podrá ir á buscar mercado á lejanas distancias. Pero, faltando los medios fáciles de transporte, no podrá ir en pos de consumo, por el mucho recargo que sufriría entonces la mercancía, poniéndose fuera de competencia.

Por más rico y productor un país, si no tiene vías de comunicación, siempre será más pobre que ningún otro. Nuestro suelo es privilegiado y produce toda clase de frutos, pero de nada servirán, si no se ponen al alcance del consumidor.

Presentes estas razones, el general Presidente comenzó á trabajar empeñosamente en que se construyeran vías férreas. Con este paso, logró dos cosas: ponernos á cortas distancias de las naciones amigas y comunicar entre sí y con la capital á todas las principales poblaciones de los Estados; medida que también sirvió como estrategia militar, para sofocar pasiones en los pueblos díscolos.

La obra ferrocarrilera, á través de veinte años de paz, da una cifra de vías herradas que se aproxima á los 19,000 kilómetros. ¿Qué país ha hecho tanto progreso en un período relativamente corto y con un número de habitantes de 12.000.000 ó 14.000,000? Lo que más admira es que, no obstante lo desprestigiado que estábamos en el extranjero, los capitales ferrocarrileros hayan venido á invertirse aquí en una cifra casi inconcebible, pues pasa de los..... $400.000,000.

Satisfecho el gobierno de su obra de comunicación terrestre y marítima, á imitación de los ferrocarrileros, los capitalistas industriales y mineros comenza-

ron á establecerse en grande escala. En fábricas y minas están invertidos algunos centenares de millones de pesos. En este sentido, han admirado la prosperidad de la república todos los que la visitan, y los soberanos europeos se maravillan del talento de quien, en veinte años, ha podido lograr lo que país alguno ha alcanzado, ni de los más viejos en el concierto universal.

Nuestros productos industriales y mineros han ido á varias exposiciones internacionales, sacando magníficos premios, y han sido apreciados en primera línea.

En vez del grito de los foragidos en los caminos reales, se oyen los silbatos de locomotoras y fábricas; en vez de poblaciones iluminadas por antiguos farolillos de petróleo, se ven ciudades populosas, profusamente alumbradas por la mejor luz eléctrica del mundo; en vez de calles torcidas y angostas, el viajero admira grandes avenidas, suntuosos jardines, espléndidas calzadas y hermosos parques; en lugar de un empedrado tosco y capaz de desgranar las ruedas de una carreta, los pies se deslizan suavemente sobre un pavimento de asfalto, como lo puede haber en las más grandiosas ciudades del viejo mundo.

Todas estas grandezas son hijas de un gobernante talentoso; la paz es hija de un héroe que ha puesto más alto su nombre como estadista que como militar, á cuya espada nadie pudo resistir. ¿Todavía los de la oposición dudarán del éxito? ¿Pondrán en tela de juicio que ha habido un gobernante en la república más grande que el señor general Díaz?

Para poder construir, á veces hay que destruir. Conforme á este principio irrefutable, hubo necesidad de acabar con los bandidos, para inspirar confianza al elemento útil de la república. En medio de aquel salvajismo, como el que había, ¿sería posible cimentar el progreso? Es imposible todo adelanto sin la paz. ¿Podría haber paz, sin quitarles la cabeza á los perturbadores? La paz es enemiga de los salteadores y ladrones. Fué preciso, pues, en aras del bien general, sacrificar á los criminales; y para conseguir todo esto, fueron encaminadas las órdenes del señor Díaz, el glorioso HÉROE DE LA PAZ.

Sin embargo, al señor Presidente no le pareció aún completa la obra. Bien fortificado en el poder, rodeado por el prestigio que dan el acierto, el tino, la probidad y la honradez en el manejo, dió uno de los pasos que hubiera sido imposible en otras circunstancias: eliminar del poder á muchos personajes cuya moralidad era sospechosa, y de ahí surgió la caída de muchos gobernadores, colocados en fuerza de las circunstancias, para contentarlos con la donación de un pan seguro. Si este paso lo da el general Díaz á raíz de ascendido al poder, la caída hubiera sido segura. Pero no había que precipitar hechos; el progreso y las reformas entran muy lentamente, porque toda transición rápida es peligrosa. El militar valiente, de ojo perspicaz y talento claro, así lo comprendió. Dejó que el tiempo corriera, y, cuando el pueblo mexicano lo colmó de gloria y de prestigio, entonces dió el golpe, y cayeron muchos personajes que eran ya nocivos en la administración.

A los caídos no les quedó ni el derecho de que-

jarse, porque su caída fué gradual é insensible. ¿Qué habían de hacer? Su voz sería ahogada en la garganta, porque el general Díaz está en el colmo del apogeo, es la figura más simpática al pueblo, como debe serlo todo salvador. El le dió garantías, le dió paz y le dió progreso. ¿Olvidará el pueblo, altivo, noble y agradecido, una labor tan llena de gloria y beneficios?

Trabajando así, ha podido llegar á las alturas en que se encuentra; recibe culto de los mexicanos y admiración de los extranjeros. ¿Habrá quien no lo estima y quiera?

Si las naciones aun saben levantar estatuas á los ciudadanos que las han hecho felices, la del general Díaz tiene que tocar en el cielo; si los pueblos aun aprecian las virtudes de los grandes hombres, el pueblo mexicano debe levantar un altar en el pecho de cada ciudadano, á quien ha gastado toda su vida, para hacerlo feliz y próspero; porque él hizo de una república pobre y desprestigiada, un país grande y rico, que entra en el concierto de las potencias más acreditadas del mundo, señalándose como honrado y heroico.

Sólo el nombre del general Díaz es la más poderosa garantía para la estabilidad de la paz.

CAPITULO XIII

¿CÓMO SURGIERON LOS CIENTÍFICOS?—EL PARTIDO CIENTÍFICO NO PUEDE GOBERNAR EL PAÍS.

I

PARA los verdaderos mexicanos, la obra del general Díaz es—sobre toda ponderación—sublime, porque ella resulta de un sacrificio grande é inaudito, y ha ido desarrollándose, gracias á un plan profundamente meditado. Reina, merced á ella, una calma octaviana. En medio de tantos bienes, sólo se oye la voz de la gratitud, proclamando como benemérito al que ha sabido, con mano firme, lograr tantos prodigios. Debido á esto, á nadie extraña el general entusiasmo del pueblo y las simpatías que profesa á su héroe pacificador.

Los grandes generales son vitoreados después de los resultados favorables de una guerra; pero las guerras hacen correr á raudales la sangre, y mientras unos se regocijan en medio del triunfo, otros gimen por la pérdida de algún ser querido, que era—tal vez—el único sostén de alguna viuda desamparada ó

de una numerosa familia que queda sumida en la orfandad: las guerras hacen que, los mismos labios que bendicen, maldigan la hora en que nacieron para vivir en la desgracia. Entretanto los hombres que cimentan la paz en las naciones turbulentas, sólo pueden oir bendiciones de todas las bocas, porque la paz beneficia y no sacrifica. De ahí la razón poderosa de que el pueblo mexicano sólo tiene bendiciones para el general Díaz. Ingratos fueran los pobladores de la república, si no lo hicieran así. El sentimiento más noble del corazón humano, y que lo enaltece más, es el de la gratitud, y ese sentimiento está profundamente desarrollado en los pechos mexicanos: habremos sido terribles para con el enemigo, altivos con los tiranos; pero también sabemos ser hidalgos y agradecidos con los héroes que nos han dado progreso y la tranquilidad en nuestros hogares.

Vista así la cuestión, el actual Presidente cuenta con el cariño de todo el país. Pero en toda regla hay excepción, y aquí—no debiendo ser—también existe la excepción. Creo que, conmigo, la república siente esta gran verdad, porque ningún mexicano de corazón deseara enemigos políticos del señor general Díaz; si hace quince años nadie los deseó, ahora menos, que, obligado por las arduas faenas del trabajo y el peso de los años, la preciosa existencia del grande y conspicuo gobernante toca á su fin, por la fuerza de una ley ineludible de la naturaleza, de que todo lo que surge á la vida, perece, y todo lo que nace, muere. Quedará un nombre inmortal en los anales de la historia de los que han podido rodearse del cariño sincero de sus compatriotas; pero el destino tie-

ne que cumplirse y el hombre que inclinar la cerviz ante la Parca impía, porque ella impone leyes generales é inexorables. Ante esta terrible verdad, todos los mexicanos deberíamos colmar de gratitud y amor al que supo sacarnos de la nada á la vida de los pueblos cultos y civilizados, para que, cuando se cumpla la sentencia implacable del Eterno, nuestro gran Presidente lleve recuerdos tiernos é imperecederos de un pueblo á quien sólo él pudo hacer feliz.

Desgraciadamente, cubierta la faz y entre bastidores, hay un grupo de ciudadanos en la república, que, á pesar de haber sido sacados de la nada por la benigna mano del señor general Díaz, pretenden minar el actual orden de cosas y colocar en el poder á su jefe, empleando en sus maniobras la dizque hábil táctica política que aconseja el talento de que no carecen. Los movimientos de los tales políticos han envuelto en sus redes á varios ciudadanos admiradores del general Díaz, los cuales hanse afiliado á ellos, mediante la ocultación de fines.

¿Quiénes son estos políticos? ¿Qué partido forman? ¿A quién tienen por jefe? ¿Es fácil su triunfo? En el remoto caso de la victoria, ¿podrían gobernar la república?

Vamos por partes.

II

Durante los cortos períodos en que gobernaron don Sebastián Lerdo de Tejada y el general don Manuel González los destinos de la nación, tomando la alternativa este último de manos del actual Presi-

dente, comenzó á formarse un grupo de individuos ya viejos y cargados de años, quienes, no habiendo estudiado elementos de filosofía en los primeros tiempos de su peregrinación en la tierra, decidieron estudiar la vasta ciencia de Aristóteles en la edad provecta. A esos buenos viejos no les podía pasar la vida sin conocer la filosofía, porque habían leído, no saben dónde, que el hombre, sin los conocimientos filosóficos, no estaba en aptitud de conocerse á sí mismo. Esta gran verdad fué desconsoladora para ellos; é, iguales á Diógenes, encendieron la linterna, y, en pleno día, se lanzaron en pos de lo que les faltaba. ¿Pudieron, como el gran filósofo griego, decir ¡Eureka! en el curso de su jornada?

Ya durante el gobierno de don Sebastián Lerdo de Tejada dirigía la Escuela Preparatoria un ciudadano muy afecto á las investigaciones filosóficas, y pudo proclamarse entonces como jefe de una escuela nueva, por no estar conforme con el simple papel de director del primer establecimiento de instrucción pública de la república y seguir los principios filosóficos de los más grandes maestros de la ciencia. Se pretendía algo de novedad, y á toda costa había que lograrlo. Las pretensiones se reducían á la reforma de la ciencia. Así como en el sistema de legislación y gobierno empezaron á regir las Leyes de Reforma, ¿por qué no había de pasar lo mismo en el terreno filosófico? En este último caso, se trataba de lo abstracto, como lo es la filosofía; en el primero, de cosas concretas, como lo son las leyes de gobierno: éstas son deducciones legítimas de los principios de la primera, y aunque ésta, y no aquéllas, es la ex-

tensiva y abarca á las primeras, poco importaría, si el espíritu audaz de la Reforma puede extender sus blancas alas á todo.

Los ciudadanos liberales, ebrios del triunfo, procuraban implantar sus teorías y principios en todo. Para llevar á cabo sus ideas, la Reforma tenía que entrar en la escuela, lo cual era algo difícil, si los estatutos escolares no sufrían, á su vez, las reformas necesarias. Logrado esto, estaba lo demás logrado también y vencidas las dificultades.

El director de la Preparatoria, adicto á todo lo que venía de Francia, se encargó de introducir las reformas. El gobierno del señor Lerdo de Tejada se componía de elementos civiles, accesible, por lo mismo, á dejarse guíar por la fuerza del argumento, y esta fué la razón de su caída. Presentes las tendencias del gobierno, las intenciones de don Gabino de la Barreda, el reformador filosófico, no tropezaron con obstáculos para desarrollar su plan científico, según lo llamó el famoso instructor.

El principal objeto de este plan era quitarles alumnos á los colegios clericales; y para obtener el resultado apetecido, tanto el director de la Escuela Preparatoria como los demás profesores, pusieron todos los medios posibles, ayudados por las Leyes de Reforma y otras especiales que se dictaron. Todos los que tomaron parte en esta guerra intelectual normaron sus procederes en las leyes de instrucción pública de Francia. A la cabeza de ellos iba don Gabino de la Barreda, educador reformista de los más avanzados de la época, y director, como he dicho, de la Preparatoria.

En torno de estos luchadores se aglomeró el profesorado liberal de todos los matices, y propusieron al gobierno la adopción de textos franceses casi para todos los estudios, y en especial para los filosóficos. Esta medida los hacía prescribir los textos adoptados por los seminarios y seguir un derrotero distinto de los colegios del clero. El Congreso de la Unión, compuesto de los constituyentes, y los Congresos locales de los Estados, ayudaron poderosamente en esa cruzada de la educación del pueblo. Los liberales querían formar ciudadanos que más tarde pudiesen hacer cumplir las Leyes de Reforma.

Esta conducta hizo surgir graves dificultades en el terreno práctico, que procuraban vencer los apóstoles de la reforma escolar. De esa lucha tomó formación un partido encabezado por Barreda, que, aunque aparecía con ropajes de simple propaganda educativa, en sí era una agrupación política, con tendencias al absoluto dominio. En hora buena que sus miras hubiesen sido extensivas tan sólo á las reformas escolares, pues, en punto á educación, los colegios clericales estaban muy atrasados. Es cierto que de los seminarios habían salido regulares cabezas, pero tan amoldadas á un régimen antiguo, que las ciencias naturales érales completamente desconocidas, y hasta se prohibía el conocimiento profundo de ellas. De modo que una reforma en ese sentido, se imponía su necesidad.

Atrasada la instrucción pública en los colegios clericales, el nuevo apostolado fué recibido, por una parte, debido al vasto plan con que se presentaba, y por la otra, en fuerza de la ley que lo imponía.

Esto, en tratándose de la instrucción primaria; por lo que respecta á la profesional, los seminarios quedaban relegados al olvido, y los estudios hechos en ellos eran nulos para recibirse de algún título. Todas estas circunstancias hacían que los establecimientos reformados tuviesen llenas sus aulas, porque la necesidad es una ley de fuerza.

De este modo fué perdiendo terreno el clero en cuestión de instrucción. Amoldado en sus teorías en sistemas antidiluvianos, era lógica la consecuencia: sus aulas casi se vieron desiertas. ¿Qué padre de familia, teniendo á su disposición colegios de programas vastos, había de mandar á sus hijos á donde, á vuelta de doce años, sólo sabían declinar *musa musæ?* Además de la deficiencia, había la circunstancia de que en los establecimientos católicos no se podía obtener ningún título profesional. Todo lo cual, influía para darle mayor ensanche al nuevo apostolado reformista.

Poco á poco fué tomando gigantescas proporciones la nueva secta, y, habiendo comenzado con poquísimos miembros, llegó á contar buena cifra de adeptos.

III

Don Gabino de la Barreda era el centro y jefe de los apóstoles de nuevo cuño, en torno del cual giraba ya una poderosa agrupación de personas deseosas de reformas escolares. Con el tiempo se fueron ampliando los horizontes y deseos de la que ya podemos llamar *asociación laica,* porque su programa

tenía por base la instrucción pública independiente de religión alguna; ésta quedaba relegada á los estrechos recintos del hogar, porque, conforme á los principios de la escuela laica de Francia, el Estado debe ser tolerante y no constituirse en apóstol de religiones: el gobierno estaba en el deber de garantizar la libre enseñanza religiosa, pero no defender ni preferir una á otra. Por esto, en sus escuelas y colegios se suprimieron las clases de catecismo y se redujo su plan á impartir principios abstractos de moral, á fin de que los alumnos tuviesen nociones generales de moralidad y orden.

El triunfo fué seguro, porque el clero no quería salirse de su tardo paso; tanto porque nunca previó los grandes males que le podría acarrear su conducta en lo futuro, como porque prefería no invertir ningunas sumas de dinero de sus arcas en la educación del pueblo; su programa era —y es aún —desbalijar á los fieles para toda clase de gastos, y pagar muy mal á sus profesores, en su mayor parte gente ignorante, que enseñaba á punta de latigazos y palmeta, al grado de descuartizar á los educandos y dejarles más cicatrices en el cuerpo que llagas en el lomo de un esclavo. En las aulas católicas, poca instrucción y mucha disciplina, era la regla general. Las reformas eran —y son — un grave delito, porque, según los clericalistas, se oponen al principio fundamental é inmutable del dogma. Aunque he querido buscar la razón de la tal afirmación, no la encuentro, y sí hallo mucha culpa en los que aun defienden tan descabelladas doctrinas, pues de la religión han hecho algo abominable, como todo lo que acepta el re-

troceso. Precisamente, la Religión Católica se asienta sobre un principio que es base del progreso; ¿cómo es posible que sufra su verdad fundamental al admitir las reformas en la enseñanza? Si todo evoluciona, no hay motivo para que la pedagogía no evolucione.

Con los mentores clericales, refractarios á todo adelanto positivo, los laicos se fueron arriba, atrayéndose á la juventud á su lado. Era natural que esto pasara, pues la niñez huye de los sistemas de instrucción que infunden la ciencia á punta de golpes brutales, como la humanidad huye de la esclavitud. Los castigos de palmeta y látigo son exclusivos para las bestias, y malamente pueden apreciar la dignidad del hombre los que la confundían con los seres irracionales.

Sin embargo, hay quien defienda sistemas de educación tan punibles y salvajes, porque en este mundo hay de todo. Pero también hay que confesar que los laicos deben su existencia á los educadores de puños de hierro.

Formalizados los modernos educadores, pusieron en practica proyectos nuevos. Estaban vivas aún en Francia las teorías de un filósofo nuevo, que acababa de publicar doctrinas sensacionales en el campo científico. Este filósofo fué Augusto Comte. Por demás será decir que los mexicanos, en cuanto llegaron las teorías del filósofo francés, amoldaron su vida científica á la doctrina del eminente positivista de Francia.

La filosofía positivista, defendida por Comte, tuvo gran ascendiente en los reformistas escolares de Mé-

xico, y los planes de aquél, con principios, ideas y todo, se implantaron en las escuelas laicas del gobierno. Y tras de los primeros mentores de la Reforma, fué levantándose una generación grande á la sombra filosófica positiva del célebre pensador francés. Hasta estoy por asegurar que los discípulos de México sobrepujaron al maestro, porque los extremos son frecuentes entre nosotros.

Reforzadas las primeras ideas de nuestros hombres con las de Comte, sea porque las opiniones de éste fuesen buenas, sea porque ellas daban más vida y vigor á las suyas propias, influyeron mucho para la constitución de un cuerpo positivista mexicano, grande y temido. Su origen, ya está visto, fué por afición al estudio de la filosofía y por los deseos de reformas en los planes escolares, y su incremento débese á la deficiencia de los establecimientos católicos y al influjo que tuvieron los filósofos positivistas franceses, que substituyeron la reforma del silogismo por la narración crónica de una serie de argumentos con deducciones sin molde silogístico: se quiso, haciendo desaparecer la argumentación aristotélica, tan antigua como la filosofía, fundar una nueva escuela, y ésta se llamó «escuela positivista,» y sus adeptos, «filósofos positivistas.»

Probablemente, en toda la América, las doctrinas de Comte tuvieron más eco en México, debido á la previa preparación que había. Los principios de Comte eran un extracto de la Reforma, con lo cual había una recomendación poderosa en el ánimo de los mexicanos.

Se agregaron, en cuerpo y alma, los discípulos de

Barreda á las teorías de la nueva escuela, que separó por completo los principios de una religión determinada de la moral universal, que debiera ser la que los gobiernos estuviesen en obligación estricta de impartir á los alumnos de los planteles de instrucción pública. Toda predilección religiosa se opone á la institución democrática de los Estados, por lo mismo no garantiza la libre enseñanza; dejar á cada cual que crea lo que le convenga, es la esencia de la república: el Estado debe impartir principios generales de moral, los concretos corresponden á los padres de los alumnos. Tal es la base de la filosofía positivista: la ciencia vasta, profusa y completa, pertenece á la escuela del gobierno, y la religión á los hogares privados.

Mas redoblaron sus esfuerzos los laicos, y adoptaron los textos especiales para desarrollar sus planes, sin cejar un punto en su propaganda positivista. De ahí nació un partido que se llamó positivista, en rededor del cual giraban muchos personajes liberales de ciertas cualidades é importancia.

IV

Con el tiempo, el grupo de los positivistas en México fué numeroso, pero su misión se reducía á meros estudios de gabinete. El entusiasmo vino á acrecerse más tarde con la aparición en escena de un filósofo nuevo, y éste era Spencer, el gran político y pensador inglés, quien lanzó á la publicidad un tratado de política y sociología. En pos de éste, vino

otro tratado de economía, también política. Las ideas del filósofo inglés no discrepaban de las de Comte; algo reforzadas, eran, poco más ó menos, las mismas, porque descansaban sobre los mismos principios científicos. Para uno y otro el silogismo tenía que desaparecer, la independencia del Estado y la Iglesia que ser efectiva, la enseñanza oficial laica y el «libre pienso» que imperar en la inteligencia del hombre, sin tener presente más que la moralidad abstracta, inherente á la naturaleza humana.

Es evidente que doctrinas de tanta libertad tuviesen fácil acceso en los corazones de un grupo ya preparado para un liberalismo sin freno, y los positivistas mexicanos hicieron del político inglés un ídolo, á quien están levantado altares de adoración. No quiero analizar los principios filosóficos de Spencer, porque esta obra tiene otro objeto. Pero desde luego que las doctrinas de este filósofo tienen mucho bueno y mucho malo, y ellas han creado en el país un partido poderoso que comulga con ellas y las sigue.

Con los trabajos habidos y el aliento que vino á dar Spencer con su sistema de política, los antes simples mentores escolares se convirtieron en una agrupación filosófico-política. Les pareció poca la misión de enseñar, y, temerosos de desaparecer con el tiempo, sin dejar sucesión ni herederos, formaron una liga entre todos los que profesasen los principios de la filosofía positivista. Parece que se sometieron á estatutos profundamente meditados, en los que existen cláusulas especiales que mandan que todos los miembros de la agrupación procuren entrar en el

gobierno de alguna manera, para hacerse de fuerza efectiva.

Como con la caída de Lerdo habían sido dispersados y destituídos muchos de los discípulos de Barreda, los partidarios de Spencer tuvieron que reorganizarse, é hicieron un llamamiento á todos los positivistas del país, entre los cuales hay personas de gran ilustración. Por los años de 1890 á 1895, los filósofos de nuevo cuño, ya afianzados en varios puestos públicos de importancia, aventaron la careta y se declararon como agrupación política. Aunque, desde que empezaron á moverse, este era el principal objeto, procuraron disimular las intenciones y ocultar sus miras, hasta estar seguros de mayoría y no tener enemigos. Sólo que, cuando ya se declararon en la cosa pública, disponían de grandes elementos oficiales y aun de periódicos que los apoyasen, en un caso dado, haciéndolos aparecer como los únicos salvadores de la república y la Constitución.

Para presentarse en el campo de la lucha, hicieron antes grandes conquistas entre hombres de letras, banqueros, industriales y comerciantes, á fin de tener á su disposición toda clase de elementos. Entre éstos descuellan las fuertes sumas de dinero listas para cualquier evento, pues, enriquecidos á la sombra del gobierno, han podido tener lo principal: el dinero.

Además de las promesas hechas á las personas de negocios, se hicieron recíprocos ofrecimientos los unos á los otros. Con estos precedentes, en la segunda reelección del señor general Díaz se lanzaron al campo, ya organizados y bien disciplinados, con el

nombre de Partido Científico. El nombre fácilmente se explica, porque ellos se consideran como los instructores del pueblo y están aleccionados por principios filosóficos. Para sus disquisiciones políticas han tenido al frente la filosofía positiva, hija directa de la Reforma. Supongo que á eso le deberán el nombre de «científicos;» que, por lo demás, quitando los jefes del partido que son personas de cierto valer en el campo de las letras y que no pasan de quince ó veinte, los demás son perfectas nulidades, y sigan, como autómatas, los pasos de los que pueden y saben lo que hacen.

Después, sólo han estado figurando los científicos en tiempo de elecciones, y son los que más se mueven en este sentido, porque dicen que son hábiles para el caso y no se duermen. Verdaderamente políticos, sólo ellos creen serlo, porque todo lo logran mediante la diplomacia y las promesas que jamás se cumplirán. Pero las más grandes gestiones hechas á guante limpio, han sido las últimas con motivo de la Convención Nacional Liberal, que nada tuvo ni de liberal ni de nacional. Entonces obtuvieron éxito sorprendente, pues lograron juntar al rededor de sí á muchas personalidades civiles y militares. Hasta esa fecha, aunque los científicos trabajaban en la sombra en beneficio propio, no se creía que tuviesen tantos prosélitos. Bien se explica también que el numeroso concurso de la Convención no podía obedecer al prestigio científico, sino á otros móviles «hábilmente aprovechados» por el Partido Científico, según veremos adelante. Sin embargo, la resurrección tan poderosa y repentina, llamó la aten-

ción del supuesto partido-director de las clases populares.

Ved ahí, pues, cómo surgió el Partido Científico en el país y su larga historia. Aparentemente es adicto á la actual administración, de la cual vive, pero en el fondo, trabaja por la candidatura de su jefe, que es uno de los ministros del gabinete. Que componen el Partido Científico algunas personas de indiscutible mérito, esta es una verdad palmaria; que existen en su seno muchos ignorantes, también es cierto. Pero estos últimos son los maniquís de los que valen, los vehículos de transmisión.

Disponen los científicos de todo género de medios, porque tienen en su favor el más grande de los argumentos humanos: el dinero, que es más poderoso que los acorazados, porque él los fabrica. Cuentan con personas «ilustradas y hábiles,» pertenecientes á todos los gremios. Sin embargo, el Partido Científico ni es la representación del pueblo ni puede gobernar la república, aunque tenga á su disposición elementos de propaganda. El quiere el gobierno, lo que es imposible, porque los verdaderos mexicanos se opondrían enérgicamente á ello.

Ahora, entraré en pormenores, á fin de contestar á las preguntas hechas al principio de este capítulo; pero antes declaro que positivista y científico son dos palabras idénticas en el fondo y distintas en la forma.

ING. LEANDRO FERNANDEZ,

Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas.

UNIV.

CAPITULO XIV

EL PARTIDO CIENTÍFICO ES ENEMIGO DEL PUEBLO Y DEL EJÉRCITO.—
«LA CONVENCIÓN NACIONAL LIBERAL» ES UNA FARSA.

I

ESTÁ, pues, el Partido Científico en el apogeo de su grandeza, en el máximum de su desarrollo, y reconoce por jefe al señor licenciado don José Ives Limantour, Secretario de Hacienda y Crédito Público. Este personaje es el alma y cuerpo de los científicos; y, reunidos en club, á él lo proclaman como sucesor del general Díaz. A este fin obedeció la convocatoria dirigida á todos los positivistas de la república, en los comienzos del presente año, para que se formara la asamblea general del Partido Científico y se eligiera Presidente de la república, en las próximas elecciones, conforme al libre sufragio.

Por supuesto que, al dirigirse al pueblo, ocultaron el nombre del candidato; pretendieron engañarle, presentándose como mentores de él. La convocatoria excluía de su seno á todo aquel que no pensara

como los directores del partido, y, sin embargo, se atrevieron á llamar á aquella farsa «Convención Nacional Liberal.» ¿De dónde, cómo y cuándo? Eso hay que preguntárselo á los científicos; sólo ellos pueden resolver el problema.

¿Cómo podía ser convención nacional la que no abarcaba á todos los mexicanos? Ni ¿cómo es posible que llevase ideas liberales una convención que no fija candidato de antemano? A pesar de todo, los científicos llamáronla Convención Nacional Liberal, tal vez para embaucar á muchos y tener un prestigio de que carecen.

La convocatoria fué escrita con toda conciencia: frase galana, estilo correcto y sentencioso, como que provenía de cabezas pensadoras, de personas ilustradas. En ella se prometía mucho al pueblo; pero no hacían extensivo el llamamiento á los demás partidos: querían convocar sólo á aquellos que comulgaban con sus ideas y se inclinaran á sus decisiones, para que el personaje electo fuese el *leader* de ellos. ¿Estaban en su derecho para hacerlo así? Indudablemente que sí; sólo que el mal consistía en no declararse desde luego. ¿Por qué ocultaban sus miras? ¿A qué obedecía el misterio sobre el candidato? Cuando un grupo de individuos políticos se reune, es porque ya conoce á la persona de su predilección, y sus trabajos se dirigen á hacer que triunfe. Así se hace en Europa y en todos los países civilizados. En los Estados Unidos del Norte, los partidos lanzan sus proclamas á guante limpio: convocan á sus partidarios y señalan el *leader* por cuya elección trabajan. Y muchas veces los mismos candidatos se lanzan en

pos de prosélitos y recorren todos los Estados de la Unión. Exponen sus ideas, las acompañan de bases fundamentales; describen las necesidades del país y señalan los medios que sería á propósito emplear para remediar los males existentes. En fin, con la anticipación necesaria, se forman clubs, se llama al pueblo, sin excluir á ninguno, y se da á conocer todo un programa del futuro gobierno.

Pero la extraña conducta del Partido Científico sube de punto, cuando se considera que él está compuesto y capitaneado por personas que se juzgan directoras del pueblo, pues no es poco el mote que cargan: son el producto de las ideas filosóficas de Comte y Spencer, reformadores de los antiguos planes de la filosofía Escolástica. En el proceder de los científicos, ¿hay ignorancia ó mala fe? Lo primero no puede ser, porque si en el partido existen muchos que no conocen los derechos que otorga la república, en cambio, á los jefes no se les puede negar el talento, y, realmente, ellos son el todo del partido. Luego la ignorancia no puede ser causa de un procedimiento tan sospechoso. ¿Será la mala fe? Esto es lo más probable, por varios motivos.

1.—La Convención Nacional Liberal se formó al mismo tiempo que la Convención Nacional Porfirista. ¿Ambas convenciones trabajaban por el mismo candidato? ¿Eran liberales las dos? Que la Convención Porfirista trabajase por la reelección del general Díaz, fué un hecho inconcuso, porque en su convocatoria así lo declaró de una manera franca, que mucho la honra; y todos los que componían esta convención eran liberales muy conocidos.

2.—La Convención Porfirista se dirigió á todos los ciudadanos de la república, liberales, conservadores ó católicos, exponiendo poderosos motivos para que el general Díaz continuase en el poder. No hizo excepciones, porque tuvo presente que todos los habitantes gozan de los privilegios del sufragio, y el Presidente de la república debe ser el resultado de una elección popular.

3.—La Convención Nacional Porfirista justificó su nombre, porque todo el país se unió á ella, y al general Díaz aclamó como Presidente. Personas de todos los partidos y clases sociales, conocedoras de los méritos del gran gobernante, aplaudieron las ideas del Partido Porfirista y las hicieron suyas.

4.—La absoluta adhesión á la candidatura del general Díaz, proclamado por el Partido Porfirista, autorizó á éste para llamar á la convención «Nacional Porfirista.»

5.—Cuando la asamblea general de los porfiristas se reunió, no hizo más que ratificar las bases de su convocatoria, sosteniendo al mismo candidato. Por esto, las personas amantes de la paz y del progreso estuvieron conformes con las gestiones de los porfiristas, para la reelección del eximio repúblico.

6.—En cambio, el Partido Científico se lanza al campo, amparándose con el mote de *Convencionista Nacional Liberal,* siendo que en su convocatoria se excluía á los que no pensaran como él.

6.—Admitía solamente á los liberales, y como la nación se compone de liberales, conservadores, católicos y clericales, á cualquiera de estos partidos que se excluya, deja de ser nacional la convención.

¿O habrán olvidado el significado de las palabras los científicos?

7.—A un pueblo nuevo en el ejercicio de los derechos constitucionales, hay que hablarle en su idioma, usar palabras claras, para que entienda. Pero el Partido Científico, á más de llamar solamente á sus correligionarios á las urnas electorales, oculta el candidato, como que guarda sigilo sobre el particular. ¿El sufragio es acaso un misterio?

8.—Sólo que los científicos quieran que los partidos políticos, en cuestión de elecciones, sean lo que las cosas clericales: convocar en la sombra, reunirse en el misterio y guardar las resoluciones de las asambleas en cajas fuertes y contra incendio. En este caso, es dudosa la conducta de todos los convencionistas, y despierta sospechas.

9.—En asuntos políticos, cuando se trata de enseñar al pueblo uno de los derechos que sirven de base á la república, es indispensable dirigirse á todos y apuntar al ciudadano que reuna las condiciones para ejercer la Presidencia del país.

10.—Mas, ¿cómo es posible que el pueblo aprenda á ejercer derechos del sufragio, si no le señalan á los ciudadanos dignos de su confianza? Se le dice que debe y puede votar á tal ó cual personaje para un puesto público, que en esto ejerce un derecho; pero si se le señala el derecho y no se le da á conocer á la persona que deba elegir, es tanto como no saber cuál es el derecho que se le indica. En este caso, opta por dar su voto al primer caporal de hacienda.

11.—Cambia de aspecto, si, acompañando á la parte expositiva del ejercicio electoral, se indica la per-

sona apta para el empleo cuya vacante se quiere llenar. Aquí, si no conoce las aptitudes, como por lo general pasa, el individuo que vota, es fácil que pregunte á quien más sabe, y elegirá con conciencia á la persona señalada.

12.—Se dirá que, en este caso, ya no es el sufragio espontáneo y libre, porque al elector se le impone determinado personaje. Pero tampoco se ejerce coacción en la voluntad, porque no todos están en la obligación de conocer los méritos de los ciudadanos aptos para gobernar; y, precisamente, para eso son los partidos, para informar la opinión y rodear de aureola de prestigio á su candidato.

13.—Esta es la razón de que, en los países verdaderamente republicanos, los partidos se lanzan á la lucha con jefe y todo.

14.—Por lo mismo el Partido Científico, al convocar la Convención Nacional Liberal, debía haber señalado á su candidato, para no despertar sospechas en el ánimo del pueblo. Este dirá: me llaman al ejercicio de un derecho, ¿quién me llama? El que convoca es un partido político: no puede haber partido que convoque al ejercicio de un derecho, si no presenta al candidato en la convocatoria. El candidato es la bandera; ¿será posible la existencia de una agrupación sin insignia?

15.—La bandera es la señal en cuya defensa hay que morir, pero tiene que estar visible, porque ella es la fe del bautismo, la que unge y da nombre. Las escuadras marítimas la traen izada siempre al llegar á los puertos, pues es el símbolo de la nacionalidad. El ejército, la fuerza viva de las naciones, pe-

rece antes que entregar su enseña, porque juró defenderla y morir al pie de ella.

16.—No es posible, pues, que un partido político se lance á convenciones sin jefe á quien proclamar; á luchas electorales sin candidato á quien designar; ni podrá ir á las urnas populares sin llevar desplegada la bandera con el nombre de su devoción.

17.—Esto es lo que ha hecho el Partido Científico; convocar al pueblo, mutilándolo y sin presentar persona como leader. ¿Por quién trabajan los científicos? Es evidente que, al moverse tanto, es por algo; cuando menos han pretendido trabajar por algún personaje de la propia comunión.

18.—No era el general Díaz el candidato del Partido Científico, porque si sus trabajos hubiesen sido en favor del caudillo de la paz, no habría necesidad de dos convenciones y hubieran procurado la fusión de ambas, con lo cual los resultados fueran más esplendorosos y de mayor golpe electoral.

19.—Hay, además, otras razones para asegurar que los científicos no querían la reelección del general Díaz. En todas las cuestiones de la vida, los primeros serán los más agradables á los ojos del mundo, en tratando de obsequios y demostraciones de afecto; pues el que primero da, dos veces da. ¿Ignoraban esto los científicos? Desde luego que no. ¿Por qué, pues, no fueron los primeros en ofrecer los trabajos de su convención?

20.—Pudiendo haberlo hecho antes que los porfiristas, dejaron que éstos ganaran tiempo y que fueron los primeros en la manifestación. Con esto y lo de que no procuraron unirse á ellos para trabajar de

acuerdo por el mismo candidato, prueban á las claras los señores científicos que sus miras no se dirigían hacia el general Díaz ni se afanaban por la reelección.

21.—Si es cierto que, á última hora, se resolvieron por la candidatura del actual Presidente, es porque fueron obligados, en vista de que el licenciado Limantour no tenía simpatías y se le impuso la colosal figura del glorioso militar.

22.—De manera que todos los afanes del Partido Científico eran las gestiones encaminadas á rodear de prestigio á su jefe y ponerlo en frente del general Díaz; sólo así se explica el misterio profundo con que se cubrieron. Pretendían la elección del señor Limantour para Presidente de la república.

II

Activaron mucho sus trabajos; y como se presentaron en las sombras, ocultando sus certeros planes, conquistaron muchos adeptos, y tuvieron de su parte, se puede decir, todos los periódicos conservadores. Desde luego que la prensa periódica obedecía también á fines que yo me callo, porque, habiendo sido enemigos de los científicos desde que apareció el partido, últimamente se han tornado en sus sacerdotes y apóstoles más abnegados, no obstante estar seguros de que ese partido es nocivo para el país.

La Convención Nacional Liberal se reunió en un número regular. Acudieron á la asamblea muchos empleados de gobernadores próximos á desaparecer

de la escena política, personajes ignorados y que desean figurar, militares sepultados en el olvido y no conformes con su suerte. Todos estos personajes venían á asegurarse un porvenir; prometían someterse á las decisiones de los científicos, pero exigían una suerte segura en lo futuro: los civiles pidieron plazas en el Congreso, en las Legislaturas locales y en los diversos ramos de la administración; los poetas decadentistas y literatos cursis, de repentino cambio, querían las vacantes en los ministerios; los militares, la Secretaría de Guerra y el mando del ejército. En recompensa, prometieron trabajar por el Partido Científico, conquistando satélites en sus respectivas villas y aldeas.

Los que pagaron los músicos, fueron los Estados, pues tuvieron que costear los gastos de sus representantes; y, aunque los científicos anunciaban una reunión de carácter extraoficial, todos los que asistieron de fuera eran empleados oficiales, pues no creo tan patriotas á los convencionistas, que vengan á tirar el dinero que no tienen. Además, los delegados de los Estados venían á ciegas, no sabían á qué. Se los llamó, y obedecieron al gobierno que los paga.

Las instrucciones que traían los representantes de los verdaderos amigos del general Díaz, eran terminantes, aunque no estuviesen conformes con las de los jefes del partido. ¡Quién sabe las diferencias que surgieron en el seno de aquella asamblea! Lo cierto es que el resultado nadie lo esperaba: los científicos *abdicaron sus derechos* en favor del general Díaz, y él fué el proclamado para la Presidencia. Esta resolución se comprende que fué obligada, porque fué

tardía. El general Díaz, conocedor de los científicos, aparentó serenidad y aceptó la manifestación ofrecida por el partido.

Bien cierto es que, en el momento de las elecciones, no habría quien vote en contra del actual Presidente, á pesar de las gestiones científicas. Porque la personalidad del general se ha impuesto en el ánimo popular, y México conoce y aprecia ya su labor administrativa. ¿Tendrían presente esta gran verdad á última hora? Puede ser, pero lo dudo. Lo más seguro es que los delegados de fuera, que traían la representación de algunos gobernadores agradecidos, hayan sido los opositores al candidato del Partido Científico. En medio de aquella reunión de *hábiles personalidades científicas,* pudo más la voz de los pocos leales y verdaderos amigos del pueblo.

Eso sí, por más que las apariencias eran de una asamblea privada, los científicos se valieron de los elementos oficiales para llevarla á cabo, y todos los delegados fueron costeados por sus respectivos gobiernos. Comprueba esta afirmación el hecho de que, una vez hecha la manifestación general, cada delegación se presentó aislada al general Díaz para ponerse incondicionalmente á sus órdenes, y repetían «que hacían aquello en nombre de los Estados y gobiernos que los mandaban.»

De todos modos, las gestiones del Partido Científico fracasaron, porque su *leader* quedó derrotado en medio de la misma convención que él convocó y formó. El pueblo, desde luego, así como su candidato predilecto, que es el general Díaz, ya saben dónde está el enemigo. Por más que se diga, el ene-

migo del Caudillo de Tuxtepec es también enemigo del pueblo, porque la suerte del uno va vinculada á los destinos del otro, pues no ha habido ningún gobernante que haya sabido comprender al pueblo y hacerlo feliz, como el general Díaz; por lo mismo, los dos se aman y se estrechan, oprimiéndose contra el corazón. Quien se exhiba como enemigo de alguno de los dos, será señalado como adversario de ambos.

El Partido Científico, viviendo del poder y del pueblo, debería respetar los derechos del pueblo y estar agradecido á la mano que le brinda un pan franco y desinteresado; pero, desgraciadamente, no pasa así: hechos personas los científicos á la sombra del señor Presidente, parecen intrigar contra él, lastimando á todo el país, que lo venera y respeta.

III

Y no es esto lo más; algo más grave tiene el Partido Científico: es también enemigo del ejército. De manera que, para no estar con el pueblo, lleva dos títulos: trabajar contra el general Díaz y declararse en contra del ejército.

Estas verdades casi no necesitan pruebas, porque el Partido Científico lo declaró solemnemente en la asamblea magna de la Convención Nacional Liberal, y oyó toda la república aquellas declaraciones.

Se anunció que hablaría en nombre de la convención un orador científico, que, siempre que escala los peldaños de la tribuna, se presenta, como el dios Nep-

tuno, cargado de chubascos. El año de 1898, injurió á la república y á todo el pueblo mexicano, en pleno parlamento. Se atrevió entonces á aprobar, como representante del pueblo, el despojo de Texas por los Estados Unidos. Y casi á fines del mismo año, desde las columnas de un periódico científico, llamó salvaje al pueblo y acreedor á la completa sumisión.

Orador que va precedido de tales impulsos, no podía satisfacer á personas honradas y sinceras. Dicho y hecho. El discurso del convencionista fué una tempestad cargada de injurias encubiertas contra el ejército. Aparte de ser un proceso del actual Presidente de la república, la dió contra la milicia.

Pruebas al canto. El orador, después de varias frases de relumbrón, vino á sentar que: el gobierno personalista es odioso, porque es hijo del despotismo; que las tiranías proceden de un gobierno personal; que el militarismo no puede empuñar las riendas del gobierno, porque es el elemento más inculto del país; que los ejercicios del mando pertenecen á las personas civiles, quedando obligados los militares á servir á aquéllas en el sostenimiento del orden público.

Emplea en algunas partes figuras retóricas, capaces de electrizar á las personas poco avisadas, y los aplausos se prodigan á torrentes. Pero como no es la forma del discurso sola la que debe tener presente un auditorio sensato, resulta que los que aplaudieron al parlamentarista científico, no supieron ni lo que hicieron.

Al sentar el orador que el sistema de gobierno personalista produce el despotismo, pone en claro dos cosas: que los científicos no son adictos á la po-

lítica personal, y que todo gobernante personalista es un déspota. Luego los científicos no aceptan el actual orden de cosas en el país, porque tenemos veinte años de estar bajo un sistema de gobierno netamente personal. ¿Será despótico el gobierno actual? Al no aceptar la política personalista, se deduce que no deben admitir el gobierno del general Díaz, que es la representación genuina del sistema personal, y al rechazarlo, es porque lo encuentran despótico.

Extraña sobremanera, pues, que, no admitiendo los científicos los gobiernos personales, incurran en la contradicción de trabajar por la reelección del general Díaz; porque el argumento de «que á los ojos de la Constitución y de un pueblo democrático no es legal una sexta reelección, pero si se prueba que una sexta reelección es útil, es de aceptarse,» ni es una verdad concluyente, ni un silogismo el sentado. No es una verdad, porque no se deduce de que «no siendo legal democráticamente la reelección, pueda serlo una sexta reelección, si se prueba que es útil. Al prohibir la ley las reelecciones, no puso por condición LLÉVENSE Á CABO SI SON ÚTILES: prohibiendo una, dejó prohibidas todas las reelecciones Con esto, el orador se propuso hablar sin saber lo que decía.

Tampoco es un silogismo, porque la conclusión no se desprende de las premisas, y hay más proposiciones que las que exige la esencia del silogismo. Además, la Constitución de 57 prohibe, no sólo la sexta reelección, todas las reelecciones, hasta una escala infinitesimal, aunque nuestra ley fundamental haya sido hija de las circunstancias.

Vamos á otro punto. No es cierto que un gobierno personal sea despótico y produzca el absolutismo y la tiranía, pues el gobierno del general Díaz ha sido el mejor gobierno habido en México. Recorran los científicos nuestra historia, y verán confirmada esta verdad. Si los sistemas personales fuesen despóticos, todos los gobernantes del viejo mundo no tendrían razón de existir, hubieran perecido á manos de sus súbditos. Que haya gobiernos personales malos, esto no quiere decir que todos sean despóticos. Por consiguiente, también aquí se fué en falso el científico orador. ¿Creerá este señor que si en México reinara el despotismo, él se hubiera atrevido á presentarse ante los convencionistas á pronunciar discursos *tan lógicos?* Luego los hechos declaran que faltó á la verdad el leader positivista.

La administración, dadas las circunstancias, más benigna, ha sido la actual, porque ha podido limpiar al país de las turbulencias y cimentar la paz, dándole progreso á la república. Y esto, á pesar de ser un gobierno personal el del general Díaz, pues si él no dominara con su energía todos los poderes, no estaríamos á estas latitudes.

Por lo demás, que si á los científicos no les gusta un gobierno militar, están en su derecho, no para llamar ignorante al ejército, sino para dejar el puesto que tienen en la administración de un gobierno eminentemente militar. Por más que se diga, en México domina el militarismo; confesando que es el único elemento capaz de gobernar: en los pueblos como el nuestro, tiene que imperar el acero, porque el pueblo mexicano es pueblo militar, de carácter be-

licoso. Por esto ama al ejército; lo entusiasma oír los tambores batiendo marcha, ó ver el brillo de las espadas fuera de la vaina. Prueba lo dicho, el hecho de que los gobiernos civiles nada pudieron lograr en México; en cambio, la administración de hoy, netamente militar, ha colocado á la nación en alturas no imaginadas.

Quitad el elemento militar, y vuelve la anarquía. De modo que el Partido Científico ha injuriado al ejército y lastimado al señor Presidente, jefe supremo del ejército y general de los más aguerridos. Con lo cual demostraron no saber los científicos qué gobierno le conviene más al país, ni contener sus ímpetus agresivos, siquiera porque entre ellos había militares. Eso de decir que el militarismo es ignorante, es sencillamente no conocer á nuestro ejército, y cerrar los ojos á los beneficios prodigados por el militarismo á la nación. ¡Sin el ejército, estaríamos sujetos al poder de los extranjeros!

En cuanto á que el gobierno debe ser de los hombres civiles, esto es según y conforme: si los civiles tienen los tamaños suficientes y el pueblo los llama al poder, pueden ascender á él; pero si son tan débiles como los señores científicos, desde luego que un pueblo fuerte y belicoso no puede ser gobernado por mujeres, necesita el poder del acero, pese á quien le pesare.

Todos los ciudadanos de buena voluntad desearían un gobierno civil, pero, en vista de que esto no es posible aún, se adhieren al actual orden de cosas, á fin de seguir consolidando la paz, ante la cual deben inmolarse todas las ambiciones de partido.

IV

Ahora, ¡que cualquiera me diga que las intenciones de los científicos eran la reelección del general Díaz! En el discurso oficial de la Convención Nacional Liberal, aprobado por todo el Partido Científico, claras se vieron las tendencias: odian los gobiernos personales del militarismo; quieren un gobierno civil: luego odian al general Díaz, porque su gobierno es personal y es militar, y desean que suba á la Presidencia el señor Limantour, jefe del Partido Científico y hombre civil. Allí iban todas sus gestiones, pero ¿cuántos no fracasan en este mundo? Los científicos tuvieron la desdicha de enseñar la oreja, porque con un orador tan brioso como indiscreto, hasta Santo Tomás se hunde con su talento teológico y todo: tal cosa les pasó á los convencionistas científicos. Por más diplomacia que gastaron, al fin, se descubrieron sus maquiavélicos planes y aparecieron como pequeños en política é indiscretos y torpes en diplomacia.

¿No estaban en su derecho los científicos de trabajar por el candidato que les plazca? Sin duda que sí; mas no tenían derecho ninguno de engañar al pueblo, de insultar al ejército y condenar una política cuerda y acertada, como la del general Díaz. Por más que aseguran que una cosa es el militarismo y otra cosa es el ejército, á nadie han podido convencer de la diferencia. Militarismo es el término genérico; abraza á todos los militares: componiéndose

el ejército de individuos militares, no comprende cómo, repudiando el contenido general, se pueda hacer excepciones particulares. Pues el ejército está comprendido en la palabra militarismo. Siendo punible la acción del militarismo, tiene que serlo la del ejército, porque los militares constituyen los ejércitos, y todo término que afecte al todo, tiene que afectar á las partes.

Sucedió que los señores científicos, después de ahogado el niño, procuraron tapar el pozo.

Podían—y pueden—los que constituyen el Partido Científico, en uso de un derecho legítimo, favorecer con su voto al que juzguen capaz de llenar sus aspiraciones; mas, para insultar al ejército, es preciso que no pertenezcan á la actual administración, compuesta, en su mayor parte, de militares. Y si á un gobierno, cuyo jefe es militar y la mayoría de sus subalternos en los Estados son militares también, no se le puede llamar gobierno militar, ignoro entonces el significado de la palabra.

Mi sorpresa sube de punto, cuando considero que el discurso del flamante orador fué publicado profusamente y pronunciado delante de militares pundonorosos. Esos señores militares que no protestaron, ¿estaban conformes con los conceptos del discurso? ¿Eran verdaderamente científicos? ¿Olvidaron sus proezas de militares, para tener el gusto de oir el proceso de un gran militar y glorioso estadista? En fin, siendo la genuina aprobación del Partido Científico, ¿los expresados militares aceptaban realmente los conceptos del incendiario orador?

Tales han sido las preguntas que el público se ha

hecho, á raíz de la famosa Convención Nacional Liberal, porque aquella fué la tempestad política más grande que se ha desatado sobre la república.

Para contener manifestaciones de esa índole y cortar las alas á los políticos de ocasión, están los gobiernos personales y el militarismo: yo soy partidario del gobierno personal de México en las actuales circunstancias, y amante del ejército.

CAPITULO XV

LA CRISIS ECONÓMICA SE DEBE Á LOS CIENTÍFICOS.—LAS GESTIONES FINANCIERAS DEL SEÑOR LIMANTOUR SON RUINOSAS.—GOBERNADORES CIENTIFICOS.—ALGUNOS SATÉLITES DE POCA IMPORTANCIA.

I

QUEDAN retratados los científicos, y, á fe, el retrato resulta poco agradable. Quienes profesen ideas idénticas y se manejen lo mismo que ellos, tienen que ser antipáticos al pueblo.

El Partido Científico es la reencarnación del Partido Conservador, con la diferencia de que éste era un poco menos manipulador de intereses personales, y los científicos son muy diestros en esta clase de manejos. Sin embargo, en tratando de los intereses nacionales, como administradores de la hacienda pública y del crédito del país, no se muestran á la misma altura que dirigiendo las empresas de su particular interés; digo que los científicos son hábiles negociantes y torpes financieros y economistas, salvo una que otra excepción. ¿Cómo se explica esto? Pue-

de sobrarles honradez, como de hecho pasa; pero les falta tino y acierto en las operaciones del Tesoro.

Cosa rara es lo que acontece: formando los científicos el grupo de la banca y los negocios, deberían ser un poco más despiertos en las gestiones económicas del gobierno. En asuntos mercantiles, pueden constituir los científicos el elemento más calculador y de mejor ojo comercial, al igual que los judíos desparramados por todo el mundo. Si los hebreos son los más diestros manipuladores del dinero, los científicos de México pueden ser descendientes legítimos de aquéllos, pues las operaciones de préstamo y banca forman su pedestal de gloria. Tal vez por esto mismo se hacen odiosos á la generalidad del pueblo, aunque no haya razón para ello, pues cada quien está en el pleno ejercicio de sus derechos con hacer luchas lícitas para acrecer su capital. Lo punible sería que las fortunas se hicieran á costa de los infelices, despojándolos de lo suyo. Pero, en este caso, los pueblos no raciocinan ni las muchedumbres argumentan: enemigos del pueblo lo son el prestamista y el gendarme, siendo que uno y otro prestan servicios importantes al mismo que los odia. Pueden ser despreciables ambos, si no llenan con decoro y dignidad su papel; pero cuando el uno remedia las necesidades y el otro cuida el orden público, los dos son acreedores á la estimación. Mas es muy difícil que ninguno de los dos salga airoso de la situación, y de ahí proviene la inquina que contra ellos existe.

El agiotista ejerce el préstamo como la única profesión fácil de hacer pronta fortuna, pues, obligado el pueblo por el hambre, ocurre á él en demanda de

dinero, á trueque de prendas efectivas ó morales; y como el prestamista no es ningún apóstol de la caridad, carga toda la mano en los réditos y cobra hasta el 12 por 100 mensual de interés, después de sacar á lucir sus sentimientos filantrópicos. Se aprovecha de la indigencia, está viviendo y haciendo capital del sudor del pobre; de ahí el que se le odia, porque es una especial manera de despojar la del prestamista: roba con pleno consentimiento del dueño.

Natural es que todo el mundo vea con ojos de desagrado á los agiotistas. Estos son, en su mayor parte, judíos, por lo que en ningún lado se quiere á esa gente; se la considera como nociva á la salud del pueblo. Los semitas no se paran en medios; á todo trance quieren dinero, sin entrar en pormenores de licitud en la adquisición. A eso se deben las turbulencias en Francia y en Rusia, y las agitaciones desastrosas entre capitalistas y el proletariado.

Estas consideraciones no quieren decir que nuestros científicos sean capaces de fomentar discordias por su conducta en las operaciones de dinero; simplemente señalan un peligro en caso de que el Partido Científico llegase algún día á regir los destinos de la nación. Afecto tanto al dinero, podría muy bien hacer de la república una operación de banca, como en Francia se hizo con el asunto Dreyfus, judío por todos los costados. Cuando se desea sin límite alguna cosa, es fácil querer la que pertenece al vecino; y, para lograrla, se emplean manipulaciones seguras para vencer en la lucha. Fuera de estos temores, hijos de la previsión, los científicos, juzgados personal y aisladamente, son personas muy apre-

ciables; lo que ya no pasa, considerándolos formalizados en grupo político, pues entonces son altamente peligrosos. Hasta estoy por asegurar que el jefe de ellos, el señor Limantour, si se pudiera desprender de sus partidarios, sería capaz de ser un buen gobernante, pues es hombre ilustrado y sereno, conocedor de los asuntos públicos; mas la separación del señor Secretario de Hacienda del Partido Científico, es muy difícil; y en caso de un remoto triunfo, los científicos lo dominarían por completo, dado su carácter débil y consecuente. Por lo tanto, la república sería la que pagaría la música, porque quedarían sus cajas exhaustas, debido á la ingerencia en la cosa pública de los positivistas. Entonces sí que harían de las suyas las personas que prestaron su ayuda al partido, y en breves días nos veríamos envueltos en una miseria peor que la sufrida por el país durante el gobierno del general González. Tendrían los bolsillos llenos muchos empleados, porque el argumento científico se esgrimiría en los puestos públicos, como el sable en los gabinetes de los ejercicios atléticos. ¡Cuántos míseros escribientes, que nunca tuvieron una barriga llena, no reclamarían retribuciones por los servicios electorales!

Sería el disloque la hacienda pública: ocurrirían á la Tesorería Nacional todos los oradores y poetas decadentistas, algunos militares retirados, banqueros y comerciantes y la gavilla de periodistas, á cobrar los servicios prestados durante el triunfo electoral; porque unos ayudaron con sus discursos ramplones, otros con su contingente de fuerza viva; los de aquí con dineros y préstamos de pronto reinte-

gro, los de allá con artículos efusivos en defensa de la causa. ¡Es seguro que ni toda la reserva del Tesoro será suficiente para retribuir á tanto servidor!

Esto será, á pesar de la honradez é integridad del señor Limantour, cuya reputación en el manejo de los fondos públicos es inmaculada, pues los compromisos de partido obligan. Sólo desaparecería el peligro con que el señor Limantour fuese más enérgico y se separara de sus partidarios, que más le perjudican que favorecen, y esto es muy difícil, porque se han posesionado del sujeto; faltos ellos de méritos, pero hábiles en la conquista, se han arrimado á la sombra de un ciudadano bueno y útil, aunque sus gestiones hacendarias no hayan producido siempre los resultados que se desean: cúlpese en este caso, no á la mala intención del Secretario de Hacienda, sino á lo difícil de los problemas económicos y á lo complexo de la ciencia.

II

De manera que, refugiados los científicos en torno del señor Limantour, en vez de ayudarlo, lo han perjudicado, creándole una atmósfera de odio y repulsión, no obstante que no la merece, pues es un hombre trabajador y empeñoso por el bienestar de la nación. Antes, su misión se reducía á ayudar al general Díaz, pero el Partido Científico, con su maléfica sombra, le ha venido á quitar la tranquilidad, ofreciéndole la Presidencia. Naturalmente, el ofrecimiento despertó ambiciones en un corazón noble

y sincéro, ajeno á las maquinaciones políticas de partido. Desde entonces, es probable, el actual Secretario de Hacienda vive soñando en el ascenso al primer puesto del poder.

¿Lo logrará? ¿Triunfará en las elecciones? Yo creo que es muy remota la victoria, si no abjura pertenecer al Partido Científico: la desgracia de los pueblos ha sido causada por los déspotas del dinero, y los científicos son la representación genuina de ese despotismo. Manejados los destinos nacionales por esa agrupación que vive soñando en acaparar riqueza y en los gobiernos hechos de onzas de oro, irfamos á una muerte segura. No hay científico que dé un paso sin prever una suma metálica acuñada. Para el Partido Científico, hasta el patriotismo debe ser de pesos fuertes. Si bien es cierto que el dinero es el eje de todo, también lo es que existen sentimientos en el corazón humano, como el amor á la patria. para los cuales el dinero es una mancha.

Todas las cosas serán buenas, cuando se sabe hacer uso de ellas; pero los científicos se pierden ante el lucro; cuando ven negocios productivos, empresas de resultados seguros, están listos para emprender en las cosas lucrativas. De ahí que ellos estén metidos en todas las compañías explotadoras de las riquezas del país, desde la fibra de henequén hasta el turrón que produce los minerales preciosos. Que los bancos son instituciones que dejan rendimientos, á establecer casas bancarias; que el tabaco deja buenos dividendos, procédase al monopolio de su elaboración; que los ferrocarriles reparten crecidas utilidades, á conseguir concesiones del gobierno para

trazar líneas férreas; que los almacenes de depósito producen, á formar sociedades anónimas, para explotar esa nueva industria; que las fábricas rinden ganancias crecidas, á establecer compañías explotadoras. En fin, no hay negocio en el país de cierta significación que no tenga mano científica. No es exagerado decir que entre ellos y los conservadores tienen casi todas las riquezas del país, exceptuando el capital extranjero.

Poner el gobierno, pues, en manos de esta gente, sería tanto como poner la Iglesia en manos de Lutero. A la sombra de él, harían formidables fortunas y serían los dueños absolutos del país. Serían contribuyentes y cobradores de contribuciones, en cuyo caso no pagarían el tributo á la nación, sino según ellos lo quisiesen: habiendo dinero en sus cajas particulares, poco importaría el desequilibrio económico del país. El gobierno serían ellos, y para ellos sería la nación.

Indudablemente que entonces habría una especie de liga sectaria entre los científicos, la protección á los del gremio y de la propia comunión, aunque los demás perecieran y el país sufriera los grandes sacrificios. Muchos creen que, ascendidos los científicos al poder, sería fácil una intervención extranjera, semejante á la de 1862.

No es posible que el Partido Científico, por los motivos apuntados, llegue á triunfar. Para que los científicos gobiernen, es necesario que el patriotismo se extinga en el pecho de los mexicanos, pues los destinos de un pueblo ansioso de progreso no deben estar en manos de judíos, sino de verdaderos patriotas.

Se alega que los científicos son hábiles financieros y han hecho importantes servicios á la nación en asuntos económicos. Precisamente, este es el principal objeto del presente artículo; pues soy de los que creen que la crisis económica á ellos se debe exclusivamente; ellos que, en punto á intereses personales, son magníficos administradores, en los nacionales han probado poca pericia. Siendo el señor general Díaz, persona á quien admiro, Presidente del país, no quisiera tener frases poco laudatorias para el Secretario de Hacienda; pero el carácter de este libro lo pide: para exhibir al Partido Científico de bulto, hay que buscarlo en su escondite. El único blasón que empuñan los científicos, es su habilidad como financieros. Pues bien, yo confieso ingenuamente que las gestiones económicas del señor Limantour han sido ruinosas para la república, y la crisis económica se debe á sus partidarios.

III

Si es cierto que la hacienda pública ha venido á mejorar de condiciones durante el gobierno del señor general Díaz, también lo es que la gloria de la mejoría es exclusiva de él, y no de sus colaboradores en el ramo de hacienda. Es de importancia esta declaración, porque los científicos pretenden adjudicarse los honores del triunfo en la prosperidad del crédito público, sin comprender que, precisamente, nuestro desarrollo fiduciario y todo lo que se relaciona con las cuestiones económico-políticas, en vez

de un impulso, han merecido un estorbo y extorsionamiento de parte de los discípulos de Spencer y Comte, é hijos intelectuales de Barreda. Tal vez, sin la intervención de ellos, la hacienda pública hubiera tenido un asombroso incremento, y las reservas del Tesoro fuesen mayores.

En prueba de mi aserto, ¿á quién se le debe la crisis actual? Desde luego que no al señor Presidente de la república, cuyo ímprobo trabajo le hace ser el primero que entra al despacho y el último que sale, tan sólo para conservar el orden general en todo el país y vigilar por los intereses nacionales; débese, sí, á sus colaboradores hacendistas, faltos de previsión y tino. Desaparecen los visos de culpabilidad cuando prueben los directores de la hacienda que no atravesamos por una terrible crisis que está postrando al país y sumiéndolo, si no en la miseria, al menos en un período fatal que enerva las fuerzas del progreso.

Por lo demás, sólo les faltaba á los científicos hacer cómplice de sus torpezas financieras al general Díaz; culpabilidad que no podrá aceptar el pueblo mexicano, justo apreciador de los méritos y virtudes de su jefe de Estado. El ha hecho porque la paz reine y domine en la nación: dando garantías constitucionales, puso la base de la prosperidad, pues con la confianza de la seguridad pública, púdose establecer un nuevo orden de cosas, capaz de ofrecer ganancias pingües y utilidades risueñas al capital extranjero. La acción del Ejecutivo de la Unión, reduciéndose á la vigilancia general de los intereses nacionales, llena su papel; los planes abstractos deben ser

desarrollados, en lo concreto, por los colaboradores en los diferentes ramos de la administración, y presentados para su aprobación. Para el éxito de estos planes, basta la tranquilidad que mueve la política administrativa del Primer Magistrado. Precisamente, á ese tacto admirable se debe la creciente inmigración cada año del elemento extranjero, que viene á contribuir, con su capital é inteligencia, al mejor fomento de la riqueza nacional.

De cómo ha podido producirse este fenómeno, jamás visto en los fastos de nuestra patria historia, ya lo dejé explicado. Lo cierto es que, sin la influencia poderosa de la gestión del jefe del Ejecutivo, no habría ministro que diera pruebas de acierto. Los colaboradores que se aprovechan de las lecciones, cumplen con su cometido, con beneplácito de todos.

Del plan general del gobierno, que es el que le corresponde al general Díaz, nada ha podido utilizar el Partido Científico; porque la paz, implantada—á fuerza de gastar esfuerzos y energías—por el actual gobernante, y pregonada por la plausible conducta internacional de un inteligente y talentoso Ministro de Relaciones—que lo es el licenciado don Ignacio Mariscal—en el extranjero, ha sentado plena confianza en el ánimo de los hombres de empresa. Entretanto el señor Mariscal, cuyo tacto político apenas es comparable con el del estadista inglés Salisbury, estrecha más y más las relaciones con los países extraños, preparándole terreno al señor Limantour, éste, imposibilitado del movimiento por la presión que ejercen sobre él sus perniciosos partidarios, no ha podido evitar que sobrevenga la crisis económica.

Se dirá que ella obedece á fines de difícil previsión, lo que no corresponde al hombre remediar. En este caso, si esa es su convicción, creo que huelga toda clase de pasos encaminados á remediar posteriormente los males; si sabe que la cuestión económica es intangible, vale más dejar el asunto por la paz, y no levantar tanta polvareda. Si á cualquier científico se le fuese á proponer un negocio, no lo emprende—y hace bien—si no estudia los medios de tiempo y circunstancias, á fin de proceder á la operación después de un minucioso examen, cuando ya tenga la plena seguridad de la ganancia. Ese mismo científico, ¿por qué no emplea los mismos procedimientos, en tratando de asuntos más sagrados que los que atañen á los intereses particulares, como sucede con los públicos?

Pero el Partido Científico tiene dos pesas y dos medidas: con unas pesa y mide sus propios intereses, y con las otras pesa y mide los intereses del país. Para este procedimiento, son necesarias dos conciencias, ambas de caucho; ¿las tendrán también los científicos? Sujetos con dos conciencias simultáneas, serían de producción asombrosa, pues yo hasta su existencia ignoraba.

Con alguna dedicación, antes de declarada la crisis, se hubiera conjurado el mal; pero los preparativos se hicieron estando el país en el período más álgido del actual gobierno. De seguro que el señor Presidente no habría desaprobado medidas preventivas, encaminadas á abrir sepulcros para una crisis que ha afectado profundamente á los intereses del comercio, de la industria y de la minería, y se ha tra-

ducido en golpe de muerte para bancos y casas comerciales. Y sufriendo éstos, tienen que extenderse las consecuencias hasta el pueblo, á las clases menesterosas, para quienes la alza del cambio y la baja de la plata significan un gravamen más á los artículos de consumo diario. Distinguidos economistas han tratado profundamente esta materia, por lo que no me detendré en demostraciones.

¿En dónde ha estado ese espíritu investigador de los científicos? ¿Qué se han hecho los principios filosóficos de Spencer? Debían haber hecho aplicaciones en el caso que me preocupa, y tal vez la crisis económica se hubiera conjurado. Mas, para esas aplicaciones, los científicos tienen que buscar la liga de intereses particulares; ellos, es seguro que no entrarán en alarma porque todo el mundo se hunda. Si el señor Limantour estuviese solo, me parece que la resolución hubiera sido más fácil; y, al no estar solo, lo siento por él, porque de una figura simpática ante el pueblo, los correligionarios han hecho un jefe poco acertado en sus disposiciones.

IV

De manera que queda establecido que la crisis económica débese solamente al Partido Científico, porque se le ha ido el tiempo en hacer cálculos de exclusivo provecho, descuidando los intereses nacionales, por los cuales se afana tanto el general Díaz. Y siendo este punto el fuerte de los científicos, serían capaces de gobernar la república? No pueden

con la carga que conocen, menos resistirán la que no conocen.

Harán alarde vano de tino financiero, pero los hechos están probando lo contrario: que los científicos son pésimos financieros. El buen financiero no lo hacen las iniciativas de ley, con exposiciones de brillante forma literaria, sino que es manufactura de un talento previsor y activo. El economista-financiero, por naturaleza propia y sequedad de los números, es poco literato. Lo que equivale á decir que la literatura se opone al desarrollo completo de la ciencia económica. El literato tiene puntos de educación distintos á los del financiero: aquél es soñador; éste es pensador. ¿Soñando es como hacen los cálculos los científicos, acaso? Si así es, la forma expositiva puede ser bella, en las iniciativas de ley, pero los fundamentos tienen que ser muy malos.

Hagamos aplicaciones. La gestión más atrevida del señor Limantour y que de más utilidad podría ser para el país, es la adquisición del control del FERROCARRIL NACIONAL DE MÉXICO. Sin embargo, esta operación es ruinosa y de poquísimo acierto financiero.

La mente del Ejecutivo de la Unión es buena, porque pretende apoderarse de una de las vías férreas de más importancia en el país y evitar el alza intempestiva en los pasajes y fletes; con las cuales se perjudicaría el progreso nacional. Teniendo el gobierno en las manos la administración de la compañía, mediante la compra de un número suficiente de bonos para tener las ventajas de la opción, él impondría su voluntad, y, sin coartar la libertad del comer-

cio, haría que los fletes guarden el medio justo. Esta intervención directa sería arbitraria, si el gobierno no tuviese el control.

Tales son las ideas del gobierno respecto de lo que se ha querido llamar política ferrocarrilera. El papel de los defensores del señor Secretario de Hacienda ha sido muy fácil, pues nada más sencillo que defender doctrinas que no se conocen.

En los términos en que se llevó la operación, me parece que está el error económico, mas no en la esencia de ella misma: aunque aquello de que el gobierno no puede intervenir de una manera directa en los cambios de tarifas ferrocarrileras, sin el control, es una falsedad; pues podría pasar tal cosa en los países en que las empresas ferrocarrileras establecieran sus vías con capitales «exclusivamente» suyos, y no en los que, como en México, el gobierno ha construído las líneas férreas, mediante fuertes subvenciones. En estos últimos, tiene intervención el gobierno sin el control, tanto por el derecho de concesión otorgado á los constructores, como por la subvención brindada en pesos fuertes. Precisamente, el Nacional es de los ferrocarriles mayormente ayudados con dinero.

Argüir, pues, de esa manera, es no conocer el terreno que se pisa. La compra fué conveniente por otras razones de más peso.

Los términos en que se llevó á cabo la compra es antieconómica, pues el interés de 4½ % y el plazo fijado para el pago son dos desatinos financieros. Dicen los científicos que la operación no grava los bienes nacionales, y pasa lo contrario; que grava y

perjudica. Apoyan su afirmación en que no quedan hipotecados bienes nacionales inmuebles, ni rentas fiscales de algún puerto.

De modo que una nación: ¿se perjudica cuando le prestan dinero mediante aseguramiento de algo que responda por la suma prestada? Creo que esta teoría es propia de los científicos, pues no es deshonor ni descrédito garantizar las deudas, ni tampoco una ventaja el no exigirnos garantías las casas prestamistas; pues es notorio el crédito de México en todo el mundo: sabemos pagar hasta lo que no debemos, porque tenemos decoro nacional. Allí están los frutos de la paz y del prestigio del general Díaz. Adquirir deudas cuando no son necesarias, sí que perjudica.

Convengamos entonces que esta parte de la exposición no prueba nada. La nación, como aseguran los científicos, no podrá pagar los $12.500,000 oro con los productos de las acciones compradas en el término de dos años. En primer lugar, el plazo es muy corto, y en segundo, porque los dividendos que han repartido los ferrocarriles no han pasado del 4%. Siendo así, tenemos un producto de 4 por un pago de interés de 4½ %. Resulta un déficit de un ½ %.

Y si las entradas no pueden igualar á las salidas, ¿cómo es posible amortizar la deuda de $12.500,000 oro americano en dos años? Por consiguiente, lo de que los productos pagarán la deuda contraída, sin gravar el crédito de la nación, es una paradoja cubierta de bellísimas flores literarias. En los dos años, según mis cálculos,—ningún ferrocarril, con la escasez del material, lo desatendido de las vías y el

pésimo servicio, podrá rendir arriba del 4% anual, --la deuda aumentará forzosamente. Cuando sale más de lo que entra, es imposible el saldo para igualar, á no ser con saldo deudor.

¿Todavía pretenden la legítima defensa? Los norteamericanos, los mejores ferrocarrileros del mundo, por algo vendieron la mayoría de las acciones, desde luego que no han tenido presente nuestro interés nacional, ellos que nunca se han dolido de nuestras penas.

Y he ahí que la operación llevada á cabo, en las condiciones indicadas, no produjo todo el efecto deseado. Tal vez con un plazo más largo, los dividendos, con el cambio de situación monetaria, los ferrocarriles podrían subir, impulsando el valor de las acciones en los mercados; viniendo el mayor reparto de dividendos, era fácil el argumento de los científicos. Mas para comprar acciones á ese precio y en tales condiciones económicas, ¿se necesitaba un gran financiero?

Si la operación no produjo grandes beneficios, pues á los dos meses de hecho aumentaron las compañías el 15% sobre el precio máximo de tarifas ordinarias, sí pesa sobre el país un empréstito de .... $12.500,000 oro, pagadero á dos años. Es cierto que, conforme á los principios económicos, deben las naciones hacer uso de su crédito, á fin de que no pesen los gravámenes sobre una sola generación; pero también lo es que el abuso de ese crédito es altamente perjudicial y puede comprometer la soberanía del país.

Para mí, la gestión financiera del señor Limantour

es desacertada. Podría haberse eximido de la compra de bonos, y ejercer el gobierno el derecho que le asiste sobre las compañías ferrocarrileras, en gracias de las subvenciones otorgadas. Si el valor de las acciones baja en los mercados, la culpa no es del gobierno ni del pueblo, pues sabido es que las compañías han venido atenidas á las subvenciones concedidas, aportando capitales cortos relativamente, en atención de lo mucho que hay que explotar. Esto ha dado por resultado un pésimo servicio, trastornando todos los ramos del progreso con la deficiencia.

Todo mundo está convencido que el crédito de un país depende de los valores á que se cotizan sus bonos de crédito; pero cuando el mal depende de la mala administración de las compañías emisoras, la culpa no puede recaer sobre el crédito de una república que va en auge, sino sobre las mismas empresas ferrocarrileras. Con vías mal construídas y servicios detestables, es evidente que los dividendos vendrán á menos. Corríjanse esos defectos, y el tráfico sube, haciendo subir el rendimiento.

Sin embargo, bajo otros auspicios hecha la nueva política ferrocarrilera, podría acreditar de buen financiero á su director; pero, si sigue como ha comenzado, fracasarán la política y su autor, y entonces podráse designar con el nombre de «torpeza ferrocarrilera.»

V

Se ve que el Partido Científico ha caído por el punto más fuerte: por las cuestiones financieras; y el que se creyó como un ruidoso triunfo, analizado minuciosamente, no puede resistir ningún análisis lógico.

Aun á pesar de los pasos tenebrosos en que se ha pretendido envolver la república, ¿se insiste en asegurar que los científicos son los mejores directores del pueblo, los guardianes de los intereses nacionales? La historia de ellos, desde que, desgraciadamente, aparecen elevados, se compone de puros empréstitos, todos ellos gravosos, descaminados de todo sentido común económico-político. Los únicos que han aplaudido las gestiones financieras de los científicos, han sido los banqueros negociantes de bonos, pues en menos de veinte y cuatro horas pudieron ganarse cuatro ó cinco millones de pesos; por lo mismo, desean la larga permanencia de los científicos al frente de la hacienda pública.

Viéndolos caminar de abismo en abismo, no ha faltado quien establezca la siguiente disyuntiva: ó los científicos procuran la ruina completa del país, ó quieren comprometer al general Díaz, minando el pedestal de prosperidad nacional sobre que se yergue su majestuosa y militar figura.

Siguen en su obra de destrucción á los científicos muchos gobernadores que se adhieren á ellos, sin saber lo que significa la palabra «científico.» Esos gobernadores, por lo general, participan de la con-

ducta de sus allegados en cuestiones financieras, pues también, por afinidad, son amantes de contraer deudas, por el gusto de gravar los intereses del Estado que gobiernan. Podría yo citar el nombre de algunos; pero basta con dar señas generales de ellos, para que los conozca el pueblo.

Si los tales gobernadores estuviesen enterados de las intenciones del Partido Científico, por gratitud al general Díaz, pedirían su pasaporte de una agrupación que trabaja en contra del gran caudillo.

Es inconcuso que, habiendo gobernadores científicos, comulgan con las ideas de éstos los satélites de segundo y tercer orden que rodean á aquéllos. El Partido Científico emplea á sus adictos de poca altitud en funciones de poco nivel, pues sólo son, como ya he dicho, vehículos de transmisión.

El crecimiento se lo deben los partidarios políticos del dinero á la actividad desplegada por los jefes de la capital, que son algo así como cerca de veinte. Realmente, el señor Limantour no se ha dado cuenta de los muchos trabajos de sus propagandistas. Pero, sea lo que fuere, ellos han tomado el nombre de él, y á su sombra propagan sus ideas disolventes. ¿Por qué han sido escuchados por algunos ciudadanos distinguidos? ¿A qué debieron la adhesión de la prensa?

Podrán tener los partidarios que quieran; pero á mí me cabe la satisfacción de exhibirlos, que este es mi objeto.

Deduzco de lo dicho, que el árbol tiene afectado el tronco de raíz, y pronto vendrá abajo la copa, seca por falta de jugo; porque los científicos han empleado mucha política y poco acierto.

En este mundo existe la manía de las tendencias á lo que se desconoce, y esta es la debilidad de los señores científicos. Pomposamente inventan palabras para designar sus torpezas políticas. ¡Y todo por el afán de sobresalir!

Ahora, derrotados por ese flanco—para ellos el más poderoso —¿qué alegarán? ¡Política ferrocarrilera llamarle á esa conducta desastrosa!

Para curarse de un mal, nos endosan dos terribles plagas. ¡Bien! Que no valen los argumentos expuestos. Aunque dicen que las líneas paralelas dan pésimos resultados, precisamente, las líneas paralelas remediarán el monopolio y alzas repentinas de las tarifas ferrocarrileras. Que, á la postre, cualquiera de las dos líneas quiebra, por no poder sostener la competencia, ó habrá una fusión, y entonces subirán las tarifas para resarcirse, esto es hablar con los ropajes de una bella literatura; pero jamás podrán convencer á los que entienden algo en cuestiones ferrocarrileras.

Se reducen á polvo estos argumentos, con reflexionar: 1º Que los americanos, al establecer líneas paralelas, conocen mejor que los científicos, lo que hacen. Resueltos á trazar una línea paralela, saben bien los medios de hacer producir el capital invertido. 2º En estos tiempos, y en un país que va en auge en sus producciones minera, agrícola é industrial, no habrá empresa que desee quebrar. 3º Que es mejor y más práctico para el país, el establecimiento de líneas paralelas, porque habría más vías de comunicación, y las comunicaciones son las que hacen subir el valor de la propiedad y dan más crédito á la

república. 4º Con una línea paralela de la capital á El Paso, tendrá la nación un formidable capital invertido en territorio nacional, que dará trabajo y vida á millares de ciudadanos mexicanos. 5º Que las líneas paralelas de ferrocarril no significan que, desde que salgan de México, guarden una distancia de un metro; pueden ir á mayor distancia y comunicar poblaciones ricas en minería y agricultura. 6º Que las compañías ferrocarrileras, sujetas á las leyes de la materia, no podrán subir sus tarifas cuando les plazca; el gobierno estará en su derecho para reducirlas al orden y hacerlas cumplir con lo pactado, sin salirse de la órbita de sus deberes ni lastimar los intereses particulares. 7º A cualquiera empresa, dejadle que haga su santa voluntad, y el perjudicado será el público. 8º El gobierno debe vigilar por los intereses generales. 9º Por lo tanto, habiendo mayores beneficios para el país en las líneas paralelas, allá debe el gobierno dirigir sus miradas, sin tener que apelar á la compra de bonos para adquirir ninguna clase de control.

Lo sentado demuestra que el edificio háse vencido por lo más formidable, ó, en otros términos, que el Partido Científico, compuesto de personas que la han dado por las operaciones financieras, ignora los principios más rudimentarios de la ciencia económica, y su política ferrocarrilera es una atrocidad científica.

José López-Portillo y Rojas

UNIV. OF

CAPITULO XVI

ALIANZA DE LOS CIENTÍFICOS CON LOS CONSERVADORES.—TENDENCIAS DEL PARTIDO CIENTÍFICO.—CIENTÍFICOS ACTIVOS.—SU LABOR.

I

En su afán de sobresalir, la prensa científica, poco conocedora del terreno que pisa, se ha atrevido, para sacar á flote á los suyos, á censurar todo aquello que no sea «científico» ni comulga con sus ideas. Los jefes del partido aprueban la defensa con ardimiento, y recomiendan se redoblen los esfuerzos en pro de *tan buena* causa.

Parece que los científicos, ante el triunfo de sus ideas, no paran en medios. Suspensa la atención pública sobre sus actos, ellos procuran halagar con ruidosos festines. El viaje del señor Secretario de Hacienda, aunque remotamente relacionado con la cuestión de la plata (con haber mandado un agente financiero, era bastante), obedecía á miras muy altas y de gran trascendencia para el partido y su triunfo seguro. Quisieron los *leaders* políticos po-

ner de relieve su habilidad diplomática; ¿lo lograron? Estando el general Díaz en la Presidencia, es muy difícil engañar á un hombre tan hábil como diestro gobernante. El señor Díaz fué tan grande en la guerra, como sublime es en la jefatura de Estado; la preponderancia la debe á ese tacto finísimo y á un ojo certero para conocer á los hombres que lo rodean. En torno de tan corpulento y frondoso árbol, pueden crecer los arbustos y erguir altivos su copa; pero quedarán reducidos á destrozos pequeños y raquíticos fragmentos, si él sacude con ira sus tupidas ramas. Algo parecido acontecería con el señor Presidente Díaz: ve levantarse en su rededor á los que juraron serle fieles; los observa, delinea y estudia, quedando pendiente de todos sus actos. Ningún movimiento se le oculta, porque es un filósofo humanista que todo lo abarca y todo lo investiga. ¿Desconocerá los impulsos de los científicos? ¿Ignorará sus pretensiones?

La ausencia del *leader* del Partido Científico obedeció á los trabajos de sus correligionarios: el viaje del señor Limantour es un convenio tácito entre los suyos, para los trabajos de la llamada Convención Nacional Liberal. Hizo el gran científico esta argumentación: «La Convención Nacional Liberal me postula como su único y legítimo jefe; quiere que yo sea proclamado como Presidente del país. Naturalmente, yo, como miembro de un gabinete cuyo jefe presidencial lo es el general Díaz, debo procurar ignorar toda clase de trabajos en mi favor; de lo contrario, disfrutando de la amistad y de las confianzas del Presidente, parecería una ingratitud, una rebel-

día, todo paso que indicara aprobación mía para la postulación de esa Convención Nacional Liberal.

Esto, por una parte. Por la otra, yo tengo compromisos solemnes con mis allegados en ideas de credo político. Mañana ó pasado, llegará á faltar el actual Presidente, y podría subir al poder alguno de mis enemigos; entonces, no sólo yo sería el perjudicado, sino que, debiendo el partido tantos odios, los perjuicios serían generales y los científicos desaparecerían de la escena pública. ¿Cuántas pasiones no hay enfrenadas con la presencia del general Díaz? Mis adversarios son muchos y poderosos, y con ellos está el pueblo, porque ellos representan el elemento militar, la fuerza viva de la nación; en un país como el nuestro, las masas encarnan en el ejército, y desechan el poder civil. Con estos elementos unidos, pueblo y ejército, el Partido Científico tendrá que perecer, y sus «apóstoles» que tocar á dispersión.

Para buscar una solución favorable, que no hiera en lo más mínimo el amor propio de quien me ha dispensado inmerecida amistad, al problema, sirviéndome de pretexto la baja de plata y la famosa «política ferrocarrilera,» emprenderé un viaje al extranjero. Mi ausencia autorizará á mis partidarios para que hagan sus activos trabajos con la artimaña que los caracteriza, y yo me exhibiré en el viejo mundo —ante las naciones amigas— como hombre de crecidos quilates políticos. Presentado en los círculos diplomáticos y financieros como hábil estadista, nivelador de la hacienda pública de México, podré demostrar que soy el único que puede garantizarles la prosperidad de sus capitales con inversiones en la

república. Es seguro que nuestra grandeza depende del capital y la inmigración extranjeros; y, enterados los interesados en nuestras cosas de nuestras condiciones económicas, contaré, desde luego, con las simpatías de los gobiernos de allende los mares, quienes podrán darme popularidad y apoyo, para conseguir mi objeto.

Por más que se diga, es mucha la influencia de las potencias amigas en los asuntos interiores de un país, conocidas las constituciones y los tratados internacionales modernos.»

Poco más ó menos, así ha de haber pensado el jefe del Partido Científico. Los festejos que se le han hecho en el extranjero, se deben á la mano de los científicos, pues, relacionados con lo más poderoso de la banca y el comercio europeo, comenzaron á manejar el tinglado desde aquí, para que los accionistas extranjeros de empresas en México hicieran popular la figura del señor Limantour. Y como tanto en Londres, París y Berlín, ciudades de los grandes movimientos de capitales, hay personas interesadas en nuestros negocios, en las tres poblaciones europeas fué obsequiado con banquetes el *leader* científico.

Naturalmente, en vista de su obra, los convencionistas hacían realzar aquellas manifestaciones, para que el pueblo aprecie las grandes simpatías que los europeos tienen á su jefe. Sin embargo, el pueblo no se deja ir de bruces en estas cosas, porque llegó á conocer los ardites de los científicos.

¿Se necesita ser de grandes tamaños para recibir obsequios en el extranjero? Relacionados los miembros del partido con personas de negocios, con or-

denar las casas de México á sus corresponsales en Europa, así como lo fué al señor Limantour, á cualquiera se le rinden homenajes. A esto se agrega que el jefe científico iba con la investidura de Secretario de Hacienda.

Para probar lo dicho, basta recordar las cariñosas manifestaciones de gran estimación, tributadas en los Estados Unidos y Cuba al señor licenciado don Joaquín Baranda, á raíz de su renuncia del Ministerio de Justicia é Instrucción Pública. Y si el señor Baranda hace extensiva su excursión á Europa, allí lo hubieran recibido con los mismos honores.

Ya ven los científicos que el bombo que han hecho por las manifestaciones tributadas al señor Limantour en Europa, aparte de ser sugeridas por ellos mismos, no tienen mucha importancia. El día que el señor general Díaz visite á Europa, entonces verán lo que son demostraciones espontáneas de los pueblos civilizados: el héroe de la guerra y de la paz será aclamado en el mismo corazón del viejo mundo, porque se le admira y se le aplaude ahí.

Creo que mayores honores recibirá el señor Mariscal, Secretario de Relaciones, y esto que no va á exhibirse como candidato á la Presidencia, ni lleva las recomendaciones de los que esperan franquicias de la hacienda pública.

De modo que la alharaca producida por las manifestaciones extranjeras al caudillo científico, ya sabemos á qué obedecen, lo mismo que el viaje intempestivo del *leader* político.

II

Los científicos no han perdonado ningún medio de propaganda; ya no es la que pasea en triunfal procesión á su jefe por Europa, sino otra que podría ser de mejores resultados, si tuviesen más prestigio político los aliados. Ultimamente han querido establecer pactos de alianza con el Partido Conservador, y han empleado toda la astucia que los distingue y caracteriza.

Si yo no rechazara á los científicos como agrupación política; si su conducta fuera más leal y franca, desde luego yo sería el más ardiente admirador de hombres tan hábiles y sagaces. Ellos no paran ni descansan, están en continuo movimiento. Hacerse de los conservadores, ellos que son liberales y librepensadores los más, para obtener el poder y tener la victoria segura, en verdad que, ó es un paso de gran política, ó una paradoja terrible.

¿Cómo se concibe que los mismos que ayer contribuyeron para la caída desastrosa de los conservadores, hoy vayan en pos de alianzas? ¡Parece mentira que los autores de la Reforma constitucional, los sostenedores del libre pienso, los defensores del laicismo escolar, los apóstoles de la separación de la Iglesia y el Estado, los predicadores de la desamortización de bienes eclesiásticos, y, en fin, los denunciantes de conventos y monjas, ocurren de hinojos á los conservadores, para tener su cooperación! ¿Será esto una farsa ó una verdad? ¿Será posible

que ayer, desechando el concurso de los que no pensaban como ellos en los trabajos de la Convención Nacional Liberal, ahora impetren el auxilio de los caídos?

Todo podrá ser, pero que los científicos han pactado alianza con el Partido Conservador, es un hecho puesto fuera de duda. Estoy por asegurar hasta los puntos cómo se hizo el pacto.

Los científicos, al renunciar sus exigencias y aceptar el contingente de los conservadores, no han tenido empacho en dar tregua á los principios religiosos ó filosóficos, si, en cambio, pueden contar con la mayoría del número. Bien aleccionados en cuestiones aritméticas, saben que los números de más cifras son los que llenan las cajas del tesoro particular. Haciendo otra clase de aplicaciones con las ciencias exactas, se dijeron: «En las urnas electorales el número mayor es el que vence; nosotros que somos hábiles calculadores, hagamos que resulten los más grandes números en provecho de nuestro jefe. Tras de la mayoría del número electoral, sigue luego la mayoría del número de ingreso en las arcas privadas; mientras que si viene pequeño á las urnas, el fracaso es seguro y de doble efecto: derrota en el triunfo y pérdida de esperanzas en los negocios «de seguros resultados.»

Un razonamiento hecho de un módo tan tranquilo y sentencioso por gentes que, antes que á rezar, aprendieron á manejar la complicación de los números escritos, tenía que dar por resultado algo extraordinario. Pensaron, excogitaron medios y, por fin, pudieron venir á decir: Nuestro credo político no que-

dará afectado con procurar una alianza ofensiva y defensiva con un partido que ha ido mejorando de ideas; y que, por lo mismo del desarrollo positivo, habrá tenido que evolucionar. Antes existía mucha diferencia entre conservadores y liberales, porque unos y otros eran extremosos; pero hoy, gracias á las circunstancias, ambos partidos han cedido en sus pretensiones. Después de los descalabros sufridos por el Partido Conservador, ha dulcificado su carácter y llegado á un medio de conciliación. Olvidado hace muchos años, es natural que aspire á figurar en la política, aunque sea agitándose en la sombra. Y como, dadas las actuales condiciones de la república, nosotros tenemos que tirar la piedra sin enseñar la mano, los conservadores, mediante un plan de conciliaciones recíprocas, aceptarán una alianza que les propongamos, prometiéndoles mucho, sin cumplirles nada.

En verdad que el discurso era tentador. Las proposiciones de los científicos llegaron á oídos de los conservadores que, muertos, colean. Estos rechazaron, al principio, el pacto, porque alegaban agravios inferidos á «sentimientos religiosos,» lo mismo que el haberlos excluído de la convocatoria de la Convención Nacional Liberal. Quisieron hacer poderosos motivos de disgusto de cosas baladíes; pero algo habían de hacer, ya que eran llamados á entrar en acción de nuevo, después de una larga muerte política.

La resurrección del Partido Conservador, digo, la aparición de él nuevamente en escena, siguiendo su programa de ocultismo, sería un gran golpe políti-

co para los científicos; porque llevar al campo de lucha á los viejos conservadores y tener disponible una fuerza incontrastable á disposición, en verdad, es para sorprender la atención del público y apellidar al Partido Científico como el más audaz.

Además, directores los científicos de una política de sombras, podían hacer caer á los conservadores en sus redes, máxime que el credo conservador de ahora se identifica con el científico.

Mediante ciertas promesas, de medrar á la sombra del poder unos y otros, se pactó la alianza. Y hubieran pasado por alto los trámites y fin del pacto, á no encargarse á poner en claro las cosas, con su conducta científica, un encopetado periódico católico, que, en cierto modo, si no es órgano de los conservadores, sí lo aprovechan para sus fines. Los conservadores, más huraños que los científicos, no gastan dinero en prensa para tener defensores públicos; enemigos de gasto alguno, impetran la defensa en nombre del credo y sin que les cueste nada. Pero, de todos modos, las convicciones del diario en cuestión son eco directo del partido que se piensa en resucitar.

Si no de una manera explícita, pero sí tácitamente, tan luego como los conservadores perdieron toda clase de escrúpulos de conciencia, comunicaron éstos la noticia de un modo oficial al oficioso y «platónico» defensor. Sabida y recibida la orden, el periódico en cuestión, olvidando privilegios divinos y humanos, se puso, con los suyos, al lado de los científicos.

III

Lograron, con esto, los descendientes de Barreda un nuevo triunfo; pues los conservadores tienen algo de parecido con los nuevos aliados; son, se puede decir, de la misma escuela: ambos saben intrigar en la sombra, desde el momento que se comunican con el pueblo á media voz. ¿Quién sacará mayor ventaja de esta sigilosa alianza? ¿Obtendrán los conservadores sus antiguos fueros y privilegios? Si los científicos cumplen con las bases del pacto, es claro que los conservadores volverían á meter mano en los asuntos públicos. Pero el Partido Científico, una vez que triunfe con los elementos aportados por los conservadores, no puede cumplir ninguna clase de promesas, pues el cumplimiento indicaría el golpe de muerte á las Leyes de Reforma; y para complacer á unos, tendría que disgustar á la mayoría de los liberales y al mismo pueblo que ya están habituados al régimen constitucional reformado. Acostumbrados los elementos conservadores á las encrucijadas de calles y callejuelas, resucitarían sus viejas pretensiones de ser inmunes ante el resto de la república; de nuevo, y debido á hábiles manos, surgirían conventos y distinción de clases sociales. Como consecuencia directa, renacerían la esclavitud y los privilegios ya olvidados y carcomidos por el peso y el curso de los años.

Evidentemente, enfrente del nuevo rumbo de la política impresa, los liberales levantarían la voz y

protestarían. Podrían, ante las protestas, los científicos armarse de oídos de mercader, y despreciar las indicaciones de los amantes de la Reforma; y, para hacerse oír los descontentos, se lanzarían al campo de la revuelta intestina. Como entre los descontentos é inconformes estaría el ejército, vilmente ultrajado desde la tribuna por los científicos, el triunfo no se haría esperar; pues, por más que el Partido Científico lo pregone, nuestros militares, educados conforme á los más modernos principios de la milicia, sabrían, á punta de espada, hacerse respetar y defender sus legítimos derechos y los del pueblo cuya soberanía peligra.

A este resultado vendrían las cosas, si los científicos cumplen con el pacto de alianza. O no cumplirán, y en este caso, los conservadores habrían tragado el anzuelo, sin tener el gusto de quejarse, porque quien por su gusto muere, hasta la muerte le sabe. Pero el Partido Conservador es tan zorro como el Partido Científico: cuando él haya aceptado la alianza, es porque algo seguro espera.

¡No concibo yo cómo se dejaría engañar una agrupación que ha podido ir á Europa á engañar á las testas coronadas! Tal debe ser el poder de su elocuencia y el «valor efectivo» de su palabra, que ni los viejos monarcas pudieron escapar de su enredo.

Es incuestionable que científicos y conservadores se hayan comprendido como políticos, porque tienen las mismas aspiraciones: disponer de una posición oficial y á cuya sombra acrecer fortunas y capitales. Teniendo esto por común divisa, es forzosa la comprensión entre ambos.

El Partido Conservador, enemigo de las actuales leyes; retirado del movimiento político de la república; resentido aún por la derrota; confiscadas sus riquezas y lanzado á las plazas públicas, sin los honores militares del tambor batiente y bandera desplegada, no habrá podido olvidar tan fácil el desmedido agravio que le produjeron las instituciones de un gobierno eminentemente liberal. Que si bien es cierto ha mostrado resignación en el descalabro de su poderío, será piadoso y perdonará, pero jamás olvidará. Presente esta conducta, revive en su mente la venganza; y, aprovechando la propicia oportunidad, ofrece adherirse á los trabajos de los más exaltados libre-pensadores, los hijos de Víctor Hugo.

Ocurre preguntar: ¿pueden sufrir reforma las ideas políticas de origen divino? Los conservadores, al aceptar la alianza, están demostrando, con la elocuencia de los hechos, que sí.

En cambio á los científicos, que se dicen los verdaderos liberales, puédeseles hacer esta pregunta: ¿se concibe conciliación entre dos extremos opuestos? Creo que todo el país responderá por la negativa.

IV

Mas ni los unos ni los otros pretenden buscar la reconciliación de dos partidos completamente opuestos; ambos quieren la defensa de un solo punto: los intereses. En cuestiones de negocio, es seguro que existe el punto de contacto, porque científicos y conservadores son los dueños de la situación financie-

ra; y, aprendiendo de los dos, hasta los periodistas de uno y otro lado manipulan bien en estos asuntos, aunque no sepan nada de economía política ni de finanzas.

Al hacer la fusión de ambos partidos, científicos y conservadores han querido valerse de algo común á los dos, á fin de lograr el explayamiento de sus planes. Y así como se han fijado en el señor Limantour, si el general don Bernardo Reyes ó el licenciado don Joaquín Baranda les ofrecen las mismas prerrogativas que aquél, se hubieran agregado al partido de éstos.

Guiados por las ambiciones propias del mando y la avaricia de los puestos públicos, á merced de su táctica buscaron á los conservadores, para tener mayor fuerza. Para lo cual han tenido presente el famoso apotegma de Napoleón I: la unión hace la fuerza.

Por lo demás, ninguno de los aliados se ha señalado como verdadero patriota: los conservadores trajeron á un monarca extranjero, á cuya disposición pusieron la suerte del país; y los científicos, obedeciendo á la firmeza de su tino financiero, no estarían muy lejos de hacer lo mismo. Pero este suelo privilegiado está predestinado para ser el apóstol de la libertad, y aunque alianzas vayan, alianzas vengan, toda tentativa de victoria electoral se desvanecerá; pues, para contrarrestar la perniciosa influencia de la coalición de partidos, ya los verdaderos mexicanos proclamaron la formación de una poderosa agrupación política, que se llamará PARTIDO NACIONAL UNIONISTA, cuyo jefe será un gran político sin compromisos.

La lucha es permitida. Pueden los científicos quemar los últimos cartuchos en unión de sus estimables aliados; los habitantes ya conocen sus tendencias: trabajar por la elevación del señor Limantour, para después hacer y deshacer del gobierno á su talante. También los viejos conservadores están en su perfecto derecho, al saltar á la arena y alegar privilegios. Aunque pronto estalle la discordia entre los dos partidos, tendrán el placer de haberse reconciliado por corto tiempo.

V

Quienes mayor empeño han tomado en reforzar el Partido Científico, son, además del leader candidato, los siguientes:

1.—El licenciado don Pablo Macedo, diputado al Congreso y presidente de la Comisión Monetaria. Este señor es el alma del partido, y puede considerarse como uno de los más hábiles jurisconsultos del país. Ultimamente se ha pretendido hacer de él un gran economista-político. Creo que, como economista, no valdrá gran cosa, aunque sea de mérito en otras materias discutibles.

En los trabajos del Partido Científico ha sido incansable y goza de gran prestigio social, y es persona de iniciativa y audaz en las empresas en que se mete.

—El licenciado don Rosendo Pineda, diputado al Congreso y miembro de la Comisión Monetaria. Este científico es también ilustrado; y, aunque no

disfruta de grandes simpatías, es un brazo potente para el Partido Científico. El señor Pineda fué quien redactó la convocatoria de la Convención Nacional Liberal. Disponiendo de una dialéctica jesuítica, cumplió á las mil maravillas con su cometido.

3.—El licendiado don Joaquín D. Casasús, diputado al Congreso y miembro de la Comisión Monetaria. Puede considerársele á este caballero como el factor de mayor empuje de que disponen los científicos, pues es un gran letrado y mejor financiero. Como economista, puede ser Casasús el más talentoso de los que actualmente estudian el problema monetario.

4.—El ingeniero don Francisco Bulnes, diputado al Congreso y orador de oficio de los científicos. El señor Bulnes es un gran sofista, y últimamente, llevando la voz de todo el partido, se constituyó en juez dei general Díaz, á juzgar por su discurso pronunciado en la Convención Nacional Liberal.

5.—El licenciado don Miguel Macedo, también diputado al Congreso. Aunque suene poco, no deja de ser algo grande entre ellos.

6.—El general don Gerónimo Treviño, divisionario y gran militar que peleó por la Reforma. El señor Treviño es una presea para los científicos, pues es de última conquista. Pertenece el general Treviño al elemento poderoso del país.

Como yo, toda la república extraña la afiliación al Partido Científico de este militar de alta graduación, aunque es probable que la enemistad personal al general don Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León, sea la principal causa de este cambio

repentino; pues no se concibe de otra manera la conducta del señor Treviño.

7.—El general don Jesús Aréchiga, senador al Congreso. Tampoco se explica cómo este señor haya aceptado las ideas de los científicos.

8.—Los trabajos activos de todos estos leaders, tras de los cuales existen otros doce jefes, poco más ó menos, son apoyados por la acción de los señores don Ramón Corral, Secretario de Gobernación, y don Justo Sierra, Subsecretario de Instrucción Pública.

9.—Es probable que en el gabinete haya más personajes científicos, pero, hasta hoy, no se han declarado abiertamente.

10.—Puede considerarse como científico activo á don Enrique Creel, poderoso banquero de Chihuahua, miembro de la Comisión Monetaria y diputado al Congreso. Dicho señor viajó por Europa como representante de México en la Comisión Monetaria Internacional.

11.—Pertenecen al Partido Científico los gobernadores de Michoacán, Jalisco, Chihuahua, Aguascalientes, Guerrero, Oaxaca, Puebla, Yucatán y Chiapas.

12.—Son científicos todos, ó la mayor parte, de los que profesan las ideas positivistas.

13.—Los enumerados son los científicos activos, la palanca que mueve las bases del partido. Ellos no descansan en sus tareas: puedo asegurar que su labor es muy ardua; y por lo mismo que todos ellos son personas de valer, como políticos científicos son peligrosos.

14.—La primera diligencia fué la Convención Nacional Liberal, la proclama para declararse en guerra. Pudieron reunir en la asamblea á políticos conocidos y políticos ignorados.

Ya vimos cuáles fueron los resultados de la famosa asamblea: sin precedente, proclamaron la reelección del general Díaz, después de haberle formulado el respectivo proceso. Los científicos ¿reeligieron al general Díaz por convicción? Ya vimos que la reelección se impuso, por varios motivos que ya dejo marcados.

15.— Las gestiones de los científicos activos lograron establecer las paces con los conservadores y atraerse á los periódicos de éstos, no sé si con dinero ó de una manera oficiosa; aunque tengo razón para afirmar lo primero.

16.—Los señores gobernadores también han emprendido grandes trabajos, conquistando prosélitos en sus dominios; por lo que puédeselos llamar activos.

17.—Las conquistas de los científicos activos han sido sorprendentes en los Estados: profusamente han hecho circular el discurso del señor Bulnes, será tal vez porque allí se impugna la administración del inmortal héroe del país. Pretenden, probablemente, desprestigiar las grandezas del actual Presidente, lo que no podrán conseguir nunca, porque las amenazas de los pigmeos no pueden alcanzar á los astros.

18.—Los científicos de los Estados también activan sus gestiones, difundiendo las excelencias de su credo entre los ciudadanos de remotas regiones. Todo lo respetable que son los científicos de la capital,

lo tienen de ignorantes los fuereños. Por ejemplo, hay un doctor en Guadalajara, diputado local, que, venido del rancho, no acierta ni á saber lo que significa la palabra «científico.» Sin embargo, dice que pertenece al partido.

19.—Los científicos, disponiendo de los periódicos, han procurado difundir la desunión entre los mexicanos, siguiendo una conducta desastrosa con los que no comulgan con sus ideas ni pertenecen á su credo.

20.—Por lo demás, la explosión de los científicos se contiene viendo dibujarse en majestuosa silueta la gigantesca figura del general Díaz, cuya presencia se impone sobre los espíritus débiles.

CAPITULO XVII

LOS CIENTÍFICOS PIDEN LA AYUDA DE LOS EXTRANJEROS.—INCAPACIDAD DE LOS EXTRANJEROS PARA INMISCUIRSE EN LAS COSAS POLÍTICAS DEL PAÍS.

I

A LA simple vista, se palpan los movimientos del Partido Científico para procurarse adictos y obtener mayoría en la opinión pública; sólo que sus manejos lo han llevado al colmo de la actividad política, pues ha ido por caminos vedados en pos de la consecución de sus propósitos.

Que los científicos ejerzan su perspicacia entre los legítimos ciudadanos del país, me parece que obran conforme á un derecho; pero eso de que anden halagando los oídos de los colonos extranjeros, es proceder contra el espíritu de la ley.

Nadie podrá negar—ni ellos mismos—que los señores científicos son listos para hacer propaganda efectiva; pues, unos de una manera oculta, otros al descubierto, todos participan de la fuerza activa y no descansan un instante en sus luchas abiertas ó

solapadas: quieren el poder, y, para obtenerlo, ¿qué de cosas no harán?

Se han podido introducir en el ejército para atraerse prosélitos, valiéndose de la efervescencia de pasiones de unos militares contra otros; penetraron en los Estados é hicieron conquistas entre muchos gobernadores que, no conformes con estar fuera de la capital, tienen deseos de venir al gabinete y ocupar algún ministerio; se fueron á los pueblos y aldeas, repartiendo empleos futuros: á todas partes y en todos los lados han logrado entrar y envolver en sus redes á algunos ciudadanos.

La propaganda entre los nacionales no tiene nada de particular, desde el momento que ellos aspiran al gobierno nacional. Lo que sí no tiene nombre en la historia humana, ni palabra con que pueda designarse en el diccionario de la lengua, es el haberse arrimado á la sombra de los extranjeros.

Dejando aparte las gestiones hechas en Europa para prestigiar á su jefe, hay que hacer observar las llevadas á cabo aquí. Sé que los promotores de los científicos van de puerta en puerta de los capitalistas extranjeros para que, en momento dado, se hagan manifestaciones placenteras al leader proclamado.

Siendo así, ¿con qué epíteto será conveniente designar la conducta de los miembros de un partido político incapaz de luchar con los elementos del país? ¿Qué diferencia hay entre los que importan un gobernante extranjero y los que se amparan á la sombra de otro ú otros para hacer valer sus derechos políticos?

Ya no me extraña la alianza habida entre conservadores y científicos, por los puntos de afinidad que existen entre ambos: unos y otros tienen tendencias á la sumisión á un extranjero. Y así ¿serán capaces de llamar traidores á los del Partido Conservador muchos científicos de ideas ultramontanas? Si es una traición tener predilección por un apoyo extranjero, ¿serán traidores unos, y otros no?

Yo creo que, en igualdad de circunstancias, el adjetivo debe ser aplicado por igual. Los conservadores, de común acuerdo, creyendo hacer un bien á la república (esto es discutible), opinaron por la importación de un príncipe extranjero, para que, conforme á los ritos usuales, ciñera la corona de un «imperio republicano.» Pudieron los leaders del Partido Conservador haber elegido á alguno de entre ellos, capaz por su descendencia de mexicano de llevar la famosa corona, y hacer emperador á quien tenía derecho de serlo. Iturbide hizo muy mal en proclamarse emperador así mismo, porque el pueblo estaba cansado de virreyes y emperadores; pero no ha sido tan censurada su conducta, por ser mexicano y haber prestado grandes servicios á la nación. Si, en vez de apellidarse emperador y constituirse en jefe inmutable del poder, obedece á las reglas republicanas, era probable su permanencia en el gobierno.

De manera que Iturbide tenía alguna disculpa, de la que carecen absolutamente los importadores de príncipes europeos. Estos no purgarán nunca ese delito de lesa patria, aunque hayan sido impulsados por un error histórico.

Probablemente, por esta circunstancia, los científi-

ficos, en sus tenidas y fiestas, siempre han llamado traidores á sus aliados de hoy. Y como la ley debe ser pareja, ¿cómo se los llamará á ellos? No quisiera usar una palabra que me es altamente disonante y propia de oídos poco cultos; pero á ello me obligan los mismos científicos; ellos la usan constantemente en sus festines, para designar á sus rivales.

Para poder ocupar buen lugar en el ánimo del pueblo, es forzoso que no busquen la ayuda del elemento extranjero, cuya misión, en las cuestiones políticas, es mostrarse neutral. El extranjero cumple con su cometido, prestando su contingente de trabajo; y quedará satisfecho con que las autoridades constituídas le garanticen los productos de él. En vista de que estas garantías han sido amplias durante el actual orden de cosas, la admiración de los extranjeros hacia el general Díaz, es grande y justificada.

II

En asuntos políticos, los extranjeros no deben inmiscuirse nunca, ni menos debe ser buscado su contingente por los hijos del país: las cosas interiores de la república deben ser resueltas por el elemento nacional, que es el único competente en el caso. Que si todo extranjero pudiera hacer y deshacer en la política interior de un país lo que tuviere á bien, la independencia de las naciones sería un mito, y su existencia efímera.

A los ojos del extranjero poco culto, tal doctrina es arbitraria; pero el hombre que es pensador y sa-

be lo que se trae entre manos, comprende que allí se encierra una verdad de profunda filosofía. Por lo mismo, las constituciones de los países independientes precisan, en artículos fundamentales, las leyes de extranjería. Allí se exponen los deberes que tienen que llenar los extranjeros y las prerrogativas concedidas en su favor por los gobiernos legalmente constituídos. Terminantemente se les prohibe inmiscuirse en la política interior de la nación; y, en caso de desobedecer, se les aplican los efectos de un artículo especial, que establece para los perniciosos el destierro.

En cambio, los colonos laboriosos y honrados tienen el apoyo del gobierno en su favor, y viven rodeados de las consideraciones y simpatías de los habitantes del país.

Nuestra Constitución de 57, como producción de un cerebro sano y profundamente sabio, deja consignados los mismos preceptos, respecto á los colonos extranjeros, que las leyes más conspicuas de los países civilizados. Razón de sobra tenía el señor Juárez para establecer principios grandilocuentes en ese sentido; pues, teniendo presente que las grandezas de las naciones las hace la inmigración, no se le escapó que, andando los tiempos y cimentada la paz, México tendría que ser un poderoso centro de inmigración extranjera. Por lo tanto, estableció leyes constitucionales benignas y protectoras para el colono trabajador, y terribles para el revoltoso y fomentador del tumulto.

Los extranjeros que pretendan arrebatar los derechos correspondientes solamente á los ciudadanos,

son en extremo peligrosos, y no pueden permanecer en el territorio, teniendo que sufrir los efectos del art. 33 de la Constitución.

En materias políticas, no sólo no pueden ejercerla los extranjeros en México, sino que todo ciudadano está en el deber de denunciar á los que la ejerzan, á fin de aplicarles los rigores de las leyes respectivas, pues las disposiciones legales son para llevarlas al terreno práctico.

Esto, en tratándose de la política en general. Pues no es de la incumbencia de los que generosamente hospedamos, estableciendo la reciprocidad de servicios, corregirnos, en nuestras barbas, la plana en materia de gobierno y administración. Para aceptar la intervención de los extranjeros en nuestra política interior, la independencia nacional no hacía falta, toda vez que, aun emancipados, nos quedaba la obligación de admitir indicaciones de los extraños.

De manera que á prohibir esa intervención se reducen las leyes de extranjería. El art. 8º constitucional imposibilita á los extranjeros hasta del derecho de petición en cuestiones políticas.

III

El peso de las disposiciones constitucionales se palpa desde luego. Para apreciar la sabiduría de las leyes mexicanas sobre extranjería, basta hacer comparaciones con las leyes de otros países.

Evidentemente que el extranjero trabajador está conforme con el espíritu de la Constitución: viene al

país en pos de tranquilidad, para hacer capital; para esto no necesita meterse en la política, corrigiendo cosas que son de incumbencia de los mexicanos; le basta aguzar el ingenio y entrar en actividad. ¿Qué le importa á él que gobierne Juan ó Pedro, si ambos le dan garantías y puede lucrar á la benéfica sombra de la paz?

Sin embargo, el extranjero díscolo y con tendencias al mando, desterrado de su país por falta de medios de combate, viene á la república con el exclusivo fin de meter la discordia entre los príncipes cristianos. Aunque sea un imbécil, se cree un sabio; aunque no tenga dos centímetros de frente, se juzga el filósofo más adelantado de allende los mares; aunque no sepa ni leer, se da aire de un gran pensador; aunque conozca que allá jamás llegó á valer, aquí pregona títulos de grandeza que nunca tuvo. Un individuo, con humos de conspicuo hombre de Estado, apenas arribado á nuestras playas, empieza á husmear y á tantear el terreno, concluyendo por la fundación de algún periodiquín, dedicado, al principio, á los intereses de sus compatriotas, y después toma los vuelos de un sabio director político. Entra, poco á poco, en nuestras cosas. Primero impugna, á guisa de información, las leyes de policía; luego, con el pretexto de defender á algún otro díscolo compatriota suyo, ataca los actos de los pequeños funcionarios públicos. Y como esto no llena las miras de su espíritu turbulento, ni satisface las ambiciones de gloria y riqueza que lo traen, dirige sus dardos contra los altos empleados del poder—ministros y gobernadores,—concluyendo por hacer objeto de sus

iras al Presidente de la república, y muchas veces hasta las leyes que nos rigen.

Nuestro aventurero periodista todo lo encuentra malo y todo merece los rigores de su crítica, queriendo hasta imponerse como potente personalidad política, olvidando que estas prerrogativas pertenecen tan sólo á los hijos del país. Fracasados sus planes, emprende verdadera campaña contra nuestro sistema de gobierno, nuestras leyes y nuestros prominentes hombres públicos, viniendo á convertirse en centro de los extranjeros de mala conducta, cuyos negocios no se recomiendan por la legitimidad de los medios.

De esta clase de perniciosos pobladores abundan los extranjeros, no sólo en México, sino en todo el continente americano. Para evitar trastornos, la ley fundamental los excluye de tomar parte en la política del país, negándoles los derechos que sólo pueden ejercitar los mexicanos, como la petición, el voto electoral; y les cierra las puertas para los empleos públicos.

¿Nos podrán llamar utopistas por esta clase de distinciones? Tendrían que aplicar el mismo adjetivo á sus mismos países, pues allá pasará lo mismo que aquí. Ni es tan fácil lo contrario: la integridad nacional se asienta sobre estos principios republicanos, y ellos son la salvaguardia de los derechos constitucionales del ciudadano que ha sacrificado sus años y su existencia por la libertad del pueblo.

Dadles entrada á los extranjeros en la cosa pública, y retrocederíamos á la esclavitud, porque sin coacciones políticas, no hay nacionalidad.

IV

De modo que la ayuda pedida por los científicos al elemento extranjero no producirá ningún valor efectivo, porque ningún extranjero puede tener cuestiones en la política del país: tratar y pedir en asuntos de política, es derecho exclusivo de los mexicanos nacidos ó naturalizados. Estos últimos tienen también limitadas sus prerrogativas constitucionales; pues, disfrutando del derecho de opinar y de ejercer ciertos cargos de poca altura, son incapaces de ocupar puestos de primera categoría en el gobierno, ni mucho menos de llegar á la Presidencia de la república. Por lo mismo, siendo tan estrictas las leyes sobre la materia, el candidato del Partido Científico no puede triunfar en las elecciones presidenciales, por la sencilla razón de ser mexicano naturalizado y NO POR NACIMIENTO.

Reduzcamos la proposición: el señor licenciado don José Ives Limantour no es mexicano por nacimiento. Con este dato, podemos establecer el siguiente silogismo:

Para ser Presidente de la república, es necesaria la ciudadanía mexicana por nacimiento: es así que el señor Limantour, candidato de los científicos, no es ciudadano mexicano por nacimiento: luego el señor Limantour no puede ser Presidente de la república.

Planteado así el silogismo, procedamos á probar sus proposiciones. Y advierto á los científicos que

el apuntado sí que es un silogismo, y no lo de «si se prueba que la sexta reelección no es necesaria, democráticamente débese trabajar por ella.» Aquí está completo el silogismo, no le sobran proposiciones; pero el del discurso científico no pasa ni para un principiante de lógica: en la conclusión juegan palabras que no tuvieron cabida en las premisas.

1.—Para ser Presidente de la república es necesaria la ciudadanía mexicana por nacimiento.

Queda probada esta proposición con el contenido del artículo 77 de la Constitución de la república, que, al pie de la letra dice: «Para ser Presidente, se requiere ser: ciudadano mexicano por nacimiento, en ejercicio de sus derechos, etc.» Y en esta materia sólo la Constitución es autoridad.

2.—Es así que el señor Limantour, candidato de los científicos, no es ciudadano mexicano por nacimiento.

Para la verdad de esta proposición mayor, basta citar el artículo 30 de la propia Constitución, fracción I: «Son mexicanos todos los nacidos dentro y fuera del territorio de la república, de padres mexicanos.»

¿Reune estas condiciones el señor Limantour? Es evidente que no. El señor Limantour es hijo de padre y madre extranjeros, porque ambos progenitores eran franceses.

Conforme al artículo 34 constitucional, podrá ser «ciudadano mexicano,» porque habiendo nacido de padres extranjeros, tuvo derecho á nacionalizarse, llegando á la mayor edad. Pero la nacionalización no indica «nacimiento de padres mexicanos,» requisito

indispensable para poder ser Presidente del país, según el artículo 77.

La evidencia de la mayor, pues, es palmaria: el señor Limantour no es «ciudadano mexicano por nacimiento.» Luego no puede, «constitucionalmente» hablando, ascender á la Presidencia de la nación.

3.—Siendo verdaderas las premisas, tiene que serlo la conclusión, porque ella se desprende del contenido de ambas proposiciones.

Con lo cual, puedo afirmar que el silogismo es completo y concluye.

Es fácil que los científicos se atengan al contenido de las fracciones II y III del artículo 30, que reputa como mexicanos á todos los extranjeros naturalizados, y á las fracciones I y II del artículo 34; deduciendo los efectos y prerrogativas que concede el artículo 35, para aplicarlas á su candidato.

Pero, en este caso, hay que tener presente que el artículo 77 determina; no se refiere al ciudadano en general, sino «al ciudadano MEXICANO POR NACIMIENTO,» y esto surge de la fracción I del artículo solamente: del nacimiento de padres mexicanos, dentro ó fuera del país.

Si la Constitución dijera: puede ser Presidente cualquier ciudadano mexicano, el leader de los científicos estaría en aptitud para el puesto de Primer Magistrado de la república.

Creo, pues, firmemente, que el señor Secretario de Hacienda no puede ser Presidente, porque es incapaz constitucionalmente para ello.

Se podrá alegar que, siendo cierto que es hijo de padres extranjeros, nació en la república; y en este

caso, está dentro los privilegios del artículo 30: que es mexicano; y dentro las franquicias que concede el 35: que puede ejercer empleos públicos y votar para ellos. Deduciendo de lo expuesto su capacidad legal para lo que establece el artículo 77: para ser Presidente.

La Constitución, efectivamente, no dice si el Presidente debe ser ciudadano por nacimiento y de padres mexicanos; sólo consigna el que sea CIUDADANO MEXICANO POR NACIMIENTO. En tan amplio concepto, podría caber un ciudadano por naturalización, desde el momento que cualquier extranjero goza de este privilegio, habiendo aceptado y pedido la ciudadanía. Siendo ciudadano, le corresponden los beneficios de ley; probando el señor Limantour haber nacido en territorio mexicano, con eso es ciudadano nacido en México. Por consiguiente, sería sencillo deducir la aptitud constitucional para ejercer la Presidencia.

En esto hay dos puntos que discutir.

El artículo 30 de la Constitución sólo señala como mexicanos por nacimiento, á los hijos de padres mexicanos; pues claramente dice la fracción I: «Todos los nacidos dentro y fuera de la república, DE PADRES MEXICANOS, deben llamarse *mexicanos por nacimiento.*» Los demas, son mexicanos, pero no por nacimiento, sino naturalizados.

En ningún otro artículo constitucional consta que son mexicanos por nacimiento los que hayan nacido aquí, de padres extranjeros. Las palabras «mexicanos nacidos dentro ó fuera del país, de padres mexicanos,» es lo único á que puede referirse el artículo

77 de la Constitución; porque no existe artículo alguno que se refiera á los hijos de extranjeros nacidos en territorio mexicano.

Luego está completamente fuera de los preceptos constitucionales la personalidad del señor Limantour. La ley es clara y terminante: «Para ser Presidente de la república, se requiere: SER CIUDADANO MEXICANO POR NACIMIENTO.»

Si además dijera: «también puede serlo el que nazca en México, de padres extranjeros,» no habría duda en la constitucionalidad del señor Limantour para el puesto de Presidente de la república.

Por otra parte: cuando se discutió la capacidad del candidato científico, se dijo que la ciudadanía por nacimiento no sólo provenía de padres mexicanos; sino con el solo hecho de nacer en territorio mexicano, se obtenía. Esta teoría de derecho constitucional carece de base completamente. Sus expositores no han podido comprender lo consignado en la Constitución de 57, no obstante blasonar de eminentes jurisconsultos y profundos constitucionalistas. Podrán citar leyes y decretos especiales, pero nada de esto puede establecer reformas; las reformas tienen que ser constitucionales.

Según ellas, ¿en qué se distingue el mexicano hijo del país y de padres mexicanos? Entendida la doctrina expuesta, cualquier matrimonio extranjero puede venir á permanecer un año entre nosotros; y si durante ese tiempo llegase á tener un hijo, lo lleva al extranjero; allí desarrolla, crece y llega á la mayor edad. Reflexionando el vástago sobre su porvenir, y pensando sus padres en una nación más fá-

cil y tranquila, lo regresan aquí. ¿Qué nacionalidad tiene ese ciudadano? Nació en México, de padres franceses, supongamos; pero se educó y creció en otro país: ¿podrá ser mexicano por nacimiento?

Si esa creencia hubiera tenido el señor Limantour, no se hubiera presentado á los diplomáticos mexicanos residentes en Europa, á fin de que le expidieran carta de ciudadanía mexicana y lo NATURALIZARAN CIUDADANO MEXICANO. El que es mexicano por nacimiento, no necesita carta de naturalización. Se naturalizan los extranjeros, mas no los hijos del país.

Es que, al presentarse el señor Limantour ante el ministro mexicano en Roma, pidiendo carta de naturalización, sabía bien que aquel documento era necesario para darle las franquicias del ciudadano mexicano.

Tanto lo expuesto, como la conducta observada por el candidato científico, prueban á las claras la irrefutable verdad de mi silogismo. EL SEÑOR LIMANTOUR NO ES MEXICANO POR NACIMIENTO.

Además, el «Diario Oficial,» al defender al Secretario de Hacienda de los cargos que se le hacían por no ser mexicano, expuso toda clase de argumentos; pero el único que podía sacar de la duda, le faltó. Suponiendo—sin conceder—que el que nace en el territorio nacional, de padres extranjeros, adquiera la ciudadanía por el nacimiento, ¿el señor Limantour nació en territorio mexicano? Es indudable que tampoco pueden probar esta afirmación. Si fuera cierto que el jefe del Partido Científico nació en territorio mexicano, ¿por qué el «Diario Oficial» no ha publicado el acta de la fe de bautismo? Sería la única

prueba poderosa en favor del señor Limantour, para llenar los requisitos legales y ser votado para la Presidencia de la república, conforme al artículo 77 de la Constitución.

Claro que no existe acta ninguna en los archivos parroquiales de la nación; razón por la cual han estado gastando sofismas sus partidarios, sin poder esgrimir un argumento convincente y de peso.

V

Si el acta se publicara, ella podría probar que el señor Limantour nació en México; pero, siendo extranjeros sus padres, será ciudadano por adopción, mas no por nacimiento.

Infiérese de aquí que los señores científicos están perdiendo el tiempo, si no eligen otro candidato, en el que puedan concurrir las circunstancias marcadas en el artículo 77 de la Constitución Federal.

También podrían hacer que se reformen algunos artículos constitucionales, á fin de arreglar el camino, para que el triunfo sea completo de su parte. Mas una reforma constitucional en sentido de preparar terrenos electorales, es imposible; una idea semejante tendrá grandes obstáculos y terribles oposiciones en el Congreso, representación genuina del pueblo democrático.

Podríase llevar á cabo una reforma favorable para el Partido Científico, en caso de que él dominara la mayoría en las Cámaras populares, lo que juzgo difícil; pues en el Congreso prepondera el elemento

adverso á los científicos. O era segura la victoria, estando ellos en el poder; impondrían entonces su voluntad y vendría la dictadura.

¿Son posibles tales casos en México? En cualquier otro país, sería más fácil la imposición de una voluntad omnímoda, que coarte la del Congreso, refrenando los ímpetus de las masas populares; pero en este país que deja ancha faja de rojiza sangre por donde ha tenido que pasar, no es posible el reino del despotismo: con sólo intentarlo los científicos, se despertaría una indignación general y volveríamos á las terribles reyertas.

No teniendo medio constitucional en la mano, el Partido Científico tendrá que dejar el candidato y asirse de otro, si quieren imperar y asegurarse el triunfo.

Yo no podré negar que el señor Limantour sea un verdadero mexicano de corazón; que, por salvar á la república, sería capaz de sacrificar su propia vida; considero la cuestión desde el punto de vista legal. Según mis deducciones y ateniéndome á los preceptos de la Constitución, he podido apreciar la incapacidad del señor Limantour para la Presidencia.

Francamente, yo no acepto el gobierno de quien no haya nacido en México, de padres mexicanos. Ser Presidente de la república, es un privilegio que la nación concede á sus más preclaros hijos; á los que le han servido con lealtad; á aquellos que han ido heredando la sangre nacional de sus antepasados. Sólo los que han mamado el patriotismo, pueden ser grandes patriotas; y para los grandes patriotas es el puesto de la Presidencia.

Para apreciar en lo que vale la nacionalidad, para llegar á comprender con ardor la palabra patria, es necesario sentir, sentir hondamente. Para todo esto, es indispensable tener en las venas circulando sangre de heroísmo. ¿Quién mejor sabe lo que es el amor á la patria? Es inconcuso que el que oyó la palabra al borde de la cuna, confundida con la dulce plegaria maternal.

La madre inocula el patriotismo, el padre lo acrece y fomenta, y el nacimiento en esta florida tierra lo fija en el corazón con caracteres indelebles. Sólo el que reuna estas condiciones, puede ser apto para Presidente, y disfrutar de las prerrogativas del artículo 77 de la Constitución Federal.

El Partido Científico, habiendo mexicanos capaces por la sangre para regir los destinos del país, debe tener presente el artículo 32 del Código fundamental.

En hora buena que se acuda á personas extranjeras para buscar el bienestar de la nación, pero éstas quedan pospuestas á los hijos legítimos de México. Son condenables, por lo mismo, los resortes tocados por los científicos, porque ningún extranjero puede inmiscuirse en las cosas íntimas de nuestra política interior: ya estamos en la mayor edad y podemos arreglar nuestras cuentas en familia y sin recurrir á los extraños.

Los mismos extranjeros se reirían de quienes no conocen ni la Carta Fundamental de la república, desde el momento que, para su triunfo, apelan al concurso de los que son incapaces de toda gestión política.

Esta es la ocasión de probar al mundo civilizado que los mexicanos aprecian sus leyes constitucionales y saben hacerlas cumplir. Pero mostrar el triste espectáculo de mendigar á las puertas de los extraños un apoyo vedado por la ley, es tanto como exhibirnos sin alcances para conocer los derechos y prerrogativas que nos competen. El pueblo, la nación entera, protesta contra tales procedimientos; porque en torno del general Díaz yacen poderosas fuerzas dormidas, que despertarán á la voz de mando del invicto jefe, para impedir que un extranjero llegue á la Presidencia de la república.

Sr. Lic. don JOAQUIN BARANDA,
ex-Secretario de Justicia é Instrucción Pública.

UNIV. OF MICH.

CAPITULO XVIII

LOS CIENTÍFICOS PREPARAN SU HORCA.—LAS INTRIGAS DEL PARTIDO CIENTÍFICO.—CAÍDA DE DON JOAQUÍN BARANDA DEL GABINETE.

I

DESDE que al Partido Científico se le metió en el magín ascender á la Presidencia de la república, todo mundo le molesta y á todos intenta quitar del paso, para que no puedan cortarle el vuelo. En esta faena no duerme, pues tal vez se llegó á creer que el sueño puede ser de muerte.

Efectivamente, si al entregarse á la inercia es fácil la muerte, también no es remoto encontrarla cuando hay mucho movimiento. Tantos suelen ser los afanes de la araña por hilar su tela, hasta que cae aprisionada en los tejidos del telar que ella misma fabricó. Esto es de observación continua y de todos los días.

Los científicos han creído—á pesar de ser unos profundos sabios—que en las muchas tramas reside el éxito; siendo, precisamente, lo contrario, apo-

yándose esta verdad en aquel adagio muy conocido: el que mucho abarca, poco aprieta.

Algo parecido les ha podido acontecer á los discípulos de Benn, filósofo alemán de ideas modernas y adecuadas á las de nuestros positivistas; porque éstos beben en las fuentes de aguas turbias, por considerarlas de mayor volumen y mejor peso que las aguas cristalinas. Pero con su avanzada sabiduría y todo, creo que ellos mismos se van preparando el golpe de muerte. Un resultado de estos, tampoco es de extrañarse, pues tiene precedentes en la historia de la humanidad. El que comete un delito en los momentos de ofuscación, una vez pasada la hora del acto primo, al hacer consideraciones sobre lo hecho, es claro, piensa en la inmoralidad de un procedimiento, y, aunque tarde, despierta á la razón y él mismo se aplica el castigo. Y si no se ajusticia así mismo, ningún crimen puede quedar impune; tarde ó temprano, la lógica sucesión de sus actos lo arroja en la hoguera de purgar todos sus delitos. De este último da prueba palmaria el sacerdote Helí, que no supo gobernar á los suyos, creándolos soberbios, altivos y malvados; hasta que, en vista de su debilidad y poco acierto, le vino el castigo, cayendo muerto á los pies del Arca Santa.

De lo primero, da prueba elocuente y grandiosa el Gran Traidor de la humanidad, el que por un beso entrega á su maestro. En un momento de ambición y avaricia, Judas vende á Cristo; por un puñado de miserables monedas entrega á la turba de escribas y fariseos la vida del Justo. Sin embargo, el Gran Traidor reflexiona, ya consumado el crímen;

mide la insondable profundidad de su delito, y, pareciéndole tarde todo arrepentimiento, coge una soga, se la echa al cuello y perece ahorcado de un árbol, por su propia mano.

Judas quiso abarcar tanto, tramó é intrigó hasta donde el espíritu de traición le aconsejó; pero ¿había de quedarse impávido delante de su magno crimen? Cometida la traición, ¿era posible que—por más malvado—la conciencia se quedase serena y tranquila? ¿Qué le había hecho aquel eximio Justo para que él lo vendiese? Antes que mal alguno, Jesús lo sentó á su lado, lo dejó acercarse á Él y darle un beso; desde antes lo había distinguido con el cargo de tesorero, y el Iscariote tenía á su disposición el capital del Gran Profeta y de su corto regimiento. El Dios-Hombre, teniendo derecho para hacerlo, jamás le pidió cuenta, depositando en él plena confianza respecto de la hacienda piadosa de aquella pequeña legión de conquistadores divinos. Y, á pesar de tantas consideraciones, él pone á su maestro á disposición de sus enemigos: lo vende.

Pero un crimen jamás viene solo. Consumada la venta, el discípulo perverso se constituye en juez de su misma causa, y se sentencia á muerte. Podía haber confiado en la suprema indulgencia, en la bondad infinita, en la justicia divina, y esperar el fallo supremo de arriba. Mas la conciencia agitada, el terrible remordimiento, el orgullo satánico, la desconfianza en el perdón, hacen que Judas se aseste el golpe terrible, y perece suspendido de los frondosos brazos de un seco olivo.

Todo lo cual prueba que nada quedará impune,

ni ninguno pasará las fronteras de esta vida, sin antes haber saldado todas sus cuentas pendientes. De lo contrario, ¿qué sería de la humanidad, conjunto de perfidias, asechanzas y ambiciones?

¿No habrán pensado en estas consecuencias los políticos del Partido Científico? Ellos podrán tejer; pero no es difícil que se enreden en la fina tela que van elaborando. Se necesita mucha perspicacia y mayor tino para tramar planes en política.

II

Lo más grave es, que los científicos se han creído que el pueblo comulga con sus falsedades; se suponen que, á estas alturas, cualquiera cierra los ojos ante lo que le pasa, y repite la proverbial frase latina: *accepet, domine.* Y en verdad que, si eso creen, están en un error. En estos tiempos, es muy difícil tejer en la sombra, ni habrá incautos que acepten telas encantadas fabricadas por la escultural mano de la bella Penélope. Todas estas cosas no pasan de la leyenda; el pueblo, ahora, por más ignorante que se le suponga, algo ha llegado á adelantar en el conocimiento de sus derechos constitucionales. El sabe cuándo se le engaña y cuándo se le informa con sinceridad; por lo mismo, las aserciones de los falsos mentores le suenan como notas de música destemplada á los oídos.

Podrían cautivarlo con el argentino son de los pesos fuertes; pero con los pueblos no pasa lo que con los individuos aislados: éstos pueden ser sobornados;

aquéllos ... ¡jamás! La voluntad colectiva no admite coacciones, ni es tan fácil extorsionarla; porque la voluntad colectiva se compone de voluntades individuales, inaccesibles á los halagos y dádivas.

No quiero decir tampoco, con esto, que los señores científicos acudan á tales medios; hago la advertencia, por lo que pudiese suceder, ya que el que adelanta en tiempo, gana en fuerza.

Lo que sí es un hecho puesto fuera de duda, que el Partido Científico, engreído en su posición, y vanagloriándose de fuerzas, no pierde oportunidad en tirar flechas agudas contra todos aquellos que juzga como sus enemigos. Las maniobras suben de punto cuando el supuesto enemigo—muchas veces no es tal lo que ellos piensan—es de ciertos méritos y valer; entonces las intrigas palaciegas llegan al colmo, y no paran hasta que se logre el fin perseguido. De esta persecución terrible se ha desprendido que el partido peligra, porque ha faltado acierto y diplomacia en el ataque.

Detallemos.

Habiéndose retirado el señor general don Porfirio Díaz, después del primer período de su gobierno, á raíz del Plan de Tuxtepec, poniendo la administración en manos del señor general don Manuel González, cuya gestión no fué del agrado del país, y con la esperanza segura de volver al poder, durante el receso, estuvo pensando en las personas liberales que mayores sacrificios personales habían aportado á la causa. Entre los personajes que descorrieron á la vista del gran militar é inmejorable gobernante, aparecía la notable figura del licenciado don Joaquín

Baranda, campechano de altos quilates, y que había prestado importantes servicios al Partido Liberal. Desde sus primeros años, se dedicó á la defensa de los intereses nacionales; y, siendo gobernador de Campeche, surgió la difícil y azarosa cuestión de Belice, en la que tomó parte muy activa el señor Baranda. Su gestión en este sentido fué notable, pues la actitud que presentó delante de Inglaterra, le granjeó las simpatías generales de toda la nación.

El señor Baranda, encargado por el gobierno general para estudiar la cuestión y rendir un informe extenso y detallado, produjo éste con un talento asombroso y un acopio de datos, que nada mejor se ha escrito sobre el debatido punto de Belice. Belleza en la forma, elegancia y pulcritud en la frase, lógica profunda en el fondo, aquel informe es una pieza jurídica monumental en la historia del derecho internacional.

Por aquellos años, el señor Baranda había prestado otros servicios al país, de mayor cuantía, y los que hizo en favor del Partido Liberal, no tienen peso ni medida, pues fué uno de los liberales más conspicuos en tiempo del Segundo Imperio. Orador de fácil y galana expresión, de un talento bien cultivado, una inteligencia vasta, su palabra en el Parlamento electrizaba á las multitudes, llegando á ser el parlamentarista de mayor empuje por aquel entonces. Sus ideas exaltadas en punto á libertades individuales, le granjearon el título del «tribuno popular,» y la persecución de los enemigos de la república. Pero, perseguido y todo, el señor Baranda, al decir de uno de sus mejores biógrafos, no cejaba

en sus avanzados ideales en bien del país. A todo trance, velaba por el triunfo de la libertad, la Constitución y la Reforma.

De manera que, apenas iniciado en la política local de Campeche y Yucatán, su fama se extendió por todas partes del país; y desde entonces se consagró á la defensa nacional, con ardimiento y una lealtad á toda prueba, siendo incapaz de intrigas: á la luz del día comenzó á predicar sus ideas, y á la luz del día ha seguido en su credo; porque los hombres del temple del señor Baranda, que sabe tanto de tribuna como de espada, que lo mismo usa el argumento escrito que la fuerza viva para convencer, son incapaces de falsía, y de sus prendas personales y morales necesita el país.

Don Joaquín Baranda, al gran talento y vasta erudición, une una energía á prueba de cañón. Entre los hombres de valer en la república, el señor Baranda exhibe aptitudes singulares, tal vez únicas: él defiende por vocación sus ideas, dispone de poderosos elementos para ello, porque lleva en la cabeza fulgente aureola de ciencia y en el pecho una coraza de bronce, en donde sólo tienen cabida la gratitud, la nobleza y la generosidad.

III

En la lista, pues, recorrida por el general Díaz, al subir al poder por segunda vez, se encontraba inscrito el nombre del señor licenciado don Joaquín Baranda. Tuvo presente el caudillo de Tuxtepec todos los

servicios prestados á la causa liberal por el señor Baranda, y los indisputables méritos que traía aparejados. Virtud y civismo tenía en demasía éste, para que el general Díaz se fijara en él y se lo trajera al gabinete, á fin de tener una persona de valer á su lado, un colaborador incansable. Por lo mismo, apenas ascendió de nuevo al poder el actual Presidente, se acordó de don Joaquín y lo llamó á ocupar la Cartera de Justicia é Instrucción Pública.

Desde entonces, reelecciones iban, reelecciones venían, y el señor Baranda siempre fiel al jefe que lo trajo. Los trabajos llevados á cabo en la Secretaría de Justicia é Instrucción Pública, durante su estancia en el gabinete, fueron sorprendentes, pues todo el plan de estudios, perfectamente desarrollado hoy, es obra de él. No ha faltado alguno que diga que, sin el señor Baranda al frente de esa Secretaría, nada se hubiera hecho.

Para apreciar más la labor del ministro, es indispensable considerar el estado que guardaba la Cartera de Justicia é Instrucción Pública, al concluir su pésimo gobierno el general González, sea porque á este señor no le favorecieron las circunstancias, sea porque su administración fué del todo mala y no pudo encarrilar por las vías del progreso á la república. Los detalles del caso aquí no precisan; lo que interesa manifestar que, estando en sus comienzos el régimen reformado, la instrucción pública andaba del todo mal en manos de los eclesiásticos. El Estado disponía de poquísimos establecimientos propios, y éstos los constituían infelices escuelas primarias sin dotación alguna y dos ó tres secundarias, radi

cadas en la capital. Uno que otro Estado de la Federación tenían ya sus institutos de enseñanza superior. Quitando los apuntados arriba, en general, el país no podía vanagloriarse de un sistema completo de instrucción pública.

Recórranse las estadísticas escolares, y se verá el número de alumnos que había entonces en las pocas escuelas del gobierno. Resultando de esta deficiencia que el número de habitantes que sabía leer en la república era tan corto, que podíamos considerarnos en una proporción inferior á cualquiera otra nación civilizada. Y si es cierto que el clero tenía escuelas, éstas no prodigaban una instrucción vasta; se reducía su sistema á una forma tan antigua como la fundación de la raza latina. De consiguiente que en las escuelas—también eran pocas, pues se reducían á los seminarios—del clero no se podía sacar muchas ventajas para el pueblo; dando por resultado un crecido número de analfabetas que no sabían escribir ni su nombre.

A nadie se le ocultaba ese estado de cosas. Un pueblo ignorante no es capaz de nada; hay que instruirlo para que conozca sus derechos, y sepa alegar sus privilegios constitucionales. De ahí provenía que de los habitantes del país muy pocos eran los que podían apreciar la forma de gobierno reformado: cuando se promulgó la Constitución de 57, todos la calificaron de utópica y atentatoria á los derechos del ciudadano, cuando, precisamente, defendía esos derechos y sus tendencias son amparar al ciudadano. Y es que el pueblo era muy ignorante, estaba muy lejos de poder comprender los bene-

ficios reportados por la Constitución que le produjo tanto escándalo al ser promulgada. Sugestionado por los cuatro ó cinco que vivían de su sudor, y lo flagelaban á su talante y gusto, poniéndole tupido velo sobre los ojos, para impedirle ver lo que le rodeaba, le sorprendió una ley profundamente sabia, y protestó.

Pero si ese pueblo hubiera sabido leer y se le hubiese puesto en sus manos algo que lo ilustrara, hubiera calificado de obra magna la Constitución de 57; y, en vez de apoyar á los conservadores en sus pretensiones, hubiese repelido toda proposición que tendiera á mermar su soberanía. Las Leyes de Reforma, como complemento, nada de extrañas hubiesen sido, porque ellas son la consecuencia legítima de la opresión. Pero sumido el pueblo en la abyección, acostumbrado á ver bonetes en el templo y bonetes en los puestos de justicia y mando, sin saber leer, tenía vendada la razón, estaba aletargado, y se movía por voluntad automática: fué natural su estupefacción al ver surgir un código que lo restituía á su dignidad y soberanía y quitaba de los puestos públicos á los que sólo pueden cumplir con su noble misión en el templo y dedicados á su ministerio, en el ejercicio de su apostolado.

El señor Baranda tenía mucho que hacer, para recivilizar: dió una ojeada al ancho panorama, y vió que las masas estaban en un estado deplorable de ignorancia. A grandes males, grandes remedios, y surgió la multiplicidad de las escuelas primarias, implantando los sistemas más modernos de enseñanza. La instrucción pública llegó hasta las aldeas más

pequeñas, porque también los pequeños pueblos y villas, apartados del centro, deben disfrutar de los beneficios del desarrollo intelectual.

Durante su permanencia en el gabinete, pudo el señor Baranda contemplar su obra: en un país que tenía el 90 por 100 que no sabían leer, llegó á decrecer esa proporción hasta el 25 ó 30 por 100. Y la suma asignada para gastos de instrucción pública pudo llegar á sextuplicarse, debido á los constantes esfuerzos del Secretario de Instrucción Pública.

Con decir que al señor Baranda se debieron reformas escolares, implantación de sistemas modernos de enseñanza, aumento en el presupuesto escolar, multiplicidad de escuelas, leyes y reglamentos modernos de instrucción, y todo lo que ha adelantado la enseñanza en el país, creo que es suficiente. Reformas notables, después no se han hecho, por más que sus enemigos se empeñen en asegurarlo.

En el ramo de Justicia fué tan activa su labor, que á él se deben todas las leyes que rigen en la materia, y la perfección en los procedimientos judiciales —hasta donde puede caber la perfección—es obra exclusiva de él: hizo una reforma completa en nuestros sistemas penales y civiles, levantando á la altura que merece la misión de la justicia, y sepultando en el olvido los viejos trámites judiciales, que extorsionaban la acción de los tribunales, dejando á merced de pillos y mercenarios la suerte de muchos infelices.

Es cierto que no se pudo llegar á un grado pleno en materia de leyes y administración de justicia, porque no siempre es posible un desarrollo desmedido;

pero dedicó todas sus energías al perfeccionamiento en la administración de la justicia, y logró grandes reformas en el ramo.

Sube de punto la actividad del señor Baranda, si se considera que todo el peso caía sobre él, porque entonces no existían dos Subsecretarios, uno de Instrucción Pública y otro de Justicia, como hoy, sino que había uno para los dos ramos. De consiguiente, las labores del Secretario eran fuertes y arduas. Sin embargo, la inteligencia privilegiada del señor Baranda atendía perfectamente á las obligaciones de la Cartera, é hizo progresos maravillosos en su desempeño.

IV

Su permanencia en el gabinete fué larga, pero no tanto que no tocara á su fin. Los científicos consideraban como estorbo para sus planes al Secretario de Instrucción Pública y Justicia, y se dijeron: en lugar del señor Baranda, que nos es adverso para muchas combinaciones, hay que procurar ascender á alguno de la comunión, aunque lo echemos abajo á él. Lo que estorba, hay que quitarlo.

El licenciado Baranda siempre fué adverso, efectivamente, al Partido Científico; sus corifeos le franquearan la entrada al partido, mas él jamás llegó á aceptar la proposición. La negativa tenía poderosas razones de ser: los miembros del Partido Científico son liberales de última hora; forman una agrupación de circunstancias; por lo mismo, no podían ser sino unos políticos de ocasión. Para un hombre que lleva

títulos de lucha por los principios; que ha sacrificado lo mejor de su vida en bien de la causa, es imposible la concordancia en ideas con los hombres del momento, formados en brillantes moldes de argentina y aurífera democracia. Los científicos son de estos últimos liberales, que creen ser grandes políticos porque trabajan en las sombras, y para sus actos disponen de dineros.

Es seguro que el señor Baranda le repugnara al Partido Científico como agrupación política, aunque la llevase bien con sus miembros aisladamente; pues estaba en su derecho de separar los actos de amistad que no tienen credo político ni religioso. El, que tenía prestados enormes y grandes servicios á la nación, sin haber podido lograr la formación de un gran capital, érale imposible aceptar partidos asentados sobre las talegas repletas de moneda acuñada, porque nunca llegó á mezclar la nobleza de los principios con el peso de los metales preciosos.

Los científicos, en consecuencia, no pudieron entenderse con el Secretario de Instrucción Pública; ellos, que comenzaron su carrera por la reforma escolar y á la sombra de la enseñanza, al verse coartados por la voluntad de un político de gran talla, estaban en un hito, viendo desvanecerse las ilusiones forjadas.

En un período álgido estaban las relaciones entre el señor Baranda y los científicos, cuando surgen en el gabinete cosas no pensadas, y el Secretario de Instrucción pública dimite la Cartera. Para aceptar la renuncia, el señor Presidente procuró calmar primero el enojo del señor Baranda, á fin de que desistiera de sus ideas; pero la resolución de éste pareció

irrevocable. No pudiendo llegar á un acuerdo, el general Díaz aceptó la renuncia.

A raíz de ella, don Joaquin Baranda partió al extranjero. Durante esa ausencia, los más extraños comentarios surgieron sobre el móvil de la renuncia. Dada la política reservada del Presidente, era imposible materialmente llegar á despejar la incógnita. Ya pasados algunos años, estoy en aptitud de saberlo hoy.

La dimisión del Secretario de Justicia obedeció á las terribles diferencias habidas entre él y el señor Limantour, jefe del Partido Científico; era el resultado de las maquinaciones palaciegas de todos los científicos. Una voluntad, como la de don Joaquín Baranda, no se doblega como quiera, ni se deja imponer tampoco. En una reunión del Consejo de Ministros estalló la bomba, y cesó en sus funciones el señor Baranda.

Con la renuncia del Secretario de Instrucción Pública, obtuvieron un gran triunfo los científicos, que, como en breve sucederá, tiene que costarles sus dolores de cabeza. La victoria los ha engreído mucho, al grado de creerse inmunes y necesarios en algunos de los puestos públicos del Estado.

No por temor el pacífico señor Baranda ha debido renunciar su puesto; más bien por evitarse disgustos y á fin de procurar la mayor armonía en el seno del gabinete. Y es por esto la admisión de la renuncia. Que por lo demás, tiene muchos mejores títulos el gran tribuno y galano escritor liberal que el señor Limantour, cuya capacidad constitucional está en plena discusión en estos momentos.

Es natural que, durante la administración de justicia é instrucción pública de Baranda, haya éste captádose las simpatías de personalidades de valer en el país y formádose un gran círculo; pues su ilustración, trato fino y cortés y su pureza en el manejo de los negocios, son virtudes que muchos llegaron á apreciar en lo que valen. Desde que los amigos de Baranda, al descender del puesto su hombre predilecto, investigaron las causas, y, al sacar en limpio que los científicos fueron los culpables, hubo un rompimiento general entre éstos y los verdaderos liberales.

Los barandistas hace algunos años que no suenan, pareciendo que no se mueven. Pero esto no es más que una apariencia; pues, siendo amigo fiel don Joaquín Baranda del general Díaz, podrá disimular la lucha y acallar á los suyos, toda vez que los barandistas es gente que vale mucho más que los científicos. En el grupo de barandistas existen personalidades de talento y hábiles políticos; teniendo encerrado un profundo odio al Partido Científico, ¿es de concebirse que vivan aislados del movimiento político del país? Aparentaron tranquilidad, pero, al fin, cuando palpen la realidad, brotarán á la arena, y entonces la derrota de los científicos es segura.

Con la caída del señor Baranda, el Partido Científico puso los cimientos de su ruina, se echó al cuello la soga, para que, andando las circunstancias, el tiempo se encargue de ajustarla á las clavículas y apriete, estrangulando á sus autores.

El silencio del partido de don Joaquín Baranda sólo indica reposo y calma, á fin de no precipitar las

cosas; pero que él será una de las poderosas palancas que han de derribar á los científicos, esto es inevitable. Al Partido Científico más le valiera estarse quieto, trabajar á cuerpo descubierto y no malquistar á los demás políticos de la república.

Aunque todo mundo lo quiera negar—serán bien pocos los que nieguen—la figura del ex-ministro de Justicia se impone, es más gigantesca que la de sus enemigos. Esta particularidad la tendrá el señor Presidente Díaz presente siempre, porque él jamás olvidará los importantes servicios prestados á la nación por el señor Baranda y la amistad sincera y franca desplegada hacia él.

Si acaso algún defecto tiene el ex-ministro, será cualquiera, menos el de que sea capaz de hacer política contra el Presidente, de quien es personal y ardiente amigo. ¿Podráse decir otro tanto de los científicos? Será posible, pero á mí me queda el derecho de no convencerme, y dudar.

Mientras el jefe así lo quiera, los barandistas guardan silencio; pero saldrán al campo electoral, si los científicos persisten en la imposición de su candidato.

Al menos, así lo creo yo, dado el perfecto conocimiento que tengo de algunos adeptos del barandismo.

Los científicos minaron el puesto de Baranda, los adictos á éste desean la caída de aquellos. Esto va conforme con los Textos Sagrados: el que á hierro mata, á hierro muere.

UNIV.

CAPITULO XIX

UN ENEMIGO FORMIDABLE DE LOS CIENTÍFICOS.—DON TEODORO A. DEHESA EN COMPLETA ACTIVIDAD. —EL REYISMO.

I

EL señor don Joaquín Baranda, sin hacer alarde de mentor del pueblo, por decoro personal, por conservar la plena paz en el gabinete, se retira de su puesto, como el militar que, cansado de ver correr la sangre del pueblo, procura contener los ímpetus que originan las desdichas del Estado, y el derroche de las energías entregadas á la guerra y al desorden. El aprendió, por experiencia propia, que la revolución es la enemiga acerba de toda tranquilidad, y de ella emanan los desastres que estorban toda clase de progreso, impidiendo la marcha evolutiva, hacia el adelanto, de la nación. Al ver próxima una crisis en el gabinete, antes que comprometer con su presencia la armonía del Alto Consejo, opta por la retirada, no obedeciendo al temor de la derrota, sino teniendo presente la tranquilidad del gobierno; que las derrotas no pueden hacer me-

lla en los pechos hechos para el combate, ni amedrentan á los hombres acostumbrados á oír el estallido de los cañones, sin pestañear.

Fundido el señor Baranda en los moldes de los grandes republicanos franceses, como Víctor Hugo, no pertenece al número de aquellos que esquivan el cuerpo en lo más ardoroso de la pelea; pero sí, como todo hombre prudente, cuando la necesidad no requiere otra cosa, procura allanar con medios pacíficos las disidencias interiores. Las dificultades habidas en el seno del gabinete, y provocadas por el Secretario de Hacienda, podían terminar con la renuncia de él, evitando una crisis ministerial; y á conseguir esto último se encaminó la dimisión de don Joaquín Baranda. Hago esta aclaración repetida, á fin de que lo comprenda mejor el aspirante á la Presidencia, y no vaya á atribuir á otras causas la conducta de un liberal incapaz de maquinaciones é intrigas palaciegas.

Naturalmente, como llevo dicho ya, la renuncia del Secretario de Justicia fué la voz de alarma para sus amigos, quienes siempre han visto con ojos no muy benignos á los científicos; reducido el eminente hombre público á la vida privada, quedaron rotas las hostilidades desde luego, y unos y otros emprendieron la campaña, defendiendo cada cual sus derechos. Sólo que los señores científicos, ostentando el satánico orgullo que los caracteriza, se han hecho el lujo dizque de combatir á nombre del pueblo y por el pueblo; con lo cual se exhiben públicamente en todas partes, como los Argos de la Constitución y de las Leyes de Reforma. Los correligionarios de don

Joaquín Baranda, por lo contrario, ejercitan sus derechos con la calma que el caso requiere, sin bombo ni ostentación, ni mucho menos formando clubs para intrigar contra el general Díaz, quien, si, según la Carta Fundamental, no es inmune ni inmutable, merece la lealtad de los que se dicen sus amigos y viven á su sombra.

II

Pero entre los enemigos del Partido Científico, nadie más temible que el actual gobernador de Veracruz. Habrá personas anticientíficas á carta cabal; mas ninguna que, considerada como entidad política, pueda sobrepujar, y acaso ni igualar, al señor don Teodoro A. Dehesa, hombre que ha desplegado una actividad en contra de los científicos digna de los políticos de altos vuelos del viejo mundo.

Que alguno de los políticos caídos con el retiro de Baranda respiren por la herida, me parece que esto es de consecuencia lógica, debido á que nuestro mayor enemigo es el que nos quita el bienestar y nos cierra las puertas de un porvenir risueño; pero que se declare en abierta guerra quien no ha necesitado de un personaje para ascender, esto es anormal y digno de serias observaciones, pues indica que no es el espíritu de la venganza el que lo impulsa á hostilizar á determinado grupo. Aun estoy por decir más. Quiero suponer—sin concederlo—que el señor Dehesa haya recibido servicios especiales del señor Baranda, cuando éste estaba en el gabinete; desde el momento que, cayendo el Secretario de Justicia,

él tenía seguro su puesto de gobernador de Veracruz, si no había razón para retirarse del personaje caído, al menos no era delito no seguir sosteniendo las ideas políticas del ex-ministro. Una conducta de esta índole no es punible, pues no se negaban ni los servicios recibidos ni la amistad que quedaba en pie; simplemente, al considerar desacertadas las opiniones políticas, se desliga del modo de pensar del amigo retirado.

Empero, no pasa nada de esto. El señor Dehesa estaba ligado al señor Baranda sólo por afinidad de principios y vínculos de estrecha amistad, los que aumentaron en vista de la comunión política: ambos personajes estaban unidos por la completa uniformidad de ideas, y éstas no podían desaparecer con el descenso del ministro; porque la profesión política no mira al puesto, sino á la firmeza de credo y á las aptitudes del que la ejerce. Por lo mismo, retirado el señor Baranda, la afinidad que había entre él y el señor Dehesa, no pudo interrumpirse por las poderosas razones ya expuestas. Entre el ministro caído y el amigo elevado, permaneció aun más estrecha la liga, desde el momento que la unión no se debió á fines de especulación, sino á las convicciones políticas de ambos. Además, los dos personajes son amigos íntimos, sinceros y leales, del señor Presidente; han procurado sostener, de común acuerdo, al vencedor del *Dos de Abril* en la Primera Magistratura del país, y sacrificarían todo por lograrlo, porque son incapaces de jugar con intrigas. Son circunstancias éstas propicias para afianzar la alianza y asegurar la perdurabilidad del pacto.

Tampoco necesita el señor Dehesa del puesto para vivir, pues es notoria la posición desahogada de que disfruta. Por lo tanto, el empeño de él no podrá provenir de fines siniestros, encaminados á conservar el empleo y asegurar el pan para los suyos. Estos hechos y argumentos están á la vista de todos; por consiguiente, no obedecerá su conducta á un plan preconcebido, preparando caminos para cuando ascienda de nuevo el señor Baranda, y tener ganada y granjeada la voluntad del amigo.

Estos son motivos para descartar de la personalidad de don Teodoro A. Dehesa todo fin innoble, ó espíritu de venganza. Su proceder no puede obedecer á miras mezquinas ó á tendencias poco decorosas. Para éstas, sería indispensable la intervención directa del interés personal; así es que, caído el señor Baranda, no es capaz de satisfacer ningún interés personal: luego, en este caso, no interviene el interés personal de don Teodoro. Confirma la conclusión del silogismo este elocuente apotegma: nadie da lo que no tiene.

No siendo, pues, la prosecución de algún fin utilitario y de propio provecho lo que guía al señor Dehesa en la alianza que lo liga al señor Baranda, hay que confesar la nobleza de aquél y la bondad de la causa que ambos defienden; de lo contrario, estoy seguro, si los científicos fueran apóstoles de principios sanos y buenos, el gobernador de Veracruz se desliga políticamente de su antiguo amigo y se declara partidario de los verdaderos mentores del pueblo. Empero, precisamente, esto es lo que no se ve; que los científicos sean propagandistas de

los principios que le convienen al pueblo, á quien pretenden poner bajo el mando de un ciudadano cuyo nacimiento de padres no mexicanos y en el territorio ha sido—y está siendo—causas de largas y acaloradas discusiones. De ahí proviene la mutua adhesión, más firme que antes, de don Teodoro A. Dehesa y don Joaquín Baranda, y de lo mismo procede la actividad que el gobernador de Veracruz ha desplegado en contra de todo lo que huele á científico.

Yo considero á don Teodoro A. Dehesa como el leader más poderoso del «porfirismo» y el enemigo más formidable del Partido Científico; y que si los miembros de este partido se mueven y agitan, el gobernante de Veracruz ha podido dar el golpe más duro á sus adversarios.

III

Inconcusamente que las opiniones tendrán el valor de la persona que las profesa; si ésta es caracterizada y seria, tiene que imprimir su carácter y su seriedad á todas las opiniones que emita. De aquí se desprende que, para apoyar algún principio fundamental de verdad, se acude á las citas de autores graves y de profundos alcances, cuya veracidad no puede ser sospechosa.

En cuestiones de verdades teológicas es una palanca Santo Tomás; en asuntos filosóficos se honran los más sabios con citar á Aristóteles; por lo que atañe á ideas de elocuencia, nadie desdeña á Cicerón; y los más grandes republicanos le profesan cul-

to de dioses á Víctor Hugo. Porque todos estos distinguidos personajes eran inteligencias preclaras en las materias indicadas, y lo más natural y lógico es suponer que, para dar resoluciones seguras y fijas, han de haber estudiado profundamente el punto á discusión.

En asuntos de partidos políticos tiene que pasar lo mismo. Un partido es más ó menos aceptable, según los personajes que se adhieran á él. Una persona de conciencia no puede profesar un credo político que pugna hasta con los principios rudimentarios de un buen gobierno, el cual no es otra cosa más que el producto de un partido que impone sus ideas al sistema que quiera seguir en política. Mientras más respetables sean los miembros de una agrupación política, tiene más adeptos, porque todos buscan—en el día—el bienestar general de la república.

Visto lo que precede, los científicos tendrán que confesar que al lado donde se incline el gobernador de Veracruz, habrá un gran peso en contra de ellos. ¿Por qué?

Examinemos.

No cabe duda que don Teodoro A. Dehesa es una persona de gran talento y de mucho prestigio como político. Para asentar lo anterior, tengo razones poderosas, en cuya exposición seré parco, á fin de que no se crea la ceguedad de mi espíritu, ó que tengo interés en el personaje que estudio.

De los gobernadores de los Estados es uno de los que más se han preocupado por el progreso moral y material de la Entidad federativa que gobierna. Para lograr todo esto, ha tenido el inmejorable tino

de escoger y seleccionar el personal de su gobierno. En la mayor parte de las demás porciones federales se ven en los puestos públicos personas torpes, inhábiles y muchas veces despóticas, hasta el grado de considerarse tiranos intangibles. Jefes políticos conozco en muchos lugares que son una verdadera amenaza para el pueblo y un azote para la moral pública; jueces que son mercenarios; recaudadores propensos al peculado y al abuso; y, no obstante el magnífico período de labor tranquila porque atravesamos, muchos permanecen todavía en el retroceso y en peores condiciones que si estuviésemos en plena dominación española.

Pues bien; en el Estado de Veracruz, á pesar de su extensión territorial, de las pocas comunicaciones, debido á lo abrupto y accidentado del suelo, y de ese carácter exaltado y bélico de sus pobladores, el gobierno local ha podido progresar en proporción gigantesca respecto de los otros Estados de la Federación; pues ahí la industria tiene un ensanche cada día, la agricultura adelanta de un modo asombroso, la minería toma grandes creces, y las poblaciones del Estado son buscadas de todas partes como á propósito para centro de nuestro mejor comercio terrestre y marítimo. De este modo, la Entidad veracruzana marcha á la vanguardia de los pueblos cultos y exhibe la riqueza natural de sus costas debajo de un clima delicioso, y envuelve sus progresos en la tenue sábana de transparente gasa formada por los aromas de sus pintorescas y variadas flores. Adornan á aquel vergel sus encantadoras mujeres, llenas de belleza y vida, y hechura intelectual de las

aulas del gobierno, quien ha tomado especial empeño en el ramo de la instrucción pública. Debido al espíritu avanzado del gobernador, Veracruz es hoy el Estado que cuenta con menos número de habitantes que no saben leer, pues allí se puede apreciar el progreso verdadero en cuestiones de cultura intelectual. De las escuelas superiores de Jalapa ha salido el actual profesorado de la república, pues el cuidado especial que se tiene en este ramo, ha hecho surgir un cuerpo magníficamente disciplinado y apto para impartir la enseñanza.

En una palabra, el señor Dehesa ha gobernado con tino, y ha dado pruebas palmarias de saberlo hacer. Ante la obra de él, detiene el paso el viajero y admira la mano del artífice.

Y hay que tener presente, además, las prendas personales del señor Dehesa; éstas, unidas al fino tacto en el gobierno, lo hacen aparecer como una figura de altos quilates. Muchos extranjeros, de cierta ilustración, han podido traslucir, á través de la mirada penetrante del gobernador de Veracruz, un espíritu político de gran valer.

Con la sinceridad por base, el talento por medio, ya se podrá comprender que el señor Dehesa es un formidable adversario; y enfrente de ese poderoso enemigo que no desprecia ni los más mínimos movimientos del Partido Científico; que disfruta de grandes simpatías; que tiene mucho prestigio; que estudia todo y desde su residencia examina lo que en la capital pasa en cuestiones políticas, los científicos están próximos á su total ruina, con sus órganos conservadores, católicos y todo.

Otra particularidad más en favor del gobernante veracruzano; que sus labios jamás han pronunciado una palabra de traición, sus manos nunca han asestado un golpe á mansalva, su mente no ha llegado á concebir intrigas, ni su corazón, que late con el ardimiento y la franqueza de un costeño, ha dado cabida á un acto de deslealtad. Esto lo pone en el caso de ser oído con atención y escuchado como verídico, porque quien posee tanta nobleza, es incapaz de engañar.

He ahí el hombre; estudiadlo, y veréis que he sido justo en mis apreciaciones.

IV

Mas no sólo ese enemigo tienen los científicos; todos los partidarios de él, que son muchos, profesan sus ideas y siguen sus indicaciones. Y tras de don Teodoro A. Dehesa me atrevo á asegurar que hay centenares de personas de valer que lo secundan, sin detenerse á discutir sus planes; pues conocidas todas sus virtudes, jamás habrá nadie de los suyos que lo crea capaz de una traición: conocen su rectitud, y esto les basta.

De manera que tanto los amigos de Baranda como los de Dehesa forman una liga en contra de los científicos y proclaman, como jefe activo y resuelto al gobernador de Veracruz, cuya política menuda dará, al fin, por resultado lo que las pequeñas lluvias.....

¿Tendrán candidato para la Presidencia los opositores al gremio *limantourista?* Tengo entendido

que únicamente son adictos al general Díaz, y, en caso de que falte éste, entonces se fijarán en el sucesor. Por ahora, les basta la oposición, exhibiendo á los adversarios.

A ellos han venido á unirse los simpatizadores de un partido que tendrá que sonar en el país, tal vez mucho más de lo que ha sonado hasta hoy. Este partido tiene por jefe á un distinguido militar, el general don Bernardo Reyes, ex-Ministro de la Guerra y actual gobernador de Nuevo León.

Es fácil que ambos políticos no tengan un común punto de partida para sus opiniones, más que la oposición que les hacen á los científicos; pero pueden entenderse más tarde y llegar á un acuerdo. No es remota una inteligencia armónica entre dos sujetos que no tengan más que circunstancias incidentales en sus asuntos políticos; será tarde, pero llegará el momento de entenderse.

Y esto mismo tendrá que pasar con los anticientíficos y los partidarios de Reyes. (A estos últimos se los llama «reyistas,» porque tienen por jefe á don Bernardo Reyes, y á la agrupación «Partido Reyista»).

Cuando llegue el momento de la fusión, será el partido más fuerte del país, porque contará á todas las personas no comprometidas en política en sus filas, y las resoluciones que dé, serán las más aceptables, desde el momento que ellas deben ser hijas del maduro examen y de las conciencias tranquilas.

De cuándo surgió el *reyismo* en el país y quiénes lo sostienen, será asunto para otro capítulo; porque, realmente, el verdadero opositor del Partido Científico es el Partido Reyista.

CAPITULO XX

¿CÓMO SURGIÓ EL REYISMO, Y CUÁNDO?—LA CAÍDA DEL GENERAL REYES DEL GABINETE.—CON LAS NUEVAS INTRIGAS, LOS CIENTÍFICOS COMPLETAN SU OBRA SUICIDA.

I

En su obra destructora, no han descansado los científicos; en su plan de combatir á todo aquel que no comulga con sus ideas, no desmayan: derrochan lujo en sus intrigas. Esta conducta, que á ellos les parece miel sobre ojuelas, ha tenido que producir el contraste más antitético que se concibe. Ellos y los suyos pregonarán triunfos y victorias no alcanzados; ostentarán una pericia en las maquinaciones palaciegas, apenas propia de sus autores y digna de quienes no pueden ascender con sólo el mérito; se enorgullecerán ante la opinión de los frutos obtenidos en los campos de la política callejera; pero el Partido Científico no podrá nunca erguir la frente y ver cara á cara á sus adversarios, con una conciencia que no acusa y un corazón que expresa lo que siente. Alimentados con los impulsos de la abe-

rración y la falsía, los científicos jamás podrán ser sinceros en cuestiones políticas, porque la sinceridad produciría su total ruina y los pondría á las puertas del sepulcro. ¿Qué digo? Me he equivocado: no los pondría en los lindes de la muerte, que la muerte está entre ellos ya.

A ellos los parece que la consumación de su plan en contra de don Joaquín Baranda les dió un lauro de victoria; pues minar los cimientos de un edificio sólido y viejo, hasta echarlo abajo, no deja de ser aparatoso para el amor propio y el orgullo de esos Atilas mexicanos. Por lo mismo, todavía ostentando las palmas de los vencedores, se presenta otro personaje en la escena política. El nuevo luchador, leal, sincero, franco y valiente, se apresta sin intenciones de guerra; se lanza al campo con su poderoso contingente para el buen gobierno del general Díaz. Pero ellos ven en él á un formidable enemigo, porque su venida á la capital trajo aparejadas las grandes prendas del hombre que vale, del militar prestigiado á fuerza de épicas proezas, y del gobernante de conciencia. Esto, en vez de impulsarlos á la admiración y al aprecio, como corresponde á los pechos nobles, los llena de indignación y envidia.

Paréceme que se habrá adivinado la alusión que hago respecto de la nueva víctima de los científicos; me refiero al señor general don Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León.

Examinemos los hechos.

II

Con la muerte del señor general don Felipe Berriozábal, la Cartera de Guerra quedó acéfala. Los candidatos que tenían que llenar el vacío que dejaba el Secretario de la Marina, andaban de boca en boca, y creo que hubo entonces muchos generales aspirantes á tan honroso empleo; pues ocupar el puesto de ministro, ser el primer jefe de la fuerza viva del país, no es cosa poco halagadora. Para muchos militares viejos en el servicio, después de largos años de fatiga y de anhelos inauditos por el ascenso, la ganga era muy de aceptarse. La colocación elevada que da el puesto en el gabinete, al lado del Alto Consejo, es un platillo apetitoso y merece los honores de la ambición.

En un país, como el nuestro, de gobierno militar, significa muchísimo el papel que desempeña el Secretario de la Guerra; porque serlo, es tanto como tener el mando absoluto de todo el ejército. Que si es cierto que el Presidente representa el signo del dominio supremo sobre las fuerzas militares de la república, no hay que desconocer el papel activo que le corresponde al Secretario del ramo, á cuyas inmediatas órdenes milita toda la tropa subordinada á jefes y oficiales. Por lo mismo de la gran importancia, el primer sostén de los gobiernos constituídos es el ejército. Esta circunstancia le da la supremacía en el gabinete al Secretario de la Guerra, quien, en unión del Presidente, sirve de apoyo á las fuerzas

vivas de la nación. En orden de categorías, está primero, en un país militar, el ejército; por consiguiente, el jefe que manda y dispone sobre la disciplina, movilización de éste, ocupa distinguidísimo lugar en la administración política.

En México, las fuerzas militares han sido las más duraderas y poderosas. A esto se agrega un gobierno en manos del militarismo, y tendráse la alta significación del ejército y de los grandes honores que rodean al Secretario de la Guerra; máxime cuando el militarismo ha hecho la resurrección de la república: derrotados los enemigos del progreso y de la paz, el ejército aun ostenta las palmas del triunfo.

Todo lo cual hizo que, á la muerte del general Berriozábal, la opinión pública quedara suspensa, haciéndose los más variados y múltiples comentarios sobre el sucesor. Versiones de más ó menos visos de verdad, circulaban en todas partes, haciendo cuestión palpitante y del día el ascenso de alguno de los militares divisionarios fronterizos; quién señalaba á éste, quién al otro, y no pocos al de más allá.

En las naciones latinas, somos muy dados á emitir opiniones, y este espíritu tiene muchos partidarios en México. Cuando cae algún personaje de la administración, se multiplican los comentarios sobre las causas de la caída, y los candidatos para la sucesión surgen hasta de los lugares más pequeños. Por algunos días tienen pávulo las ideas, y son manifestadas en paseos, teatros, calles públicas, clubs y academias. Entonces, ni los artesanos quieren ser extraños al movimiento político, y señalan su candidatura hasta los carpinteros y albañiles. Allí es cuan-

do, efectivamente, manifestamos nuestro delirio en achaques políticos y enseñamos luego la marca de procedencia.

No era, pues, de extrañarse que, faltando el jefe del ejército, los afectos al ejercicio oficioso en política, propusieran á los militares de su devoción para la Cartera de Guerra; y yo creo que muchos generales creyeron llegada la hora de hacer valer sus méritos y servicios, procurándose influencias cerca del Primer Magistrado. Puedo asegurar también que los científicos llegaron á intentar la colocación en el puesto á alguno de su devoción, para tener á sus órdenes, en un momento dado, al único elemento que podría darles el triunfo más completo.

Pero, si todas las Secretarías de Estado tienen que ser desempeñadas por personas de las confianzas del Presidente, la de Guerra más que ninguna otra; pues colocar en ella á jefes disidentes, enemigos de la administración, sería tanto como poner las fuerzas poderosas en manos del adversario y estar preparado al golpe de Estado y rodar del poder inmediatamente. Esto no sería ni posible ni de simple suposición. Para sostenerse el gobierno, se necesita el ejército; por consiguiente, la persona que lo mande deberá estar á su entera disposición y acatar sin disputas ni desvíos las órdenes del Presidente. Sin esta prerrogativa, cualquier ambicioso levantaría una revolución y aspiraría á derrocar las autoridades legítimamente constituídas, por quítame ahí esas pajas. Entonces sí que todo hijo de vecino, con el solo hecho de ser un audaz, se consideraría con sobrados derechos para emplear la discordia como medio y

dominar las posesiones del gobierno. Y esto no sería difícil, si dispone de los elementos militares de combate; teniendo á su alcance los poderosos medios que suministra el ejército, el triunfo fuera seguro.

Así subirían á la Presidencia muchos, llevando como precedente haber sorprendido las confianzas de quien los asciende. Y para evitar esas anomalías, cortar ambiciones y derribar las envidias, el Secretario de Guerra y Marina ha sido de la plena confianza del señor Presidente de la república. Por lo mismo, era difícil que la vacante la cubriese entonces un militar cualquiera, no importando los servicios prestados en el campo de lucha. Había que fijarse en alguno que mereciese la elevación al puesto, por su fidelidad, su inteligencia, virtudes cívicas y prendas militares.

Mientras el general Díaz recorría en su mente la lista de los generales ameritados y amigos leales, el público y la prensa (sobre todo esta última, que nunca acierta) se perdían haciendo comentarios y señalando personajes de más ó menos cualidades apropiadas para el caso. Después de algunas cavilaciones en el seno de los clubs políticos, se vino á dar el golpe de una elección merecida, aunque por nadie esperada. Esto tampoco es de extrañarse, porque á nuestro Presidente le gustan las sorpresas de este género, para desechar influencias y despistar á todos.

El general Díaz, conocedor perfecto de su pueblo y de los hombres que lo rodean, le gustan los grandes golpes; lo recrean y lo solazan; porque jamás ha querido que alguien intervenga en las cosas de

gobierno de las que á él sólo corresponde rendir cuentas á la nación. Podrá, á veces, consentir en que se le desarrollen ideas, se le presenten planes, y hasta parece dar á entender que acepta las indicaciones hechas: pero los políticos y supuestos consejeros se van de espaldas, cuando, al día siguiente, observan disposiciones precisamente contrarias á las que esperaban.

¿Es que el general Díaz no cumple con lo ofrecido? ¿Engaña á sus amigos? De ningún modo. El Presidente es uno de los mejores amigos y el más leal y sincero; sólo que en esa táctica reside su grandeza y el timbre glorioso que lo presenta como el más conspicuo gobernante de la América. Su procedimiento obedece á fines muy altos y nobles: matar de un solo golpe las intrigas. El los deja hablar, los oye; y, como los eminentes políticos, no resuelve ni en pro ni en contra inmediatamente: en sus frases cortas y sentenciosas, ni da esperanzas ni las mata.

Medida es ésta que le ha hecho ir siempre á flote, sin verse sumergido en medio de la tempestad agitada por tantos odios encerrados, tantas traiciones ocultas y tantas ambiciones dormidas.

He ahí la razón de su gozo cuando nombra á algún personaje de alta categoría. Deja primero que circulen los rumores y se hagan comentarios. Una vez que la opinión pública señala á su devoto, él propone y presenta otro distinto: al que le merece confianza. Y al aparecer el nombramiento en manos del agraciado, todos quedan estupefactos.

Y lo más notable es que las elecciones del señor

Presidente siempre son acertadas: recaen en quien menos se esperaba, pero en personas idóneas y seguras.

III

En lo más acalorado de las disputas públicas sobre el sucesor del general Berriozábal, se presentó en la capital don Bernardo Reyes. ¿Por qué se fijó el general Díaz en él? ¿Qué títulos lo hacían acreedor á tan honroso ascenso? ¿Cuáles eran los méritos del nuevo Secretario de la Guerra?

Efectivamente, para aquellos que no están al tanto de nuestro progreso, el general don Bernardo Reyes era un desconocido, incapaz de desempeñar con acierto el alto puesto. Hacía muchos años que estaba retirado de la capital, gobernando á un Estado fronterizo. Pero para los hombres que están cerca de la cosa pública, el general Reyes no era un militar cualquiera, sin prestigio, fama ni precedentes. Y de la opinión de estos últimos fué el señor Presidente, desde el momento que se fijó en él para que ocupara la Cartera de Guerra.

Si hay militares de prestigio, es inconcuso que don Bernardo Reyes ocupa primer lugar entre ellos. Hijo de otro militar de nota, oriundo de un suelo ardiente y guerrero, el general Reyes se consagró al servicio de la patria desde sus primeros años. Si se hizo soldado por afecto, peleó contra el enemigo por patriotismo, y figuró entre aquellos audaces atletas que derrocaron el Segundo Imperio. Las tropas de

Napoleón III, confundidas y derrotadas, supieron perfectamente quién era Reyes.

Debido á su arrojo y á su tenacidad, llamó profundamente la atención de sus jefes, y fueron conociendo el verdadero mérito de aquel soldado adolescente, que apenas podía con el fusil. Tal vez pocos pudieron prever el prominente talento militar que el joven jalisciense tenía que exhibir después.

Desde soldado raso, ha ido ascendiendo, por riguroso escalafón, hasta llegar al más alto grado que otorga la Ordenanza del ejército. Pero el ascenso no ha sido arbitrario, porque el ascendido mostró aptitudes grandes de milicia; tenía todo lo que requiere un soldado: resolución, bravura, valentía y mucho decoro personal. Pocos, como el general Reyes, pueden exhibir una hoja de servicios llena de heroísmo y rasgos de bizarría, que muchas veces llegó á dejar estupefactos á sus compañeros de armas. Su valor casi era temeridad, porque el hijo de Guadalajara jamás supo darle más estimación á la vida que á la patria. Guardaba bien en la memoria los nobles ejemplos del padre: los hombres son las ofrendas de la patria, y ninguno puede escatimar el sacrificio de la vida por la integridad y la independencia de la república.

El general Reyes cumplió con su cometido como un espartano. De reñidas batallas y serios combates pudo salir ileso; porque, á más del valor, tenía la fuerza intelectual. Es evidente que don Bernardo Reyes no es el militar recluta y rutinario; es el científico, el que estudia los progresos que ha podido hacer la milicia moderna. Ni tampoco hay que consi-

derarlo como tantos soldados que se afilian en el ejército, ó los obligan al servicio de las armas; el general Reyes procede de un tronco militar, es hijo de un padre distinguido y de claros timbres en la estirante sociedad tapatía. El se adhiere á las filas por amor al país y por convicciones de credo político; enemigo de la opresión ejercida por los amantes al mando extranjero, se declara en contra de ellos, y toma las armas para predicar con los hechos sus ideas liberales.

No nace, pues, el general Reyes del pelotón de las masas: surge del seno de una familia de preclaros antecedentes. Lleva, por lo mismo, al ejercicio de las armas, dotes de cultura intelectual. De ahí sus méritos elevados, adquiridos á fuerza de proezas dignas de ser cantadas por Homero y Virgilio.

Estas afirmaciones están en la conciencia de todos los que conocen la historia contemporánea de la república y saben apreciar las virtudes heroicas de los grandes hombres. Estudiados los hechos, se verá que el general Reyes era acreedor al nombramiento del primer puesto militar para el que se le designaba.

Además, otras razones de administración hicieron al general Díaz fijarse en él.

Nadie ignora que don Bernardo Reyes, de un Estado mísero y pobre, ha podido hacer un Estado próspero y rico. Antes que él llegase á Nuevo León, aquella apartada Entidad federativa no tenía significación ninguna, y era el punto de las ambiciones de nuestros vecinos del Norte. Para impedir esto último y poner en orden á muchos sediciosos que diezmaban á todas aquellas regiones, nadie más á pro-

pósito que el general Reyes. Presentes sus prendas militares y su espíritu de inventiva, después de haber limpiado, como jefe de la zona militar, el territorio de muchos bandidos, se le confirió el puesto de gobernador.

Durante los cuatro primeros años, se vió que no sólo era militar el general Reyes, sino gran gobernante. De la capital del Estado, reducida, miserable y antigua, hizo una hermosa ciudad moderna, dotándola de palacios, parques, jardines y edificios públicos. El número de habitantes, que no pasaba de 25,000 á 30,000, llegó, á vuelta del primer período de gobierno, á la cifra de algo más de 50,000. Hoy día pasa de los 75,000.

En el Estado, la agricultura, debido á la escasez de lluvias, no es para hacer rico á un pueblo, por la misma aridez del suelo; y, careciendo Nuevo León de otros elementos de vida, su situación, por razón lógica, no podía ser buena. Pero el general Reyes, para impulsar allí el desarrollo y atraerse capitales y gente, concedió franquicias y exención absoluta de derechos á las industrias é instituciones bancarias. En este punto, el gobierno ha seguido una táctica tal, que en pocos años se transformó la capital del Estado en la población más industriosa y comercial del país. Las fábricas de hilados y tejidos, corcho, vidrio, cerveza, curtiduría de pieles, calzado, le han dado á Monterrey el primer puesto en la república. Dispone de cinco grandes fundiciones de metales preciosos, hierro y bronce. Una sola de estas fundiciones tiene invertidos cuatro millones de pesos de capital.

Los impuestos reducidos, la administración pública proba y honrada, y una seguridad á toda prueba, hacen que los extranjeros emprendan en grandes negocios, que les dejan pingües utilidades.

De un año para otro, en Monterrey se notan rápidos progresos, y no estará lejos el día en que la capital de Nuevo León sea competidora de San Luis Missouri, debido á los fuertes capitales que se invierten diariamente en las industrias de todo género. A tal grado llega el desarrollo, que la única competidora de México es Monterrey.

Y ¿qué era Nuevo León antes del gobierno actual? Repasad la historia, y se verá que, en donde hoy se extiende Monterrey, ayer era un páramo desierto, guarida de chacales y otros animales monteses. Ahora, gracias á la iniciativa, al trabajo y al espíritu de empresa, puede contarse entre las ciudades más adelantadas del mundo.

Parecerá increíble, pero es lo cierto: si otro hubiera sido el gobernante de Nuevo León, nada significaría el Estado. Convengamos, pues, en que, debiéndosele al general Reyes la prosperidad, era natural que el señor Presidente le tuviese predilección, y la república agradecimiento, por el poderoso contingente que le prestó como militar y como gobernante.

IV

En el tiempo de mayor apogeo en que los extranjeros residentes en Nuevo León y los hijos del Estado le prodigaban homenajes de admiración, lo llama

el Presidente á la capital, á fin de que llene la vacante que dejó el general Berriozábal.

Desde luego, la atención pública, ávida de saberlo todo y que no había estado ajena á la gestión gubernativa del general Reyes en Nuevo León, aplaudió, á despecho de los derrotados, el nombramiento. La entrada de Reyes á la capital fué un triunfo; se consideró como el justo premio á las prendas cívicas y morales del que supo hacer feliz, rico y próspero á un Estado, haciéndolo nacer á la vida de los pueblos civilizados y cultos. Los habitantes de la república recorrieron las hojas de la historia, y vieron que el nuevo Secretario de la Guerra tenía grandes títulos para ser el hombre de la estimación general.

Después de tres períodos consecutivos, Reyes abandona el Estado fronterizo, replegándose en el nuevo puesto. Los industriales, comerciantes, mineros y banqueros y todo el elemento de valer en Nuevo León, despidió á su gobernador, llorando la separación. El, que es agradecido, no obstante las múltiples ocupaciones que trae aparejadas la Secretaría, jamás olvidó los compromisos que tenía con su antiguo Estado, y desde la capital atendía á sus apremiantes necesidades.

Esto todos lo veían.

El nombre del general Reyes sonó entonces por toda la república, y por todas partes era aclamado; porque el Secretario de la Guerra era infatigable. En el poquísimo tiempo que duró al frente de la Cartera, hizo adelantar al ejército en disciplina, armamento é instrucción militar, dirigiendo él mismo las

maniobras. Se podía decir que el ministro era el soldado y todo, pues andaba mezclado con su oficialidad, viendo en dónde estaban las deficiencias para corregirlas. Cualquiera puede asegurar que la Secretaría nunca tuvo un ministro de más talento militar ni de mayor inventiva: y que, hasta la llegada de él al gabinete, el trabajo del Secretario de la Guerra lo despachaba el mismo señor Presidente, porque los que llegaron á ocupar ese puesto, jamás pudieron llenar sus necesidades. Pero el general Díaz descansó en el militar ameritado, porque conocía las prendas que le adornaban.

Reformas, reglamentos, mejoría de equipo, todo se le debió al general Reyes; y cuando los respetables delegados al Congreso Pan-americano vieron las maniobras militares en los llanos de San Lázaro de nuestro ejército, calificaron de un gran general al Secretario de la Guerra, y colocaron nuestra disciplina militar á la altura de los más avanzados países europeos. Los aplausos que se le prodigaron por las personas ilustradas en la materia, fueron ruidosos y públicos.

Los elogios de los delegados y las felicitaciones fueron una ovación completa y un triunfo para el general don Bernardo Reyes; y natural era que esas demostraciones de aprecio y alta estimación inocularan de envidia á algunos de sus enemigos, que ya empezaban á moverse.

En atención á que el ejército siempre se ha visto con recelo por ciertos grupos sociales, debido á la poca cultura de alguno de sus miembros, el general Reyes tuvo la feliz idea de crear la 2ª Reserva.

Con esta iniciativa, los mejores jóvenes de las familias ingresaban al ejército, y se formaría una generación culta y decente, dispuesta á tomar las armas en defensa de la patria. El uniforme militar que llegó á ser hasta odioso, restituiría sus privilegios y respetabilidad, y podría, con todo honor, figurar en los mejores círculos sociales, sin que fuese objeto de horror y espanto; llevándolo la juventud culta y disciplinada, ella sabría darle prestigio.

Pensaba preparar así los ánimos del pueblo para el espíritu militar. La idea era de grandes tendencias y propia de los cerebros elevados y pensadores.

A fuerza de iniciativa é impulso, el ejército iba tranformándose, y los asuntos de la Secretaría estaban en perfecto orden. Debido á esto, el general Reyes se hizo popular y el señor Presidente le guardaba toda clase de consideraciones.

V

Pero la traída del general Reyes á la Secretaría de la Guerra obedecía á otros fines, á planes concebidos de antemano por el general Díaz.

En efectivo, se dijo que el señor Presidente, cansado de tantos años de ardua fatiga, pensaba retirarse al extranjero, con una licencia de separación temporal. El tiempo de la permanencia fuera del país jamás se llegó á saber. Lo que pareció más verídico era el viaje. Pero, temeroso de un conflicto movido por encontradas ambiciones, quiso dejar las cosas seguras, antes de marcharse. De ahí resultó la idea de

traerse á Reyes, después de convenir con Limantour de que ambos responderían del bienestar general de la república.

La mente del general Díaz fué que Limantour fuera el Presidente interino, y el general Reyes el que lo sostuviera; pues, conocedor el caudillo de la debilidad del Secretario de Hacienda, no podía dejarlo solo en el poder y quedarse tranquilo. Limantour, hombre de dotes civiles de gobierno, rodeado de cierto prestigio, y Reyes, militar aguerrido, espíritu enérgico y de iniciativa, los dos sostendrían la paz. Tal fué el pacto que ambos personajes juraron delante el Presidente cumplir fielmente, sin hacerse la guerra sorda uno al otro.

Tal vez ese haya sido el principal objeto del general Díaz, al traerse al gabinete al gobernador laborioso de Nuevo León.

Durante el tiempo que estuvo al frente de la Cartera el general Reyes, cumplió con lo prometido, y nunca se preocupó ni en formarse un partido político. Muchos de sus admiradores y amigos le propusieron la formación de un grupo que lo postulara para Presidente, en caso de que el general Díaz renunciase la Presidencia. El rechazó todas las proposiciones hechas, porque Reyes jamás fué desleal. Rodeado de la admiración pública, no se desvió un ápice del pacto.

Sin embargo, Limantour y los suyos, celosos de Reyes, lo juzgaron desleal, lo creyeron capaz de faltar á sus compromisos; y, por más que él asegurase lo contrario, las hostilidades se rompieron. Los científicos se ofuscaron, se cegaron completamente; pa-

recieron contemplar próxima su caída; y, ardiendo en ira y envidia, aconsejados por la ambición, empezaron á maquinar por debajo de cuerda.

El Partido Científico desconoce cuál es el honor militar de un general; por eso dudó de la palabra de Reyes y puso el grito en el cielo.

La personalidad de don Bernardo llegó á ser temible para los científicos, porque la república pregonaba los adelantos de Nuevo León y los progresos llevados á cabo en la Secretaría, y al autor de ellos se le tributaban homenajes de admiración y respeto. Tanta popularidad se imponía, y ellos no querían ninguno más alto que su jefe; con esto, dijeron: el general Reyes nos estorba, porque es más grande que nuestro *leader*.

Las intrigas llegaron á su máximum, cuando se fundaron dos periódicos de oposicion al jefe científico, porque ellos se los atribuyeron al general Reyes, aunque éste no haya tenido participación alguna en la redacción de los expresados periódicos. Sin embargo de las protestas, los científicos lo señalaron como autor de la oposición á Limantour.

Resultó lo que era natural: cansado el general Reyes, renunció el puesto, con intenciones de ir á concluir su período de gobierno en Nuevo León. Si los científicos tuviesen un poco más de talento político, con la caída de Reyes, podrían blasonar de fuertes, si dejan las cosas de ese tamaño y guardan silencio; pero no; el odio de esa gente y la ambición desmedida se pasa del límite: quisieron molestar al general Reyes hasta en su retiro.

Dicho y hecho. Próximas las elecciones locales,

arman á sus enemigos de valor y los lanzan á una oposición bárbara y casi salvaje. Llegado el día de depositar los votos en las urnas electorales, azuzan á los oposicionistas, chocan los elementos, y he ahí la asonada: del choque resultan varios heridos y muertos.

¿Quién fué el autor de aquel tumulto? Los científicos dicen que el gobernador promovió los asesinatos, y lo acusan ante el Congreso, sin tener datos para fundar la acusación. Los diputados imparciales juzgan inverosímil que un militar pundonoroso, valiente y aguerrido, se valga de la riña callejera para hacer efectivos sus derechos constitucionales, y por unanimidad se absuelve al acusado.

¡Ved ahí la obra de los científicos! ¿No es esto asestarse la última puñalada del suicidio político? Se han dado el golpe de gracia. Con las intrigas palaciegas, con esa persecución tenaz, de un hombre que apenas sonaba, han hecho un héroe admirable; porque no puede ser sino grande el que suena en los oídos del pueblo durante seis ú ocho meses. El pueblo no argumenta; oye repetir un nombre muchas veces, y se encariña con él. No hay cosa más á propósito para inmortalizar, que acusar á un hombre público y que los tribunales lo absuelvan.

De manera que, no conformes con haberlo hecho renunciar, los científicos lo siguen á sus dominios, y allí lo desafían; resultando de aquí que al general Reyes lo han hecho grande sus mismos adversarios.

Es seguro que los hombres sensatos han condenado de poco hábiles á los científicos, y se inclinaron

en favor de Reyes, quien, sin haberse tomado el trabajo de formar un partido, ahora tiene muchos partidarios, favor que les debe á sus mismos enemigos.

Así surgió el reyismo y á él tienen que deberle la muerte los científicos; porque tanto va el cántaro al agua, hasta que se rompe.

UNIV. OF MIC

CAPITULO XXI

LA PERSECUCIÓN DE LOS CIENTÍFICOS ES EL TRIUNFO DEL GENERAL REYES. EL GRUPO MÁS DISTINGUIDO DE SUS AMIGOS.

I

De la conducta seguida por los científicos en los asuntos del general Reyes, pueden juzgar todos los habitantes de la república; y de la política reyista, sólo serán capaces de hacerlo las personas imparciales é independientes. El Partido Científico, obrando con toda *la prudencia* que lo distingue, ha hecho aparecer al ex-Secretario de Guerra y Marina como una hiena; lo han exhibido como un hombre impulsivo y un tirano déspota, asesino del pueblo. Paro desprestigiarlo, echaron mano los científicos de todos los medios: hicieron alianza con sus enemigos personales, y, al unísono con ellos, tramaron toda clase de planes para darle la muerte civil. No respetaron ni la tranquilidad del retiro voluntario.

Sin embargo, el general Reyes se ha hecho inmortal ante el pueblo; su grandeza ha subido de punto.

Con todos los elementos en su contra, él ha triunfado, y su triunfo no tiene medida; porque los científicos, aliados á sus enemigos personales, contando con la prensa de todos los matices y colores, juraron darle el golpe más formidable que ha recibido político alguno, y, cual si diera contra algún cuerpo elástico, el golpe vuelve contra el operador, y hiere de muerte á sus autores. ¿De quién es el triunfo? ¿A quién corresponde la victoria? Ellos, muchos en número, se mueven, y él solo; ellos disponen de periódicos, clubs, convenciones y academias, y él sin nada; ellos tienen aliados poderosos, y él sin alianzas; ellos se congregan, buscan partidarios y forman agrupaciones políticas, y él nunca pensó en la formación de ningún partido: con tantas ventajas, ¿no es para creer que el enemigo por sí solo vale mucho más que todos ellos juntos? Si el adversario es débil y de pocos quilates, ¿á qué tanta gente para vencer á un cobarde?

Los procedimientos de lucha empleados por los científicos en contra de Reyes, son apropiados para un enemigo poderoso, y no para un militar desprestigiado ante la opinión, y que no goza de ningunas simpatías. Yo creo que Reyes, durante su elevación en el poder, no se preocupó, ni remotamente, por sostener combates electorales, ni pensó en la ascensión á la Presidencia; por lo mismo, no se procuró amigos políticos que trabajasen por él. Su amor propio de hombre fiel, su lealtad de militar pundonoroso y su adhesión al señor Presidente, no sólo lo hicieron retraerse á las ambiciones que le supusieron los científicos, sino que lo obligaron á rechazar toda clase de alianzas personales en contra del ami-

go. A esto obedeció su conducta de aislamiento político.

En una palabra, el general Reyes no vino á la capital á «hacer política;» su venida obedeció á otros fines, ya expresados en el capítulo anterior. No obstante, se le teme, y los científicos lo odian á muerte, porque creen ver en él á un enemigo de su leader.

Supongo que, hasta el día,—tengo documentos que me hacen suponer —el general Reyes tampoco ha pensado en la formación de un partido político que lo apoye; los simpatizadores de su causa son sus amigos personales, como el licenciado don José López Portillo y Rojas, el general Juan Hernández y los gobernadores de San Luis Potosí, Coahuila, México, Veracruz, Durango y Tamaulipas, y es natural que no lo abandonen. Al rededor de estos amigos, giran otros en un número considerable; pero ninguno se ha movido en pasos políticos para presentar á Reyes como candidato á la Presidencia.

Con lo cual, queda probado que los científicos han alistado todo su ejército para batir á un solo individuo. ¿Por qué? Para un hombre solo ¿se necesita tanto derroche de tropa? Seguramente que el Partido Científico pudo estimar la fuerza del adversario y pesar en la balanza todo su valor, resultando que Reyes valía por todos ellos reunidos. Sólo así es posible concebir semejante paradoja. En este caso, ellos mismos se encargaron de predicar, con sus torpezas, los elevados méritos del enemigo. ¡Un enemigo solo necesitando todo un ejército bien armado para ser vencido! Esto indica una superioridad napoleónica en el general Reyes.

Y esto es la verdad, aunque no comulgue yo del todo con las ideas de sus amigos. El general Reyes está más arriba que todos sus adversarios, desde el momento que lo han batido á mansalva y usando de la pluralidad del número, dándole ellos mismos la victoria. Dispone Reyes de muchas prendas personales que lo hacen admirable; y admito también que tenga el grave defecto de no oír consejo y ser violento de carácter; circunstancias que lo han perjudicado. Pero, en cambio, tiene grandes ventajas sobre sus contrarios: no ha ido á buscar la guerra, ni tampoco la ha fomentado en las sombras y el misterio. Antes que romper las hostilidades, ha procurado esquivar el cuerpo de ellas y dejar á sus enemigos obrar libremente, para que la república falle, condenando ó absolviendo.

Los amigos personales del general Reyes, á quienes se ha dado en llamar «reyistas,» tampoco se han movido políticamente; dejando los honores de la lucha á los científicos.

II

Cuando el general don Bernardo Reyes desempeñaba aún la Cartera de Guerra, se le acercaron muchos, tendiéndole la mano de amigos; pero éstos obedecieron á móviles de intereses bastardos: querían hacer valer las influencias del ministro en provecho propio y ascender á costa ajena. Algunos lograron su intento; porque, apoderándose de la sinceridad del militar honrado, consiguieron el apoyo que deseaban. El número de los tales advenedizos

fué grande, por desgracia, pues las desdichas, provenidas después, se debieron á ellos. Gente hipócrita y falsa, no sirvió más que para comprometer la posición del general Reyes en el gabinete; hicieron tantos males, que muy bien se puede asegurar que ellos fueron la causa directa de la renuncia.

Una vez que cayó del gabinete, los mentados amigos se hicieron al bando contrario, ú olvidaron por completo al jefe. Esto era natural. Nadie puede hacer cosas que no siente: los supuestos partidarios eran una turba de hambrientos, que andaban en pos de pesca de algún empleo pingüe y con cuyos productos mitigar los dolores que produce el hambre desoladora. Y como los que profesan la ley del estómago no son adecuados para el sostén de ningún jefe, resulta nociva su intervención en las cosas políticas. Todas las desgracias siempre proceden de las personas que obran por hambre.

Ni es de extrañarse que los mismos que adulaban á Reyes ayer, hoy lo ataquen, porque esta es la ley ineludible de las cosas humanas. En cambio de estos infelices, el general Reyes pudo conocer, con este motivo, á sus verdaderos amigos y tomar escarmiento para lo futuro.

Son adictos á él, no obstante las circunstancias:

1.—Todos los elementos que valen en Nuevo León, conocedores de su talento, integridad y honradez; porque el Estado á él le debe su grandeza y la vida próspera de que disfruta.

2.—Casi todos los pobladores de Jalisco, cuyo suelo lo vió nacer y sabe apreciar las dotes del correligionario.

3.—Todos los habitantes de Coahuila y la mayor parte de los de Tamaulipas.

5.—Los hijos del Estado de Veracruz, porque se identifican con él en sentimientos é ideas.

5.—La mayoría de los potosinos, testigos de su genio administrativo.

6.—Crecida parte de los habitantes de Durango, Chihuahua, Zacatecas y Aguascalientes, justos apreciadores del verdadero mérito.

Entre los personajes de valer, cuenta con los siguientes simpatizadores:

1.—El licenciado don Miguel Cárdenas, gobernador de Coahuila y que goza de gran prestigio en aquellas comarcas.

2.—El ingeniero don Blas Escontría, gobernador de San Luis Potosí, hombre probo, inteligente y el salvador del Estado que gobierna. El señor Escontría sabrá apreciar lo que vale el general Reyes como gobernante, porque también él conoce los inauditos sacrificios que se hacen para poner un Estado á flote, cuando está sumergido en terrible crisis. En condiciones iguales ha podido calificar la labor del gobernador de Nuevo León, y por esto mismo se une á él y lo admira; porque las almas grandes tienen que comprenderse bien, recíprocamente.

3.—El general don José Vicente Villada, gobernador del Estado de México. El señor Villada está en aptitud de poder conocer las prendas militares y civiles del general Reyes, porque él conoce lo que es el valor militar y cuánto puede valer un hombre de gobierno: militar y gobernante, su influjo es poderoso en favor de Reyes.

Si es cierto que el señor Villada no hace política, también lo es que es admirador del mérito, y esto justifica su adhesión al general Reyes.

4.—Don Teodoro A. Dehesa, gobernador de Veracruz, anticientífico activo, según queda dicho, es partidario del general Reyes. Lo mismo pasa con todo su círculo, que es grande.

5.—El licenciado Don Joaquín Baranda, ex-Secretario de Justicia, hombre de grandes virtudes é influjo social, con todos los suyos es amigo y admirador de Reyes.

6.—El general don Juan Hernández, jefe de la zona militar cuyo cuartel general reside en San Luis Potosí.

7.—El licenciado don José López Portillo y Rojas, diputado al Congreso de la Unión, delegado que fué al Congreso Pan-americano, literato distinguido y eminente académico de la lengua castellana. El señor López Portillo es el novelista más pulcro y castizo de México y uno de los escritores de más saliente nota de la América, á cuya pluma débense producciones que honrarían hasta á los publicistas de mayor mérito en España. Dotado de un talento claro y de un corazón nobilísimo, es incapaz de lastimar ni herir á nadie. Como amigo del general Reyes, puédese afirmar que ocupa el primer lugar; pero la alta estimación, que descansa en la infancia de ambos, profesada por el señor López Portillo y Rojas al señor general Reyes, nunca lo ha hecho, cegado por el cariño de la amistad, faltar á los fueros de la verdad, porque López Portillo es incapaz de mentir ni de expresar lo que no siente.

Con veinte amigos que tuviera el general Reyes del mismo empuje y de la misma convicción del licenciado López Portillo y Rojas, la formación del Partido Reyista sería de un éxito seguro.

III

Todos los apuntados arriba componen el grupo de los que, en momento dado, son capaces de organizar un club y lanzarse á la lucha política; aunque, en obsequio de la verdad, hasta hoy, ninguno se ha metido en cuestiones políticas, ni á título de defender al amigo. Todos ellos han estado á la expectativa, sin declarar sus ideas.

Ahora bien, ese pequeño grupo de reyistas, más otros nuevos personajes que no cito, forman un poderoso contrapeso en la balanza científica. La razón es obvia. Los expresados señores, por lo mismo de estar aislados de toda lucha y no tener interés personal en el general Reyes, tienen que profesar ideas arraigadas y poseer alto concepto del que podríamos llamar jefe; mientras que los adictos al Partido Científico lo son por el vil interés: estando en los mejores puestos los *limanturistas,* pueden recompensar las simpatías de sus adeptos. En estos casos, el dinero es un factor que pesa más de lo que se imagina cualquiera en el «fiel contraste de la razón.» Ya el Gran Capitán del siglo diez y nueve lo había dicho.

De modo que, llegada la hora de que el general Díaz no quisiese seguir en el poder, la resolución

podría ser adversa para los científicos; porque, además de los motivos expuestos, habrá un voto poderoso en su contra, y ese voto sería el del señor general Porfirio Díaz, á quien los científicos han lastimado con su discurso famoso de la Convención Nacional Liberal, llamándolo con epítetos injustos y ofensivos.

Por otra parte, los partidarios platónicos del general Reyes todos son adictos al general Díaz; y en caso de lucha sostendrían la candidatura de éste, dejando la de aquel, para cuando faltase el caudillo del Dos de Abril y no quisiese aceptar ya la Presidencia. No se podría decir otro tanto de los científicos, pues son enemigos encubiertos de don Porfirio, y pretenden el puesto para sí. Esta ambición los hará sucumbir, porque no podrán contar con la voluntad del pueblo, llegado el momento.

Pero antes que todo, consta que el Partido Científico se encargará de levantar más al general Reyes y perecerá en las propias redes que ha tendido, porque don Bernardo Reyes, siendo la representación genuina del militarismo, es superior al candidato científico.

CAPITULO XXII

CATÓLICOS Y CLERICALES.

I

SIENDO todos los habitantes de la república (con esta expresión me refiero á la mayoría) fervorosos creyentes, el papel que desempeñan los católicos en la política general tiene que ser poderoso. Por lo mismo, la marcha gubernativa de la nación no puede serles extraña, desde el instante que, estando al corriente de sus prerrogativas constitucionales, gozan de los derechos que la ley concede á todos los mexicanos.

Mas, desgraciadamente, la palabra *católico* ha sido falseada, como ha sido torcido el significado de la palabra *religión*. Ambos vocablos han sido adulterados, y á la sombra de uno y otro se han cometido miles de arbitrariedades. Ya no es el célebre Bobadilla, sacrificando á Colón en nombre del credo católico, para satisfacer mezquinas ambiciones; ni son Pizarro y sus confesores, degollando monarcas incas, para saciar la sed del oro: son ahora los partidarios del clero quienes, alegando no sé qué derechos,

promueven discordias entre los pueblos, desobedeciendo los mandatos de la ley. Entre ciertos elementos católicos existen las reyertas, disidencias y divisiones, estableciendo la discordancia entre los que comulgan con los mismos principios. De ahí que, en el seno del gremio creyente, hayan surgido dos ramas de adeptos: unos se amparan bajo el epíteto de «católicos,» y otros se bautizan con el nombre de «clericales,» que son los jacobinos católicos.

Los primeros, conociendo la sublimidad de la Religión Católica, procuran basar sus principios sobre ideas fundamentales: dan al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Pero los segundos han hecho de la idea católica un mito; dan mayor importancia á la forma exterior, que al fondo, ó esencia del dogma: dan al clero lo que es del César y de Dios. Los católicos procuran salvar el dogma; los clericales tienden á salvarse á sí mismos, salvando á los curas. Para los católicos, Dios es la Unidad sublime, unida al hombre por vínculos de religión; para los clericales, Dios es la pluralidad de los pesos fuertes, ligada al hombre por los ministros del altar.

Despréndense de esta diferencia dos facciones entre los que, profesando el mismo credo religioso, tienen especial modo de entender las cosas y de desarrollarlas en el terreno práctico. Los que cuidan la esencia del dogma y de la conservación de las verdades fundamentales, son los verdaderos católicos; y los que sólo atienden á la forma, adulterando el fondo, ó haciendo de la Religión Católica un *modus vivendi,* son los clericales.

Unos y otros representan grande papel en la po-

lítica nacional, porque en pos de ambos partidos se encuentran millares de ciudadanos.

Se ha dado en confundir á los católicos con los clericales. Muchos creen que lo mismo es ser católico que clerical. Pero si se estudia un poco el objeto de los católicos y sus tendencias en las cosas políticas, se verá palmario el error de los que hacen tan lastimosa confusión.

Un ciudadano puede ser un gran católico, y, sin embargo, no ser clerical. Esta proposición será escandalosa para los que viven pegados á las faldas de un reverendo. Con el escándalo y todo, la afirmación es exacta. Hay muchos ardientes católicos que no son clericales, y casi todos los clericales son pésimos católicos.

Deslindemos.

Católico, es el término genérico, hijo directo de la Religión Católica; por consiguiente, quien profesa el credo católico tiene que pertenecer á los dominios de la palabra. *Clerical,* es un vocablo específico, producto de la palabra *clericalismo;* por lo mismo, el que defiende al clero y milita á sus órdenes, pertenece á la órbita en la que gira el término *clerical.*

Los clericales sacrifican el credo en provecho del ministro; porque prefieren los supuestos derechos de éste al principio fundamental religioso. Los católicos, por lo contrario, tienen al ministro como complemento del principio, pudiendo sacrificarlo en aras de éste.

Esta manera de pensar de unos y otros ha hecho surgir graves dificultades, de las cuales el país ha

podido sacar tristes ejemplos; porque de la divergencia de opiniones entre ambos partidos ha venido la guerra de castas y fueros. Hijas de las tales reyertas son las Leyes de Reforma, tormento de los clericales; porque la aparición de la Reforma significó la muerte civil del Partido Clerical en México.

Como los clericales no quieren convencerse de que, para ser un verdadero católico, salen sobrando las intrigas en política y las ambiciones de mando, conviene detenerse un poco en este punto, á fin de poner las cosas en su lugar y desechar cargos injustos lanzados contra los que no van conformes con su modo de pensar.

II

Es un hecho, puesto fuera de duda, que el acatamiento de los principios fundamentales del Decálogo da al verdadero católico. El Código del Sinaí se encierra en estos dos mandamientos, base de todo derecho divino y humano: *Amarás á Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como á ti mismo.*

Las leyes eclesiásticas y disciplinarias, dadas posteriormente por la Iglesia, han tenido que apoyarse en este mandamiento, sin poder desviarse ni un ápice de él; porque el desvío incluiría la variación, á la que nadie podría estar obligado. Una ley fundamental sólo su autor está en aptitud de derogarla ó adicionarla; así es que Cristo lo primero que dijo, fué: *No vengo á infringir la ley dada; antes, al contrario, he venido á perfeccionarla y hacer que se cumpla:* luego toda variación sería un atentado, é

indicaría la no autenticidad de la ley; y una ley no auténtica á nadie obliga, porque es falsa.

Basados en el Decálogo están todos los Evangelios. Los Concilios celebrados por la Iglesia, tampoco pueden separarse del Texto Fundamental; establecerán leyes disciplinarias, sin que ellas puedan indicar variedad ó adulteración.

El Código Cristiano establece las obligaciones del creyente para con los ministros del altar; ellas son sabias disposiciones que marcan recíprocos deberes, conservando unos y otros su dignidad personal y decoro.

Refiriéndose á los levitas, dijo Cristo: *Id y enseñad á los fieles de todo el orbe lo que yo os he enseñado; llevando entendido que vuestra misión es muy alta y de paz.* Y, haciendo alusión á los creyentes, dijo: *Respetad á mis enviados, porque ellos son mis representantes sobre la tierra.*

Y á unos y otros les manifestó: *Tened caridad recíproca.*

Completó su maravillosa doctrina, diciendo á sus Apóstoles: *Amaos los unos á los otros.*

Ahí se ven las obligaciones del cristiano y del católico: quien profesa lo señalado, es un verdadero creyente.

Pero todo el que exagera el cumplimiento de un precepto, deja de cumplirlo; porque en las leyes divinas hay infractores de comisión y omisión, y pecan por igual el que abulta y el que quita.

El católico procura el fondo de la doctrina, mira á la esencia, atiende á todos los preceptos y los ejecuta al pie de la letra. Mas ningún creyente está en

la posibilidad de tributar mayor homenaje al ministro, simple auxiliar de la doctrina, que á Cristo, el fundador de la ley.

Creer en Dios, Trino y Uno, es una verdad fundamental de religión; por consiguiente, quien incurra en la negación de este precepto, deja de ser católico. Pero negar la participación directa del clero en las cosas de política, no creo que se oponga á ningún principio religioso.

¿Existe algún precepto católico que ponga el gobierno civil en manos de un clérigo? El verdadero católico cree que no existe este mandato en los Sagrados Textos ni en los Concilios de la Iglesia: antes, todo lo contrario, Dios mandó que sus Apóstoles se separaran de las cosas de la tierra, porque dijo que *su reino no era de este mundo. Yo he venido á reinar sobre las almas, no sobre las cosas terrenales.* Por esto mismo se llamó Rey de reyes.

Con lo dicho, se ve que ningún católico participa de la idea de que los clérigos, abandonando sus deberes, se dediquen á explotar los gobiernos. El sacerdote participa, en cierto modo directo, de lo divino; por lo tanto, debe procurar imitar al Mártir del Gólgota, dejando las cosas de este mundo. Mientras más retirado esté el clero de las inmundicias y embustes de los hombres, más próximo se podrá encontrar del cumplimiento del deber. Si es superior al ángel, tiene que probarlo con sus acciones.

Ahora, los católicos jamás niegan la sublimidad del eclesiástico y la nobleza de su misión, como enviado del que fué el Enviado por excelencia; niegan, sí, que, dada la grandeza de su ministerio, se mezcle

tan á lo vivo con la materia, pretendiendo mando y dominio, y aspirando más á las cosas del gobierno que á las cosas espirituales.

¿Se falta, en esto, á la esencia del dogma? Se necesita ser más papista que el Papa para afirmar tan colosal absurdo. No sólo no hay falta, sino que los católicos están en el deber de procurar el estricto cumplimiento de la ley cristiana, para evitar adulteraciones del Texto y los múltiples abusos de muchos reverendos sin vocación. De lo que resulta que los católicos se horrorizan ante los delitos cometidos por las cabezas ungidas, mientras que los clericales los ocultan.

¿Existe algún precepto que mande tolerancia para la delincuencia? Creo que no; pero si lo hubiese, dejaría yo de pertenecer al credo católico, á cuya sombra me honro en solazarme.

Además, los católicos aceptan las leyes constituídas, y desean que también las acaten los sacerdotes; porque nuestra misión es de paz y no de oposiciones. Hacer del credo religioso una arma de partidos políticos, es desconocer la dignidad y grandeza del principio. El error más craso de los antepasados fué la confusión que hicieron del deber civil con el deber religioso de conciencia, mostrándose profundamente intolerantes en materias políticas.

En resumen: el católico, no afectando á la esencia del credo religioso, acepta todas las leyes y todos los gobiernos; porque el hombre está obligado á obedecer al mandato civil por disposición divina.

III

Los clericales pretenden probar que el gobierno constituído actualmente no es legítimo, y, acatándolo los católicos como tal, ellos niegan su soberanía sobre el pueblo. De esta negativa proviene el que se crean víctimas de las supuestas leyes arbitrarias.

No sé en qué puedan fundar esas afirmaciones; pero que ellas existen, es un hecho.

Realmente, sólo los clericales hacen política de oposición; pues los católicos nos conformamos con aceptar la imposición de las leyes legítimamente dictadas. Ellos alegan arbitrariedad en el espíritu de la ley, rechazando, por ende, la Constitución, porque la han calificado de una ley atentatoria. Sin embargo, ellos mismos fueron la causa de esas leyes que, indignados, rechazaron; porque su afán de imponerse al pueblo, de mandar y tener fueros y privilegios, originó la Constitución de 57 y las reformas posteriores.

Según los principios de la Reforma, la Iglesia y el Estado quedaron en completa separación; las comunidades religiosas fuera de los claustros; prohibidas las reuniones secretas con carácter de política; las manifestaciones externas del culto, como procesiones en las calles, etc.; los ascensos al gobierno de las personas tonsuradas, y se estableció la tolerancia religiosa y la adjudicación de los bienes eclesiásticos.

Estas disposiciones fueron la consecuencia de la conducta clerical, que cometió tantos horrores. Aceptadas por el pueblo, como la misión del clero es de paz, tenía que acatarlas. Mas, desgraciadamente, no fué así. Creyendo los clericales lastimados sus derechos, comenzaron las infracciones y las intrigas, porque no pueden vivir conformes con su suerte y alejados de la cosa pública: les hace falta el poder, para ostentar títulos de legítima grandeza.

Una conducta semejante, era natural que produjera discordancias entre los miembros de la misma comunión, surgiendo la división de católicos y clericales. Las leyes no lastiman los intereses de los primeros, sino de los segundos.

Nadie podía vivir bajo la férula del clero, porque, dueño de todo el país, el progreso tenía que estar estancado. Las fabulosas riquezas se empleaban en las operaciones de segura utilidad, aunque corta: el préstamo. Sólo esa inversión podía darle á sus fondos, dadas sus ideas sobre las leyes de la evolución, que, según él, pugnaban con el dogma; siendo que el dogma no podría oponerse á ningún progreso humano, porque no se opone á una cosa lo que está sobre la cosa. Presentes tan descabellados principios, la instrucción clerical y todo andaba limitado de pulsaciones.

La conservación era su principal adelanto, porque hay que conservar las herencias de nuestros padres. Olvidaban los clericales el que el progreso es enemigo de las herencias en materias de evolución.

Apegados á sus antiguas máximas, no se preocu-

paban por nada. De ahí provinieron las leyes que ahora ellos impugnan.

1.—La separación de la Iglesia y el Estado será un golpe para las maquinaciones de los clericales, pero no afecta á la esencia del dogma, ni se opone á ninguna ley eclesiástica conocida.

La ley cristiana no se predicó con el derramamiento de sangre, sino mediante la predicación; los Apóstoles infundían sus convicciones sin apelar á la fuerza viva. Si entonces, cuando era más preciso, no se empleó la fuerza, ¿por qué ahora quieren que se emplee? Al pretender establecer la unión de la Iglesia y el Estado, se quiere tener un elemento de fuerza contra la tolerancia, como se hizo cuando existía el vínculo directo. Y, siendo necesaria la tolerancia para el engrandecimiento de la misma religión, tenía que declararse la separación legal entre el Estado y la Iglesia.

No oponiéndose á ningún dogma, creo que la separación favorece más á la Iglesia, porque todos los tormentos infringidos en nombre de la Religión Católica, han cesado, y se hace más dulce y accesible la doctrina predicada.

2.—Las comunidades religiosas, olvidando los tres votos hechos, se habían entregado á toda clase de desórdenes en sus respectivos conventos. En el seno de las comunidades había cosas que asombraban; á pesar de la existencia de algunos frailes buenos, había muchos díscolos. Puédese asegurar, sin embargo, que los monasterios en México llegaron á ser los absolutos dueños del pueblo y sus haciendas, reduciendo á los habitantes á la vil condición del tributario.

Del voto de pobreza hicieron un mito, pues todos eran ricos y poderosos; del voto de mansedumbre hicieron un escarnio, porque hasta luchas campales sostenían unos contra otros, por cosas baladíes, y siempre andaban á la greña con los prelados; del voto de castidad habían perdido toda memoria y muchos ni sabían lo que significaba la palabra.

Aquella gente comía bien, vivía mejor y jamás llegó á rezar con devoción un santo rosario, por andar envueltos en las intrigas políticas. De modo que la exclaustración se impuso, para evitar tantos desórdenes murados. Muchos religiosos ingresaban á las órdenes por asegurarse una brillante posición y tener servidores de sangre azul, viniendo á ser formidables enemigos de los obispos, pues cuidaban más una huerta de peras que las benditas reglas de Nuestro Padre San Francisco. A nadie obedecían; fuera de la jurisdicción de los prelados, hacían atrocidad y media. La ley reformada vino á prestar un gran servicio á la misma Iglesia con exclaustrar á tanto ciudadano flojo y turbulento.

3.—En las reuniones, á las cuales son muy afectos los clericales, siempre se trabaja en la sombra contra algún personaje del poder, tomando decisiones terribles en las cuales se exhortaba al pueblo al levantamiento. Nada más lógico que no dejarlos reunirse, y prohibir toda clase de asambleas políticas. ¿Cuántas veces las reuniones de los clericales, llevadas á cabo en el secreto más profundo, fueron causa de turbaciones y trastornos en el seno de la república?

Al que está acostumbrado á conspirar en el mis-

terio, no hay mejor remedio que prohibirle sus labores.

4.—Para que la tolerancia religiosa tuviese amplias garantías, había que proscribir la costumbre de las procesiones en las calles públicas, ó fuera de los templos. Esta medida era indispensable, tanto porque en tales procesiones se cometían muchos desórdenes, así como graves faltas á la Divinidad. También hay que confesar que los señores curas tuvieron que sufrir alguna merma en las entradas pecuniarias, pues hubo procesión que durase hasta ocho días; cobrando una peseta por rezar una salve, ¿á cuánto llegarían las colectas en los ocho días?

5.—Si los presbíteros quedaban con el derecho de poder ocupar empleos públicos, las reformas no serían posibles, ni la secularización del poder fuera fácil. Por lo mismo se estableció prohibición absoluta para los eclesiásticos en los ascensos al gobierno.

6.—Había que dejar á los ministros reducidos á su verdadero estado eclesiástico; pues, en medio de tantas vanalidades, habían casi despreciado su sagrada investitura y dedicádose á los asuntos de gobierno y de la mera especulación; de ahí se originó la amortización de los bienes del clero y la adjudicación de las propiedades de las órdenes religiosas.

El Estado no dió ya preferencia á religión alguna, así como tampoco pudo establecer distinciones de ningún género. Los individuos del gobierno quedaron con el derecho de profesar, como simples ciudadanos, la religión que más les pudiese convenir; no así como hombres públicos, encargados de hacer cumplir las leyes.

IV

Las disposiciones escandalizaron á los clericales, pues la caída tan repentina no les cuadró. Los católicos aceptaron las reformas, y muchos de ellos las aplaudieron con todas las veras y buena intención.

Con efecto, como católico, juzgo que toda ley constituída debe ser acatada por los ciudadanos; amén de parecerme buenas las Leyes de Reforma y de excelentes resultados en la práctica. Si es cierto que el obispo no contempla postradas á las multitudes, cuando pasa ataviado de pedrerías preciosas y de ricas alhajas, ni los curas de aldeas se consideran como dueños de vidas y propiedades, yo creo que ni el respeto á los prelados pide la bajeza, ni los curas, para ejercer su ministerio, necesitan una soberanía terrenal; unos y otros cumplen con sus obligaciones sin serviles homenajes ni rastreras ambiciones. ¿Cuándo el escarnio de la humanidad ha sido señal de respeto? ¿En qué parte se lee que los curas deben ser pescadores de poderío y riquezas?

A no ser según los cánones acomodaticios, yo no conozco disposición eclesiástica que prescriba el servilismo y la bajeza en demostración de afecto. Los obispos están en la obligación de ser modelos de virtud y humildad, para predicar con el ejemplo. Haciendo lo que predicaba, enseñó Jesucristo, sin tolerar que se ultrajara la dignidad humana. Eso de ver á los esclavos hacer zalemes, doblada la rodilla, inclinada la cabeza hasta besar la tierra, es propio de

los soberanos terrenales, mas no de los prelados, templos vivos del Espíritu Santo. Y los atavíos y la grandeza nunca fueron el patrimonio del Predicador de Galilea. Entonces ¿por qué se quiere adulterar el Evangelio? Predicáis contra las riquezas, el poderío y la esclavitud, é incurrís en las ambiciones de poseer lo que prohibís.

Por quítame ahí esas pajas, los curas de los pueblos levantan una trifulca, porque no los dejan sacar procesiones, andar con sotana ni repicar las campanas. Quiero suponer—sin conceder—que esto es un abuso; pero si ese abuso está sancionado como ley, la oposición bruta no es la llamada á corregir los defectos; las leyes establecen la forma en que se hacen las peticiones de reforma.

Esto, por una parte; por la otra, con acatar esas disposiciones, ¿qué se pierde? ¿Queda afectada la esencia del culto? La ley no prohibe las manifestaciones externas del culto, y esto es lo que podría afectar la esencia del dogma. Cada quien puede rendir los homenajes que su piedad le dicte á la divinidad, pero para eso son los templos; las calles son vías de tránsito, y poco honor es para los creyentes hacer de las plazas lugares de oración, siendo que Dios reclama casa para su culto.

Sólo, pues, el espíritu de desobediencia en quienes esta virtud debiera sobresalir, hacen que los curas estén en pugna con las leyes del país. Pedid nuevas leyes; pero mientras rijan las actuales, aunque sean pésimas, todo ciudadano está en el deber de cumplir con lo que disponen.

Que no pueden prescindir los sacerdotes de los bie-

nes de la tierra, es cosa que se ve todos los días. Y, no obstante que los Sagrados Textos establecen que «nada bueno tiene que hacerse que aparezca malo,» convocan á asambleas, dizque para tratar asuntos de interés para el pueblo, y prohiben la entrada á los interesados. ¿Cómo se concibe esto? Estos misterios, naturalmente, infunden temores; porque Cristo enseñó su doctrina SOBRE LOS TECHOS Y Á LA LUZ DEL DÍA. Esta conducta, hipócrita y punible, hace que los liberales dirijan sus ataques á la colectividad, sin distinguir que tan sigilosos procedimientos no son de la aprobación de los católicos, sino obra exclusiva de los clericales.

En prueba de esto, ¿quién convocó al Congreso Católico de Puebla? ¿De qué trataron los congresistas? Aquella reunión fué hija de la inventiva clerical; al grado que un buen católico, pareciéndole abominable aquella reserva, dijo: «YO QUISIERA QUE LOS MUROS DE ESTE PALACIO FUESEN DE CRISTAL, PARA QUE TODOS SEPAN LO QUE ESTAMOS HACIENDO.»

Los católicos hubiésemos deseado que las cosas se hicieran según el espíritu de la religión, y no que, prohibiendo las sociedades secretas, los clericales procuran trabajar en la sombra. Este procedimiento obedece á que de todo tratan los clericales en sus reuniones, menos de hacer el bien á las clases populares. Del Congreso de Puebla se esperaban algunos establecimientos de beneficencia, ó la fundación de escuelas y colegios de sistemas modernos; pero todos nos engañamos: los congresistas resolvieron la manera de salvar las riquezas y medrar los unos

al lado de los otros, resultando, como cínico producto, UN BANCO.

Los liberales atacaron al Congreso de Puebla, como atentatorio á las leyes. Hicieron bien; porque los cobardes que se ocultan para predicar su fe..... *en el dinero*, no merecen otra cosa.

Una táctica tan desacertada, ha podido acarrear disgustos é implantar el desprestigio de una religión sublime, ideal. Con clérigos que sólo se preocupan por los bienes de la tierra y que no pueden dejar de inmiscuirse en cosas de política, no merece el elemento clerical ningunas prerrogativas.

Por supuesto que los clericales obran impelidos todos por el interés, por eso no pueden aceptar las benéficas leyes que nos rigen, porque los ponen á raya. Y lo peor es que todas sus instituciones favorecen á los que no necesitan protección: al elemento poderoso, que ostenta medallas en el pecho de Isabel la Católica. En tanto (y esto á pesar de que un prelado dijo que iba á empeñar hasta su pectoral para el caso, quedando la promesa en veremos, contada por los periódicos, que es lo que le gusta á ese obispo), el pueblo está lo mismo: no recibe ningunos beneficios del clero ni de sus congresos.

V

Ese es el elemento que maquina en política, procurando perturbar los ánimos. Hay que distinguir, no son los católicos; porque éstos conocen sus deberes y se adhieren á la ley. Protestan, cuando sus

creencias peligran, porque saben que esa es la manera de hacerse respetar y dar valor á sus derechos.

Los católicos de México son como los de Alemania: respetando sus principios religiosos, respetan asimismo las leyes del país. Con los clericales no acontece lo igual; porque, importándoles muy poco la ley, sólo procuran su propio interés.

Los católicos desean que en asuntos eclesiásticos pase lo mismo que en los civiles.

Las leyes de la república marcan la órbita en que deben girar los extranjeros, los deberes que tienen que llenar y los privilegios de que disfrutan. Ningún extranjero puede ocupar empleos del gobierno. Para que los obispos de México cumplan con su misión y liberten al país de tanto reverendo pernicioso, tienen que acordar no admitir á ningún sacerdote extranjero. Los eclesiásticos que proceden de fuera, sobre todo españoles y turcos, vienen con los deseos de acaparar riquezas á toda costa.

Los escándalos frecuentes habidos en las costas del país, reconocen por autores á los eclesiásticos extranjeros. Y esto es natural, pues lo que sale no puede ser bueno. Precisamente, los prelados de ultramar licencian á todo lo nocivo, despachándolo para México, como si aquí hubiera algún presidio de gente perdida.

Debido á tanto *pescador de fortuna,* los católicos mexicanos andamos de boca en boca. Con un canon que prohiba todo ejercicio eclesiástico á los reverendos aventureros, en breve tiempo se producirá un drenaje completo.

Los obispos, lo que han de hacer—aunque les pa-

rezca mal el consejo—es formar sacerdotes del país, disciplinarlos é ilustrarlos bien, procurando seleccionar, y no ordenar al primer capataz que se presente. Y con una generación distinguida, estaríamos mejor, habría más culto, y la fe sería ardiente en el pecho de los mexicanos.

Pero, ocupados los obispos en cuestiones que no les van ni les vienen; entregados á las intrigas de unos contra otros; dando entrada á todo en sus diócesis, á curas de conducta mundana, el desprestigio tiene que venir sobre ellos, tarde ó temprano. Corríjanse esos defectos, dedicándose al exclusivo cumplimiento del deber y acatando las leyes, y el respeto del sacerdote crece en el ánimo del pueblo.

Todo lo cual necesita más rigurosa disciplina en el clero, para que cesen tantas deficiencias; de lo contrario, no habría remedio posible.

Hoy por hoy, tantos eclesiásticos pervertidos, además de ser una mancha para la honorabilidad de la Religión Católica, causan muchos dolores de cabeza á los mismos obispos; males que acabarán de producir efectos, tan luego como se pongan remedios radicales.

Naturalmente que este modo de hablar no cuadrará con el sentir de los clericales, porque ellos no permiten que sean discutidos sus actos. Según ellos, son intangibles, no obstante cometer tantos desastres en un mundo tangible.

Tampoco es de asegurarse que entre los sacerdotes no haya personas cumplidas y humildes. Que entre el alto clero haya pocas, esto no quiere decir que en el bajo no existan muchos hombres buenos, con-

secuentes y virtuosos. Las grandes calamidades están en las altas capas sociales.

Resumiendo: los católicos están conformes con las leyes del país, y en política son porfiristas y anticientíficos.

Los clericales son cosa distinta de los católicos, porque han hecho del credo una profesión, con cuyos productos viven.

Los actos de los clericales no los pueden aceptar los católicos, si se desvían de las leyes eclesiásticas.

Los católicos no aceptan que los sacerdotes se inmiscuen en cuestiones políticas, y distinguen y discuten sus actos.

Todo católico acepta la alta misión del sacerdote, pero pide el duro castigo para los eclesiásticos criminales.

Las cuestiones religiosas deben mirar al alma, dejando las cosas temporales. Para el ministro del altar nunca faltará pan para que coma.

Admiten, pues, los verdaderos católicos la necesidad del sacerdocio, su origen divino, la nobleza del carácter; pero no podrán admitir ni hacer suyos los errores políticos en que haya incurrido.

Con tales principios, soy profundo católico, y sacrifiría todo por mi credo religioso. Pero también llevo como timbre glorioso el patriotismo; y, conociendo los grandes errores históricos de los clericales, rechazo la intervención de las personas consagradas al servicio divino en las cuestiones que competen al poder civil.

Los católicos forman, pues, el principio, y los clericales la excepción del principio religioso.

Miguel Solano Lacho

UNIV. OF M.

CAPITULO XXIII

LA PRENSA COMO FACTOR POLÍTICO.

I

HASE considerado á la prensa como un factor poderoso de civilización. El aserto tiene sus visos de verdad; porque, efectivamente, el periódico es el vehículo más seguro para la transmisión de toda idea buena y útil. Esto, si se trata de una prensa ilustrada y respetable; pero cuando la palanca del «cuarto poder,» como se ha dado en apellidar á la prensa, está en manos inhábiles y poco limpias, desde luego que, en vez de constituir un elemento de progreso, es una terrible amenaza para la prosperidad de la república; pues nada más pernicioso para la salubridad pública que las atarjeas mal construídas.

La prensa, si cumple con decoro su cometido, es el libro pequeño y diario que llega á nutrir toda clase de cerebros y los educa, haciéndolos aptos para los ejercicios de la pública moralidad; mas corrompe y relaja las costumbres, cuando ignora el papel que ha de desempeñar en las sociedades modernas.

Ejerce el periódico una influencia decisiva en el ánimo popular, ya sea que describa en sus columnas cuadros trágicos de la vida íntima, ya sea que trate asuntos de más elevado interés. En uno y otro caso, deja huella indeleble en la mente del pueblo, y, según sea la índole del cuotidiano lector, lo impulsa al crimen ó al perfecto ejercicio de la virtud. La responsabilidad que de esto nace—del periodista para sus lectores—es grande, porque, teniendo el periódico bajo su jurisdicción una colectividad numerosa, está en la obligación de ilustrarla, como lo estuviera un maestro de escuela respecto de sus educandos.

Según la época y los tiempos, la influencia de la prensa en la sociedad, ha sido determinada por los efectos del mayor ó menor desarrollo intelectual del individuo y de los grandes ó pequeños alcances de la evolución social. El rápido desarrollo de la prensa moderna hubiera sido una paradoja en los pueblos de atrasados períodos de tiempo, porque, sumidos los sujetos de pasadas épocas en un paréntesis de *statu quo*, y desconociendo la fuerza de la ley evolutiva, sería difícil para ellos la creencia de un estado mejor y más próspero. Vistas las cosas al contrario, los actuales pobladores de los países civilizados, retrocediendo á los tiempos idos, no conciben cómo pudo ser aquel estancamiento de los mayores, ni las causas que hubiesen producido los deseos de la no-evolución en el ánimo hasta de pensadores más ó menos acreditados de hombres sabios.

Estando en un período de verdadero avance moral y material, las cosas han ido cambiando lenta y

paulatinamente, hasta llegar al momento histórico actual. Durante la evolución, todo ha tenido que sufrir los rigores del cambio más ó menos sensible; es lógico que en ello haya participado más la parte intelectual, guiada por las impresiones del pensamiento. De ahí provino el empuje de la prensa. Creo que, cincuenta años atrás, ni quien pensara en la invención de las máquinas linotípicas, ni era posible que se imaginara una prensa que imprima á diversos colores y tire cien mil ejemplares por hora, siendo alimentada por la fuerza eléctrica.

Es que el destino intelectual marcha á la par de las perturbaciones ó fijezas de la paz pública. No eran posibles la invención y los adelantos del pensamiento en países conturbados por las incesantes guerras. Estalladas las revoluciones, el pensamiento suspendía temporalmente el ejercicio de sus inventivas. Por aquel entonces, los conflictos eran continuos y multiplicados, dejando en la imposibilidad á la mente para arrancar los secretos de la ciencia, ó hacer que surjan las maravillas del seno de la naturaleza. Convencidos los países de lo funesto de la labor destructiva, procuraron la estabilidad de la paz, relegando á los casos forzosos la guerra. Y cuando esto llegó al terreno práctico, el talento humano recobró sus fueros dormidos, y pudo dedicarse á las obras de la invención, sin temor de suspender sus científicas labores por las repentinas y bruscas perturbaciones interiores de las naciones hambrientas de conquistas y sedientas de mando y fuerza.

La prensa, á la que se dió poca importancia entonces, puso los cimientos de su nuevo desarrollo;

estableció las bases de un nuevo derrotero, y entró de lleno en un camino de amplios horizontes.

Corriendo los tiempos, hemos podido contemplar al periodismo formar parte poderosa en los gobiernos, sobre todo constitucionales. A esta participación tan directa se debe el agregado del *cuarto poder*. Porque la prensa, cumpliendo con su misión, ayuda al gobierno en sus faenas. Ella aplaude las virtudes cívicas; publica los diversos inventos de los ciudadanos; da á conocer los adelantos operados en el mundo; denuncia los delitos y ataca á los criminales, impugnando los vicios.

Tal es su misión. En vista de ella, se considera á la prensa como la más apropiada para inculcar las virtudes en el pueblo y enseñarle sus deberes; pues el periódico, por la comodidad del precio y otras particularidades, puede llegar á todas las manos.

Con esto, los gobiernos íntegros y amantes de su pueblo, procuran la protección de la prensa y garantizan su libertad completa, á fin de que no tenga coacciones de ningún género. Con leyes protectoras, la emisión del pensamiento escrito puede lograr su objeto más fácilmente.

Muchas veces los gobernantes, para ponerse á salvo de los cargos de la prensa, ellos mismos fundan y sostienen periódicos con los fondos del Tesoro, para que se constituyan en defensores de sus actos y sean los intérpretes entre ellos y el pueblo. Estos periódicos, según que se ocupen solamente de los actos oficiales, ó de los oficiales é intereses generales, se designan con los nombres de *periódicos oficiales* ó *periódicos semioficiales*.

Los primeros sólo tratan asuntos de gobierno, y los segundos, con el pretexto de independientes, logran entrar en la confianza del público, y lo inoculan con sus ideas, haciendo de él un devoto de la administración.

Fuera de estas dos clases de prensa, todos los demás periódicos, persiguiendo fines particulares, son órganos de determinados grupos políticos. Aunque algunos pretenden hacerse aparecer como gacetas de sociedades científicas, en el fondo llevan fines de política.

II

En México pasa lo que en todas partes: la prensa, á la sombra de la paz, ha podido tener seguro desarrollo. Los elementos, que antes no se preocupaban por la lectura de un periódico, ahora no podrían vivir sin leer periódicos.

El progreso en este sentido, puede considerarse como asombroso; porque, disponiendo de grandiosas maquinarias modernas, los periódicos se han multiplicado.

No podemos desconocer tampoco el influjo que ha tenido la prensa en las bajas clases sociales, para quienes el periódico es un elemento ya de primera necesidad: alimentan el espíritu, del mismo modo que recibe alimentos el cuerpo. Ese pasto se los suministra la prensa.

Al principio de nuestro actual período histórico, no era tan fácil la consecución de la propaganda periódica, debido á lo subido de los precios. Caro el

periódico, no era accesible á todas las fortunas. Pero, gracias á los adelantos en este sentido, la baratura se impuso y la circulación se multiplicó profusamente. El periódico que, vendido á seis centavos, lanzaba á la circulación diez mil ejemplares, ahora, con precio de un centavo, tira el producto de diez mil por seis. A esto se deben los progresos de la prensa. Con elementos poderosos, el periodismo mexicano ha podido multiplicar la producción y bajar las tarifas de precios.

En cambio del aumento en la circulación, la prensa del país dista mucho de llenar su papel en la civilización de la república. Los elementos obtenidos conforme á los últimos descubrimientos en la materia, no han podido influir en el mejoramiento moral del periodismo nacional. Para que cumpliera éste á satisfacción, era necesario de que dispusiera de mejores elementos intelectuales, de los que en lo absoluto carece.

Siendo el periodismo una de las profesiones más complicadas y difíciles, era de suponerse que se compusiera de un personal idóneo y apto. Téngase en cuenta que un periodista está en la exigencia de tratar toda clase de cuestiones, relacionadas con los actos sociales; y como éstos se extienden á todos los elementos y á todos los medios, dedúcese de aquí que sólo conociendo materias enciclopédicas se adquieren aptitudes suficientes para el caso.

Precisamente—en la mayoría de los ocasiones—los puntos de más difícil resolución son tratados por un periodista falto de ilustración y ciencia; porque en México el periodismo lo ejercen personas poco cul-

tas y, á veces, nada escrupulosas en achaques de deberes sociales. Mientras el respetable gremio de los periodistas esté invadido por gente inhábil y torpe, las consecuencias tienen que hacerse sentir de un modo desfavorable sobre ideas y principios.

A fin de que no se crea que guía mi pluma algún interés bastardo, regístrese la prensa diaria de la capital, y se verá confirmado lo que llevo dicho.

Fijaré hechos.

Surgió la cuestión de la plata, y como asunto de palpitante interés, todos los periódicos emitieron opiniones en sendos artículos. Lo más raro del caso es que ninguno conocía el punto á discusion; artículos iban, artículos venían, y la resolución distaba mucho de despuntar. No sólo se hundió la prensa en un seguro naufragio, sino que arrastró tras de sí á todos los criterios serenos y sensatos; lo cual no era nada difícil, si se tiene presente que cada diario posee partidarios, de quienes aparece como capitán en jefe.

Un periódico, que blasona de serio, independiente y bien informado en toda clase de materias, y que se cree el mentor de las clases elevadas, se atrevió á afirmar que la plata adquiriría su verdadero valor, si el gobierno mandaba que se estableciera un tranvía eléctrico desde sus oficinas hasta la casa del director, á fin de tener todas las comodidades y no se le enfriara la inspiración en el camino. No precisamente dijo que un tranvía de las oficinas á su casa; pero sí el remedio fuera seguro, con sólo poner una línea férrea de la capital al puerto de Acapulco.

Ignoro por completo la relación que existe entre una vía ferrocarrilera á Acapulco y la fluctuación del

cambio, á no ser la absoluta falta de conocimientos económicos del que se atreve á asentar tales dislates.

Ese mismo periódico, tratando la cuestión de los empréstitos, dijo también que los gobiernos no debían contraer deudas de ningún género; pues, para llevar á cabo mejoras materiales que redunden en beneficio del país, ahí estaban las reservas del Tesoro, de las cuales se podían aprovechar cantidades para el objeto deseado.

Tanto lo primero como lo segundo, son productos de una ignorancia supina en cuestiones económicas. Porque la fluctuación de los cambios reconoce causas complexas y de un orden netamente abstracto, y las reservas del Tesoro no son para beneficiar á una generación, dejándole gravámenes á otra. Con haber estudiado un poco, de seguro que se hubiera ahorrado la sangrienta burla hecha á las ciencias económicas.

Y si digo que ese periódico funge como un oráculo, está dicho todo lo demás. Sin embargo, raras veces tiene conciencia de lo que publica; sus artículos, llenos de frases ampulosas, aplicadas lo mismo á un inodoro que á una exposición amorosa, son hijos de cerebros algo tupidos y esclavos de la frase; pero nunca aptos para despejar incógnitas, deslindar problemas y buscar soluciones ciertas á las palpitantes cuestiones sociales y filosóficas. Háse creído que con llenar columnas, están los negocios arreglados; resultando de esto que la redacción es el albergue de los «lisiados intelectuales,» incapaces de ser los directores de la opinión.

Para la ciencia económica se necesitan aptitudes especiales y dotes supremas y prácticas.

Lo mismo que ese eminente órgano de la opinión de sus autores, pasa con los del bando opuesto. Toman una cuestión y nunca la resuelven. ¿Por qué? Por la sencilla razón de no conocer á fondo los asuntos que tratan, ni saber cuál ciencia es indispensable para llenar sus deberes. Gente inútil en la lucha por la vida, se ha creído encontrar un pan seguro para llenar las necesidades de un estómago hambriento, al afiliarse en un periódico.

Todo esto parecerá una exageración, pero es lo cierto. La prensa de la república no conoce el nobilísimo papel que tiene que desempeñar en las sociedades modernas.

III

Y los que son aptos para el caso, guiados por ambiciones personales, en todos sus escritos esgrimen el sofisma como arma de combate. Ellos fundan periódicos con el despecho: caídos de algún empleo, ó viendo rechazadas sus continuas solicitudes, procuran la venganza, atacando á tal ó cual funcionario público. Con esto, sean buenas ó malas sus gestiones, ellos las encuentran detestables, calificándolas con el crisol del amor propio vencido.

Esta clase de periodismo es peligrosa, porque nunca habla por convicción, sino por conveniencia personal. Presente esta circunstancia, el periódico ensalza á quien ayer atacaba, si éste cede al fin de la jornada. Dinero se buscaba, obteniendo el dinero,

el periodista tiene que adherirse á su donante, antes enemigo.

Estoy por asegurar que á ese gremio corresponden muchos periódicos; dando por resultado que la opinión de la prensa jamás puede ser independiente. Es cierto que muchos diarios se adjudican el título de tal; pero ese nombre sólo está impreso. Un periódico, por ejemplo, independiente, fundado para la oposición al gobierno, ¿cómo es posible que pueda serlo, si varios gobernadores contribuyen, aunque sea con tomar subscripciones, á su sostenimiento? A un gobernador que SE LE HACEN TOMAR DIEZ Y OCHO SUBSCRIPCIONES, no se le puede atacar la impunidad de sus actos, porque podría reclamar el trámite.

Y el periódico que tal cosa hace, no puede ser independiente.

Los gobernantes están en posesión de tan preciosos datos: cuando ven de cerca la importancia moral de un diario, mandan á llamar al redactor viajero (anunciado de antemano y dado á conocer), y después de pasearlo por sus dominios, «lo ponen» al corriente con algunos centenares de pesos. La cantidad no se dice, porque ella depende de circunstancias especiales.

Y ese periódico, que va de puerta en puerta y esperando que el castillo se rinda, ¿podrá ser independiente? No. Defenderá ó atacará, según las fluctuaciones de las entradas. (Aquí sí que los periodistas conocen la economía).

Si á su tenebroso paso dan con un gobernante probo y honrado, lo descuartizan, poniéndolo de oro

y azul, teniendo que perseguirlos la ley por calumniadores, aunque pongan el grito en el cielo. Eso sí, cuando tal cosa sucede, se quejan de falta de garantías, atropellos á la libertad de imprenta é infracciones á la Constitución. Pues al periodismo de hoy, si no se le deja zaherir y desgarrar reputaciones, clama á las leyes, y desconoce esas mismas leyes en lo tocante al derecho ajeno.

Por esta circunstancia surgen tantos periódicos, que mueren al poco tiempo de fundados.

Ahora, los órganos del gobierno pecan por el extremo contrario, porque su misión es defender á todo trance. Y estando en manos idénticas á los primeros, aunque ellos blasonen de sabios, desconocen las materias que tocan.

Que se consagren á la defensa del gobierno que los sostiene, en hora buena, para eso están bien dotados. Pero también están en el deber de ilustrar al pueblo, y no valerse de la posición oficial para atacar á determinados personajes, impulsados por resentimiento personal, como ha pasado últimamente.

IV

No puedo negar la intervención directa de la prensa en la política del país; pero también tengo que confesar ingenuamente que, desconociendo su papel, su influjo es inútil y peligroso.

Es muy conveniente que cada grupo político tenga su órgano, pero también lo es que ese órgano debe llenar su cometido; de lo contrario, es perjuro.

¿Cómo es posible que tantos ignorantes y mercenarios sean capaces de dirigir las clases sociales?

En el actual momento histórico, han manifestado sus tendencias las publicaciones periódicas, alardeando de un cinismo inaudito. No quiero yo que se inclinen á uno ú otro partido de los conocidos, pero si el público, que los lee y sostiene, está en el deber de exigir veracidad en la narración.

Ofuscados clericales, conservadores y liberales, por los científicos, ya no investigan sobre los actos del partido contrario; publican sendos artículos venenosos en contra del general Reyes, y laudatarios para el Partido Científico.

Los clericales atacan, porque creen encontrar un terrible enemigo si sube Reyes al poder, dadas las ideas liberales de este militar, los conservadores obedecen al pacto establecido entre ellos y los científicos, pacto que se llevó á cabo mediante la intervención de un yucateco, literato y diputado al Congreso, quien funge de intermediario entre la prensa conservadora y el Partido Científico; y los liberales (periodistas se entiende) obedecen á fines siniestros, porque tienen compromisos contraídos con los enemigos políticos del general Reyes. Motivos fueron todos esos para que en los últimos sucesos de Monterrey toda la prensa de la capital se pusiera en contra del gobernador de Nuevo León. A un periódico católico (el que se entiende con el literato yucateco) se le ofrecieron gastos de viaje, para que mandara á uno de sus redactores á tomar datos en el teatro de los hechos, á fin de que, en vista de lo realmente acontecido, hablara. El órgano cristiano se negó á

ello y siguió atacando sin tener fundamento. ¿A qué obedecía tan punible conducta? ..... Pareció que, con el ofrecimiento, se le acrecieron los bríos y la campaña hostil, injustificada, llegó al colmo. Segunda á ese «importante diario» le hicieron los periódicos semi-oficiales, sostenidos para la defensa de los elementos del gobierno, impulsados por el odio personal, como si la posición oficial fuera ocasión propicia para vengar rencillas personales.

Durante más de seis meses, los órganos periódicos hicieron su agosto, en defensa del partido de los dineros. Si su conducta tuviera por único objeto la verdad, todo hombre público está bajo el dominio de la opinión pública, porque sus actos son de la jurisdicción de todos. Pero ellos perseguían fines depravados: querían el desprestigio completo del gobernante. Y, en su afán, se olvidaron de que una guerra sostenida en contra de un ciudadano por tanto tiempo, era capaz de inmortalizarlo.

Ellos dirigían sus ataques buscando su propio interés, y hé aquí que se constituyeron en pregoneros del que deseaban hundir en el profundo sepulcro del olvido.

Ahora, decidme; ¿será provechoso el influjo de una prensa escasa de conocimientos y llena de pasiones? Con elementos de esa índole, no se podrán conseguir los nobles fines á que debe aspirar la prensa del mundo en la civilización moderna.

Tampoco deseo que se conviertan los periódicos en órganos de personajes con cuyo credo no comulgan. Esta razón no la pueden alegar, pues se ha visto que el personal del periodismo no es lo que

debiera; por consiguiente, creo que, así como son incapaces de resolver un problema económico, lo son también para las cuestiones de la política, de por sí embrolladas y difíciles.

Con lo expuesto, se comprende que si la prensa no se purifica y selecciona su personal, tiene que ser sospechosa su conducta. Un drenaje absoluto, dará los resultados deseados, y las opiniones que se emitan entonces respecto de asuntos políticos, son de tenerse en cuenta, porque serían hijas del estudio sesudo.

Llevada á cabo esa mejora, que restituirá á la prensa á sus justos fueros, no habría periódico científico en el país que sostenga á ese partido de organización anémica y enclenque, compuesto de personas, aunque apreciables como caballeros, peligrosas como políticas.

Por hoy, declaro francamente que el elemento de la prensa es deficiente. Algunos alegan dificultades pecuniarias para la mejoría, pues todo lo bueno cuesta caro. Esta es una gran verdad.

Veo todos los tropiezos, pero las grandes empresas son para los grandes espíritus; y la prensa es la gran obra de la civilización moderna, y requiere, por lo mismo, los esfuerzos y las energías de los luchadores de razón, peso y verdad.

CAPITULO XXIV.

NECESIDAD DE LA FORMACIÓN DE UN PARTIDO NACIONAL.—PERSONAS QUE PODRÍAN DIRIGIRLO.

I

LA principal cuestión que á todos preocupa en los países civilizados, es la acertada elección de su jefe de Estado. En las monarquías, esto no se hace tan difícil como en los Estados regidos por instituciones republicanas, democráticas, representativas y populares; por la sencilla razón de que, en los países monárquicos, el poder se transfiere por derechos de herencia. Cuando un jefe pasa á ultratumba, no es aventurado esperar el ascenso de uno que ya de antemano posee los conocimientos necesarios para empuñar las riendas del gobierno; conocedores del futuro monarca,—como que tiene que recaer el poder precisamente en un sucesor conocido,—lo preparan para el ascenso: la corona se dedica á ilustrar al que tiene que subir al gobierno. Resultando de aquí que, muerto el príncipe reinante, no es remoto que le suceda uno apto para desempeñar á sa-

tisfacción del pueblo el puesto que queda vacante. Bien formado, educado perfectamente en los principios de la difícil ciencia del gobierno, puede estar diestro en el manejo del timón, si las dotes intelectuales lo ayudan y lleva buena voluntad para hacer feliz á su pueblo.

No sucede otro tanto en las repúblicas. Estas nunca pueden preparar é ilustrar á sus jefes de Estado, por no preconocerlos, según ya lo he manifestado en otro lugar. La elección la hace el pueblo, y suele recaer en la persona que juzga apta para el caso. Por lo mismo que el poder va renovándose periódicamente, es muy difícil prever en quién pueda recaer la unánime aprobación popular, y, desconociendo al futuro mandatario, no sería tampoco tan fácil prepararlo para el puesto de la confianza del pueblo.

En la democracia ¡bendita sea! cada ciudadano es dueño de sí mismo y puede cambiar los destinos de un país. En los sistemas democráticos, un solo voto basta para que un personaje no salga electo. Casos de esos, en las repúblicas bien constituídas, se multiplican; máxime si la elección se lleva á cabo conforme á las leyes del sufragio libre en primer grado, en las que es directa la votación y recae inmediatamente sobre la persona electa. En las votaciones del sufragio en segundo grado, que es la que aquí se emplea, aunque el pueblo interviene en las elecciones presidenciales, su intervención es mediata; porque el pueblo señala representante para que vote en su nombre á la persona que, á su juicio, merece la confianza popular.

Es incuestionable que el sufragio en primer grado

es esencialmente democrático, y éste es el que constituye la república perfecta. Pero una forma de elecciones de esta índole, es para los pueblos altamente civilizados y que conocen cuáles son sus derechos y las obligaciones que tienen; y como éstos no existen en el mundo, dedúcese que el sufragio libre en primer grado, por hoy, no es aplicable á ningún país de los conocidos. Tanto en las monarquías constitucionales como en las modernas repúblicas, se usa la votación electoral en segundo grado, ó primer grado indirecta, que es lo mismo; pues, siendo indirecta, deja de ser en primer grado. Para esta forma es necesaria la intervención directa del pueblo en las elecciones, no la de la persona directora, y que de antemano se impone á la voluntad popular y señala á la persona que debe ser electa.

Es cierto que la Carta Fundamental, en su artículo 76, dispone que las elecciones presidenciales sean en primer grado, esta disposición constitucional, ni se lleva á la práctica, ni sería posible llevarla. El mandato es profundamente democrático, pero no es á propósito para un pueblo que tiene algo más que un 50 por 100 que no sabe ni leer. Y suponiendo que tuviera un 75 por 100 que supiera leer, de ese 75 hay que deducir un 30 por 100 que son capaces de conocer sus obligaciones constitucionales, y el resto (45 por 100 de los 75 del número supuesto que saben leer) desconoce por completo el principio fundamental para la elección de los poderes en una república democrática, representativa y popular.

Con lo expuesto, se ve que la elección presidencial en primer grado, no es posible. Atendiendo á esto,

convendría la reforma del artículo 76, en el sentido de que las elecciones presidenciales se hagan con votación en segundo grado, que es á lo que equivale la indirecta en primer grado.

Aunque la república la constituyan, por igual, los tres poderes (legislativo, ejecutivo y judicial), entre nosotros la elección del Presidente es de una importancia suma, porque de veinte años á esta parte su influencia ha sido decisiva en la cosa pública, y á él háse debido la prosperidad. Esto es natural, porque el Presidente es el supremo jefe del país, y de él dependen todos los asuntos administrativos. Y, alargándome un poco más, en el Presidente se reconcentran los tres poderes, pues él tiene que vigilar por la idoneidad y honradez de los demás funcionarios, presentando á las Cámaras las iniciativas de ley que redunden en provecho de la nación. Debido á esta influencia poderosa del poder ejecutivo, hemos podido colocarnos á la altura que tanto prestigio nos ha conquistado en los cuatro lustros corridos de la actual administración del general Díaz.

Algunos habrán tachado y criticado de anticonstitucional un procedimiento semejante, porque el poder ejecutivo ha impuesto su omnímoda voluntad en los destinos nacionales. Precisamente, á la voluntad impuesta del Presidente se deben todos los adelantos que palpamos.

Realmente, los beneficios de la independencia no se pudieron palpar hasta el ascenso y la estabilidad del actual orden de cosas. Y ¿qué importa que el Presidente se imponga, si todo marcha en ascendente prosperidad? Lo que el país pide y reclama, es el

progreso; en obteniendo sus deseos y viendo llenas sus ambiciones, ¿qué más da que el poder ejecutivo se inmiscue en todos los asuntos públicos? Además, tocante á la imposición de la voluntad del Presidente, se ha exagerado mucho. Los enemigos de la administración actual ven infracciones constitucionales en donde no existen. Un timbre de gloria es para el general Díaz el haberse impuesto á un pueblo belicoso y temible, respetando la ley. Y por más que los descontentos, rencorosos por la derrota, lo desconozcan, el Presidente Díaz sólo se ha extralimitado en bien del mismo pueblo que gobierna: imponiendo su mando, impuso el cumplimiento de la ley.

Por esta circunstancia es indispensable un gobierno militar en México, aunque los científicos pidan uno civil. A no ser por una voluntad de hierro, que el mismo Napoleón admiraría, las revueltas intestinas hubieran seguido su curso y jamás la paz habría instalado sus tiendas entre nosotros. Gracias á los esfuerzos militares y á un talento hábilmente reformista, el general Presidente pudo transformar la república.

Nosotros necesitamos un gran militar y un estadista para Presidente; porque sólo un hombre que reuna ambas condiciones es capaz de continuar la era de prosperidad.

II

Puédese asegurar que los países monárquicos constitucionales son—con mucho—más fáciles de gobernar que los latino-americanos. En Europa, por ejem-

plo, donde la civilización está en su apogeo, el pueblo es más accesible á la conformidad con sus monarcas. ¿Qué es lo que contribuye á ello? Difícilmente se podrá dar una contestación pronta y sin estudio. ¿Será que un monarca allá es un mueble de lujo, dispuesto siempre á firmar lo que su ministerio le presente? Tal vez no sea esta la razón, porque hay reyes que también se saben imponer, haciendo valer sus derechos del real mando. Y del choque de los ministros con el soberano surgen las crisis de los gabinetes europeos, de las cuales se cuentan muchas; si no es el ministerio español, inglés ó austriaco, el fracaso surge en el gabinete alemán, holandés, ruso ó belga. La cuestión es que las dimisiones están á la orden del día, y á veces quedan acéfalos los ministerios, después de haberse repartido los señores ministros los consiguientes puñetazos, llevándose algunas cicatrices en lugar visible.

Dadas nuestras instituciones, aquí nunca hemos podido presenciar un escándalo de gobierno igual á los que se ven en el viejo mundo. ¿A qué obedece tanta disciplina? Desde luego que á la fuerza viva que domina los ímpetus del país. Impuesta la voluntad del Presidente, él que sabe bien lo que cuestan las discordias, todos marchan á raya. Que si no fuera esta particularidad, los científicos, con oradores civiles como Bulnes, por quítame ahí esas pajas, levantan la de San Quintín.

Y ahí está el motivo de que los gobiernos civiles en México no producirían buenos resultados todavía. Con un gobierno civil, volveríamos á las guerras intestinas y el progreso se hundiría de nueva cuenta.

Increíble parece, pero es la verdad: siendo el elemento civil director de las inteligencias, á propósito para fomentar los temperamentos pacíficos, en México sucede todo lo contrario: el elemento civil es más fogoso y con tendencias á las revueltas. Esto obedece á que como nunca los científicos han podido esgrimir un fusil, llevan incubada en la sangre la rebeldía y el espíritu bélico. Los militares, por lo mismo que saben cuáles son las legítimas consecuencias de una guerra, procuran esquivar al pueblo de llegar á ella, para evitar los funestos resultados.

Lo asegurado por los científicos en la Convención Nacional Liberal, á más de ser una grave ofensa para los militares, es una bravata sin tono ni tino, que puso en el ridículo más completo á sus autores. Si los científicos supiesen manejar un rifle; si hubieran estado en alguna batalla; si tuvieran tanto valor en la guerra como para pronunciar discursos agresivos, desde luego que optarían por los gobiernos militares. Pero, enemigos de don Bernardo Reyes, militar candidato á la Presidencia, no tuvieron más argumento, que sentar la incapacidad del elemento militar para gobernar; y, con el afán de impulsar el odio hacia el general Reyes, extendieron sus ofensas al mismo general Díaz, quien se habrá reído de buena gana en frente del orador desenfrenado é imprudente.

Encaramados los científicos en el pináculo de su grandeza, contemplaron muy pequeños á los militares que, en más de una batalla, han sabido probar que México existe porque ellos lo han bautizado con

su sangre. En las diversos luchas internacionales no han sido los científicos los salvadores del país: fué el ejército, esa poderosa palanca de las fuerzas vivas, que juró defender la bandera, dejando muertos á sus miembros al pie de ella. A través de tantos conflictos reñidos, aun se oye la voz de guerra y venganza, lanzada por tanto militar valeroso, de cuyo sepulcro sale una protesta contra los científicos. El monte de las Cruces, Churubusco, la Carbonera, Cuautla, el Cerro de las Campanas y Puebla, rezan las grandezas del ejército mexicano. Y, en vista de tantas proezas, ¿qué vale el despecho de los científicos, lastimando al elemento militar?

Pero todos los actos del Partido Científico tienen su razón de ser: esgrimen las armas que creen de legítima defensa. Valiéndose de las prescripciones constitucionales, preparan los caminos para poner en el poder á la persona de su confianza. Hasta hoy, á no ser el general Díaz, no tienen otro enemigo de sus pretensiones, que no sea don Bernardo Reyes. La opinión ha señalado á dos candidatos para regir los destinos del país: á Limantour y á Reyes.

El devoto de los científicos es Limantour, cuya incapacidad constitucional está probada; de ahí que pugnan con el militarismo y dirigen duros ataques al ejército, porque el rival es un militar de los que tenemos muy pocos.

Están en pie ambos candidatos.

III

Con motivo de las disidencias, el país está pendiente, y no puede permanecer neutral en un negocio que tanto le interesa. Al par que todas las naciones republicanas, se interesa por la elección de su presidente.

Si tuviésemos la seguridad de que el hombre que ha hecho tantos bienes, es inmortal y nunca había de morir, por lo pronto la república estaría quieta; pues todos los mexicanos trabajarían constantemente por la reelección del general Díaz; pero una esperanza tan halagadora es de imposible existencia: nuestro Presidente, pasando á la lista de los héroes inmortales por sus grandes hechos, tendrá que sucumbir bajo el peso de la Parca impía, que tanto arrastra á los grandes como á los pequeños.

Lo más natural, presente la naturaleza misma de las cosas humanas, es suponer próxima la desaparición del eximio jefe de Estado, cuyas virtudes de todos son conocidas, y cuyo tacto administrativo lo pone en primer lugar entre los estadistas de todo el mundo; pues su fama de eminente gobernante á todas partes ha podido llegar, y deja huellas sublimes de tino y acierto. Y los mexicanos que de cerca contemplan su gigantesca figura, no quisieran que el general Díaz deje el poder, después de tantos años de próspera labor; quisieran tenerlo siempre como mandatario, porque aprecian en todo lo que valen sus excelentes dotes gubernativas.

Ya lo he dicho; siguiendo el curso ordinario, la vida tiene su fin, y de la muerte nadie ha podido decir: ¡me he salvado! La muerte es el seguro puerto de refugio para los humanos que han navegado en el mar de la existencia; es el linde de la vida, y, en llegando la hora que marca los destinos, no hay quien resista á sus impulsos.

Lo que nace, perece: este es el principio fundamental sobre que descansan todos los seres contingentes.

¿Dejará de estar comprendido en la ley general el actual Presidente? Por más que lo queramos, por más amor que le tengamos, el señor Díaz tendrá que pasar á otra vida, donde todas las virtudes tienen su recompensa y el hombre puede descansar de las arduas fatigas tenidas en este mundo. Aquí se trabaja y lucha, allá se recibe el premio; y para esto, es indispensable el tránsito.

Infiérese de aquí que, no teniendo persona, por ahora, con las dotes de heredero, cual pasa en Europa con las monarquías, la nación está en el deber de buscar sucesor para la Presidencia. Tal vez por esto los científicos se han anticipado en sus trabajos, á fin de preparar las luchas electorales y tener seguro el éxito en favor del señor Limantour.

La prensa, ocupándose en algo provechoso—alguna vez había de hacerlo—constantemente ha estado hablando sobre el particular. En esta vez, los periódicos han tenido razón. Presente la importancia que entraña la cuestión para toda la república, la atención pública se ha preocupado lo bastante en ese sentido; pues nadie quisiera que, mañana ó pa-

sado, faltando el general Díaz, se desatara la tea incendiaria, fomentada por tantas ambiciones, enfrenadas hoy por los temores del seguro fracaso y de las iras vengadoras del hombre de hierro, quien, así como pudo imponerse por sus justos méritos, sabrá reducir todo elemento disolvente á cenizas, y esto, aunque anden los científicos en las combinaciones. Ya sabemos todos que, en aras de la paz, el general Díaz, héroe de ella, sacrifica todo lo que considera que á su desarrollo se opone.

Y hará bien; el pueblo lo secundará, pues los mexicanos no querrán perder ya los beneficios de una era pacífica y próspera.

IV

Por las razones expuestas, ahora que el general Díaz, perteneciendo en cuerpo y alma á la nación, está en el poder, conviene preparar de una manera resuelta los caminos para el sucesor.

Hoy por hoy, por más que se diga, sólo dos personajes aparecen ante la opinión como posibles candidatos para la Presidencia. Y como no es tan fácil que ambos ocupen el puesto á un mismo tiempo, hay que fijarse en uno solo.

No serían pocas las dificultades que se presentaran para el caso, si previamente no se hace un estudio detenido de la capacidad y simpatías populares que adornan á cada uno. Los científicos, desde la tribuna y las columnas de todos los periódicos, han hecho el panegírico de su santo devoto; para ellos, el señor don José Ives Limantour es el más idóneo.

La opinión pública encuentra defectos graves en el candidato científico, aunque sus amigos—entre ellos conservadores y clericales—afirmen lo contrario. El aserto de sus partidarios nada pesaría aquí, porque un padre jamás está en la posibilidad de reconocer los vicios de su hijo, ni el hijo los deslices de su padre. En ese espejo hay que ver á los científicos: ellos son los hijos políticos del señor licenciado Limantour; por consiguiente, incapaces de reconocer los defectos que, como gobernante, llevaría á la Presidencia.

Largamente dejo discutida la personalidad del señor Limantour, como apta constitucionalmente para ocupar la Presidencia; por lo mismo, huelga insistir sobre el particular. El señor Limantour, aunque sea un Catón, no puede ser Presidente de la república, porque es extranjero.

Respecto del general Reyes, el país no ha podido emitir una opinión perfecta, porque la persecución de los científicos ha extorsionado un estudio sereno y detenido del gobernador de Nuevo León. Tal vez este personaje, dados los progresos que ha hecho en el Estado que gobierna, reuna dotes necesarias y bastantes para ser un buen Presidente. Los científicos, visto este antecedente, han redoblado sus esfuerzos para crearle una atmósfera adversa, pues temen que triunfe ante la opinión pública. Es por esto que ellos se han afanado en clubs, asambleas y academias: son los modernos fariseos que piden la muerte civil del general Reyes.

Desde que su nombre comenzó á figurar en la lista del pueblo, los científicos han pasado noches ente-

ras y eternas sin conciliar el sueño. Ya le achacan este delito, ya le levantan el otro falso; la cosa es que siempre pretenden apocar la gran figura del militar.

Todas las campañas de mala ley emprendidas por el Partido Científico en contra del gobernante de Nuevo León, han de ser infructuosas: ellos mismos se han suicidado. Si antes Reyes era odioso para el país entero, desde luego todos los mexicanos le han cobrado cariño y alta estimación, al verlo triunfar solo, sin defensores ni partidarios tribunicios.

V

Y como la lucha tiene que seguir, urge la presencia de un tercero en discordia. Digo que es indispensable la formación de un gran partido político, que alcance á todos los elementos nacionales, sin exceptuar ni uno solo. Para esto, el tercero que venga, tiene que adecuarse á las ideas de la mayoría, pensar como todos los mexicanos piensan. De lo contrario, difícilmente aparecerá un elemento vencedor, que se sobreponga á los ya existentes.

Naturalmente, el partido que con los elementos generales y unidos se forme, abrazará á todo lo sano y hará que todos los ciudadanos, de común acuerdo, elijan al gobernante que es capaz de dirigir los destinos nacionales.

Hasta hoy, muchos hombres de buena voluntad se han eximido de mezclarse en cuestiones políticas, sea porque no van de acuerdo con los partidos existentes, sea porque, sobreponiéndose los científicos

con su conducta subversiva, han hecho que lo que vale se retire del campo, guardando una expectación de examen minucioso.

El Partido Científico, con su aire de magisterio, pudo lastimar á las personas útiles; pues tal vez entre ellas se encuentra algún ciudadano adicto al reyismo, por circunstancias especiales. Pues—hay que decirlo—en el partido de Reyes se encuentran personajes de valer, que, enojados con el comportamiento de sus adversarios, están á la observación, resueltos á entrar en acción cuando las circunstancias lo pidan.

Sin embargo, los amigos del gobernador de Nuevo León son un elemento poderoso para un partido nacional, así como los adictos á don Joaquín Baranda.

Como el partido que se forme se ha de componer de las personas capaces y amantes del país, todos, en masa, gestionarán la continuación del general Díaz en el poder; reduciéndose á preparar el terreno, ilustrando al pueblo, en caso de que el caudillo del Dos de Abril renuncie el puesto, ó, por cualesquiera otras circunstancias, termine su misión. De ningún modo le conviene á la república, viviendo el actual Presidente, deshacerse de sus servicios; porque el pueblo se ha identificado con su gobernante probo, íntegro y hábil. La nación entera está obligada á conservar á quien supo darle paz y prosperidad, hasta recibir en sus brazos sus últimos suspiros, dando, con esto, un ejemplo de admirable justicia.

Siendo así, los porfiristas todos no tendrían inconveniente en adherirse al nuevo PARTIDO NACIONAL UNIONISTA, desde el momento que, en dulce consor

cio, se procura trabajar por su candidato, y, en su falta, por quien haga feliz á la república, librándola de la ignominiosa opresión de clases y de la esclavitud de las guerras.

De manera que con los hombres sin compromiso, los partidarios del general Díaz y los reyistas, la formación del PARTIDO NACIONAL UNIONISTA es de seguro éxito; ni es difícil que, siendo el caudillo la armonía completa entre los mexicanos, él mismo los impulse en su noble tarea y señale á quien sea capaz de sucederle.

Parecerán descabellados estos trabajos á las personas poco previsoras, y aun atrevidas las afirmaciones; pero llegará el momento en que se vean obligadas á darme la razón y aplaudan mi plan.

Encarrilados los destinos del país, lo que ahora urge es fijarse en el sujeto útil y de espíritu continuador; puesta la base, es forzoso proseguir sobre ella, sin desviarse. Es cierto que la labor del nuevo Presidente no es tan difícil como la del que tuvo que poner los cimientos; si no se le elige de un modo acertado, y consultando á los que saben, puede fijarse la opinión en persona de mucha apariencia y poco fondo, implantando un gobierno de desventuras. Muchas veces, cuando el gobernante es débil, lo que él deje de hacer de malo, se encargarán de ello los que lo rodean. Esto mismo me induce á aconsejar mucha discreción y mucho tino en las gestiones político-electorales.

No hay que desconfiar; que, guiados por una intención sana, todos los elementos nacionales pueden ser materia disponible.

Ha llegado el momento del trabajo unido, para cuyo efecto es necesaria é indispensable la voluntad colectiva. Todos los buenos mexicanos desean la paz, el progreso y la prosperidad, y no hay que dudar que pondrán su contingente poderoso para el engrandecimiento del país, porque la patria puede exigir hasta los mayores sacrificios de sus hijos, y éstos están siempre obligados á ofrecérselos.

No ha podido cambiar, á través de los tiempos, el soberbio apotegma, compendio de la aspiración humana: Dios, patria y libertad.

Si los buenos mexicanos, que en los campos del ardiente combate han probado su heroísmo y el amor á la patria, vienen en fraternal abrazo á continuar la esplendente obra del general Díaz, no hay que dudarlo: serán sublimes ante el mundo civilizado.

Comenzado el edificio, continuad su magnífica fábrica.

J. V. Villada

UNIV. OF MIC

CAPITULO XXV

QUIÉNES DEBEN CONVOCAR Á UN PARTIDO NACIONAL. —LAS PERSONAS CAPACES DE DIRIGIR EL PARTIDO NACIONAL UNIONISTA.

I

RESULTA de todo lo dicho, la imprescindible necesidad de convocar á la formación de un partido poderoso, que se encargue de preparar los caminos para las elecciones de un Presidente sucesor del actual. Una vez llevada á cabo la idea, tendrán muerte segura las ambiciones antes de ser manifestadas; y el vicio, cortado desde un principio, es de facilísima curación. No se obtendría esto, si se dejasen crecer y desarrollar las pasiones volcánicas de muchos aspirantes en ciernes á los puestos de gran altura, propios tan solo de los hombres de vastas dotes y algunos alcances.

Creo que sobre la necesidad de esta formación nadie estará en disposiciones de discutir, porque sobre lo evidente no cabe ninguna discusión. Sin exceptuar un solo mexicano, todos están en la plena con-

vicción de que un pueblo, como el nuestro, necesita mentores que lo enseñen á ejercer sus derechos constitucionales, prerrogativas las más preciadas en los pueblos demócratas. Y, desde luego, estos mentores no podrán ser los que todo lo quieren para sí, dejando á sus compatriotas con la peor parte. Para ser educador, requiérense circunstancias muy especiales, incluyendo en ellas la alteza de miras; de lo contrario, en medio de un hervidero de ambiciones mal disimuladas, los profesores de nuevo cuño, sacarían lo mejor, conduciendo al país á su propia ruina.

Tal pasaría con los científicos, si á ellos se los dejase triunfantes en el campo de la lucha. El Partido Científico, estudiado desde todos los puntos de vista, á pesar de las ardientes defensas de los que de él esperan algo, como periodistas, literatos decadentistas, poetas cursis, conservadores y clericales, tiene todas las señales de los lobos cubiertos con piel de oveja. Podrá ese partido exhibir congéneres, de más ó menos número, pero jamás estará en aptitud de probar la pureza de intención de todos sus partidarios, de los que casi todos, valiéndose de sus habilidades financieras, han hecho pingües capitales á la sombra del gobierno. Porque ellos, en tratando de intereses particulares, queda demostrado, ponen sus cinco sentidos y se afanan porque los negocios den espléndidos resultados; mas por lo que incumbe á las operaciones económico-políticas, bien puede todo mundo vivir tranquilo, ellos gestionarán las peores negociaciones en ese sentido.

Y con gente que sacrifica los intereses más caros á los suyos propios, ya se podrá comprender si es-

tamos llamados á más altos y condignos fines. Los científicos (y hablo más de ellos que de otros, porque sólo ellos se han atrevido á llamarse mentores del pueblo), por todo lo señalado, carecen de virtudes cívicas para poder formar un partido del agrado de todos los mexicanos. Hasta ahora, su colectividad ha pretendido monopolizar la política; en su programa comenzó por excluir credos y principios, convocando tan sólo á los de su comunión. ¿Es que temían ser ellos mismos la causa de su propia derrota? Suponer tal cosa, es lo más caritativo; pues de otro modo no se explicaría nadie las excepciones hechas.

A la verdad que, entendido y meditado lo que de los científicos llevo dicho, se puede fácilmente venir en conocimiento de muchos vicios que los incapacita para directores del pueblo. Una agrupación que se dice nacional y comienza por negar el concurso de muchos mexicanos, no es tal agrupación nacional; el título le sirvió como toque de llamada para procurarse adeptos y satélites.

Como hasta hoy sólo científicos tenemos como ejes políticos, y no llenando su programa los deseos del pueblo, nos queda el recurso de ocurrir á los elementos mejor dispuestos, para que vengan á llenar un vacío en las necesidades urgentes de la república.

He ahí los motivos poderosos que preceden á la formación del Partido Nacional Unionista. Es «nacional», porque no excluye á nadie de su seno; todo mexicano, por sólo el hecho de serlo, podrá pertenecer á él y tener voz y voto, no importando la divergencia de principios é ideas. La diferencia de pensa-

miento servirá más bien para fortalecer los cimientos del partido, porque del choque de credos divergentes es inconcuso que resultará el mayor beneficio para el país. En el seno de las asambleas se discutirán largamente las ideas que más provecho den á la nación.

Por tales motivos, mientras más elementos divergentes haya, es mejor; pues las discusiones razonadas harán imponer la verdad y la conveniencia á la pasión y el desatino personal.

Pero por el solo hecho de no andar de acuerdo con los principios de una persona, excluirla de una reunión política y nacional, es tanto como temerla y presentir un fracaso con su concurso. Yo convengo que se rechace el contingente de un ciudadano que difiera de nosotros en asuntos religiosos, porque es natural que las reuniones religiosas son de culto, y no podrán admitirse en las asambleas piadosas sino á los convencidos. Pero en las cosas políticas no se va á buscar el interés particular de tal ó cual individuo; como el patriotismo es un sentimiento extensivo á todos los hijos del país é innato en el corazón del hombre, en las reuniones concernientes á la política no se va á convencer, cuando se tratan asuntos relativos al bienestar de la patria; será susceptible de convencimiento tan sólo aquello que afecte á la forma, mas no al fondo. Resultando arbitraria la exclusión de ciertos ciudadanos de las asambleas nacionales políticas.

Esta es la razón por la que el nuevo partido que se forme será eminentemente nacional; á él podrán concurrir todos los elementos políticos de la repú-

blica. Tan mexicano es el conservador como el liberal; tampoco dejarán de ser mexicanos ni los católicos ni los clericales. Por lo mismo, en uso de un derecho, todos ellos pueden contribuir con su contingente al PARTIDO NACIONAL UNIONISTA.

Sólo así podrá ser nacional un partido. Compuesto de todas las facciones disidentes, es fácil que surjan acaloradas discusiones; pero, mediante la majestad imperiosa del interés de la patria, quedará en pie la doctrina más sana.

Y es «unionista,» porque tiene por fin principal que, en tratándose de la patria, las discordias desaparezcan entre los mexicanos. Después de tantas refriegas, es lógico que todo rencor mal apagado perezca ante el bien más grandioso del progreso, la paz. ¿Será posible que aun nos divida la rencilla de familia? ¿Es posible que, después de cerca de cuarenta años, guardemos odio hacia determinado grupo de mexicanos, cuyos errores ya pasaron á la historia?

Hay que afianzar la unidad nacional y formar un pueblo digno de la suerte que le espera. Para esto, es indispensable la concordia entre todos los mexicanos; que se olviden los rencores y todos se unan, dirigiendo sus gestiones á la prosperidad de la nación.

Durante la administración del general Díaz, tal ha sido la principal táctica: el Presidente ha logrado fusionar elementos los más desímbolos, procurando la conciliación. Respecto á principios religiosos, cada cual ha tenido derecho de creer lo que mejor le convenga; pero en política todos los mexicanos,

aproximados los unos á los otros, debido al gran acierto del señor Presidente Díaz, han elaborado por la paz nacional.

Es por esto que el PARTIDO NACIONAL se llamará «unionista,» y estará obligado á continuar la labor empezada. ¿Costará esfuerzos inauditos la unión? Esto depende de la habilidad de los jefes directores.

II

A fin de que el nuevo partido sea de feliz éxito, es indispensable un grupo de hábiles directores, capaces de rejuntar los elementos dispersos y atraerlos. No hay que olvidar que muchos personajes de valer viven retirados de todo movimiento político, y el contingente de esos personajes será de gran influjo é importancia en las gestiones de los nuevos convencionistas.

Pueden, de los políticos conocidos, convocar á la formación del PARTIDO NACIONAL UNIONISTA, las personas siguientes:

1.—El licenciado don Ignacio Mariscal, Secretario de Relaciones Exteriores.

La personalidad del señor Mariscal es altamente apreciada, como que durante el gobierno del señor general Díaz ha hecho gestiones que lo honran como un hábil diplomático y un distinguido jurisconsulto.

Probablemente, el Secretario de Relaciones es la figura más sobresaliente del gabinete actual; porque á sus excelentes dotes de ministro une una fidelidad

hacia el Presidente á toda prueba. A todo mundo le consta que el señor Mariscal jamás ha tenido otra política que la del general Díaz, viviendo siempre retirado de todo extraño movimiento. Sin embargo, el licenciado Mariscal es el más experto político del gobierno, porque debido á una táctica exquisita en los asuntos internacionales, el nombre de México goza de universal fama en todo el mundo civilizado.

El presidente del gabinete, durante su estancia en la administración, ha podido probar que posee un gran talento diplomático, y, sobre todo, una prudencia admirable en todos los negocios. Muchos hombres de ciencia aseguran que, sin la intervención oportuna del señor Mariscal en varios asuntos, nuestras relaciones con los demás países no serían del todo satisfactorias; y, gracias á él, el nombre de la república goza de todas las consideraciones y de gran prestigio en el extranjero.

A no ser por sus años, el licenciado Mariscal sería el mejor sucesor del general Díaz, porque el país conoce ya sus méritos y el ardiente patriotismo que lo distingue.

Además, el Secretario de Relaciones es un eminente académico y magnífico literato, cuyo lenguaje castizo y pulcro puede figurar en la misma España. Modesto por índole, jamás ha figurado en las intrigas palaciegas, ni ha habido quien le eche en cara alguna deslealtad.

Para mí, el señor Mariscal es un tesoro escondido, y reune en su persona todas las virtudes cívicas que podrían ser el timbre más preclaro del más grande diplomático del viejo mundo.

Con su ayuda, el nuevo partido tendría al más hábil piloto.

2.—El ingeniero don Leandro Fernández, Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas.

También este personaje sería una gran presea para el partido; porque á su talento pensador une la particularidad de ser un hábil político, que, hasta hoy, ha vivido aislado y sin compromisos. Su adhesión al general Díaz es completa y bien probada.

La Cartera de Comunicaciones nunca habrá podido tener un jefe más apto, porque el señor Fernández, profundo conocedor del ramo, está dotado de una gran energía, capaz de reducir al orden á tantos poderosos ferrocarrileros díscolos y enemigos de cumplir con los pactos establecidos con el gobierno. Muchas compañías temieron el ascenso del actual Secretario de Comunicaciones, pues sabían que él nunca cedería á los caprichos de los poderosos, dadas su absoluta honradez é integridad.

Inmediatamente que subió el ingeniero Fernández, los esfuerzos de las empresas se redoblaron, y hasta hubo sus maquinaciones para procurar su caída; pero el señor Presidente, justo apreciador de su Secretario, desoyó toda queja, apoyando al ministro.

Con hombres tan probos é independientes, cualquier partido político sería de seguros resultados.

3.—El licenciado don Miguel Bolaños Cacho, diputado al Congreso de la Unión, y ex-gobernador de Oaxaca.

Este político es de gran talla, y, por lo mismo de su carácter independiente y enérgico, no ha sido bien visto por la política de los científicos. Joven aún,

como gobernante de Oaxaca dió pruebas palmarias de un seguro talento administrativo, haciendo tantos progresos en un período relativamente corto, que otros gobernadores no los pudieron obtener durante varios años de gobierno.

El señor Bolaños Cacho ha permanecido también sin tomar, hasta hoy, parte activa en ningún partido; porque, adicto en un todo á la administración actual de la república, no ha querido mezclarse en cuestiones políticas de ningún género. Pero, en tratándose de un bien general, creo que no escatimará su valioso contingente á un partido netamente nacional.

El político cuya personalidad me preocupa, está ya juzgado por varias eminencias extranjeras. Allende los mares le han atribuído dotes extraordinarias, de las que ha hecho abundante derroche en varias ocasiones propicias, tanto cuando desempeñaba el gobierno de Oaxaca, como estando en la Presidencia de la Cámara de Representantes. Y es probable que el señor Bolaños esté llamado á ocupar la atención pública algún día, y á desempeñar papeles de gran importancia en el país. Prudente, discreto, y dotado de un gran talento, en su propia constitución lleva ya lo que hace al político experto y hábil.

Se admiran en el señor Bolaños Cacho cualidades sobresalientes de nobleza de alma, que es incapaz de maldad y falsía.

Como literato, el ex-gobernador de Oaxaca es de fama nacional. Su estilo correcto y puro, toma por modelos á los más galanos hablistas castellanos; y sus obras literarias son de irreprochable manufac-

tura y honda inspiración. En todos sus escritos domina la sencillez y la frase contundente y sentenciosa.

Es un gran patricio, y de los políticos que figuran es el más joven, cuyo corazón late ardoroso por todo lo grande y sublime. Para director de un partido de altos fines políticos, nadie más á propósito que él.

4.—El coronel don Miguel Ahumada, gobernador del Estado de Jalisco.

El señor Ahumada, siendo gobernador de Chihuahua, se dió á conocer como progresista y de ideales grandiosos. Su obra en aquel Estado fronterizo fué de la unánime aprobación de todo el país, y del general aplauso de los hijos de Chihuahua.

Este funcionario es porfirista en cuerpo y alma, y sus mejores deseos son para la paz de la república; su contingente sería de una gran estimación para la unión de los mexicanos, porque su labor pacífica pesa mucho en la balanza. Por consiguiente, el partido que se forme contaría con un hombre de verdaderos méritos en el campo administrativo.

Tampoco la personalidad del coronel Ahumada es desconocida; disfruta de muchos partidarios, porque es dueño de un corazón noble y sincero. La política de intriga no es del resorte del gobernador de Jalisco, porque su lealtad es pública y notoria, y lo hace incapaz de manifestar lo que no siente.

Siempre he admirado las virtudes del señor Ahumada como gobernante y como amigo, aunque, realmente ignoro el partido político á que pertenece.

5.—No teniendo compromisos políticos, el ingeniero don Francisco González de Cosío, gobernador

de Querétaro, es de una vital importancia para el partido; porque es una persona honrada y escrupulosa en el cumplimiento del deber.

Partidario y admirador del general Díaz, está inspirado en la política del actual Presidente.

Además, el señor de Cosío, de un Estado pobre ha hecho maravillas administrativas, colocando á Querétaro en un lugar prominente. Muchos querrán desconocer los beneficios del actual gobierno queretano, pero los hechos pueden más que las palabras. Querétaro, dados sus pocos elementos, ha podido entrar en el concierto de los otros Estados de la Federación.

6.—El licenciado don Joaquín Obregón González, gobernador de Guanajuato.

Es seguro que el señor Obregón González es uno de los gobernadores más instruídos del país, y á su gestión gubernativa debe mucho el Estado de Guanajuato. Puede también considerarse como el político más sagaz; pues de los gobernadores es el que más sobresale en ese sentido, debido á su vasta ilustración.

Es amigo personalísimo del señor Presidente, y todos sus actos los amolda en la política general. Varias mejoras de suma importancia le debe el Estado que gobierna.

Es dueño de un talento de profundo tribunicio, adornado con conocimientos jurídicos de honda consideración.

Su participación en la formación del partido general, sería una gran conquista; y, dado su patriotismo, no es de dudarse que acuda al llamamiento.

7.—El ingeniero don Blas Escontría, gobernador de San Luis Potosí, dado á conocer en otro lugar, y que será un poderoso factor político.

8.—Don Teodoro A. Dehesa, gobernador de Veracruz, á quien se puede considerar como el político más diestro y hábil de los que gobiernan los Estados de la Federación.

Don Teodoro A. Dehesa sería una poderosa palanca para el PARTIDO NACIONAL UNIONISTA, capaz por sí solo de dirigir todos sus trabajos y dar el golpe de muerte al Partido Científico.

9.—El licenciado don Joaquín Baranda, hombre conciliador, aunque en su tiempo fuese algo exaltado.

10.—El licenciado don José López Portillo y Rojas, dado á conocer en otro lugar de esta obra, y que, siendo de un carácter apacible y de pasiones serenas, es un gran factor del partido. Este personaje reune la particularidad de ser íntegro y sincero, de principios fijos é invariables, dispuesto á sacrificarlo todo por el jefe que defiende.

11.—El general don José Vicente Villada, gobernador del Estado de México, del más puro elemento militar, que en otro tiempo figuró en las luchas políticas.

Este personaje contribuirá con su contingente, porque es amante de los intereses nacionales.

12.—El licenciado don Francisco González Mena, diputado al Congreso local de Veracruz.

El señor González Mena es uno de los políticos veracruzanos de más sobresaliente nota. Adicto á don Teodoro A. Dehesa, es el fiel continuador de su obra de progreso y su colaborador más activo.

Como hombre de vastos conocimientos jurídicos, erudito en toda clase de estudios humanos, se distingue; porque posee un gran caudal de ciencia. Su fama de literato docto, ha podido salvar las fronteras de la república, extendiéndose por los países más civilizados. Y, como todos los hijos de Veracruz, es un entusiasta y ardiente patriota.

Puédese contar entre los políticos activos.

13.—El licenciado don Elízier Espinosa, secretario del gobierno de Veracruz.

A una larga práctica política ejercida á la sombra del actual gobernador del Estado, reune la particular virtud de ser una persona prudente, serena y tranquila. Los veracruzanos reputan al señor Espinosa como el factor más poderoso en el gobierno local; y es uno de aquellos políticos sin pasiones vehementes, perjudiciales las más de las veces.

14.—El licenciado don Miguel Cárdenas, gobernador de Coahuila, en quien ya me he ocupado.

15.—El licenciado don Luis B. Valdés, secretario del gobierno de Michoacán.

Este hijo del rico Estado michoacano es un hombre de muchos quilates políticos, y puede constituir una presea para el partido. Dotado de un gran espíritu de observación y prudencia, su labor ha podido ser de la estimación de los que lo rodean.

16.— El ingeniero don José Espinosa y Cuevas gobernador interino varias veces del Estado de San Luis Potosí.

De apreciables virtudes cívicas y sociales, están fundidos en el mismo molde el señor Escontría y él.

17.—El licenciado don Juan Santamarina, gober-

nador de Durango. Este personaje, de temperamento tranquilo, es una gran presea también para reconciliar ánimos; pues siendo un abogado de nota, su figura será sobresaliente en el partido nuevo.

III

Es probable que alguno de los personajes citados tengan algo de común con los científicos, pero creo que esa comunidad habrá desaparecido en vista de las ambiciones manifestadas por éstos en el discurso del orador Bulnes, el cual fué un desastre para todo el partido. Habiéndose exhibido los científicos como terribles enemigos del general Díaz, los políticos antes expresados todos son amigos ardientes del señor Presidente, incapaces de traicionarle; por consiguiente, no podrán estar de acuerdo con los solapados enemigos políticos de él.

Además de los mencionados, existen otros personajes idóneos, desinteresados y hábiles, cuyos nombres no cito aquí; pues en los anteriores reconozco á las prominencias capaces de organizar el PARTIDO NACIONAL UNIONISTA. Ellos, con su prestigio y amor á la patria, pueden ser oídos inmediatamente por todo el país.

Está probado hasta la evidencia que la formación de un partido nacional es necesaria, por causas ya expuestas. En presencia de esta necesidad, ¿habría quien niegue su apoyo y cooperación? Yo creo que no habrá mexicano capaz de negar su concurso para un asunto que á todos interesa.

En la formación del partido, se seleccionarán las personas que deben presidir los diversos comités en los Estados, á fin de que todos los ciudadanos del país obren de común acuerdo y puedan difundir entre el pueblo el conocimiento pleno de sus derechos constitucionales. Preparado así el personal de la república, cuando emita su voto en favor de este ó aquel personaje político, lo hará conforme al espíritu de la ley y con datos precisos y necesarios.

El PARTIDO NACIONAL ejercerá uno de los derechos más nobles en los pueblos republicanos: que no conocemos el derecho electoral, las agrupaciones superiores, los clubs directores, en vez de sugerirnos ideas de imposición, están en el deber de enseñarnos á conocer los principios que sirven de base á la república. Esto no se obtiene imponiendo al candidato, sino mostrándolo al pueblo, después de que el pueblo sepa apreciar sus virtudes.

Creo que un partido político sólo podrá llenar su papel, procediendo de este modo, y no coartando las voluntades. Pero la nobleza de la cuestión reclama el concurso de un partido general, que esté á la misma altura de miras, y este partido sólo se podrá componer con todos los personajes útiles al país. Por lo mismo que todos tienen iguales derechos, á nadie se puede exceptuar de la política.

Es fácil que se alegue la razón de la ineptitud de muchos en cuestiones político-electorales; en este caso, la obligación de los diversos comités, dependientes del que se radique en la capital, tiende á instruir, por medio de conferencias populares, á todos los ciudadanos locales. Este procedimiento enseña-

rá á los ignorantes y los haría accesibles de ir á la práctica constitucional, entendido que el PARTIDO NACIONAL UNIONISTA tendrá por jefes á las personas más hábiles en la política y más diestros en las funciones de la democracia.

Con una táctica así, en breve, el partido tendrá por adeptos á todos los mexicanos, y desaparecerán las desidencias entre los hijos de una misma familia.

Advierto que los trabajos de la nueva agrupación tendrán por mira principal sostener al general don Porfirio Díaz en el poder, por las razones ya indicadas; y, una vez que termine la misión de este gran gobernante, sea por voluntaria renuncia, sea por la muerte, ascenderá al poder á la persona que ya de antemano tenga preparada y en quien pueda toda la nación depositar su plena confianza.

Es inconcuso que, un partido tan poderoso, ejercerá influjo decisivo en los destinos nacionales, y á la sucesión del Presidente no habría la menor alteración en la marcha segura del país.

Careciendo de un partido político nacional, las divisiones tendrán que subsistir y las discordias continuarán amenazando con su tea incendiaria á la paz pública.

Después de tanta sangre derramada, tantas fuerzas perdidas y tantos trastornos y revueltas, si los políticos bien intencionados se aprestan á establecer la perfecta armonía entre todos los mexicanos, continuando la obra que se levanta sobre una grandiosa era de progreso y dicha, la patria agradecida los sabrá premiar con lauros inmarcesibles.

CAPITULO XXVI

CONCLUSIÓN.

1.—Faltando la pureza de intención, ninguno de los actos humanos puede obtener nobles fines; pues para llegar á resultados legítimos, los medios que se empleen tienen que estar á la altura del objeto que se persigue. De lo contrario, tan sólo pensarlo, es una paradoja y un escarnio á los fueros de la verdad.

2.—La legitimidad de una cosa no sólo depende de la sana intención del sujeto que la persigue, sino de los medios empleados para obtenerla. El fin tiene que justificar los medios, porque éstos no sirven más que para conducir á él; son el puente directo al objeto, y de ningún modo el mismo objeto.

3.—Me parece que, si el fin justifica los medios, la proposición es controvertible; los medios están en el caso de justificar el fin. Y, cuando esto suceda, tanto sujeto como objeto corresponden al terreno de la cosa legítima.

4.—Lo expuesto es una ley fundamental, que rige á las cosas humanas. Los sucesos que no estén incluídos en esa ley, no pueden vanagloriarse de militar en un campo de elevados y nobles fines.

5.—Reduciendo la cuestión á sus justas dimensiones, la política ¿se considera incluída en esa ley general?

Para negar que la política esté comprendida en una ley que á todos los actos humanos abarca, es necesario probar que ella no constituye un acto humano, y entonces procedería la negación. Pero, hasta hoy, ¿quién se atreve á sentar que los actos humanos no se extienden á la política?

Algo anormal tendrá que suceder cuando tal afirmación revista los caracteres de la seriedad. Todo lo que se relaciona con el hombre tiene que incluir la idea del acto humano, porque las manifestaciones de aquél constituyen la esencia de éste; es así que la política es una manifestación exclusiva del hombre: luego la política es un acto humano. Deduciendo de aquí, que la ley que rige á los actos humanos, tiene que regir á las cuestiones políticas, para la legitimidad del fin perseguido.

6.—De manera que los hombres políticos, aunque la ciencia que profesan encierra la habilidad de suprema mentira, están en la obligación de emplear medios honestos para obtener fines honestos; siendo reprobable todo procedimiento en contrario.

7.—Además, los actos de política incluyen cierto principio de bien general; lo que equivale á decir que, antes que el interés propio, debe procurarse el de los demás. Con esto, la pureza de intención debe ser más perceptible.

8.—Es inconcuso que tampoco quiero decir con lo expuesto, que es indispensable sacrificarse completamente en aras del bien ajeno, porque un procedi-

miento semejante es tan sólo exclusivo patrimonio de los héroes, y el hombre está obligado á obrar el bien, aunque no á llegar al heroísmo. Pero sí que se tenga presente en las cosas de la colectividad el interés de ella, y no ampararse á la sombra de una cosa para obtener el provecho propio: si se busca el interés general, á él hay que dedicar todas las facultades del alma, sin menoscabar el mérito de una acción noble y buena con miras rastreras.

9.—Doy á entender aquí que hacen muy mal los políticos que, refugiados al tronco de la patria, han desprestigiado al gremio colectivo; porque, valiéndose de una cosa sagrada, han ido en pos del incremento de pasiones muy bajas. Los hombres que así proceden, jamás podrán justificar la legitimidad de sus fines siniestros.

10.—Muchos mexicanos, preocupados más por el interés, han observado una conducta á todas luces punible, pues han pospuesto el bienestar de la nación al suyo propio. Si, en tratándose del resto de los mortales, el desprendimiento no obliga al sacrificio, en asuntos de la patria sí que existe la obligación, y de un modo solemne; porque el amor de ella está por encima de todo interés y amor bastardo.

11.—Desgraciadamente, el número de esos mexicanos es grande. Si ellos no se ruborizan con su conducta, para el resto del país es una mancha su proceder. No porque no tenga la culpa el padre de familia de los deslices de sus hijos, deja de apenarle el desasociego que, con ellos, reinará en su casa.

Algo parecido pasa con los políticos intrigantes; los demás mexicanos no tendrán la culpa, pero sí

les cabe honda pena porque haya en la colectividad compatriotas que, guiados de sus ambiciones, se ocupan en maquinaciones tenebrosas.

12.— A fin de que esos ciudadanos nocivos no siembren la semilla de la discordia en el país, conviene eliminarlos, y no darles tiempo á que se formalicen en sus trabajos.

13.—En el cuerpo de este libro, ya tengo señalados todos los elementos políticos de la república, dando á cada quien lo que le pertenece: podré haber sido algo claro en la manera de tratar á algunos partidos; en este caso, no me culpe nadie, desde el momento que los culpables deben ser los miembros de los diversos partidos ya examinados atrás.

14.—Yo he procurado hacer la historia filosófica de los partidos en México; ahora que la verdad haya sido amarga, cúlpense á las diversas causas que á ello contribuyen, mas no á quien no ha tenido intención de herir.

Mi objeto era la exposición desnuda de la verdad, y creo haberlo obtenido.

15.—Puede ser que á unos haya tratado con más severidad que á otros. También hay que convenir en que no todos los actos humanos tienen la misma malicia; dando por resultado que tampoco el crítico debe guiarse, al juzgarlos, por la igualdad matemática, sino conforme á los rectos principios de la igualdad jurídica.

Y conforme á esta última, he dado á cada quien lo que se merece.

16.—Es fácil que los científicos se den por lastimados, en vista del rigor con que los he hecho apa-

recer ante el país. Confieso ingenuamente que, en tratando del Partido Científico, he quedado corto; pues no merece compasión aquel que no conoce la piedad hacia el prójimo.

Los científicos se han valido de todos los medios para desprestigiar á sus adversarios; no peca de largo quien se constituya en cronista de sus actos.

17.—Es la verdad: yo tengo el defecto de estar con el que no tiene defensores; porque ¿qué gracia hace quien defiende al que le sobran poderosos amigos? Siempre simpatizo con la causa de los inocentes: me admira la amistad de los que están solos y aislados, así como odio á los que pretenden herir de muerte, valiéndose de subterfugios de mala ley, yendo al sol que más calienta.

18.—Los científicos han hecho alarde de miseria humana, poniendo en movimiento todos sus esfuerzos, energías é influencias. Sus órganos, tanto clericales como propios, tuvieron el cinismo de manifestar ante la república: que, creyendo que aun no muere civilmente el general Reyes, sus ataques tenían por objeto la muerte segura de él.

Un periódico que «se dice católico», según la célebre expresión de un obispo, dijo por boca de uno de sus *famosos economistas,* secundando al Partido Científico: «Esto es, precisamente (la muerte) lo queremos del general Reyes.»

¿Por qué habíase de extrañar, pues, la dureza con que he tratado á los más feroces enemigos de Reyes? Yo no conozco al general Reyes; sin embargo, á fuerza de oír repetir su nombre, he cobrado profundo cariño al distinguido militar que no conozco.

19.—Conservadores, clericales y científicos, odian al gobernador de Nuevo León; y, obedeciendo á una oposición ciega y desenfrenada, han hecho alarde en el ataque injustificado. En cambio, la gloria del general Reyes ha llegado ahora al colmo, porque sus propios enemigos lo han hecho grande á los ojos del pueblo.

Ellos pensaron aplastarlo, pero él supo flotar sobre todos los odios y las intrigas palaciegas.

20.—Que los científicos, gestionando el ascenso de su jefe, se muestren adversarios implacables, me lo explico; pero que los conservadores y clericales y algunos extranjeros—indebidamente—hagan compañía á aquellos, ignoro los móviles, pues en Nuevo León hay mayores garantías para los eclesiásticos que en ningún otro Estado del país, á pesar de ser liberal el gobernador.

21.—Ya que algunos se han exhibido tan furiosos en la campaña, sufran las consecuencias de este libro, cuyo objeto no es otro que poner en claro las cosas, á fin de que el país conozca lo que debe conocer.

22.—Algunos extranjeros no deben darse por ofendidos, desde el momento que mi intención no ha sido herir susceptibilidades: el que expone hechos, no se constituye en autor de ellos. En este caso, como los españoles, carguen mejor su ira en los autores de los hechos denunciados, mas no en el cronista.

23.—Obligado por la fuerza de la obra, tuve que hacer referencia á algunos hechos históricos punibles á los ojos de la razón; ¿seré yo el responsable?

Si no obstante esta explicación, insisten algunos

en darse por lastimados, creo que no es tan fácil deshacer lo hecho, porque ello descansa en una verdad histórica.

24.—Cuando, en vista de la necesidad suprema, se funde el PARTIDO NACIONAL UNIONISTA, las ambiciones políticas encontrarán la muerte segura; porque la república triunfará sobre sus poderosos enemigos y los reducirá á la impotencia de acción.

25.—Los elementos aportados para ese partido ¿son los que llevo expuestos? A mí me parece que sí. Y si he sufrido alguna equivocación, al organizarse la formación del partido, se harán las observaciones consiguientes. A mí me satisface haber iniciado; que otros completen. Todavía palpita el patriotismo en los pechos mexicanos, y no hay que dudar del éxito.

26.—Lo que más urge, es que se constituya la unión nacional; lo demás es más llevadero á la práctica.

Considero peligrosos para la estabilidad de la paz á los científicos; y todo elemento que extorsione en ese sentido, hay que suprimirlo. De ahí la gravedad de las circunstancias y la urgencia de los remedios oportunos.

27.—Con mis confesiones políticas, los clericales habrán querido encontrar motivos para tacharme de anti-católico, y esme indispensable manifestar que SOY CATÓLICO EN TODA LA EXTENSIÓN DE LA PALABRA, porque en esas ideas nací, me eduqué y tomé creciente desarrollo. Si al principio fuí católico por intuición, ahora lo soy por convicción. Sólo que yo estoy en la creencia de que algunos eclesiásti-

cos han abusado de su carácter para cometer actos que la religión prohibe; y que los obispos no castigan como debieran á los tales infractores, entregándolos al orden común, para que los juzgue y les aplique las penas que la ley marca.

No menos convencido estoy de que, desgraciadamente, no es lo que debiera el clero mexicano: entregados los eclesiásticos á las cosas terrenas, descuidan mucho sus deberes espirituales. Más los preocupa una operación de banca, que la salvación de una alma. Con los estudios económicos, han olvidado la inversión de capitales en establecimientos benéficos y de instrucción pública.

Y como todo lo dicho los desvía del deber jurado en el altar, no infrinjo ley alguna con señalar tales defectos. Cuando la disciplina religiosa recobre todos sus fueros, yo seré el primero en aplaudir los actos del clero.

Sin embargo, puedo citar á varios obispos y simples curas de pueblo que valen un potosí, porque ejercen todos los preceptos evangélicos y son incapaces de una falta. Ante tales eclesiásticos, inclino la cerviz y me encuentro capaz de pregonar la divinidad de la institución. Pero con personas que «contraen un compromiso y no lo solventan,» alegando después razones de niños; con obispos que celebran asambleas en el misterio, cuando la doctrina tiene que ser predicada á la luz y sobre los techos; con eclesiásticos extranjeros de conducta sospechosa, y que vienen al país á acaparar riquezas, andando constantemente en líos canónicos; con curas negociantes, antes que pescadores de almas; en fin, con

gente que de todo se preocupa, menos de las obligaciones impuestas, tendré que historiar hechos que pugnan con el estado eclesiástico. ¿Se me tachará, por solo eso, de anti-clerical?

Precisamente, cuando hago ver tantas adulteraciones, es que procuro la salvación de la doctrina, vuelvo por los fueros de la religión escarnecida por quienes deben conservarla y hacer que se respete.

28.—¿Cómo se quiere que el católico calle, si la doctrina amenaza ruina? Antes que el cura, está el principio; y, en cuestiones religiosas, ya se lo dije á un obispo: perezcan las personas, pero urge salvar el principio.

29.— No es posible dejar de señalar con una nota negra al eclesiástico que, desconociendo la Aparición de la Virgen de Guadalupe, vive de las rentas de su Colegiata, por ejemplo. Un hombre que no comulga con las ideas de una reunión, se retira de ella y rechaza toda renta que de ella proceda.

A pari: el eclesiástico que no ha de cumplir con sus deberes, le cabe el recurso de tocar marcha en retirada. El mejor remedio de no quemarse, es huir del fuego. Y, si conociendo sus pocas aptitudes para el estado canónico, se resuelve á abrazar la carrera eclesiástica, es criminal, acreedor á la censura general.

30.—Todavía se está en la creencia de que el sacerdote debe permanecer inmune á los castigos que por sus delitos merece. Siendo humano como todos, igual que todos está en disposición constante de pecar; para castigar sus delitos están los tribunales canónicos. Pero las autoridades eclesiásticas, care-

ciendo de medios eficaces de castigo, dejan impunes muchas faltas graves, que pueden acarrear trastornos á las ideas religiosas.

31.—Soy católico; pero tengo el derecho de pedir que el clero cumpla con sus deberes y se someta á las autoridades constituídas. ¿Qué importa que la ley sea defectuosa, si ella no afecta á la esencia del dogma, y está legítimamente sancionada?

Para una ley mala, queda el derecho de pedir su abolición, pero jamás el de infringirla. Al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

32.—Soy refractario á todo lo que indica abuso y violencia. Este principio tiene echadas profundas raíces en mi corazón. Por esto mismo no puedo estar conforme con los científicos; porque, además de tener los anteriores vicios, procuran su personal interés como políticos.

33.—Admirando la alteza de miras del general don Porfirio Díaz, soy partidario de su política, aunque no vivo de ella; y deseo, para bien del país, que expire gobernando los destinos nacionales.

34.—Por hoy, el único capaz de sucederle de los políticos conocidos, es el general Reyes, pese á quien le pesare. No por eso desconozco algunos de los defectos del gobernador de Nuevo León, que corregirán las huellas del tiempo y desaparecerán, en fuerza de las circunstancias.

35.—Es imposible un gobierno civil en México, por las condiciones especiales en que aun nos encontramos. Surgimos á la vida independiente por el filo del acero, y el filo del acero tiene que seguir gobernándonos. Esto es triste, pero es una gran verdad.

36.—Además, si hay un hombre civil que reuna mejores condiciones que el general Reyes para suceder al general Díaz, el PARTIDO NACIONAL UNIONISTA sabrá exponerlo á la república. En este caso, el mismo general Reyes, leal á toda prueba, ayudará á buscarlo y sostendrá con sus energías la candidatura del hombre que sepa continuar la magna obra de la paz.

37.—Las gestiones de la sucesión de la república, sin revestir caracteres hereditarios, tienen que ser pacíficas, meditadas y seguras; siendo el resultado firme de la voluntad colectiva de todos los ciudadanos de la república.

38.—Al escribir el presente libro, no he tomado ni consejo ni parecer de nadie; simplemente me guié por mi propio criterio. Yo estoy dispuesto á atacar siempre la política de odio, rencor é intriga: he aquí la razón de esta obra.

39.—La legítima defensa á cuerpo limpio y mano blanca, es de ley emanada del derecho natural, base de todas las legislaciones del mundo civilizado. Conforme á esa ley, todo hombre puede disfrutar de igual prerrogativa.

40.—Hago esta declaración, para que, mañana ó pasado, nadie se atreva á la peregrina afirmación de que esta obra es impulsada por los políticos ocultos. Las almas fuertes no pueden servir de parapeto de los cobardes.

41.—Es evidente también que muchos de los personajes en cuyo favor hablo, se muestren satisfechos, pues la gratitud es intuitiva en el corazón humano; mas no podrá esta muda conformidad indicar un impulso de antemano impartido.

42.—Los que me conocen, saben perfectamente que tengo una cerviz altiva y me distingue un valor civil jamás desmentido en el campo de los hechos, y los hombres de mi temple no serán susceptibles de sobornos.

Hablo lo que siento, y siento lo que escribo: tal es mi principio de conducta.

FIN

Nota.—Ya para concluir este libro, llegó á mis manos una obra del señor ingeniero don Francisco Bulnes, quien se propone en ella dirigir los dardos más terribles—falsos por cierto—contra nuestro ejército. El señor Bulnes, órgano vivo de los científicos, pretende torcer los fueros de la historia; y como esto es un atentado sin medida ni fondo, ya tengo en prensas los primeros pliegos de la refutación de ese libro, que ni en castellano está escrito siquiera.

Si no se tratara de cuestiones tan serias, ni quien se ocupara en un escritor cuyo temperamento, no obstante sus múltiples años, es el de un completo «revolucionario de guerrillas.» Pero el asunto requiere una severa lección, á fin de dejar las cosas en su verdadero lugar histórico, y que el país conozca los medios innobles de que se valen los científicos para desprestigiar á nuestro ejército, valiente hasta el sacrificio en todas las épocas, y poder así llegar á los resultados que buscan.

Los arranques del señor Bulnes, que es un nervioso por constitución física y moral, han encontrado aprobación plena de sus congéneres en locuras históricas. Ya veremos si, abriéndoles los ojos á la razón, siguen aplaudiendo los escritos de quien merece la condenación pública.

En breve, pues, aparecerá mi nuevo libro con el nombre de Los ataques al ejército y las grandes mentiras de los científicos. Y como el señor Bulnes anuncia que su libro es el primero de una serie que piensa publicar, yo, á mi vez, advierto que lo seguiré paso á paso, publicando otra serie para refutarlo. En el transcurso de ella exhibiré también á todos los personajes públicos contemporáneos, con credos político, religioso y todo.

Conste.

INDICE

		Págs.
Prólogo		V
Capítulo	I.—Ideas generales sobre la política.—Cómo se entiende en América	1
Capítulo	II.—Los habitantes de la república, ¿pueden todos tener ingerencia en la política?	13
Capítulo	III.—Lo que son los partidos políticos y el papel que desempeñan en los gobiernos actuales	29
Capítulo	IV.—¿Cómo entendemos en México la política?	45
Capítulo	V.—Los partidos políticos existentes	57
Capítulo	VI.—Consideraciones tristes.—¡Treinta años atrás!	65
Capítulo	VII.—El Partido Conservador ante la historia	83
Capítulo	VIII.—El Partido Liberal, juzgado por sus obras	105
Capítulo	IX.—Las consecuencias legítimas de ambos partidos	129
Capítulo	X.—La aparición de un héroe, émulo de griegos y romanos	143
Capítulo	XI.—El Partido Porfirista y los que lo constituyen	155
Capítulo	XII.—Cómo ha gobernado el general Díaz la República	169
Capítulo	XIII.—¿Cómo surgieron los científicos?—El Partido Científico no puede gobernar el país	183
Capítulo	XIV.—El Partido Científico es enemigo del pueblo y del ejército.—La «Convención Nacional Liberal» es una farsa	199
Capítulo	XV.—La crisis económica se debe á los científicos.—Las gestiones financieras del señor Limantour son ruinosas.—Gobernadores científicos.—Algunos satélites de poca importancia	217
Capítulo	XVI.—Alianza de los científicos con los conservadores.—Tendencias del Partido Científico.—Científicos activos.—Su labor	239
Capítulo	XVII.—Los Científicos piden la ayuda de los extranjeros.—Incapacidad de los extranjeros para inmiscuirse en las cosas políticas del país	257

Págs.

CAPÍTULO XVIII.—Los científicos preparan su horca.—Las intrigas del Partido Científico.—Caída de don Joaquín Basanda del gabinete..... 275

CAPÍTULO XIX.—Un enemigo formidable de los científicos.—Don Teodoro A. Dehesa en completa actividad.—El reyismo. 291

CAPÍTULO XX.—¿Cómo surgió el reyismo, y cuándo?—La caída del general Reyes del gabinete.—Con las nuevas intrigas, los científicos completan su obra suicida..... 303

CAPÍTULO XXI.—La persecución de los científicos es el triunfo del general Reyes.—El grupo más distinguido de sus amigos..... 323

CAPÍTULO XXII.—Católicos y clericales..... 333

CAPÍTULO XXIII.—La prensa como factor político..... 353

CAPÍTULO XXIV.—Necesidad de la formación de un partido nacional. —Personas que podrían dirigirlo..... 367

CAPÍTULO XXV.—Quiénes deben convocar á un Partido Nacional.—Las personas capaces de dirigir el PARTIDO NACIONAL UNIONISTA..... 383

CAPÍTULO XXVI.—Conclusión..... 399

INDICE DE LAS LAMINAS

Págs.

1.—Juan Pedro Didapp..... V
2.—Gral. Porfirio Díaz, Presidente de la República..... 29
3.—José Ives Limantour, Secretario de Hacienda y Crédito Público (científico)..... 57
4.—Gral. Bernardo Reyes, Gobernador de Nuevo León (anticientífico). 83
5.—Ignacio Mariscal, Secretario de Relaciones Exteriores (sin compromiso)..... 129
6.—Ramón Corral, Secretario de Gobernación (científico)..... 145
7.—Leandro Fernández, Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas (sin compromiso)..... 169
8.—José López Portillo, Diputado al Congreso de la Unión (anticientífico)..... 239
9.—Joaquín Baranda (anticientífico)..... 275
10.—Teodoro A. Dehesa, Gobernador de Veracruz (anticientífico).... 291
11.—Blas Escontría, Gobernador de San Luis Potosí (anticientífico).. 323
12.— Miguel Bolaños Cacho, Diputado al Congreso de la Unión (sin compromiso)..... 353
13.—Gral. José Vicente Villada, Gobernador del Estado de México (anticientífico)..... 383